Lucas Fernández Piedrahita

12-288

HISTORIA GENERAL

DEL

NUEVO REINO DE GRANADA

TOMO I

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

EL SEÑOR PIEDRAHITA Y SU OBRA

LA HISTORIA GENERAL DE LAS CONQUISTAS DEL NUEVO REINO DE GRANADA, *por el doctor don Lucas Fernández de Piedrahita, es un libro que goza de gran crédito y que ha circulado profusamente entre los eruditos dedicados a investigar el origen de los pueblos americanos.*

Piedrahita vio la primera luz en la ciudad de Santafé de Bogotá el 6 de marzo de 1624, y su educación corrió a cargo de los padres jesuítas en el antiguo Colegio de San Bartolomé. Dícese que de joven compuso piezas dramáticas, de lo cual apenas queda la memoria, que no las obras. Dedicado a la Iglesia, ganó rápidos ascensos en su carrera, y con sus puntas de abogado se le encaró a uno de los visitadores de la Real Audiencia, por defender sus prerrogativas como provisor del arzobispado. De resultas de tal pleito tuvo que ir a España para sustentar en la corte sus derechos; allí duró seis años, y entretuvo sus ocios en escribir el libro que hoy aparece en una tercera edición, consultando para redactarlo los manuscritos de Quesada, Castellanos, Aguado y Medrano. Regresó a América con el nombramiento de obispo de Santa Marta.

Una vez en posesión de su sede eclesiástica, hizo reedificar de piedra la Catedral de esa ciudad, que era un edificio de paja muy dispuesto a los incendios. Sorprendiólo en el mismo lugar la expedición de los piratas ingleses Pedro Duncan y Ricardo Sawkins y el francés Francisco Cozes, quienes, después de saquear a Santa Marta, le llevaron preso a la isla de Providencia: pero Morgan, el jefe de los corsarios, le devolvió la libertad e hizo que le condujeran en un buque a Panamá, de donde ha-

bía sido nombrado últimamente obispo. Terminó su vida en la capital istmeña a los sesenta y cuatro años de edad, en el de 1688, según Vergara y Vergara, aunque el historiador Joaquín Acosta afirma que cuando Piedrahita murió era ya octogenario.

Aunque fruto de selección de una mezcla de sangres —pues descendía del conquistador español Juan Muñoz de Collantes y de la princesa inca doña Francisca Coya, bisabuelos maternos del futuro obispo—, Piedrahita no dejó de compartir, como mestizo, el aborrecimiento del indígena puro con el desprecio y la envidia del hispano. Respecto del primero, él mismo nos da cuenta de aquel odio en el capítulo 2º, libro 1º de su obra, al referir que algunas tribus del Nuevo Reino son tan celosas de la pureza de su sangre "que no se hallará en sus pueblos mestizo que sea hijo de español y de india de su nación, porque temerosas las madres de la condición de estos indios, si acaso por flaqueza han tenido ayuntamiento con algún hombre blanco, se van a parir a los ríos (costumbre usada en ellas), y si por el color de la criatura reconocen que tiene mezcla, la ahogan para que también lo quede su delito".

En cuanto al menosprecio de los héroes hispanos por el producto híbrido de sus amoríos con las terrígenas de América, hay también un testimonio del propio bisnieto de la sobrina de Huayna Çapac, que no puede ser más elocuente por su procedencia y por el lugar en donde lo estampara. En efecto, el párrafo con que cierra su obra el obispo escritor, viene a ser como una queja contra el orgullo español, aun cuando Piedrahita, en su condición de prelado cristiano, trata de ennoblecer aquel sentimiento atribuyéndole un carácter de muy discutible dignidad y pundonor, por la diferencia de cultos y el desnivel natural entre el dominador y el esclavo. Llama la atención el historiador bogotano hacia la singularidad —atribuída equivocada-

mente, según él, a la mucha altivez de los conquistadores— de que "habiendo en el Nuevo Reino tantas mujeres nobles, hijas y hermanas de reyes, caciques y uzaques, que sin menoscabo de su lustre pudieran recibir por esposas los más nobles que pasaron a su conquista, como se practicó en las demás partes de la América, no se hallará que alguno de todos ellos casase con india, por más calificada que fuese; y no, a mi entender, porque notasen desigualdad en la sangre, sino porque mirándolas gentiles y en la sujeción de prisioneras, se desdeñó el pundonor castellano de recibir en consorcio a quien no asintiese a él con libertad de señora y educación de católica, de que resultó ocurrir a Castilla los casados por sus mujeres y los que no lo eran a elegir de su misma nación a las hijas o parientes de aquéllos, o a las que por otro accidente decoroso habían pasado a Indias, de quienes se fundaron las muchas casas de caballeros que ilustran el Nuevo Reino de Granada".

En un viejo infolio que se guarda en nuestro Archivo Nacional, que lleva por título "Libro en que se toma la razón de las executorias del Real Consejo", figura en su página 338 un detalle que sirve no sólo para comprender la seriedad de los cargos que se acostumbraba acumular en aquella época contra los funcionarios públicos, sino también para darnos la clave de la envidia que despertaba el señor Piedrahita, y que fue causa, a no dudarlo, "del asedio tan largo de persecuciones" tramado por sus malquerientes, que le llevaron hasta la corte de su rey, aunque habrían de salir chasqueados, pues éste lejos de castigar las pretendidas faltas del ilustre mestizo, le hubo de sacar "de la bajeza del infortunio para la cumbre de la felicidad". Y fue el caso que cuando llegó a Santafé el visitador don Juan Cornejo, en el año de 1658, enviado por la corte española para residenciar al presidente Dionisio Pérez Manrique, marqués de Santiago y gran amigo de Fernández Piedrahita, aquél apro-

vechó la coyuntura de que su víctima se hallaba fuera de la capital para abrir la visita, y dictó auto por el que prohibía al mandatario moverse del lugar en que se encontraba. Entonces llovieron las quejas contra Pérez Manrique, expresadas con toda libertad por los colonos, y una de ellas no puede ser más curiosa, como reveladora de los prejuicios de raza y de sangre que dominaban social y oficialmente. Entre los cargos graves que resultaron contra el alto funcionario, aparece el de que "hizo ir (al Real Acuerdo) al entierro y honras de Catalina Collantes, madre del doctor Piedrahita, provisor que era 'in sede vacante', siendo la dicha difunta mujer humilde y mestiza, y mujer de un oficial de carpintería".

La posición psicológica y social del primer historiador nativo del Nuevo Reino fue privilegiada, en todo caso, para narrar los hechos, ya que por la raza paterna sentía en su alma el atavismo hidalgo, y por la materna hervía en su sangre el atavismo de la raza indígena. Piedrahita, en efecto, es el único autor del siglo XVII que reconocía el valor y arrojo con que peleaban los naturales de este país, al paso que otros amenguaban muchas veces tales condiciones, o las negaban en absoluto, como acontece en Rodríguez Freyle. Asemejóse en esto al noble poeta de "La Araucana" y preparó el camino a su coterráneo don Juan Bautista de Toro, eclesiástico bogotano que en la centuria siguiente quiso defender a los indios en su obra "El secular religioso" y oponerse a ciertos bárbaros manejos de los españoles. Es digna de citarse sobre el particular la página que Piedrahita consagra para describir la batalla de Las Vueltas entre los ejércitos del Zaque de Tunja y el Zipa de Bogotá. Véase el principio de tan interesante relato:

"Seguía el sol su carrera poco antes de rayar el medio día, y hallándose los tunjanos no menos deseosos de venir a las manos que los bogotaes, bien ordenados de ambas partes los escuadrones,

después de un corto razonamiento que los dos reyes hicieron para aumentarles el ánimo que mostraban, a la primera señal empezaron a resonar los caracoles, pífanos y fotutos, y juntamente la grita y confusión de voces de ambos ejércitos que llamaban "guazabara" y acostumbraban siempre al romper de la batalla; cuyo ataque primero ocurrió por cuenta de Saquezazipa con tanto estrépito y efusión de sangre por aquella muchedumbre de bárbaros derramada, que nadaban las yerbas en arroyos de ella. El primer estrago causaron los pedreros de las dos alas de cada ejército, y entre el restallar de las hondas y silbar de las saetas se fueron mezclando las hileras con tanto coraje, que no se malograba tiro ni golpe entre los combatientes. Veíanse los campos sembrados de penachos y medias lunas de sus dueños, a quienes desamparaban en las últimas angustias de su vida... Nunca Marte se mostró más sangriento y sañudo, ni la muerte recogió más despojos en las batallas más memorables..."

Como se ve, el estilo de nuestro autor es pulcro; sus períodos son generalmente largos, pero cuidadosamente escritos; el modo como presenta los sucesos es claro, y tiene lógicas deducciones. No deja de ser curioso, además, el hecho de que Fernández Piedrahita, criollo americano en cuyas venas hervía la sangre indígena, fuese a narrar la historia de la conquista en España, al paso que varios españoles —como Castellanos, fray Pedro de Aguado y fray Pedro Simón— viniesen a referir el mismo suceso en América.

No fue Piedrahita un escritor original, pues él mismo nos dice que no hizo sino "poner en lengua menos antigua los manuscritos que existían sobre la materia". En cambio de esto, el léxico que emplea, libre, franco, incorrecto a veces, pero siempre sabroso y expresivo; a un tiempo vigoroso y sutil, elegante y puro, imprime un acento de ingenuidad y frescura en la obra del obispo escritor,

que revela su casticismo. A pesar de la erudición extemporánea de que hace gala, lo hermoso de las descripciones y el perfume del terruño se destacan perfectamente. La lengua rica y matizada tiene todo el color de que aun carecen las crónicas anteriores de Quesada, Castellanos, Aguado y el padre Simón. Sólo Rodríguez Freyle le aventaja en ello, y es de admirar que, escribiendo Piedrahita en plena florescencia del culteranismo, tiene el mérito de hallarse libre de tan feo vicio.

Ocupó todos los días del año 1666 —tercero de los seis que permaneció en Madrid— en escribir su libro, cuya primera parte fue publicada en Amberes, en 1668. Casi dos siglos después, en 1881, don Medardo Rivas —quien se proponía reimprimir a nuestros antiguos historiadores— empezó su tarea haciéndolo con Piedrahita. La edición príncipe, hecha por J. B. Verdussen, es bastante hermosa y ostenta en su portada medallones de los conquistadores, dibujos de las principales batallas y retratos imaginarios de los soberanos indígenas, adornados con las insignias de la realeza.

La HISTORIA GENERAL DE LAS CONQUISTAS DEL NUEVO REINO DE GRANADA *aparece precedida de una dedicatoria al rey don Carlos II y de un prólogo al lector en que da cuenta "de los motivos que tuvo para formarla y de la causa final que le puso en el empeño". Diez años transcurrieron desde la fecha en que inició su trabajo hasta la que lleva la dedicatoria, y veinte y dos desde aquélla hasta el año de su publicación. Esta primera parte se halla dividida en doce libros, que forman un total de ochenta y dos capítulos. Todos ellos van encabezados por sendos epígrafes de sabor arcaico, semejantes a los que tiene la "Historia" rimada de Castellanos y otros libros de la época: "Del sitio y corte de Bogotá, majestad de sus reyes, condiciones y forma de sucederse", dice uno; "Da leyes el Zipa en su reino y previénese de todo para la guerra de Tunja", se lee en otro. Los dos primeros libros se*

refieren a la historia indígena, empezando la de la conquista en el tercero con la fundación de Santa Marta por Rodrigo de Bastidas, y terminando con la entrada del primer presidente don Andrés Díez Venero de Leiva, en 1563. La segunda parte abarcaba de ahí hasta el año de 1630; nada se sabe del paradero de ella, y aun se sostiene con muy buenas razones por el historiador don Vicente Restrepo, que el señor Piedrahita no tuvo tiempo ni oportunidad de escribirla.

La obra que hoy se reimprime no está exenta de errores; y como queda dicho que no fue original, escrita con documentos provenientes de archivos públicos o particulares, sino una reproducción modernizada de otras crónicas, muchos de esos yerros son propios de los autores mismos a quienes sigue. Al respecto dice un eminente compatriota: "Piedrahita ignoraba completamente la lengua chibcha, y no supo escribir los nombres propios ni las palabras que copia de este idioma. Incurre algunas veces en contradicciones, por haber olvidado cotejar los escritos de Jiménez de Quesada y de Castellanos. Confórmase en tales casos, en unas partes de su libro, con el primero, y en otras con el segundo. No obstante lo dicho, prestó el señor Piedrahita muy importante servicio dando a la prensa su obra, la que durante dos siglos fue la única historia de la conquista de nuestro territorio que pudo leer el público español y americano. Ella es, además, como el trasunto del "Compendio Historial" de Quesada, cuyo manuscrito se ha perdido." (1).

"Su vida como obispo fue ejemplar —afirma Vergara y Vergara—. Pastor y apóstol al mismo tiempo, visitó y evangelizó las tribus salvajes que existían en su dominio eclesiástico, emprendió la obra de hacer de piedra la iglesia catedral que era

(1) *Vicente Restrepo, "Vida del ilustrísimo señor Fernández de Piedrahita".*

un edificio de paja, y vivió en proverbial pobreza, consumiendo sus rentas en obras públicas y en limosnas; fue, en fin, uno de los obispos más virtuosos que hubo en América. En 1676 fue promovido a la silla de Panamá; pero antes de partir para su nueva diócesis, ocurrió en Santa Marta la entrada y saqueo de los piratas Duncan y Cos (sic). Ni los templos se escaparon del pillaje, y entre los prisioneros cayó el venerable obispo. Los piratas no quisieron creer, al verlo tan mal vestido, que su desnudez fuese otra cosa que avaricia: diéronle tormento para que declarase dónde estaba el dinero y alhajas que le suponían, y el obispo declaró que no poseía sino su anillo episcopal, que había dejado oculto en la iglesia. Despojado de esta alhaja, se le sujetó a rescate que no pudo pagar, y por esto fue llevado a los buques y conducido con mil ultrajes a la presencia de Morgan, que estaba en la isla de Providencia. El jefe fue más generoso; conmovióse a la presencia del venerable obispo, y sabiendo que estaba nombrado para Panamá, le regaló un pontifical que había robado en aquella iglesia, y le condujo con respeto y buen trato a su nueva diócesis. Apenas llegó a ella emprendió sus nuevos trabajos apostólicos, gastando sus rentas en la reducción y evangelización de los indios del Darién. No se satisfacía con predicar en las iglesias sino que lo hacía en las calles y plazas de Panamá todos los domingos. Concluyó al fin su povechosa vida, en 1688, a la edad de 64 años."

Tal fue la simpática figura de este "escogido predicador, de singular ingenio, conceptuoso poeta y de otras loables prendas personales", que tejió, con los primeros verdores de su patria y con la grama de su país la corona de la HISTORIA GENERAL DE LAS CONQUISTAS DEL NUEVO REINO DE GRANADA, *para rendirla como tributo a quienes fundaron el tercer imperio en grandeza y majestad del continente colombino.*

G. O. M.

LIBRO PRIMERO

TRATASE DEL SITIO Y CALIDADES DEL NUEVO REINO DE GRANADA; DASE NOTICIA DE SUS PROVINCIAS, PRIMEROS HABITADORES Y DE LAS COSTUMBRES, RITOS Y LEYES QUE USABAN EN SU GENTILIDAD.

CAPITULO I

DEL SITIO Y CALIDADES DEL NUEVO REINO DE GRANADA

LA conquista del Nuevo Reino de Granada, hecha por las católicas armas de los reyes de España, no menos triunfantes en sus numerosos ejércitos que en el valor de una pequeña tropa de españoles, y la extirpación de la idolatría arraigada por tantos siglos en la barbaridad de sus naturales (empresas que la emulación extranjera oyó como sueños representados a la soberbia española, y después de acreditada con los ojos atribuyó a su desesperación y codicia) es el asunto a que me llama este libro. Y aunque no hubiera otra causa más que el ver por falta de historiador sepultadas en el olvido tan heroicas hazañas, cuando otras de menos consecuencia se hallan ilustradas con premios, en fe de la ponderación de sus escritores, bastaba para que ocupase la pluma en trabajo tan mal agradecido aun de los más interesados. Y aunque los sucesos de que se ha de componer esta historia tengan poco más de doscientos años de antigüedad, son tan varias las fortunas que los españoles corrieron, y su curiosidad tan poca en dejar estampadas las noticias de sus hechos, que con dificultad mucha he encontrado el hilo para salir del laberinto de grandes dificultades, en que mi desvelo no hallaba camino, por la generalidad con que los historiadores de Indias han hablado del Nuevo Reino de Granada: unos llevados de la confusión de las primeras noticias, y otros ocupando sus plumas en la parte a que su afecto encaminó las alabanzas.

Casi en todos ellos me he encontrado siempre con dos cuestiones proemiales, que dilatadas con varias erudiciones, no por ellas se libran de la nota de impertinentes, sin que estos dos términos les sean incompatibles; pues no hay tan malogrado tiempo como el que se gasta en persuadir con discursos, por buenos que sean, a lo que ya no tiene remedio; o en pretender que en la debilidad de las conjeturas se asiente la solidez de las verdades. Forman, pues, la primera contienda sobre si debe quitarse el nombre América a esta cuarta parte del mundo, por no haber sido Américo Vespusio quien la descubrió, sino el famoso Cristóbal Colón, en cuyo obsequio debe llamarse Colona, o Columbiana, como pretende el maestro Fr. Antonio Calancha en el capítulo cuarto del primer libro de su "Crónica del Perú", o Segunda España, como pide Fr. Pedro Simón en el capítulo octavo de la primera notticia historial de las conquistas de tierra firme.

Confieso que tengo mucho que admirar en las vivas alegaciones que ambos cronistas hacen para fundar sus pretensiones; pero me admira más la eficacia o coraje con que tan grandes ingenios se empeñan en que el nombre de América se haya de sepultar, sin que le hagan las honras las otras tres partes del mundo, que con ese nombre la tienen reconocida por hermana. Y aunque ingenuamente hallo que tienen razón para que ese nombre de América no se diese a estas Indias Occidentales, ya puesto y corriente por más de ciento y cincuenta años en cuantos libros extranjeros tratan de su descubrimiento, me persuado a que ninguno de los dos cronistas, que lo mirase a esta luz, negará hoy que, habiendo sido sus alegaciones para conseguir imposibles, deben pasar por la nota de impertinentes, por más que las hayan apadrinado de autoridades y vestido de erudiciones.

De aquí pasan a investigar la parte, el modo y forma con que después del diluvio pasaron desde

alguna de las otras tres partes del mundo los primeros hombres y brutos pobladores de estas Indias Occidentales, porque estando separadas de Asia, Africa y Europa, como de presente lo están, y alumbrados estos historiadores con la certeza de fe de no haberse reservado de aquella inundación general más hombres ni brutos que los que la Sagrada Escritura refiere haber entrado en el arca, y de la experiencia ocular de tanta inmensidad de individuos de todas aquellas especies de animales, como habitaban estas Indias al tiempo que fueron descubiertas por Cristóbal Colón, de que infieren haber sido precisa la navegación y transporte por el mar que las divide, tropiezan luégo con la dificultad de haberse podido hacer por alguna parte distante en tiempo que la noticia de la aguja de marear se ignoraba, y la ferocidad de muchos brutos indomables que hay en estas Indias repugna a la posibilidad de conducirlos y mantenerlos vivos en las embarcaciones, no siendo su transporte de conveniencia alguna para la vida humana.

Fr. Pedro Simón, a vista de estos inconvenientes, facilita mucho este transporte de los animales feroces, sin responder con la demostración de algún particular interés de los hombres a la falta de motivo que se opone de contrario para conducirlos, y no asiente a que la noticia de la aguja o calamita se ignorase después del diluvio hasta los dilatados tiempos que el padre Acosta refiere, pues doscientos años antes de ellos la tuvo, y se valió de ella, Fabio el Napolitano de Melphy, y de que no estaría ignorante Salomón para las navegaciones de Ofir. Y es muy de extrañar que vencidas, como piensa, estas dos graves dificultades, y gobernándose por conjeturas, se incline a que los primeros pobladores de Indias hiciesen su tránsito por el estrecho de Anian, o Groenlandia, en cuya corta distancia bastarían canoas o juncos para el transporte, dejándonos fríos con la espera de alguna dilatada navegación, que comprobase el uso

de la aguja o calamita que presume haber habido desde aquellos tiempos inmediatos al diluvio, de que no vemos otro fruto que el de haber perdido tiempo en la resolución de una duda impertinente.

El maestro Calancha, curioso investigador de las tablas de los más aplaudidos cosmógrafos, después de impugnar los pareceres contrarios (cosa más fácil que defender el propio, cuando también se funda en conjeturas), y persuadido de que los animales feroces no pasarían por mar ni serían llevados de los hombres, por no serles de conveniencia alguna su conducción, no solamente se inclina, sino resuelve haber pasado los primeros que poblaron las Indias por tierra, que presume estaría seca y continuada luégo que se recogieron las aguas del diluvio en aquellos dos estrechos de a ocho y diez leguas de mar que hoy embarazan el tránsito enjuto de Tartaria a Groenlandia, parte septentrional de la Noruega y de Groenlandia a Estotilandia, que ya es parte de las Indias, y se continúa hasta México, según las tablas de Abrahán Hortelio. Fúndase para esto en haber dicho Plinio que diversas veces y en varios reinos se ha visto ser hoy mar lo que ayer fue tierra, y si añadiera que también dice haberse visto, por lo contrario, ser hoy tierra lo que ayer fue mar, no parece tuviera por más clara la prueba de que en los estrechos se descubría la tierra, que la de que a las dos islas cubrían las aguas, la cual no es posible sea clara, ignorándose, como se ignora, la forma en que uno y otro elemento quedaron después del diluvio.

Descúbrese más la debilidad de este fundamento en habernos mostrado la experiencia que el descubrimiento de las Indias no se hiciese en tanto número de años en que ya corría el uso de la aguja por esta parte de los dos estrechos que demuestran las tablas de Abrahán Hortelio, y se viniese a hacer por los españoles, navegando más de mil leguas que hay desde Cádiz hasta la isla

Española, y fue casualidad no haberse hecho desde la Francia, por no haber admitido su rey la propuesta de Cristóbal Colón. Cuyo suceso demuestra que la cercanía de la Tartaria a las Indias por Groenlandia no es premisa de que se deba inferir la certeza de haber sido por esa parte el tránsito de sus primeros pobladores, siendo de menos fundamento la imposibilidad que el maestro Canancha pone en la conducción de los animales feroces por mar, no teniendo en ella conveniencia alguna los hombres, pues sin otra que la de un gusto estragado, vemos cada día llevar a Italia y traer a España tigres de la América, elefantes del Asia y leones de Africa, y, lo que es más, conducir de estos últimos a las Indias Occidentales, como se ha visto en la ciudad de Cartagena, sin haber príncipes en ella en cuyo obsequio hallase disculpa su conducción. Además que no es de poca conveniencia para los hombres manifestar la superioridad de su especie sobre todos los individuos de las otras, con el arte de reducirlos a su obediencia, y pues el fin de salvarlos Dios en el arca fue conservar sus especies para que nuevamente se dilatasen por toda la tierra, visto es que para el cumplimiento de este fin ni le faltarían hombres, ni embarcaciones en qué transportarlos de unas partes a otras, ni disposición para que, domesticados de su Providencia, entrasen en ellas como habían entrado en el arca.

Esto supuesto, las Indias Occidentales, que acreditaron haber nuevo mundo, por los dilatados espacios que ocupan, tan retirados a las noticias de la antigüedad, que afirmó ser del todo inhabitables, generalmente se dividen en dos partes, que la una, mirada de la línea al septentrión, se llama Nueva España, y la otra, de la línea al austro, se llama Perú. Y parece que, próvida la naturaleza en apoyar esta división, puso por lindero para reconocer los términos de cada una, el Istmo o garganta que está entre Panamá y Portobelo, y sirve

a un mismo tiempo de embarazo a la comunicación del mar del sur con las aguas del océano, pero (como aun divididas en esta forma las Indias, cada parte de por sí podía por su grandeza aspirar al nombre que gozan unidas), determinó la providencia humana, para menos confusión de los comercios y conquistas, hacer nueva división de la parte del Perú, conservando este nombre de la parte de la línea al sur, corriendo hasta los términos de Chile, y desde la garganta que la divide de Nueva España, siguiendo la costa de Panamá, hasta el estrecho de Magallanes.

Baste lo dicho del Perú y México para inteligencia de la historia, y volviendo a la nueva división, generalmente se llamó Nuevo Reino la tierra firme que hay de la línea a esta parte del norte, y desde la costa de Barbacoas, Chocó y Darién, en el mar del sur, y corriendo en el mar del norte, desde la de Urabá hasta las bocas del Marañón, que desaguan a barlovento de la isla de Margarita, de suerte que, mirando en esta forma el Nuevo Reino, tiene de longitud más de ochocientas leguas y de latitud cuatrocientas, en que se comprenden las provincias que hoy se llaman equinocciales de Antioquia y Popayán, y las de Cartagena, Santa Marta, Venezuela, Caguán, Mérida, Guayana, Cumaná, Maracapana y San Juan de los Llanos, en cuyos términos se hallan ríos tan caudalosos como ricos de minerales, de los cuales el Orinoco, que por la parte de los Llanos corre a desaguar en frente de la isla de Trinidad, es de tan crecidos raudales que sólo cede ventaja al Marañón, que sirve de foso y lindero al reino del Brasil y al Nuevo de Granada.

El de la Magdalena y el del Cauca, casi iguales en la grandeza, cuyas arenas, sin encarecimiento, son de oro, nacen casi juntos en la provincia de Popayán, y corriendo divididos por más de trescientas leguas, se juntan nueve leguas más abajo de la villa de Mompós, y pasando entre las pro-

vincias de Cartagena y Santa Marta, dividen sus términos y entran en el océano tan pujantes que más de cuatro leguas dentro del mar se cogen dulces sus aguas; y es muy de reparar en los prodigios que obra la naturaleza haber dispuesto su Autor que en toda la distancia que hay entre estos dos ríos, desde que nacen hasta que se juntan, apenas se hallará palmo de tierra que no sea mineral de oro o de plata. Riegan también las provincias por diferentes partes otros ríos poco menores, como son el Meta, el río del Oro, que lo lleva tan fino que es de veinticuatro quilates, el Sogamoso, el de Zulia, el Opón y otros muchos, que tributan al río grande de la Magdalena por las vertientes de una y otra banda, y se tratará más en particular de ellos cuando lo pida la historia.

Esto es por mayor el Nuevo Reino de Granada, que en la gentilidad se llamó de Cundinamarca, pero que al presente conserva el nombre, y es la parte más principal de todas; tendrá (midiéndolo por el aire) ochenta leguas de norte a sur, y pocas menos de este a oeste, que si se midiera por tierra, respecto de los rodeos y vueltas de caminos a que obligan las fragosidades que se encuentran, tendrá muchas más leguas de las referidas. La principal de sus poblaciones y corte del bárbaro rey que lo dominaba era Bogotá, puesta en cuatro grados y medio de la línea de esta banda del norte, que al presente está cinco leguas de la ciudad de Santafé y conserva el antiguo nombre que tenía. Por el oriente cerca el Nuevo Reino hasta el Mediodía la espaciosa grandeza de los Llanos de San Juan. Al occidente tiene montes y bosques inaccesibles y continuados por mucho espacio. Y al septentrión más de doscientas leguas de montaña que rematan en las costas del mar océano. Al fin, es el Nuevo Reino de Granada a la manera de una caja guarnecida por todas partes de asperezas tan fuertes por naturaleza, que para entrar en él sólo se hallan tres o cuatro caminos remo-

tísimos los unos de los otros, y de tantas angosturas y riesgos en diferentes partes por donde necesariamente se ha de pasar, que se imposibilita cualquiera invasión de enemigos con muy poca defensa que le apliquen, y así considerados los peligros y entradas por los ríos Orinoco y el de la Magdalena, y los que hay por las partes de Popayán y Maracaibo, no habrá hombre de grande o mediano discurso que no confiese ser el Nuevo Reino de Granada el más seguro de la monarquía española.

Contiénense dentro de él las provincias de Bogotá, Vélez, Pamplona, La Grita, Mérida, Muzo, Ebaté, Panches, Neiva, Marquetones, Sutagaos, Ubaque, Tensa, Lengupá, Sogamoso y Chita, con toda la sierra; gozan de buenas aguas y caudalosos ríos, que las fecundan y dan hermosura. A la provincia de Bogotá el río Eunzha, que ha mudado el nombre en el de la provincia, y será tan grande como el Guadalquivir por Sevilla. A la de Tunja el río Sogamoso, poco menor. A la de Tenza el Garagoa, que todos tres nacen de los páramos y cordilleras de Gachaneque, en frente de Turmequé, y distante poco más de una legua por ser la parte más alta del Nuevo Reino. A la provincia de Vélez riega el río Sarabita, que al presente se llama de Suárez, por lo que diremos adelante. A la de Pamplona el río del Oro y el de Zulia, mayor que todos, que desagua en la gran laguna de Maracaibo. A la de Muzo el río Zarbe. A los Marquetones Gualí y Guarinó. A la de Neiva el Río Grande, Coello, la Sabandija, Cabrera y otros. A la de Sutagaos el Fusagasugá. A los Panches Ríonegro, Bogotá y otros menores, y otro Ríonegro a Ubaque.

Tan deleitoso sitio es el del Nuevo Reino, que apenas se imaginará deleite a los sentidos que falte en la amenidad de sus países. Hay eminencias limpias y descolladas, vegas apacibles en los ríos, arroyos y fuentes en abundancia, lagunas de aguas

y peces muy saludables. La de Tota, puesta en lo más levantado de un páramo, tiene seis leguas en contorno, formada en círculo perfecto, tan profunda que apenas puede sondarla el arte; sus aguas claras y suaves son de color verde mar en el centro, inquietante a la manera de un golfo y de continuo hacen en las orillas la batería ruidosa que el océano en las arenas. Refiérese de ella que a tiempos descubre un pez negro con la cabeza a manera de buey y mayor que una ballena. Quesada dice que en sus tiempos lo afirmaban personas de gran crédito y los indios decían que era el demonio, y por el año de seiscientos y cincuenta y dos, estando yo en aquel sitio, me refirió haberlo visto doña Andrea de Vargas, señora de aquel país. Otra de Fúquene de más de diez leguas de longitud y tres de latitud, abundante de peces y origen del gran río Sarabita. La de Guatavita, tan celebrada por los tesoros que los antiguos caciques depositaron en sus aguas en ofrendas que le hacían como a dios que adoraban, aunque al presente muy menoscabada la riqueza por la violencia con que la tiene despojada la industria.

Hállanse páramos a quienes el rigor de los fríos hizo inhabitables, y sirven de morada a mucha abundancia de ciervos, osos, conejos, dantas y gatos monteses, donde la inclinación de la caza halla interés y desahogo en los cuidados. Hay llanos de tierras fértiles para todas semillas, principalmente en las provincias de Bogotá, Tunja, Sogamoso y Vélez. Otros para dehesas y pastos de todo género de ganados de los que se crían en España, particularmente en la provincia de Bogotá y Neiva, donde hubo tantos, que más servían de embarazo en la tierra que de provecho. Los bosques son muchos y deleitosos por la variedad de aves que crían para sustento y de pájaros para divertir con su melodía; de éstos los más celebrados son el toche, de color gualdo y negro; el siote, negro todo, con visos de oro en las plumas; el

azulejo celeste y el babaguí amarillo y negro, en cuya comparación no corren el jilguero, ruiseñor, ni el canario, especialmente con el toche, que aventaja a todos en la voz y en el instinto, y de tanto cariño al dueño que aunque le suelte y se vea en libertad, le vuelve el amor a la prisión de la jaula.

Con tanta diversidad de temples crió Dios las Indias Occidentales, que a muy pocas distancias encuentra la experiencia mudanzas en los temperamentos, ya de fríos, ya de muy calientes, ya de templados, pero, generalmente hablando, se compone el Nuevo Reino de Granada de temple frío y caliente: el frío, en lo que se habita, no es de suerte que se necesita de braseros, ni de otros artificios para resistirlo; mas el temple caliente, en su calidad, es más desapacible aunque muy provechoso. Y porque no hará daño a las noticias, será bien referir el temple de que gozan las ciudades que al presente están fundadas en aquellas partes. De la región fría participan Santafé, Tunja, Pamplona y Mérida; y de la cálida Cartagena, Santa Marta, Antioquia, Muzo, Mariquita, Neiva y San Juan de los Llanos, sin otras ciudades que por no ser tan nombradas excuso ahora. En las regiones cálidas todo el año es casi igual en el calor, al modo que en España lo riguroso del verano, y en las frías es igual el frío a la manera que se experimenta por la primavera, porque en estas partes no se conocen los cuatro tiempos, sólo se llama verano cuando no llueve, aunque hiele y haga frío, y se llama invierno cuando llueve, aunque haga calor, y aun en los tiempos de la lluvia no hay consistencia ni certidumbre por la variación con que se introducen las aguas, si bien las más ordinarias suelen ser por octubre y febrero, y siendo estas mudanzas tan contrarias al orden que guarda la naturaleza en las otras partes del mundo, y estando el Nuevo Reino tan debajo de la línea, le bañan aires tan saludables, que es de las tierras más sanas que hay en lo descubierto.

Goza tan felices influjos, que en él se cría el oro en tantas partes que sus minerales exceden a los que están descubiertos en el resto de las Indias, y en las ciudades de Antioquia, Zaragoza, Cáceres, los Remedios, Anserma y el río del Oro no corre plata, porque el oro es la moneda usual con que se comercia. Lo mismo se experimenta en la ciudad de Guamocó, donde se halla, como en las vetas de Pamplena y Llanos de San Juan. Hay plata, y tan fina, que es la más estimada de Indias; sus minas en los Marquetones y Montuosa alta y baja de la provincia de Pamplona, y tan caudalosas, que a no estar falto de naturales el reino para labrarlas, excediera la saca a la del Potosí, respecto de rendir lo más ordinario a dos marcos por quintal, y algunas veces a ocho. El cobre y el plomo son metales de que no se hace caso para labrarlos, habiendo muchos en diferentes partes. Las esmeraldas exceden a las del Oriente con muchas ventajas, y por ellas se ha hecho célebre la provincia de Muzo, donde se crían las mejores, porque las de Somondoco, en la provincia de Tenza, aunque son buenas, no las igualan en la fineza, y lo más singular de sus minas es criarse en ellas las pantauras finas de todos colores, y pintas de oro por la parte interior. Hállanse en las minas de Antioquia y Guamocó diamantes dentro de las puntas de oro, aunque pequeños; jacintos, piedras de cruz de especial virtud para calenturas y reumas, y granates finos con abundancia, de que nace la poca estimación que tienen. El río de la Hacha es bien conocido por la cría de las ricas perlas, que son las más celebradas del Occidente, y Timaná por las amatistas y pantauras, que tanto han acreditado sus países; como a los de Pamplona, Susa y Anserma, las turquesas, girasolas, gallinazas y mapulas.

Los montes son depósito de fieras y animales bravos, principalmente en las tierras cálidas, tigres de notable fiereza, leones aunque pequeños,

chuncos, erizos, zainos, faras, arditas, a la manera de hurones voraces, y de la misma calidad las comadrejas, coyas, escorpiones, víboras, culebras de muchas diferencias y grandeza; y entre todas la más temida, la culebra taya, por su bravosidad y ligereza: es de color pardo, y más pardo repartido en listas, y diferénciase de las demás en que todas huyen del hombre si las sigue, y ésta sólo le acomete sin que la ocasione. En las aguas de algunos ríos, como son el de la Magdalena y el de Fusagasugá, hay caimanes de catorce y diez y seis pies de largo, a la manera de cocodrilos, y así en éstos como en otros ríos, ciénagas y lagunas, se hallan lobos marinos, nutrias, rayas y culebras tan grandes, que en la provincia de San Juan de los Llanos se tragan un hombre. Y como de ordinario suele hallarse junto al riesgo la conveniencia, se encuentran en los mismos ríos y ciénagas muchos géneros de peces buenos para el sustento, en tanta cantidad que no hay arroyo, por pequeño que sea, donde no se halle alguno a propósito.

Entre todos el más aplaudido, así de los extranjeros como de los naturales, es el capitán, de que abundan las provincias de Bogotá, Tunja, Panches, Ebaté y Sutagaos, si bien por la diferencia que hay en la forma de la cabeza le nombran bagre en unas partes y en otras chimbe; pero en el que tiene el río de Bogotá, ha observado la curiosidad un prodigio grande y es que, divididos los huesos o espinas de la cabeza, representa cada uno de por sí una de las insignias de la pasión de Cristo nuestro Señor; de suerte que se mira la lanza, la cruz, los clavos, y así de los demás, como yo lo he visto muchas veces. De la misma manera que se hallan peces provechosos en las aguas, se hallan también en los montes, así de tierra fría como cálida, muchos animales a propósito para el sustento, aunque no tan buenos como los de Europa: liebres, venados, lochns, curíes y zainos, con que se sustentaban los naturales antes de pasar a

Indias los ganados de España. En los mismos montes se hallan maderas de mucha estimación: cedros, nogales, biomatas, ébanos, granadillos; la celebrada madera del Muzo, veteada de negro y colorado; la de guayana, de pardo y negro; el taray, apetecido para vasos; el brasil, para tintas; el salsafrás para medicinas; la grana en Sogamoso; el cacao en Caracas, Mérida y Santa Marta, en que exceden al resto de las Indias; el bálsamo rubio, el benjuí, el estoraque, el incienso y el arbolillo de la vainilla.

Hállanse flores de toda hermosura y fragancia, y como las tierras gozan de una continuada primavera, siempre se ven árboles y campos verdes, y siempre floridos, porque el tiempo de las frutas no embaraza el de las flores. De todo goza justamente y en un mismo sitio, y aun las flores que se han llevado de España, participando aquel clima, siempre lucen en sus jardines, sucediéndose unas a otras, sin que las matas de que proceden lleguen a tiempo de verse desnudas de su hermosura. Y porque las frutas de que goza el Nuevo Reino de Granada son las mismas que hay en el resto de las Indias (de que hay tanto escrito), en particular sólo diré que en la provincia de los Marquetones y en la de los Muzos se cría cierta especie de palmas tan altas, que parece imposible coger la fruta de sus copas; pero como a quien tiene alas nada se le hace dificultoso, gozan las aves de ella, y comiéndose la carne, cae a la tierra el hueso o pepita, que es noguerado y áspero por las puntas que tiene, y quebrándole se saca de él el almendrón por alguna semejanza que tiene a la almendra, pero más grande y de mejor gusto: es fruta de mucha estimación para quien la conoce y ha comido de ella.

CAPITULO II

EN QUE SE DA NOTICIA DE SUS PROVINCIAS Y PRIMEROS HABITANTES

EN la población del mundo repartida entre los hijos de Noé, Sem, Cam y Japheth, le cayó en suerte a Japheth y Noéla o Funda (como quieren otros), el poblar estas Indias Occidentales; y así los naturales de ellas, como los de Europa, traen de él su descendencia, porque los que vanamente atribuyen su origen a Cam, no debieron de reparar en el texto expreso de la Escritura, donde a Cam y Sem se les señala por término al Eufrates. Pero por qué parte pasasen a poblarlas y por dónde fuesen al Nuevo Reino de Granada, no es fácil de averiguar, como ya dijimos, respecto de estar dividida la América de las otras partes del mundo y cercada de golfos dilatados, y ser tan moderno el uso de la aguja para navegación tan larga. Lo que sí es verosímil por conjeturas es que desde los Llanos subieron al Nuevo Reino los primeros que lo habitaron, donde la destemplanza de la región, opuesta a la de que subieron, les obligó a vestirse para reparo de los fríos.

Son tantas y tan diferentes las naciones, y de costumbres tan diversas las personas que las habitan, que con mucho estudio y trabajo aun será dificultoso darlas a entender de manera que den luz a la historia; en lo que todas convienen es en la idolatría, menos la nación de los tammez, que habitan en las cordilleras de los llanos, a los confines del puerto de Casanare, que carecen de ídolos, y en lo demás que obran se gobiernan por reglas de la naturaleza. También convienen en la ociosi-

dad y en la inclinación a la embriaguez y a la mentira; solamente se experimenta que hablan verdad, generalmente, en una cosa, que es en decir las cantidades que deben o les deben; y como por la mayor parte son tímidos, preguntados de repente responden con verdad, lo cual ocasiona el miedo, y en dándoles tiempo a que piensen, pocas veces dejan de mentir, llevados de la inclinación. Lo que es mucho de admirar es que todos los habitadores que se comprenden en el Nuevo Reino de las Indias son hábiles para cualquiera ocupación de ingenio a que los apliquen, principalmente siendo pequeños. Y los que más exceden en habilidad y en el amor y lealtad a los españoles son los achaguas, nación que habita los llanos de San Juan en muchas partes, y de éstos al presente algunos pueblos están reducidos a la fe católica, y otros persisten en su infidelidad, por falta de predicadores evangélicos. Convienen, además de lo referido, en el aborrecimiento a los españoles, defecto que brotan todas las naciones que en sus tierras experimentan el dominio ajeno, y a quienes aborrecen más es a los hijos de indias y españoles, que vulgarmente se llaman mestizos.

La inclinación a los comercios prefiere en los más al noble ejercicio de las armas, si bien algunas naciones se han mostrado valerosas en continuadas guerras, como son los guajiros en la provincia de Santa Marta, que con valor se han defendido de los españoles y conservado en libertad hasta la edad presente. Son constantes en sufrir el hambre y la sed, usan de flechas por armas, de sus hazañas hay mucho escrito por las crónicas y escritores de Indias. Los chimilas, que confinan con ellos, no son tan valientes, pero muy cautelosos y por sus ardides más temidos que los guajiros; andan desnudos y usan de flechas por armas. Los chocoes de las provincias de Antioquia, que llaman equinocciales, imitan en las trazas y traición a los chimilas, aunque en las armas se diferencian por-

que usan dardos de una braza. Son dilatadísimas y ricas estas provincias de oro, y aunque se han hecho muchas entradas en ellas por diferentes capitanes con gran copia de gente, y fundádose algunas ciudades, las han asolado los indios lastimosamente, y de ordinario han perecido a sus manos los capitanes más valerosos, como lo fueron Martín Bueno, Pereira y don Diego de Andrada, que perdió la empresa con muerte irreparable de toda su gente, de que se hallan con tanta soberbia que no excusan de venir a las manos con los españoles, sin ventajas de ardides. No hay en todas ellas pueblo alguno reducido a nuestra santa fe, ni esperanza de que se reduzca, lástima bien considerable en tanta infinidad de almas. Los urabaes, situados entre las provincias del Darién y la de Cartagena, donde está la Casa del Sol, tan justamente decantada y pretendida, como después diremos, usan de flechas y dardos, son muy cautelosos en las guerras y más en los contratos; reconocieron dominio en algún tiempo a los taironas de Santa Marta, cuando los había, y aunque vencidos y guerreados de los españoles de Santa Marta y Cartagena, admitieron ciudades y encomenderos; después la codicia de los gobernadores los desabrió de suerte, con nuevos apuntamientos, que valiéndose de sus ardides lo asolaron todo hasta ponerse en su libertad primera.

En los llanos de San Juan son casi infinitas las naciones que carecen de la luz del Evangelio, casi todas de espíritu cobarde, aunque los caribes, que confinan con la Guayana, han dado muchas veces demostraciones de valerosos, y aun privado a nuestra nación, lastimosamente, de un capitán de tanto valor y esperanzas como lo fue García de Paredes, hijo del otro que admiró Francia. Las armas de que usan son flechas, y tan diestros en manejarlas, que ni el ave en el aire ni el pez en el agua viven seguros de su destreza. Hay entre ellos cierta nación que sin tener lugar fijo en que habitar,

a la manera de los scitas o alarbes, llevan consigo sus familias, y sin hacer asiento en parte determinada, todas las trasiegan. Viven de asaltos y robos, y por esta causa no siembran, de que se origina el odio general que las demás naciones les tienen. Las tierras de los llanos que habitan son tan extendidas y faltas de montes, y tan embarazadas de carrizales y montañas, que para caminar por ellas los españoles necesitan de aguja para no perderse. Hánse descubierto algunas veces provincias riquísimas y de gente política, como le sucedió a Felipe Dutre, que seguía aquellos descubrimientos por los alemanes, que tenían su asiento en Coro, en conformidad de las capitulaciones que asentaron con nuestro invicto emperador Carlos V. Este, pues, descubrió la provincia de los omeguas, que tantas vidas costó entonces, y ha costado después en las entradas de los que han querido imitarle, por ser tan difíciles las primeras sendas, que sin poder encontrarlas se han perdido en ellas, dejando solamente las noticias de la provincia y de sus desgracias.

De esta banda del río Meta están algunos pueblos de indios reducidos, de la otra ninguno, aunque siempre dispuestos por su buen natural a recibir la fe, si su reducción se tratara con el calor que debiera; apetecen la paz con los españoles, por que no les falte el comercio de la sal, que suelen suplirla comiendo tierra, de que mueren miserablemente. Hánse hecho algunas entradas de religiosos, que llevados del celo de las almas, han ido a predicarles con mucho fruto, y entre los que más se han señalado han sido fray Bernardo de Lira, religioso de San Francisco, por los años de 1656 y 1657, y los padres de la Compañía, que a petición del rey cristianísimo envió la Santidad de Inocencio X a las islas sujetas al rey de Francia, y derrotados entraron casi por los mismos años en la Guayana. De estos religiosos era superior Juan Hallay, y compañeros Dionisio de Menslad y An-

tonio de Monsliberth, insignes en letras y espíritu, con cuyo ejemplo, inflamados los religiosos de los colegios del Nuevo Reino, han adelantado la cosecha de las almas desde el pueblo de Casanare, que eligieron por asiento de sus misiones, a cuya imitación los religiosos de San Francisco han renovado al presente por San Juan de los Llanos la conquista espiritual principiada por el dicho padre fray Bernardo de Lira, fray Juan Doblado y fray Blas Moreno, y admitido la de los países de Popayán, que más deseosos de su remedio han salido de las montañas a la provincia de Neiva, poblándose en ella y sujetándose al rey nuestro señor, a quien pidieron párrocos, que tienen al presente de religiosos franciscanos. La verdad es que si los españoles entraran a poblar ciudades en aquellas partes, y reducir naciones tan numerosas, fuera muy fácil conseguirse la conversión de todas por el amparo y refugio que tuvieran los sacerdotes en dichas ciudades para doctrinarlos; pero está ya en las Indias tan tibio aquel primer ardor de las armas católicas, que a nada se inclinan menos que a nuevas conquistas; si la causa es el poco premio que han tenido los que las ganaron, díganlo sus descendientes, que la materia es muy peligrosa de proponer a los que no gustan de que haya servicios de la otra parte del mar, que corran con los más cortos que de ésta se hacen, pues a mí solamente me basta para el asunto reconocer cuán desgraciadamente sirve quien sirve lejos de la presencia de quien le puede premiar.

Esto basta referir de las provincias adyacentes, que sirven de círculo al Nuevo Reino de Granada, y pasando a las más inmediatas a su centro, los muzos y culimas son también naciones belicosas; están apartadas algo más de veinte leguas de Santafé; conquistáronse con dificultad en diferentes batallas; usan de armas envenenadas, y en muchas rebeliones que tuvieron se mostraron valerosos, hasta que la ventaja de gente y armas es-

pañolas los sujetó al yugo del dominio católico a costa de muchas vidas. Los panches, situados en las montañas que hacen frente a Bogotá, mantuvieron guerras muy crueles con sus reyes antiguos, y en las que se les recrecieron con la entrada de los españoles se conservaron en reputación de valerosos con su defensa, aunque últimamente cedieron a los arcabuces y caballos sus lanzas y flechas envenenadas de que usaban. Alimentábanse de carne humana; su traje, el que les dio la naturaleza; no casaban los de un pueblo con mujer alguna de él, porque todos se tenían por hermanos y era sacrosanto para ellos el impedimento del parentesco, pero era tal su ignorancia que si la propia hermana nacía en diferente pueblo, no excusaba casarse con ella el hermano. Si la mujer paría del primer parto hembra, le mataban la hija y todas las demás que naciesen, hasta parir varón; pero si del primer parto nacía varón, aunque después se siguiesen hembras, ninguna mataban. Algo de sus hazañas se dirá en esta primera parte en la fundación de las ciudades de Tocaima y Mariquita, donde habrá campo grande para referirlas más por extenso, sin que se les pueda negar una virtud que tuvieron, y fue contentarse con sus Estados sin pretender ganar los ajenos, de que resultó la ventaja con que triunfaban siempre de otras naciones, por la que hace quien guerrea en su defensa dentro de su misma casa.

Pero entre todas las naciones de que vamos tratando, la que más se ha señalado en valor y fortaleza no solamente en el Nuevo Reino sino en todas las Indias, por la ventaja que ha hecho a las más guerreras, son los pijaos, sin más diferencia de los coyaimas y natagaimas que habitar éstos en los llanos de Neiva y aquéllos en las sierras que confinan con las provincias de Popayán. Pertenece esta nación a la de los pantagoros que ocupan las tierras ásperas y llanas de la otra banda del río de la Magdalena, en que se incluyen los guazquias

y gualíes, que habitan en temperamentos fríos; tamanaes, marquetones y guarinoes en calidísimos. En los casamientos imitan a los panches, y entre ellos hay algunas naciones (no digo todas) que ni adoran sol, ni luna, ni ídolo alguno como los demás bárbaros, sino que tienen por dios al hombre que matan; pero éste no ha de ser de los que matan para comer sino para que sean dioses, porque dicen que aquél sale inocente de este mundo y se hace Dios en el otro, y tiene gran cuenta con quien le hizo el beneficio de matarlo para hacerle bien a él y a toda su familia, pero no a otras, a que añaden otra barbaridad nunca oída, y es que estos dioses no les duran más que cierto número de lunas o meses, y en pasando se quedan sin Dios hasta que hallan a quién matar, que no ha de ser de su pueblo ni enemigo suyo, ni de pueblo contrario, cuya sangre no tienen por inocente sino la de hombres buscados por los caminos, o la de mujeres o niños.

Diéronse, pues, de paz estos pijaos, de que vamos tratando, en los principios de las conquistas, y sujetáronse a pagar tributo a los españoles; pero instigados y mal sufridos del desafuero con que los maltrataban sus encomenderos, trataron de ponerse en libertad por medio de la rebelión. Pusiéronlo con efecto, saqueando y asolando algunas ciudades de la gobernación de Popayán y otras del Nuevo Reino, con lastimoso estrago de sus vecinos. Menos de trescientos indios pusieron en huída muchas veces doblada cantidad de españoles y algunas en peligro notorios ejércitos de ochocientos y de mil hombres, en tanto grado que para sujetarlos fueron necesarios más de veinte años de guerra continua, con crecidos gastos de la Real Hacienda y asistencia de don Juan de Borja, presidente del Nuevo Reino, y de otros capitanes famosos; de sus hechos se pudieran escribir libros enteros: diráse lo bastante donde tocare a la historia. Sus armas ofensivas eran lanzas de veinti-

cinco palmos y piedras que despedían desde las peñas en que se fortificaban. Lo que más importó para sujetarlos fue el favor y ayuda que los españoles tuvieron en los coyaimas y natagaimas, que desde que reconocieron el yugo de la católica monarquía (libres de encomenderos) han sido los soldados más a propósito, no solamente para ruina de los pijaos sino para el allanamiento de otras naciones, porque son tan temidos que con la presencia sola vencen; su lealtad tan segura que jamás han dado indicio de lo contrario. Reconocen por el olor las emboscadas que hay en los montes, de que es la causa la viveza grande que tienen del olfato y el betún o vija que usan untarse generalmente los indios que andan de guerra. Sus armas son las mismas que las de los pijaos, su aspecto feroz a la vista; críanse en región muy cálida y fértil, y así salen altos de cuerpo y fornidos de miembros; y porque al nacer tienen costumbre de poner entre dos tablillas la cabeza tierna de la criatura, desde el nacimiento de la nariz para arriba, de suerte que no quede redonda sino aplanada (en que los imitan los pijaos y panches), se les aumenta nueva ferocidad a la vista, y últimamente son celosos en tanto grado, que no se hallará en sus pueblos mestizo que sea hijo de español y de india de su nación, porque, temerosas las madres de la condición de estos indios, si acaso por flaqueza han tenido ayuntamiento con algún hombre blanco, se van a parir a los ríos (costumbre usada en ellas), y si por el color de la criatura reconocen que tiene mezcla, la ahogan para que también lo quede su delito.

Los sutagaos, sus confinantes, y de los moscas y panches, poblados entre los dos ríos de Pasca y Sumapaz (que entran juntos con el nombre de Fusagasugá por la jurisdicción de Tocaima hasta encontrarse con el río de la Magdalena), son de mediana estatura y de pronunciación tan meliflua, que bien claramente dan a entender la cortedad

de su ánimo. Tenían por su principal ocupación saltear en cuadrillas por los caminos, no con ánimo de matar los pasajeros sino de robarles la hacienda, y tenían asimismo por sacrificio el más acepto la ofrenda que hacían de lo robado a ciertos ídolos de oro, barro y madera, que adoraban, de suerte que no habían de entrar en sus casas después de haber salteado, sin que primero llevasen al templo el robo, y allí ofreciesen de él la parte que les pareciese, llevándose lo demás para gozar de ello como de cosa santa que había pasado por manos de sacerdotes; y es cosa de notar que no ofrecían jamás un maravedí solo de su hacienda, pareciéndoles que el ídolo no quedaría contento si no fuese con parte del hurto. ¡Oh! ¡Cuántos sutagaos parece que hoy viven con los mismos ritos, pues guardando lo propio no saben ser liberales si no es de lo ajeno! ¡Y cuántos ídolos permanecen afianzando su adoración en la parte que les cabe de lo robado! Sus armas eran flechas envenenadas, y las más temidas, las yerbas venenosas de que abundan y de que se valían para matar a los que se les antojaba, con pacto tan especial del demonio, que haciendo una raya con el veneno en algún camino, moría solamente el que querían, aunque otros muchos con él lo atravesasen. Con los pijaos tuvieron estrecha confederación en sus guerras al tiempo de la conquista, y a los sumapaces, doas y cundayes dominaron más con el espanto de sus hechizos y yerbas que con él valor de sus armas.

Los laches, a quienes divide el río Sogamoso de los Estados y tierras del Tundama, en las provincias de Tunja, y corren por páramos y tierras cálidas hasta confinar con los tammez y provincias de los chitareros, son de natural barbarísimo, y de sus burlas no salen con menos daños que de la más cruda guerra. Su juego más celebrado era salirse a los campos por parcialidades o capitanías, a pelear unas contra otras, arreadas de varias plumas y galas, y sin más armas que las manos, con

que a puño cerrado, y sin llegar a luchar, batallaban hasta caer o cansarse después de bien lastimados, y a estas fiestas llaman Momas, en que hay tiros y golpes con mucha destreza, y dignos de ver, y permanecen hasta el tiempo presente con tanto aplauso, que los españoles no se desdeñan de caminar diez y doce leguas por llegar a tiempo de su celebridad.

Viven hermanados con los ipuyes y achaguas; y aunque todas las demás naciones abominan la sodomía tanto, que por haberse hallado un indio mosca (cuatro veintes de años, que hacen ochenta, antes que los españoles entrasen en el Nuevo Reino) que lo cometió, se refiere por los mismos indios haberle dado por pena que lo dividiesen en veinte trozos, y cada cual se quemase en partes diferentes; de suerte que en veinte pueblos del reino fue quemado el sodomita. Con todo eso, como entre los laches todo lo trabajan las mujeres, sin que haya ocupación ni ejercicio, fuera de la guerra, a que no resista la ociosidad con que viven, y ambición que tienen de estar bien servidos, tenían por ley que si la mujer paría cinco varones continuados, sin parir hija, pudiesen hacer hembra a uno de los hijos a las doce lunas de edad, esto es, en cuanto a criarlo e imponerlo en costumbres de mujer, y como lo criaban de aquella manera, salían tan perfectas hembras en el talle y ademanes del cuerpo, que cualquiera que los viese no los diferenciaría de las otras mujeres, y a éstos llamaban Cusmos, y ejercitaban los oficios de mujeres con robustecidad de hombres, por lo cual, en llegando a edad suficiente, los casaban como a mujeres y preferíanlas los laches a las verdaderas, de que se seguía que la abominación de la sodomía fuese permitida en esta nación del reino solamente, que se continuó hasta después de fundarse la Real Audiencia en Santafé, que procedió al remedio de semejante maldad, haciéndo-

les usar de los oficios de hombres y obligándoles a vestirse como tales, aunque jamás se vio que alguno desmintiese con el traje varonil la costumbre en que estaba connaturalizado desde pequeño. Tal era el melindre con que se ponían la manta y los que demostraban en los visajes al tiempo de hablar con otros hombres, y si morían los lloraban así hombres como mujeres, llamándolos en sus endechas malogradas y desdichadas, y otros epítetos usados con las mujeres verdaderas. Adoraban por dioses a todas las piedras, porque decían que todas habían sido primero hombres, y que todos los hombres en muriendo se convertían en piedras, y había de llegar el día en que todas las piedras resucitasen hechas hombres. Adoraban también a su misma sombra, de suerte que siempre llevaban a su dios consigo y viéndolo, como hiciese el día claro, y aunque conocían que la sombra se causaba de la luz y cuerpo interpuesto, respondían que aquello lo hacía el sol para darles dioses, cosa que no extrañará hoy la política del mundo, sabiendo que los ministros son las sombras de los reyes y que se alzan con la adoración de dioses, tanto más grandes cuanto por más retirada la influencia de la luz hace mayores las sombras, y si para conveneerlos les mostraban las sombras de los árboles y de las piedras, nada bastaba, porque a las primeras tenían por dioses de los árboles y a las segundas por dioses de sus dioses, tanta era su estolidez y desdicha.

Andaban mezclados estos laches con los chitareros de la provincia en que hoy está fundada la ciudad de Pamplona, de quienes no se puede ponderar la brutalidad de costumbres, pues a no haber mostrado la experiencia que se ha hecho de ellos después de conquistados, ser hombres como los demás, pudieran reputarse por brutos. Tanta era su falta de enseñanza en cualquiera de las costumbres morales, viviendo todos sin acordarse de que habían de morir, y muriendo sin demostración

de que hubiesen nacido; de todo lo cual se infiere, para mayor claridad de esta historia, que todas estas provincias incluídas dentro de aquel círculo de otras más distantes que hicimos, contienen y se componen de seis naciones principales, de las cuales cada una separada comprende dentro de sí otras muchas agregadas por la comunicación y amistad, o semejanza del idioma. La primera de los pantagoros, que habitan (como dijimos) de la otra parte del río grande de la Magdalena, y tienen como inferiores a los camanaes, guarinoes, marquetones, guascuyas, pijaos, gualíes, guaguas y doimas. La segunda de los panches de esta banda del dicho río grande, a quienes se juntan los calandaimas, parriparries y amurcas. La tercera de los sutagaos, que dominan a los sumapaces, cundayes y neivas. La cuarta de los chitareros, que incluyen a los timotes, barbures, cayos, chinatos, surataes, motilones, capachos y otros muchos que se corresponden con ellos. La quinta de los laches, hermanada en trato y amistad con los ipuyes, caquesios, tammez y achaguas. Y la sexta y última de los moscas, que habitan en el centro y corazón de todo el reino, y es su provincia como el meollo de toda la tierra, debajo de la cual comprendemos la de Guane, que cae en la jurisdicción de Vélez, y la de muzos y colimas, que está entre ella y la de los panches.

En ésta, pues, son los naturales más políticos y andan todos vestidos, a que les obliga (como tengo dicho) el temple de la región fría que habitan, cuando corre el viento sudoeste, atravesando sus páramos, que llaman los bogotaes Ubaque. Sus más ordinarios vestidos son de algodón, de que tejen camisetas a la manera de túnicas cerradas, que les llegan poco más abajo de la rodilla, y de lo mismo mantas cuadradas, que les sirven de palio; las más comunes son blancas y la gente ilustre las acostumbra pintadas de pincel con tintas negras y coloradas, y en éstas fundaban su mayor

riqueza. En las cabezas usaban casquetes, los más de ellos de pieles de animales bravos, como son osos, tigres y leones, matizados de plumería de todos colores, y en las frentes medias lunas de oro o plata, con las puntas a la parte de arriba. En los brazos se ponían por brazaletes sartales de cuentas de piedra o hueso; chagualas de oro en las narices y orejas, que para este efecto horadaban, y la mayor gala consistía en pintarse el rostro y cuerpo con vija o con pintas negras de jagua, que es una tinta que se hace de cierta fruta de su nombre y permanece por muchos días, al contrario de la tinta de vija, que es colorada y con facilidad se destiñe. Las mujeres usaban una manta cuadrada, que llamaban chircate, ceñida a la cintura con una faja, que en su idioma llaman chumbe o maure, y sobre los hombros otra manta pequeña, nombrada liquira, prendida en los pechos con un alfiler grande de oro o plata, que tiene la cabeza como un cascabel y llaman topo, de suerte que los pechos quedaban casi descubiertos. Usaban y usan de presente las mismas tintas de vija y jagua para arrebolarse los rostros y brazos, que son los afeites que en su estimación las hermosean, aunque ya todos estos trajes y arreboles se van olvidando, porque la comunicación de los españoles les ha hecho vestir el suyo y les parecen mejor los géneros de ropa que se llevan de estos reinos, que los de sus tierras. Los varones traen el cabello largo hasta los hombros y partido en forma nazarena, y las mujeres le usan suelto y muy crecido y con tal cuidado en que sea largo y negro, que se valen de las virtudes de algunas yerbas para crecerlo y de lejías fuertes (en que lo meten con la pensión de estar al fuego) para conseguir que se ponga más negro de lo que es. La afrenta mayor que padecían hombres y mujeres era que les cortasen el cabello, o su cacique les rompiese la manta por sus delitos o con el fin de agraviarlos, y así era este género de pena el que más temían, pero

ya su malicia y poco caso que hacen de ella es causa de que el castigo que a los principios fue provechoso, no sirva al presente de nada.

Son todos estos naturales, así hombres como mujeres, por la mayor parte, de hermosos rostros y buena disposición, singularmente en Duitama, Tota y Sogamoso, en jurisdicción de Tunja, y en Guane y Chanchón, de la provincia de Vélez, donde las mujeres son hermosísimas y bien agraciadas. El estilo que observaban en sus desposorios era que el varón pedía al padre (o persona que le sustituía) la mujer a quien se inclinaba para casarse con ella, ofreciendo cierta cantidad de hacienda por ella, según su caudal, y si se la negaba ofrecía otra tanta más hasta la tercera vez, y si todavía no se la daban, desistía de la pretensión para siempre, pero si aceptaban la oferta, tenía algunos días la mujer a su disposición y si le parecía bien se casaba con ella, y si no la volvía a sus padres, y en esta forma se casaban con tantas mujeres cuantas podía sustentar la posibilidad de cada uno. Con hermanas, primas y sobrinas no se casaban, antes lo tenían por prohibido, aunque fuesen reyes, y en esta atención y respeto al parentesco de sanguinidad excedieron los reyes de Bogotá a los incas, que se casaban con sus mismas hermanas y parientas más cercanas. Pero en el parentesco de afinidad eran tan poco atentos, que no reparaban en apetecer y tener muchas hermanas, y aun en los tiempos presentes hacen muy poco escrúpulo de juntarse con sus cuñadas, con harta lástima del poco remedio que en esto hay y del mucho daño que se sigue para sus almas.

Las armas que usaban generalmente en toda la tierra fría eran ondas, con que jugaban su mosquetería de piedras, espadas de macana tan grandes y algo más anchas que montantes. Es la macana una madera durísima, que se labra con el lustre y filos del acero, y así en las picas, dardos y flechas que usan éstas y otras naciones, ponen

de macana lo que en España se pone de acero en las lanzas y chuzos, pero la más común arma que tenían para sus guerras eran tiraderas, que son ciertos dardillos de varillas livianas, a manera de carrizos, con puntas de macana, los cuales tiran no con amientos de hilo, sino con un palillo de dos palmos del grosor del jaculillo, prolongando con él la tercia parte de la caña; éste tiene dos ganchos fijados y distintos, cada cual de ellos en un extremo del amiento que he dicho; con el uno ocupan el pie raso del dardillo y con el otro lo aprietan con el dedo del índice corvado, hasta que el dardillo se desembaraza, según la fuerza del que lo despide, y como no tienen armas defensivas ni reparos de ropa que basten a resistirlos, no deja de ser arma peligrosa, aunque limpia de veneno. De todas, pues, las que usan en Indias, ésta es la menos ofensiva y no como la que tiene otra nación de los Llanos de unas flechillas o virotes que despiden por cerbatanas, y los hacen de palillos con punta de macana o espina de algún pescado grande, y envuelto el cuerpo de la flechilla con hilo de algodón de tanto grosor, que baste a llenar el hueco de la cerbatana; éstas las untan y preparan con fortísimo veneno, y las despiden con el soplo, con tanta certeza en la puntería (como no esté muy distante el blanco a que tiran), que rara vez le yerran por pequeño que sea, y herido el cuerpo con ella, aunque muy levemente, causan bascas y angustias mortales que en breve tiempo quitan la vida.

CAPITULO III

DE LAS COSTUMBRES, RITOS Y CEREMONIAS QUE USABAN LOS INDIOS MOSCAS EN SU GENTILIDAD.

CREIAN todos los indios que había un autor de la naturaleza, que hizo el cielo y la tierra; mas no por eso dejaban de adorar por dios al sol por su hermosura y a la luna, porque la tenían por su mujer; a ésta llamaban Chia y al sol Zuhé, y así para dar a los españoles un epíteto de suma grandeza los llamaron Zuhá, y conservan esta locución hasta hoy en su idioma. Además de esto, en varias partes adoraban montes, lagunas, ríos, árboles y muchos ídolos que tenían en sus santuarios y oratorios. Una cosa muy digna de saberse refiere Castellanos haber leído en un libro manuscrito que dejó el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, y es la costumbre que tenían los indios de poner sobre la sepultura de los que morían de picadura de culebra la señal de la cruz. Tan antiguo dictamo es en todas partes esta señal contra el venenoso contagio de las serpientes; la causa discurriremos en su lugar. Afirmaban la inmortalidad del alma, y así, cuando moría alguno, le metían en el sepulcro mantenimientos de comer y beber, y si era cacique o rey, criados y mujeres, las que le habían servido más bien, y gran cantidad de oro y esmeraldas que enterraban juntamente con ellos, porque con la certeza de la inmortalidad del alma mezclaban el error de que los que morían pasaban a otras tierras muy retiradas, donde habían menester toda aquella prevención, así para el camino como para su servicio, porque allá necesitaban de

cultivar los campos y hacer labranzas como las que dejaban.

Esperaban el juicio universal, y creían la resurrección de los muertos; pero añadían que en resucitando habían de volver a vivir y gozar de aquellas mismas tierras en que estaban antes de morir, porque se habían de conservar en el mismo ser y hermosura que tenían entonces. Tenían alguna noticia del diluvio y de la creación del mundo, pero con tanta adición de disparates que fuera indecencia reducirlos a la pluma, y comunicados en esta materia, referían, y lo hacen al presente por tradición de unos en otros, que en los pasados siglos aportó a aquellas regiones un hombre extranjero, a quien llamaban unos Nemquetheba, otros Bochica y otros Zuhé, y algunos dicen que no fue sólo el extranjero, sino tres, que en diferentes tiempos entraron predicando, pero lo más común y recibido entre ellos es que fue uno solo con los tres epítetos referidos. Este tal, dicen que tenía la barba muy crecida hasta la cintura, los cabellos recogidos con una cinta como trenza puesta a la manera que los antiguos fariseos usaban los pilacterios o coronas con que se rodeaban las cabezas, trayendo colocados en mitad de la frente los preceptos del Decálogo. Pues a ese modo, refieren, le usaba, y en esa forma, en los rodetes que se ponen los indios en las cabezas, colocan una rosa de plumas, que les cae sobre las cejas. Andaba este hombre con las plantas desnudas y traía una almalafa puesta, cuyas puntas juntaba con un nudo sobre el hombro, de donde añaden haber tomado el traje, el uso del cabello y de andar descalzos.

Predicábales el Bochica muchas cosas buenas (según refieren, y si lo eran, bien se ve el poco caso que hicieron de ellas). Conforman también en decir que aportó después una mujer de extremada belleza, que les predicaba y enseñaba cosas muy contrarias y opuestas a la doctrina del Bochica, y

válense de otros tres epítetos diferentes para nombrarla: unos llamándola Chia, otros Yubecayguaya y otros Huytháca, a cuyas opiniones, difundidas con novedad y malicia, se llegaba innumerable concurso de gente, achaque muy ordinario en la inclinación humana, pero como eran malas las cosas que enseñaba, dicen los más que el Bochica la convirtió en lechuza; otros, que la trasladó al cielo para que fuese mujer del sol y alumbrase de noche, sin parecer de día por las maldades que había predicado, y que desde entonces hay luna, a que añaden los ubaques que la tal Chia era mujer de Vaqui y tuvo una hija que casó con el capitán de los demonios. Y en este particular de transformaciones refieren tantas fábulas, que si se hubiese de hacer memoria de ellas, fuera necesario más volumen que el de todos los poetas gentiles. Sólo diré de paso lo que corre por cierto, y es que entre los indios hay algunos tan grandes hechiceros, que toman las apariencias de tigres y leones y de otros animales nocivos, y hacen los propios efectos que los verdaderos acostumbran hacer en daño del género humano, y es muy creíble que de la comunicación que tienen con el demonio resulten estas ilusiones y apariencias ejecutadas por gente que le vive sujeta y tan inclinada a la maldad, además de la ceguedad del barbarismo en que se crían desde que nacen, y así Huytháca (que debía ser el demonio, o algún discípulo o ministro de sus artes mágicas) atraía con la facilidad que refieren la muchedumbre de esta caterva ruda para que siguiese su doctrina y ceremonias tan ajenas de hombres, como se experimenta en las que hasta hoy conservan, sin que basten razones ni autoridad de ministros evangélicos para borrarlas de sus memorias.

Del Bochica refieren en particular muchos beneficios que les hizo, como son, decir que por inundaciones del río Funza, en que intervino el arte de Huytháca, se anegó la sabana o pampa de Bogotá, y crecieron las aguas, de suerte que obligó

a los naturales a poblarse en las cabezas más levantadas de los montes, donde estuvieron hasta que llegó el Bochica, y con el bordón hiriendo en una serranía abrió camino a las aguas, que dejaron luégo la tierra llana, de manera que pudiese habitarse como de antes, y que fue tal el ímpetu de las aguas represadas maltratando y rompiendo peñas, que de él se formó el salto de Tequendama, tan celebrado por una de las maravillas del mundo, que lo hace el río Funza, cayendo de la canal que se forma entre dos peñascos de más de media legua de alto hasta lo profundo de otras peñas que lo reciben con tan violento curso, que el ruido del golpe se oye a siete leguas de distancia. Los más días está impedido de poderse ver con distinción, respecto de que la caída y precipicio de las aguas forman una niebla oscura que embaraza la vista: bájase a él por una montaña de agradable deleite a los ojos; pero quien más lo acrecienta son las peñas tajadas, que del uno y otro lado formó la naturaleza tan niveladas, que no las pudiera el arte sacar más perfectas de piedra labrada a cincel. Dista este salto poco menos de ocho leguas de la ciudad de Santafé. Ultimamente afirman del Bochica que murió en Sogamoso después de su predicación, y que habiendo vivido allí retirado veinte veces cinco veintes de años, que por su cuenta hacen dos mil, fue trasladado al cielo, y que al tiempo de su partida dejó al cacique de aquella provincia por heredero de su santidad y poderío, y de aquí es la veneración que tienen a todo aquel territorio, como a tierra santa, y en memoria de este Bochica hay una carrera abierta desde los Llanos a Sogamoso, que tendrá como cien leguas de longitud, muy ancha, y con sus valladares o pretiles por una y otra parte, aunque ya maltratada y oscurecida con la paja y barzal que se ha criado en ella, por la cual dicen que subió el Bochica desde los Llanos al Nuevo Reino.

No hay duda en que lo más de esta relación se compone de fábulas y engaños, y que de ordina-

rio en la gente ignorante, el mismo no saber dar razón de las cosas les persuade y dicta notables quimeras, que fácilmente abraza su incapacidad. Pero siendo cierto (como lo es) que no hubo parte en el mundo donde no resonasen las noticias del Evangelio, divulgadas por los discípulos de Cristo Nuestro Señor, que para este efecto se dividieron por todo el universo predicando su doctrina, y siendo tan corriente en los autores modernos (a que dieron luz los antiguos) que entre las demás partes en que predicó el bienaventurado apóstol San Bartolomé, fue una de ellas ésta de las Indias Occidentales, es muy verosímil que el Bochica, de quien hacen esta relación, fuese este glorioso apóstol, y con la antigüedad del tiempo y falta de letras o jeroglíficos para escribir y estampar sus acaecimientos, variásen de suerte las noticias de ellos en las memorias de unos a otros (que son los libros historiales que tenían), que de un suceso verdadero hayan fabricado una fábula tan llena de los errores que van referidos; y muévenme a pensarlo así los motivos que se irán expresando sucintamente.

Sea el primero la antigüedad del tiempo en que refieren aquella venida del Bochica: las señas del traje que vestía, que es el que ellos usan de túnica, manta y cabello largo en forma nazarena; el haberle dado entre otros el epíteto de Zuhé, que es el mismo que dieron después a los primeros hombres blancos que vieron en las conquistas; el conocimiento de que las cosas que el Bochica les enseñaba eran buenas, siendo así que tenían por malo (aunque lo seguían) lo mismo que nosotros tenemos por tal. Sea el segundo el referir que fueron beneficios los que recibieron de sus manos, como son las noticias que conservaron de la inmortalidad del alma, del juicio universal y resurrección de la carne, aunque acompañadas, por su negligencia, de tantos errores: la veneración a la santísima cruz, poniéndola (como dijimos) sobre

algunos sepulcros; la ruina de Huytháca, muy conforme a los trofeos que el glorioso apóstol tuvo de muchos ídolos en que se disfrazaba el demonio. Y sea el tercero, el sentimiento común de naturales y extranjeros de que el vestigio que se halla estampado en una piedra de la provincia de Ubaque fue señal del pie del apóstol, que dejó para prueba de su predicación y tránsito por aquellas partes, como por las de Quito, donde se halla otra en la misma forma. Noticias y acciones son éstas que sin grave nota no podremos atribuírlas a otro que a San Bartolomé, y si no, dígame el más curioso lector, ¿de quién otro que de un apóstol pudieran referirse entre gentiles las que tenemos dichas?

Tenían templos o santuarios, y de éstos los más celebrados eran los de Bogotá, Sogamoso y Guatavita; en ellos adoraban mucha diversidad de ídolos, como son figuras del sol y de la luna, formadas de plata y oro, y del mismo metal figuras de hombres y mujeres, otras de madera, hilo y de cera, grandes unas y otras pequeñas, y todos estos ídolos con cabelleras y mal tallados; vestíanlos de mantas de pincel, que son las más estimadas, y puestos en orden, siempre juntaban la figura del varón con la de la hembra. Para aumentar el culto de esta falsa religión tenían sacerdotes y ministros de ella, que llamaban Chuques, todos agoreros, y que de ordinario consultaban al demonio con varias supersticiones, para que les diese respuestas a las consultas que le hacían. Por mano de estos sacerdotes se ejecutaban las víctimas de sangre humana, y se hacían las ofrendas a sus ídolos, de esmeraldas, oro en polvo o en puntas, y asimismo de diferentes figuras de culebras, sapos, lagartijas, hormigas y gusanos, casquetes, brazaletes, diademas, monas, raposas y vasos, todo de oro; ofrecían también tigres, leones y otras cosas de menor importancia, como son pájaros y vasijas de barro, con mantenimientos o sin ellos.

Estos jeques tenían su morada y habitación en

los templos, y trataré de sus costumbres para que algunas de ellas sirvan de confusión a los que somos indignos ministros de Dios. No se les permitía casarse, vivían castamente y era tanto el rigor con que se atendía a que en esto fuesen observantes, que si había presunción de lo contrario los privaban del ministerio. Decían que teniéndolos por hombres santos, a quienes respetaban y honraban más que a todos, y con quienes consultaban las materias más graves, era de mucha indecencia y estorbo que fuesen profanos y sensuales, y añadían que las manos con que se hacían las ofrendas y sacrificios a los dioses en sus templos debían ser limpias y no polutas. Vivían con notable recogimiento, y eran tan abstinentes que cuando comían era muy poco y ligero. Hablaban pocas palabras y dormían menos, porque lo más de la noche lo gastaban en mascar hayo, que es la yerba que en el Perú llaman coca, y son ciertas hojas como las del zumaque, y de la misma suerte las labranzas en que las crían, y cuando está la cosecha en sazón (que se reconoce por la sazón de la frutilla de sus árboles), van cortándolas con la uña del dedo pulgar, de una en una, a raíz del palillo en que nacen, y tendiéndolas en mantas que previenen para este efecto; después las ponen en una vasija de barro sobre el fuego, y tostadas las guardan, o para el comercio en que fundan su mayor riqueza, o para el gasto de casa y familia. El palillo es de muy suave olor, y la hoja no es de mal gusto antes de ponerla al fuego, pero después es amarga y entorpece la lengua. El jugo del hayo es de tanto vigor y sustento para los indios, que con él no sienten sed ni hambre, antes los alienta para el trabajo, que viene a ser el tiempo en que más lo usan, y asimismo debe de ser muy provechoso para conservar la dentadura, por lo que se experimenta aun en los indios más ancianos. De antes usaban mascar esta yerba simple, pero ya la mezclan con cal de caracoles, que han introducido algunos es-

pañoles, y llaman poporo, y con anua, que es otro género de masa que embriaga los sentidos. Las partes más fértiles de esta hoja son en la provincia de los sutagaos y en Soatá, de la provincia de Duitama, y es de tanta estimación que con ella sahumaban los jeques a sus ídolos, si bien los perfumes de que más se valían eran de trementina parda, de caracolillos y almejuelas y de moque, a manera de incienso, y cada cual género de éstos de infernal olor y digno de que con él diesen culto al demonio, de cuyos mandatos no discrepaban los jeques, aunque lo reconocían por padre de la mentira y sabían que los ídolos, como obras fabricadas de manos de hombres, no tenían potestad para hacerles bien ni mal; pero decían que el demonio lo mandaba, y quería ser honrado de aquella suerte, y que así no podían hacer menos que obedecerle. No es posible que pueda llegar a más la desdicha que a conocer el mal y apetecerle, encontrar la libertad y amar la esclavitud, descubrir el engaño y regirse por él.

Tampoco estaban libres de ritos y ceremonias los hombres y mujeres cuando iban a los templos a sus ofrendas y sacrificios, pues con el fin de tener a sus dioses más propicios para las súplicas que habían de hacerles, ayunaban (antes de ponerlas en ejecución) grande número de días, y muchos de ellos sin comer cosa alguna, y en los que comían algo no había de ser de carne ni pescado, sino de yerbas o semejante género de muy poca sustancia, y eso sin sal ni ají, que es el pimiento de España y el condimento que más agrada a los indios; y no sólo a esto se reducía la abstinencia sino a un recogimiento grande mientras duraba el ayuno, y en ese tiempo no se lavaban el cuerpo, siendo cosa que usan por momentos. Apartábanse los hombres de todo género de mujeres, y ellas de los hombres, y esto lo hacían con tanto afecto que aunque reconociesen en sí notable riesgo de la vida, no dejaban el recogimiento ni la abs-

tinencia. Concluído el ayuno, que llaman zaga, entregaban sus dones al jeque, que no habiendo tenido menos abstinencia los ofrecía al demonio, consultándole con ceremonias sobre la pretensión de los que le ofrendaban, y habiéndole respondido a la consulta con palabras equívocas (que es el arte más ordinario de sus engaños), refería el jeque la respuesta con la misma equivocación.

Recibida la respuesta por los dueños de la ofrenda se iban muy consolados y alegres, y con cierto jabón que usan de unas frutillas que llaman guabas, se bañaban y limpiaban los cuerpos muy bien; vestíanse mantas nuevas y convidaban a los parientes y amigos para banquetearlos algunos días; gastaban mucha cantidad de chicha (que es el vino que usan); danzaban y bailaban al compás de sus caracoles y fotutos; cantaban juntamente algunos versos o canciones que hacen en su idioma y tienen cierta medida y consonancia, a manera de villancicos y endechas de los españoles. En este género de versos refieren los sucesos presentes y pasados y en ellos vituperan o engrandecen el honor o deshonor de las personas a quienes los componen; en las materias graves mezclan muchas pausas y en las alegres guardan proporción, pero siempre parecen sus cantos tristes y fríos, y lo mismo sus bailes y danzas, mas tan acompasados que no discrepan un solo punto en los visajes y movimientos, y de ordinario usan estos bailes en corro, asidos de las manos y mezclados hombres y mujeres. La misma proporción guardan cuando arrastran madera o piedra, juntando a un tiempo la voz, los pies y las manos al compás de la voz de uno que les sirve de guía, a la manera que saloman los marineros en los navíos, y es para ellos este ejercicio de tanto gusto que lo tienen por fiesta, y para entonces se ponen penachos de plumas y medias lunas; píntanse y arréanse, y llevan mucha cantidad del vino que gastan, cargado en sus mujeres, a que se reduce toda la fiesta.

CAPITULO IV

DE OTRAS CEREMONIAS Y COSTUMBRES QUE TENIAN LOS MOSCAS, Y DE LAS PROCESIONES QUE HACIAN.

LOS sacrificios que tenían por más agradables a sus dioses eran los de sangre humana, y entre todos veneraban por el supremo el que hacían de la de algún mancebo natural de un pueblo que estaba fundado en las vertientes de los Llanos, y que se hubiese criado desde pequeño en cierto templo, que en él había dedicado al Sol. Pero este género de sacrificio no era común sino muy particular respecto de que los caciques solamente y personas semejantes podían costearlo, porque a estos mancebos (que llamaban Mojas), en teniendo hasta diez años los sacaban del dicho templo algunos mercaderes de su nación y los llevaban de provincia en provincia para venderlos en subidísimos precios a los hombres más poderosos, los cuales, en habiendo al moja a las manos, lo depositaban en algún santuario hasta que llegase a los quince o diez y seis años, en cuya edad lo sacaban a sacrificar, abriéndolo vivo y sacándole el corazón y las entrañas, mientras le cantaban sus músicos ciertos himnos que tenían compuestos para aquella bárbara función. Pero si acaso el moja (al tiempo que estaba encerrado) se hubiese mezclado con alguna mujer de las que había dedicadas al servicio de dicho santuario, o con otra cualquiera de las de afuera, y lo referido llegaba a noticia de los sacerdotes, el moja quedaba incapaz de ser sacrificado, no teniendo su sangre por acepta al Sol, como sangre

pecadora y no inocente, y lanzábanlo luégo del templo como a infame, pero al fin quedaba libre de muerte por entonces.

Para las guerras que emprendían y que constase la justificación de ellas, daban cuenta primero al sumo sacerdote Sogamoso, y después de oída su respuesta el cacique o general del ejército sacaba su gente de armas al campo, donde la tenía veinte días arreo, cantando sin cesar las causas que lo movían a ellas y suplicando al Bochica y al Sol no permitiese que ellos fuesen vencidos, pues tenían la razón de su parte; pero si acaso salía el suceso contrario a su petición, era cosa muy de ver lo que hacían después, porque las reliquias del ejército desbaratado se congregaban otros veinte días arreo en el mismo campo a llorar su perdición y ruina, lamentando de día y de noche su desgracia con tonos y cantos muy tristes, en que decían al Sol que la malicia de sus pecados había sido tan grande, que ocasionó su desdicha con haber tenido en su favor la razón y la justicia, y llevando allí todas las armas con que habían peleado, lloraban amargamente su pérdida, y con aquel su tono lastimoso, tomando las lanzas en sus manos, decían: ¿cómo permitiste, Bochica, que estas invencibles lanzas fuesen atropelladas de nuestros enemigos?, y de aquella suerte repetían lo mismo con las macanas y con todos los demás géneros de armas que habían llevado a la guerra, mezclando con las voces un género de baile que no causaba menos tristeza que su llanto.

En cuanto a matrimonios, no tenían los moscas ceremonia alguna en su celebración, si no era cuando casaban con la primera mujer, porque entonces se hacían por manos de sacerdotes, los cuales ponían en su presencia a los contrayentes (teniéndolos recíprocamente el uno al otro echado el brazo sobre los hombros) y preguntábanle a la mujer si había de querer más al Bochica que a su marido, y respondiendo que sí, volvíanle a pregun-

tar si había de querer más a su marido que a los hijos que tuviese de él, y respondiendo que sí, proseguía el sacerdote si tendría más amor a sus hijos que a sí misma, y diciendo también que sí, preguntábanle más: si estando muerto de hambre su marido ella no comería, y respondiendo que no, le preguntaban finalmente si daba su palabra de no ir a la cama de su marido sin que él la llamase primero, y hecha la promesa de que no iría, volvía el sacerdote al marido y decíale si quería por mujer a aquella que tenía abrazada, que lo dijese claramente y a voces, de suerte que todos lo entendiesen, y él entonces levantaba el grito y decía tres o cuatro veces sí quiero, sí quiero, con lo cual quedaba celebrado el matrimonio, y después podía casarse sin la tal ceremonia con cuantas otras mujeres pudiese sustentar, y es digno de saber que los delitos de los caciques (dejada aparte la potestad que para ello tenía su rey) los podían castigar también sus mujeres de los mismos caciques delincuentes, porque decían los moscas que aquéllos eran hombres como ellos, y que pues los vasallos por ser los caciques sus señores no los podían castigar, era justo que para que las culpas no quedasen sin pena, se la diesen sus mujeres, lo cual ellas hacían famosamente en las ocasiones que les venían a las manos de ser jueces de los pobres maridos. Pero no podía pasar esta pena de azotes, aunque el delito fuese digno de muerte, y en comprobación de ello estando (después de conquistado el reino) el Adelantado Quesada retirado en el pueblo de Suesca, sucedió ir a visitar al cacique un día por la mañana, y hallóle que le estaban atando sus mujeres, que eran nueve, y que habiéndole atado le fueron dando una gran suma de azotes sin que bastasen los ruegos del Adelantado para que se templase la pena de la ley, ni dejase cada cual, por su orden, de tomar el azote que la otra dejaba, para despicar su enojo, y oída la causa, fue que la noche antes llegaron a

hospedarse a la casa algunos españoles que iban de Vélez a Santafé, y brindando en la cena al dicho cacique con vino de Castilla, fue tal que se embriagó con muy poco, pero con tales demostraciones que, reconocidas de sus mujeres, lo llevaron por fuerza a la cama donde durmiese el vino, hasta que, por la mañana, sintiese el castigo de su embriaguez.

Otra de las ceremonias más ostentosas que hacían los moscas eran las procesiones, a que asistían sus reyes o caciques, respectivamente, en ciertos tiempos del año, especialmente en el de las siembras o cosechas, y formábanse éstas en ciertas carreras anchas (de que trataremos después) de a más o menos de media legua de longitud. Las personas que salían en ellas (sin que éntre en cuenta la innumerable multitud de gente que ocurría a verlas) serían de diez a doce mil, que la noche antes se lavaban los cuerpos para ir el día siguiente más decentemente adornadas, debajo de aquella falsa especie de religión. Dividíanse en cuadrillas y parcialidades con diferentes trajes y disfraces, arreados de patenas de oro y otras diferentes joyas de que abundaban, aunque todos convenían en llevar pintados los cuerpos de vija y jagua. Unos iban representando osos, otros en figura de leones y otros de tigres (esto es, cubiertos con sus pieles, de suerte que lo pareciesen), y a este modo con otras muchas representaciones de animales diversos. Iban los sacerdotes con coronas de oro en forma de mitras, a quienes seguía una prolongada cuadrilla de hombres pintados, sin disfraz ni joya alguna sobre sí, y éstos llorando y pidiendo al Bochica y al Sol mantuviesen el estado de su rey o cacique y le otorgasen la súplica y ruego a que había dispuesto aquella procesión, para lo cual llevaban puestas máscaras con lágrimas retratadas tan a lo vivo que eran de ver. Y era lo más gracioso de todo, que luégo inmediatamente entraba otra caterva dando los unos grandes ri-

sadas y saltando de alegría, y diciendo los otros que ya el Sol les había concedido lo que los delanteros le iban pidiendo con lágrimas, de suerte que de las risadas, lloros y gritos, se componía una baraúnda tal cual se deja entender, y más viendo que en pos de aquella alegría desacompasada iban otros con máscaras de oro disfrazados y con las mantas arrastrando por el suelo en forma de cauda, que al parecer debían de hacerlo con el fin de barrer la carrera para que otros danzasen, pues les iba casi pisando las mantas otra gran muchedumbre de ellos ricamente adornados, bailando y cantando al compás triste y flemático de sus maracas y flautas, y tras ellos otros y luégo otros, y tantos con diferentes invenciones, que no es fácil reducir a la pluma la diferencia de sus cuadrillas y galas, más propias de pandorgas dispuestas para la ociosidad que de procesiones dedicadas a la religión.

El último lugar llevaba el rey o cacique con el más costoso adorno y majestad que le era posible, y aunque era crecidísimo el número de gentes que le seguían y la diferencia de los trajes en que iban, denotaba ser parcialidades distintas y compartes de las primeras que formaban la procesión; no lo eran sino criados y ministros de la casa real, que se diferenciaban según la calidad de las jerarquías en que servían, y lo que no parecerá creíble de estas procesiones (siendo verdad cierta) era la gran cantidad de oro que iba en ellas en tan distintas joyas, como eran máscaras, mitras, patenas, medias lunas, brazaletes, ajorcas y figuras de varias sabandijas, por cuya razón no expreso el valor de ellas según lo que he oído afirmar a muchos; baste saberse que ya los han desposeído de todo, y que por muy de mañana que se diese principio a esta fiesta no se hacía poco en volver a la noche con la procesión a palacio, donde lo que se gastaba de su vino o chicha, aun con la pretensión de ajustarlo por poco más o menos, le parece al mismo Quesada (que lo

vío y refiere), ser muy dificultoso sin aventurar el crédito. Estas procesiones se continuaron por muchos años después de conquistado el reino, y ninguna ceremonia se desarraigó de sus naturales con tanta dificultad como ella, pues me consta que por los años de mil quinientos y sesenta o sesenta y uno ocurrió el cacique de Ubaque a la Real Audiencia de Santafé a sacar permiso para hacer una en su pueblo, representando que pues a los españoles les eran permitidas fiestas de toros y cañas, máscaras y carnestolendas (que fuera más bien parecido no hubiesen visto entre los cristianos semejantes costumbres de la gentilidad), no sería razón que a ellos les prohibiesen sus pasatiempos y placeres que habían usado para desahogarse de cuidados y aliviar la plebe del trabajo en que se ocupaba, sin darle tiempo a que en la ociosidad maquinase, como en los cantos y bailes no hubiese cosa que oliese a la idolatría pasada, lo cual podría reconocerse por los intérpretes de su idioma y otras personas que de orden de dicha Real Audiencia les asistiesen, lo cual por entonces no pareció debérsele denegar, con tal de que para más seguridad de lo que ofrecía el Ubaque se hallase presente uno de los oidores, que lo fue el licenciado Melchor Pérez de Arteaga, que así él como los demás que le acompañaban volvieron admirados de las grandezas y curiosidades que vieron, especialmente de la gran suma de oro repartida en joyas y mitras (que verdaderamente las figuraban), echando millaradas de valor a cada cual género de ellas y llevando por escrito todas las circunstancias y número de gente que hubo en la fiesta, que se leía por la ciudad de Santafé con tal admiración de los oyentes, que juzgaban lo contenido en el papel por digno de toda la que hacían y lo trasladaban para dar noticia de semejante maravilla a la posteridad, siendo así que la tal procesión fue tan moderada cuanto puede pensarse del corto estado de aquel cacique despojado y su-

jeto, pero podráse inferir de ella lo que serían de ver y ponderar estas procesiones en tiempo de la prosperidad de los indios, y más cuando intervenían en ellas los reyes de Bogotá o caciques de Tunja y Sogamoso.

CAPITULO V

DEL SITIO Y CORTE DE BOGOTA.—MAJESTAD DE SUS REYES.—CONDICIONES Y FORMA DE SUCEDERSE.

LA cabeza de todo el Nuevo Reino de Granada era Bogotá, corte de sus antiguos reyes, que yace fundada en el centro de un llano, que tiene de latitud diez leguas y más de veinte de longitud. Cércanla en cortorno lagunas, diques y brazos del río Funza, que hacen sus territorios anegadizos. Tenía en tiempo de su gentilidad poco más de veinte mil casas o familias, porque en aquellas partes no era el cebo y conveniencia de la corte lo que más aumentaba las ciudades, sino la comodidad de las tierras de labor, y como aquellos llanos tenían tantas poblaciones en campos fértiles, asistíanlas muchos vecinos, de que resultaba competir algunas con Bogotá, aunque la reconocían por cabeza del reino, y así estaba en ella el palacio principal de sus reyes, que eran unas casas grandes y redondas que remataban en forma piramidal, aunque las labran hoy casi todas cuadradas; cubríanlas de paja, porque ignoraban el arte de la teja; las paredes se formaban de maderos gruesos, encañados por las partes de afuera y dentro, y argamasados con mezcla, que hacían de barro y paja. Tenían pequeñas las puertas y las ventanas (uso común entre los indios) y dividían lo interior de la casa en forma de caracol, en que tenían aposentos y retretes, o dejábanlas rasas con sólo un tabique de carrizo, que servía de resguardo para impedir la entrada de los vientos por la puerta y la vista o registro de los que estaban fuera, y estas puertas labraban de cañas

unidas con cordeles de fique, que es a manera de cáñamo, dejándolas en forma de celosía, o hacíanlas de tablas, y para cerrarlas tenían chapas con guardas y llaves fabricadas de madera; a las casas llaman thythuas, y los españoles bohíos.

Por todo el ámbito que ocupaban las casas corría un cercado de maderos gruesísimos puestos a trechos y mediando entre ellos y uniéndoseles un paredón muy alto y ancho de más de media vara, fabricado de cañas recias y varas gruesas, unidas y oprimidas con sogas fuertes de fique o esparto; hacían esta cerca con tanto artificio que formando una o dos plazas anchurosas, servía de muralla o fortaleza para asegurar el palacio, que tenía doce puertas grandes, sin muchos postigos, por las cuales se entraba en él, y en que asistían las guardas de los reyes, y a todo este edificio junto llamaban cercado, y respectivamente eran los demás edificios de los caciques y gente particular, según la posibilidad de cada uno. Ordinariamente tenían los reyes de Bogotá dentro de su cercado más de doscientas thyguyes, que son mujeres o mancebas, sin las demás criadas que les asistían (en su lugar diré la causa de tener tantas mujeres). Tenían, asimismo, muchas casas de recreo, y cercados en diferentes pueblos, con estanques todos para bañarse en ellos; pero el principal de todos estaba en Tabio, que dista de Bogotá cuatro leguas, donde produjo la naturaleza dos fuentes poco distantes en el nacimiento: la una de agua fría y la otra de agua caliente, en tanto grado, que apenas se puede sufrir el calor que da mientras entran y sacan la mano. Estas dos fuentes se juntan a muy breve espacio, y en el que viene a ser donde se templan mezcladas estaba el estanque más nombrado de los reyes de Bogotá.

Estos caminaban en andas muy curiosas, de madera, que llevaban los indios sobre los hombros, y para los viajes que hacían les abrían calles en forma de calzadas de a dos leguas, más o me-

nos, conforme distaba la parte adonde iban. Llevaban numerosa copia de indios consigo, y de los que iban delante unos quitaban las pajas, piedras y terrones del camino, y otros se ocupaban en tender mantas, flores y juncia, para que pasasen sobre ellas; en los caminos que hay de Bogotá a Subyá y Chía, y en el que hay a Tenjo, se ven hoy estas señales de calzada y calles, y de los estanques en que se bañaban. Era tan absoluto su dominio que en pidiendo cualquiera hija de cacique o particular que les pareciese bien, se la daban sin dificultad, teniéndolo a suma dicha, y fuera de los tributos ordinarios que les hacían muchos veces al año (y llamaban tamzas), y otros donativos sin número, eran absolutos y disolutos dueños de las haciendas y vidas de sus vasallos.

Son herederos de la corona de Bogotá los sobrinos, hijos de hermanas, prefiriendo los mayores a los menores, y a falta de éstos los hermanos del rey, porque su barbaridad fue tanta, que aun en esta costumbre hizo agravio a la naturaleza desheredando los hijos; éstos no tienen más derecho que a los bienes muebles del padre, estilo común y general que se observa entre todos, y así al sobrino a quien llamaba la sucesión le criaban desde pequeño en un templo con todo recogimiento, asistiéndole guardas que le celasen y registrasen las acciones; no le consentían ver el sol, prohibiéndole comer sal y comunicar mujeres, con otras abstinencias que le señalaban y había de observar por todo el tiempo de la adolescencia, que es el que asistía en el templo, y era con tanto rigor que si discrepaba en la observación de la menor cosa de las referidas, quedaba por incapaz de entrar en el reino, y no solamente le inhabilitaban sino le reputaban por hombre infame y vil; y así, antes de sacarle del templo le tomaban juramento, diciendo muchas maldiciones que le cayesen, si no manifestaba el exceso o descuido que hubiese

tenido en la observancia de las cosas que le habían prohibido, y haciéndole de que fielmente las había guardado le colocaban en el cacicazgo de Chía, que es tanto como reconocerle por príncipe jurado, donde asistía hasta llegar el tiempo de entrar en el reino, y entonces, hechas las mismas diligencias del juramento, si les constaba haber vivido libre de culpa, le sentaban en una rica silla guarnecida de oro y esmeraldas; poníanle en la cabeza una corona de lo mismo en forma de bonete, y adornado de finas mantas de algodón hacía juramento de que sería rey de buen gobierno y de que mantendría en paz y justicia sus tierras y vasallos, según y como sus predecesores lo habían hecho. Después juraban ellos que le serían obedientes y leales vasallos, y en reconocimiento de su fidelidad cada cual le servía con una joya y gran copia de conejos, curíes, perdices y otros géneros de aves.

Disponíanse muchos regocijos, nombrábanle ministros y oficiales de su corte, de los cuales el más preeminente era el de pregonero, porque decían que era el órgano por donde se explicaba la voluntad del príncipe, y dábanle mujer que correspondiese a los méritos del esposo. Y aunque después elegía él y tenía cuantas le proponía el apetito, ésta era la más preferida y superior a todas, y por muerte de ella, la que tenía colocada en segundo lugar, y así de las demás. Y es muy de notar una costumbre que observaban cuando la principal esposa moría, y es, que antes de morir tenía autoridad para mandar a su marido que después de ella muerta guardase continencia y no tuviese exceso con otra mujer por el tiempo que a la tal reina le parecía, como no excediese de cinco años que limitaban sus leyes; y así, mediante el buen trato que en vida les hacían los maridos, regalos y ruegos, que representaban haberles hecho desde que se habían casado, conseguían que se les acortasen los términos indispensables de la continencia.

Estas mismas ceremonias y costumbres guardaban todos los demás caciques, obradas respectivamente, según la calidad de sus Estados; pero en cuanto a entrar en el gobierno de ellos, aunque fuesen heredados, no podían ni se les consentía hasta que el rey de Bogotá los confirmase, y así los caciques que entraban en posesión de sus señoríos ocurrían cargados de dones por la confirmación de su rey, y cuando volvían con ella salíales a recibir numeroso concurso de sus vasallos con presentes y parabienes de la merced recibida de la real mano, y desde entonces eran obedecidos de sus súbditos con tanta puntualidad a ens órdenes, que no podía imaginarse mayor, cosa que hoy no se practica después de la entrada de los españoles. Y aunque de parte de los ministros de su majestad se halló por arbitrio que los caciques ocurriesen por confirmación a los presidentes y Reales Audiencias, para que fuesen obedecidos de sus súbditos, como de antes lo eran, y a los principios obró algo el mandato, ha descaecido después mucho, de que resultan inconvenientes muy considerables, pues de la obediencia de los caciques nace la que deben tener ellos a los superiores inmediatos, y de ésta la puntual ejecución de las órdenes de su majestad.

Si moría algún señor legítimo sin dejar heredero en el Estado, era desgracia en que manifestaban mucho sentimiento los vasallos, pero no hacían diligencia alguna de su parte para elegirle, por cuanto esto tocaba al rey de Bogotá, y le pertenecía por derecho poner cacique a su voluntad para que los gobernase, y en este caso elegía el rey dos hombres nobles de buenas presencias y partes para el oficio, y naturales de aquella provincia donde había vacado el señorío; a éstos los mandaba desnudar en su presencia y de los ministros de su corte, y la misma diligencia hacía con una dama, la más agraciada y hermosa que se hallaba para el intento, y poniéndola muy cer-

ca de ellos atendía a las acciones menores que obraban, y si en ellos reconocía alguna señal de sensuales, los despreciaba y elegía otros, reputando a los primeros por hombres de poca vergüenza y no a propósito para el gobierno; pero si reconocía en alguno de ellos valor para resistir y no dar muestras de lascivo en ocasión tan próxima, a éste tal le nombraba en el señorío y sucesión perpetua del Estado, y le acrecentaba con favores, pareciéndole que el más fiero enemigo de la justicia era la sensualidad, y que la defensa y seguridad del valor consistía en saber refrenar los apetitos con la continencia; bien conocido debía de tener (aunque bárbaro) que los ruegos y belleza de las mujeres son la artillería sorda que deshace la fortaleza de las leyes y las murallas del valor, pues donde interviene su presencia o se afeminan los Aníbales o prevarican los Salomones.

LIBRO SEGUNDO

TRATASE DEL CRECIMIENTO DEL REINO DE BOGOTA POR EL VALOR DE SAGUANMACHICA, QUE MUERE EN LA BATALLA DE CHOCONTA.—HEREDALE NEMEQUENE QUE, CASTIGADA LA REBELION DEL FUSAGASUGA, TRATA DE NUEVAS CONQUISTAS; ACOMETELE ZIPAQUIRA Y EN LA BATALLA PIERDE SU ESTADO; ASALTA DESPUES AL GUATAVITA Y DESPOJALE DE LA VIDA Y SEÑORIO; FORMA EJERCITO CONTRA EL UBAQUE, A QUIEN VENCE, Y SIGUIENDO EL CURSO DE SUS VICTORIAS POR EBATE Y SIMIJACA, FRONTERA DE LOS MUZOS, VUELVE VICTORIOSO Y DADAS LEYES A SUS VASALLOS, ROMPE LA GUERRA CONTRA EL REY DE TUNJA, EN QUE PIERDE LA VIDA, DEJANDO EL REINO DE THYSQUESUZHA.

CAPITULO I

SAGUANMACHICA CONQUISTA LOS FUSAGASUGAES, ROMPE LA GUERRA CON EL GUATAVITA, QUE SE AMPARA DEL REY DE TUNJA, CON QUIEN Y EL CACIQUE DE UBAQUE, PROSIGUE LA GUERRA HASTA QUE MUERE EN UNA BATALLA.

DILATANSE las monarquías cuando la infelicidad se acuerda de algunas coronas y se olvida de otras, siendo presagio cierto de la desgracia de éstas la buena fortuna con que triunfaron de muchas. Pero si es achaque de lo temporal la poca consistencia con que procede en todo, díganlo tantos imperios donde la Providencia ha esculpido memorias en sus ruinas para desengaño de las seguridades humanas. Tenemos entre manos el crecimiento del reino de Bogotá, terminado cuando más poderoso y las buenas fortunas de tres monarcas gentiles, desvanecidas por los efectos repentinos de un acaso. Las noticias que ha recogido el desvelo más curioso no pueden empeñar la pluma en acaecimientos más antiguos, desdicha que se originó de la falta que los indios bogotaes tuvieron de letras (como se dijo arriba) y de jeroglíficos o quippos que usaron los del Perú y México para encadenar sus historias y dar cuenta de los siglos pasados. Solamente tenían la tradición de los más antiguos a los modernos y ésta consistía en la memoria de los presentes, y así lo más cierto de que daban noticias era de lo acaecido pocos años antes, que se refería en los cantos y versos que decían en sus fiestas o ya aplaudiendo los hechos famosos de algunos héroes o ya vituperando las maldades de otros que habían sido tiranos.

Lo más cierto que se sabe es que lo que los españoles llamaron Bogotá se llamó Bacatá, que quiere decir remate de labranza, y que en los tiempos pasados se poblaron aquellas tierras de tantos caciques, absoluto cada cual en el dominio de sus vasallos, que más era confusión que grandeza. Y de aquí nació la diferencia de lenguas que usaban en aquel reino, hasta que el cacique de Bogotá empezó a dilatar su Estado reduciendo, ya por fuerza de armas, ya por herencia (o rebelión al rey de Tunja, como algunos quieren), los más cacicazgos a su dominio, y desde aquellos tiempos le intitulan Zipa, que quiere decir Gran Señor, de que resultó que el idioma de Bogotá (que es la lengua chibcha que nosotros llamamos mosca), se dilatase en todo su reino, de suerte que hoy es la general que corre, aunque con alguna diferencia de voces y pronunciación que los nuevamente sujetos mezclaban con el idioma de Bogotá. De los primeros zipas dan tan confusas las relaciones, que así por esta causa como por haber sido tan cortos los términos de su reino, sólo trataremos de los últimos que reinaron antes de la entrada de los españoles, porque como de cosas más recientes son más claras las noticias.

Saguanmachica fue el primero que entre los caciques de Bogotá se hizo famoso con la noticia que dio en aquel nuevo mundo de que merecía la corona. Comenzaría a reinar, según el cómputo de lunas que hacen los naturales, por los años de mil y cuatrocientos y setenta, poco más o menos, y con tan buenos principios fundados en la mucha riqueza y gente de guerra que le dejó su antecesor, que luégo trató de ensanchar su Estado por aquella parte que no le embarazasen las paces que halló asentadas con otros caciques, sus confinantes. Esta había de ser forzosamente la de los panches, acérrimos enemigos de los moscas, y la de los fusagasugaes, menos guerreros, y que por retirados ni le estaban sujetos ni hacían aprecio de su amistad, aunque eran todos de su misma na-

ción. Y como de la guerra de los panches no esperaba menos fatalidades que las que habían pasado por sus antecesores, resolvió pasar la conquista de la otra parte de la montaña que divide las provincias de Bogotá y Sutagaos; y así convocadas sus tropas y entresacando de ellas hasta treinta mil infantes, formó ejército, y encaminándolo personalmente por los páramos de Fusungá, dio vista en pocos días a la montaña que sirve de sobrecejo a las tierras frías de los pascas y chyayzaques que le estaban sujetos, y con tan buen suceso por la poca resistencia que halló en la entrada, que en menos de doce horas se halló de la otra parte, aunque atajado del Fusagasugá con más numeroso ejército por haberle ocupado el paso de una colina rasa, donde le esperaba con ánimo de romper la batalla.

Era el sitio de la colina angosto respecto de ceñirle por la una parte la fragosidad de un monte cerrado, y por otra la peligrosa profundidad que hacían las peñas hasta el río que se llama de Pasca, pero muy ventajoso y a propósito para reconocer la marcha de Saguanmachica, y para escapar las reliquias del ejército en caso que la fortuna se mostrase contraria, por comenzar desde allí los Llanos de Fusagasugá, que corren hasta el río Subyá. Ya se reputa vencido quien previene los medios de salvarse huyendo, y apenas se hallará en mil años otro Cortés que, quitando la esperanza al escape, afiance la seguridad con hacer rostro al peligro. Pero Saguanmachica, práctico en el arte militar desde su juventud, pensó, y bien, que quien no había sabido aprovecharse de la estrechez de la montaña para impedirle, menos sabría conservar una colina rasa para ofenderle: **Verdad es** (decía a sus capitanes) **que el paso es estrecho y nos tienen cogida la cuesta; pero esa misma que fuera ventaja contra nosotros, siendo los contrarios menos y más guerreros, ha de serlo contra ellos por el embarazo que se ha de causar en tan corto espacio una muchedumbre bisoña, y más**

si se hallan cortados cuando menos lo piense su confianza, y así soy de parecer que hagamos alto hasta mañana, disponiendo que dos mil de los nuéstros penetren el monte esta noche, sin ser sentidos, hasta ganar las espaldas al enemigo, para que al romper del alba, que será la señal del avance, empecemos a un tiempo unos y otros los primeros ataques de la batalla.

No hubo entre todos quién contradijese el consejo, porque la razón y autoridad del que lo propone vencen siempre la tenacidad de los discursos más recatados. Quienes se opusiesen sí hubo a que se les encargase por arriesgada la conducta de los dos mil hombres, que son los empeños a que aspiran los cabos cuando la presencia del príncipe los anima; pero eligióse uno de los caballeros de su sangre, por que en ella se afiancen con más seguridad las empresas de mayor reputación, y aunque con mucho trabajo, venció al fin las dificultades del monte, saliendo de la otra parte del ejército contrario poco antes de romper el día; pero a tiempo que sus centinelas tocando alarma (por haberlos sentido) pusieron en confusión sus mismas escuadras, porque, vacilando sobre la parte a que debían ocurrir prontas, se resolvieron a elegir lo más infame como cobardes, pues persuadidos de que todo el ejército del Zipa les iba cortando el paso para la retirada, sueltas las armas se pusieron en vergonzosa fuga, que reconocida de Saguanmachica, al mismo tiempo que del cabo de la emboscada, acometiéndoles éste por el costado del monte y aquél por las espaldas, siguieron el alcance hiriendo y matando en ellos, hasta meterlos por las puertas de Fusagasugá, donde al tiempo que el sol rayaba se hallaron con una gloriosa victoria, colmada no menos por la multitud de enemigos muertos que por la prisión de Uzathama, uno de los caciques más poderosos de aquella provincia, y general de sus armas. Así, pues, rendido el Fusagasugá por consejo de Tibacuy, su más confidente (que salió mal herido de un macanazo)

dobló la rodilla a Saguanmachica y reconociéndolo por supremo señor, consiguió perdón de la vida y restitución de su Estado, sin más prenda que el vasallaje (que con juramento hecho al sol afianzó en su promesa), de que vanagloriado el Zipa, y más de que no le hubiese costado un solo hombre la conquista, pasó a Uzathama, tanto con el fin de reconocer el terreno y las poblaciones sujetas, como de salir a Bogotá por la montaña de Subyá, que le aseguraron más apacible que la de Pasca, pero hallóse engañado porque las malezas y atolladeros pantanosos del monte le detuvieron dos días en menos de cinco leguas, saliendo al fin de ellos con su gente bien fatigada a las delicias de su corte, donde en sacrificios y fiestas por la pasada victoria gastó muchos meses; mas como la vecindad del Guatavita se diese por ofendida de la opinión que empezaba a cobrar Saguanmachica, rompió las paces, y por sus Estados, con deseo de ahogarlos entre la inundación de sus escuadras; pero el Zipa se hubo tan valerosamente, que después de una famosa resistencia, juntando más gente, corrió las tierras del Guatavita, hasta que habiéndole roto en dos encuentros, le obligó a pedir socorro a Michua, rey de Tunja, con quien tenía estrecha confederación.

El Tunja, entonces empeñado en su ayuda y envanecido con la grandeza de sus Estados y el aire de su antiguo linaje, despachó un ministro o heraldo suyo a citar a Saguanmachica para que pareciese en su corte a dar razón de las quejas representadas por aquel cacique; pero el Zipa, mofando de la soñada vanidad del Tunja, maltrató de suerte al ministro en menosprecio de quien lo enviaba, que más empeñado el Tunja con la propia ofensa, juntó ejército de cuarenta mil hombres y marchando hacia los confines de Bogotá, supo que su enemigo le esperaba determinado a dar batalla, tanto fiado en el valor de su gente como en las armas auxiliares que el Sopó y otros señores

ofendidos del Tunja le dieron, y recelándose cuerdo de lo que se aventura entre los arrestos de una resolución desesperada, temió de suerte al Zipa, que se determinó a dar vuelta a su reino sin verle la cara, desaire que le afeó mucho el crédito y dio ánimo a Saguanmachica para revolver aceleradamente con todo su ejército contra el Ubaque, tanto con ánimo de asegurar al Tunja para cogerlo desprevenido, como de vengar el agravio que en la ocasión había recibido del Ubaque, pues coligado con su enemigo y faltando a su amistad antigua, le había corrido las fronteras de su reino invadiendo con armas los pueblos de Pasca y Usme; y tanto cuidado puso en la marcha que antes de poderse prevenir su contrario para la defensa de tan pujante ejército como llevaba, le entró a sangre y fuego por las fronteras de Chipaque y Une con el fin de cogerlo a las manos; pero avisado de que había desamparado su corte y recogídose a un peñol fuerte, en que libraba de ordinario la seguridad de su persona y tesoros, y espoleado de la mayor gloria que le resultaría de verse en campaña con Michua, su mayor enemigo, desamparó lo ganado, a tiempo que auxiliado de él el Guatavita y los panches irritados de su voracidad, como fieras insaciables de carne humana, rompiendo éstos por las fronteras de Cipacón y Tena, y aquél por las de Chía y Cajicá, le hicieron mudar consejo y que dividiese su gente en dos campos para acudir así a la invasión de los panches como a la del Guatavita, que renovaron la guerra tan porfiadamente que se continuó por más de diez y seis años, hasta que, retraídos los panches con algunos malos sucesos, tuvo lugar Saguanmachica de poner en ejecución su primer propósito, pues juntando ambos ejércitos y fingiendo torcer el camino contra los panches, lo condujo aceleradamente al territorio de Sopó, donde, incorporando con las suyas las tropas de aquel cacique y otros enemigos de Michua, tomó la vuelta de Tunja por tierras

del Guatavita, que atemorizado de la guerra pasada no se atrevió a hacerle oposición.

Así, pues, marchaba Saguanmachica con cincuenta mil hombres, cuando Michua, noticioso de todo desde que su enemigo arribó a Sopó y viendo que ya no era posible excusar el trance de una batalla, resolvió salir a recibirlo en los términos de su reino con sesenta mil hombres de pelea, pareciéndole que ni a su reputación le estaba bien otra cosa, ni le sería bien contado escuchar anticipadamente los estragos que haría el campo enemigo en sus tierras, si por falta de oposición le dejaba poner pie en ellas; y así marchaba aceleradamente mientras el Zipa, usando de toda hostilidad, penetró con sus armas por los Estados del Guatavita, hasta dar vista al Chocontá casi al mismo tiempo que el ejército de Michua, refrescado en tan populosa ciudad, salía de ella, dejándola a sus espaldas para el resguardo de sus tropas. Pero como a breve tiempo reconocidas unas de otras, fuesen atacando la batalla con algunas mangas sobresalientes, se encontraron los ejércitos por tiempo de tres horas con tan fiero estrago de ambos, que en él murieron el uno y el otro príncipe, aunque la victoria quedó por los bogotaes, que sin más despojo ni presa que la de su rey muerto, volvieron a su reino dando lugar a que los tunjanos, con el cuerpo de Michua, hiciesen patente su desgracia a Quimuinchatecha, mancebo de diez y ocho años, que le sucedió en el reino y en la desdicha.

CAPITULO II

HEREDA EL ZIPA NEMEQUENE, Y CASTIGADA LA REBELION DE FUSAGASUGA, SUJETA A LOS CACIQUES DE ZIPAQUIRA Y NEMZA.

MUERTO Saguanmachica, pasó el reino al Zipa Neméquene, que quiere decir hueso de león, y heredó todo lo que entonces comprendían las tierras llanas y dehesas que hay desde las montañas (que son términos de los panches) hasta la cordillera que corre sobre Santafé, y desde Cajicá y Chinga, norte-sur, hasta Usme y Sibaté, sin lo conquistado por su antecesor de la otra parte de la montaña, hasta confinar con los sutagaos. Los principios de su reinado debieron de ser (según la conjetura de los que dan veinte años de reino a Saguanmachica) por el de mil cuatrocientos y noventa, con poca diferencia. Salió de espíritu tan valeroso y de ánimo tan inquieto, que pareciéndole corta esfera para su ardimiento todo lo heredado, trató siempre dentro de sí hacerse el camino con las armas y la industria para una dilatada monarquía. No discurrió, como debía, que es mayor el reino pequeño que se conserva, que el grande que se aventura. Toda el ansia de su ambición trabajaba en hallar traza para sujetar al Tunja, que era el mayor señor, que le competía por enemistades que se heredaron envueltas en las coronas. Es la emulación del contrario espuela que precipita al enemigo; y la codicia de nuevos dominios siempre fue escollo en que peligraron muchos monarcas. No tenía para ser bárbaro el discurso tan falto de razón, que no reconociese la falta de milicia veterana en que se hallaba su reino por la batalla pasada, en que murieron,

como siempre, los más valerosos, y los muchos enemigos que le cercaban y recelosos de su potencia habían hecho liga con el Quimuinchatecha, príncipe de pocos años y menos ambición, con el fin de conservar sus Estados. Ya la experiencia le había enseñado en vida de su tío, que de las invasiones que hacían sus ejércitos contra el reino de Tunja se aprovechaban el Ubaque y el Guatavita para inquietarle sus tierras, por ser los más interesados en su ruina. Alcanzaba por los sucesos pasados, que no hay empeño en la guerra tan imprudente como el que se hace dejando enemigos a la espalda. Del Zipaquirá y Ebaté se hallaba receloso, aunque distante de este último. De los panches, gente caribe y valiente, se veía su reino acometido por instantes. Y, finalmente, no lo había heredado tan pacífico y seguro que en la provincia del Fusagasugá no se le hubiesen rebelado los caciques que poco antes estuvieron sujetos, porque la libertad es muy amable y con cualquier novedad la intentan los más dormidos.

Todas estas consideraciones pudieran refrenar orgullo que no fuera tan feroz como el de Neméquene, pero como un corazón grande sobresale en las dificultades, ninguna cosa se le representaba imposible a su valor; solamente esperar tiempo era el torcedor que más le atormentaba, porque, consultados los uzaques, que son los caballeros más nobles del reino, se resolvió cuerdo en disciplinar su gente en las fronteras de los panches con la defensa y en recuperar lo propio, antes de intentar lo ajeno. Tenía por sobrino y heredero a Thysquesuzha, mancebo de buenas esperanzas, aunque de natural menos guerrero: sacóle de Chía, donde tenía su asistencia, y habiendo llegado a su corte le nombró general de cuarenta mil hombres, para reducir la provincia de Fusagasugá. Proveyó sus fronteras de nueva milicia, y por no tener ocioso su espíritu guerrero hizo diferentes levas de gente para mostrarse poderoso a sus émulos; todo le

era posible respecto de la muchedumbre de vasallos que tenía en su reino.

El sobrino, conducida la gente, pasó la montaña vecina haciendo camino por la cumbre de la sierra que corre por Subyá y Tibacuy, y tan ancho como se ve hoy por las señales que se conservan respecto de ser muy fragosas las entradas del camino real para Fusagasugá y haber de necesitar en él a sus escuadras a que marchasen desordenadas. Esta provincia, que viene a ser la misma que la de los sutagaos de que tratamos en el libro antecedente, dista hoy de la ciudad de Santafé doce leguas al mediodía, y divídenla de Bogotá, como dijimos, unas sierras altas de cuatro y cinco leguas de montaña que se atraviesan para entrar en ella; al oriente tiene recios páramos y al occidente confina con los panches, mediando entre las dos provincias una sierra menos alta que la primera. Es lo más de ella tierra doblada y fragosa, y dentro de sus términos, que corren hasta Sumapaz, se goza de los tres temples: frío, templado y caliente. Tendrá de longitud como diez y ocho leguas y de latitud, por algunas partes, a cuatro y a cinco. Es más a propósito para ganados que para semillas, aunque prueba bien el trigo. Abunda de cera, miel, pita y hayo, con que comercian sus naturales. Hay dentro de ella un río que llaman de la Lejía por el color de las aguas, que le da el curso, que lleva siempre entre zarzaparrilla. Tiene otros muy rápidos, y en el de Sumapaz, que corre profundísimo y violento por entre peñas, formó la naturaleza un puente de dos piedras que, como despedidas a nivel cada cual de la una y otra banda, y encontrándose, quedaron en forma de arco, por el cual se pasa de una parte a otra, tránsito que fuera muy difícil a no haberlo reparado la naturaleza. No estaba toda la provincia sujeta al Zipa, porque los sutagaos, que están de la otra parte del río Pasca, reconocían diferente dominio.

Con dificultad se muestran animosos los traidores; todo el brío que ostentan en los tumultos se

vuelve en temor en vista de los ejércitos; no lo tenía inferior el Fusagasugá para resistirse, y más cuando la fragosidad de los sitios en que se había fortificado le ayudaban tanto, pero hay poco que fiar de la gente, aunque sea mucha, si lo es de país amedrentado, y más cuando la propia culpa libra, de ordinario en las espaldas, la defensa. Volviolas, pues, cobarde, a los primeros encuentros, y pagaron con las vidas los que metieron más prenda en la rebelión. En sacrificios por la victoria no perecieron pocos de los vencidos y el castigo de muchos fue tal, que no les dejó manos para levantar más cabeza en lo venidero. Púsoles Thysquesuzha en Ticabuy guarnición bastante de guechas, que eran los más escogidos infantes de su milicia pagada, y asegurado el Estado tomó la vuelta de Pasca cargado de ricos despojos. Al mismo tiempo ejercitaba sus gentes y brazos el Zipa Neméquene en asaltos y encuentros con los panches, y siempre con buenos sucesos, que es el cebo con que empeña una fortuna que se dispone para ser mala.

Son los indios de aquellos países fríos todos de natural pacífico, más inclinados al comercio que a la guerra, y Neméquene nació exento de aquella naturaleza. Fueron las hazañas que ejecutó su ardimiento, las llamaradas últimas de una luz que se acaba, mas grandes por el fin que se le acercaba a su imperio. Mostró en sus acciones lo que importa un león por capitán, aunque lo sea de corderos. Pareciole al Zipaquirá que con la ayuda de los nemzas tenía ocasión de apagar sus recelos metiéndole al Zipa la guerra dentro de su misma casa, mientras tenía divertidas las armas en los fusagasugaes y panches. Esta provincia del Zipaquirá distará de Santafé diez o doce leguas al septentrión; no es muy dilatada pero de tierras llanas y fértiles, y abundante por esto de gente y poblaciones, y muy rica por estar en ella las mejores salinas del Nuevo Reino, la una en Zipaquirá y la otra en Nemocón. Era frontera de Bogotá, y fiado en las consideraciones referidas entró por

los confines de Cajicá, usando de toda hostilidad, sin atención a las paces que poco antes tenía capituladas, pareciéndole que donde intervienen conveniencias no obligan palabras a quien aspira a sus intereses. No sería el discurso suyo, algún vecino más político se lo propondría más corriente para meterlo en el empeño; suelen éstos probar fortuna por mano ajena, para tentar con riesgo del menos cauto el humor que rebosa en sus enemigos. No fuera mucho arrojo culpar en esta ocasión al Guatavita o al Ebaté, sus confinantes, que quisieran divertido con otros al Zipa, ni éste debió de ignorarlo, pues la venganza que maquinó para después, bien claro dijo su sentimiento.

Llegaron los avisos al Zipa del riesgo en que se hallaban sus gentes. Era presto en sus resoluciones, calidad muy necesaria para la oposición de los repentinos asaltos: sacó de las fronteras de los panches los mejores soldados y juntando con los que tenía consigo hasta diez y seis mil, marchó en demanda de sus contrarios. Otra tanta gente lleva en su favor quien desengaña al enemigo de que no lo teme con la que lleva, y el mostrar recelo en los acontecimientos es cantar la victoria por el enemigo. Diéronse vista los ejércitos entre Chía y Cajicá, lugar destinado para el encuentro. Resonaron los caracoles y fotutos, que son los pífanos y trompetas de aquellas naciones; cubrieron los aires de tiraderas, y mezclados los tercios redujeron a las macanas la fuerza del combate. Venció, como siempre, el Zipa, porque se le mostraba risueña la suerte, para dejarlo cuando fuese más sensible la desgracia. No hizo la puente de plata a su enemigo, que las experiencias enseñan que las reliquias de un ejército roto se juntan con la facilidad que se refuerza una madeja desunida. Lamentolo Pompeyo en la segunda batalla que dio a Julio César, por no haber sabido aprovecharse de la derrota que le dio en la primera. Siguió, pues, Neméquene, al alcance, para publicar más entera

la victoria, y el acierto de la resolución le puso a los pies todos los Estados de su enemigo. Presidiolos con gente suya y volvió, triunfante, a Bogotá, a tiempo que Thisquesuzha entraba victorioso de los rebeldes.

CAPITULO III

ASALTA EL ZIPA LA CORTE DEL GUATAVITA, REVUELVE CONTRA EL UBAQUE Y SUJETALO.

BIEN pudiera el Zipa Neméquene gozar de paz por fruto de sus victorias, si la quietud hallara lugar en ánimos ambiciosos. No apartaba de la memoria la empresa de Tunja, ni borraba del corazón la venganza que pretendía tomar de los que persuadieron al Zipaquirá a que rompiese las paces. Hallábase su ejército entero y victorioso, como deben tenerle los príncipes antes de empeñarse en las guerras, y considerando que si primero rompía con el tunjano apartándose de su reino y dejándole desarmado, daba ocasión para que el Guatavita y el Ubaque, príncipes libres y coligados con el Tunja, ejecutasen lo que, otras veces, divirtiéndole la guerra por la espalda, y cuán poco seguro consejo es el que obliga a que se acometa lo ajeno desamparando lo propio, resolvió, aconsejado de sus experiencias, quitar primero los impedimentos que tenía delante y dar a entender que no disimulaba agravios. Ya entra victorioso el que a sí mismo se vence, y lógranse con seguridad las empresas grandes cuando, bien consideradas, se dilatan secretas, y para su intento descubrióle la ocasión su melena cuando menos lo esperaba.

Son los guatavitas, por la mayor parte, plateros de oro, y en este arte reputados por los más sutiles, y como todos los indios de aquel reino sean inclinados a ídolos, a quienes ofrendan muchas figuras de oro y, por otra parte, apetezcan joyas para el arreo de sus personas, andaban muchos de esta nación repartidos en todas las provincias, ocu-

pados en labrarlas y adquirir caudal para el propio sustento y de sus familias, sin acudir a las obligaciones debidas a su cacique, según sus leyes. Reconociendo, pues, el Guatavita, de cuánto perjuicio era para su reino la extracción de sus vasallos, así por razón de las rentas como de las personas, y discurriendo cómo podría de daño tan considerable sacar mayor provecho, mandó, so graves penas, que todos se redujesen a sus Estados. ¡Oh, cuántos encontraron la azada donde imaginaron el cetro! Añadió al bando que si algún señor o príncipe extranjero necesitase de algún artífice de los referidos, diese dos vasallos suyos que le asistiesen en su corte todo el tiempo que el platero estuviese ocupado fuera de sus Estados. Tuvo noticia luégo el Zipa del bando del Guatavita, y como le excedía en el discurrir, diole por cortada la cabeza en los filos de su codicia. Pidió plateros en muchas ocasiones con disimulo, y daba en cambio de cada uno dos vasallos de los suyos, eligiendo los más valerosos para el efecto, y previniéndolos con secreto para la ocasión que les haría notoria a su tiempo.

Poco sabe de riesgos quien hospeda extranjeros en su casa. Pensaba Honorio que exaltaba su monarquía admitiendo a los godos en ella, y abrigaba en su seno la ruina del imperio romano. Es carácter el amor de la patria, y quieren todos mostrar que es indeleble con destrucción de la ajena. Hallábase el Guatavita con crecido número de gente en recompensa de los suyos, y sobre el aumento de armas y tributos le rebosaba la jactancia de que los mayores príncipes le daban obediencia, pues le servían como vasallos propios más de tres mil gandules forasteros. Solamente a setenta y dos jacobistas descalzos hospedaron los gitanos, y del hospedaje le resultó a Faraón la opresión de su reino y naufragio de la vida. Eran casi todos los gandules vasallos del Zipa, y cebado el Guatavita en el interés, no los miraba como interno peligro. Esperaban el aviso de su rey, y para

disimular el trato hacían arte de las sumisiones, y si fuera prudente este cacique, de los obsequios afectados de los forasteros debía engendrar recelos del trato doble a que tiraban. Bien dispuesta tenía el Zipa la máquina que intentaba, si no reconociera de cuánto inconveniente era para el suceso necesitar de que pasasen sus gentes secretamente por Guasca, lugar distante de Guatavita una legua y de Bogotá doce, y en que el señor o cacique era vasallo del Guatavita, poderoso en gente y riquezas, y de quien fiaba la seguridad de su Estado, por ser paso el más inmediato para los designios del Zipa.

La provincia de Guatavita es de las más fértiles y ricas del Nuevo Reino; ninguna le hacía ventaja entonces en gente ni en poblaciones. Dilatábase hasta las fronteras de Turmequé, y era su príncipe o cacique tan poderoso, que señoreaba por la una y otra parte del sitio en que tenía su corte todas las tierras que ocupaban los quecas y tocancipaes (incluyendo las dos ciudades famosas de Suesca y Chocontá), divididas unas de otras por algunas colinas y montes limpios, y las que habitaban los gachetaes, confinantes con los teguas de los Llanos y separados de Guatavita por una montaña que se interpone. En esta parte tenía sus salinas, y en el corazón de la provincia estaba la laguna más venerada de su gentilidad (de quien dimos noticias al principio). Romper, pues, el Zipa, con guerra descubierta, era empresa muy dudosa para sus intentos, así por la defensa, que de suyo tenía la provincia, como por los socorros que no le faltarían de Quimuinchatecha, rey de Tunja; con que, determinado el Zipa en proseguir sus primeros intentos de que la invasión fuese intempestiva, se valía de confidentes del cacique de Guasca, y fueron tantas las promesas y dádivas con que lo granjeó, que vino en darle paso libre una noche por sus tierras, y aun le acompañó en el asalto que le dio a su príncipe. Más traidores ha hecho el interés que el agravio, y una fidelidad no

se debe aplaudir si no ha pasado por los exámenes del oro y de la plata, escollos en que de ordinario peligran las confianzas.

Asegurado el Zipa con la palabra del cacique de Guasca, pasó sus gentes en lo secreto de una noche, y dada señal con fuegos a los vasallos, que tenía prevenidos en Guatavita, sitiaron el cercado y le asaltaron por diferentes partes los que iban con el Zipa, y a este mismo tiempo los que estaban avisados hicieron más lamentable el estrago, ejecutándolo en los más principales de la corte en que moraban. Su poca prevención de los vecinos la confesaron entre el fuego y la espada. Eran los contrarios muchos y crueles, y no fue cobardía librar algunos la seguridad en su fuga; no fue tan dichoso el Guatavita como ellos, porque a manos de sus huéspedes rindió la vida, y su arbitrio le fue cuchillo tan fatal a él como a sus herederos en una noche, y todos sus Estados, faltos de dueño, con el temor y las noticias del suceso, reconocieron a su mayor enemigo por soberano y señor. Este es el fruto de una resolución pensada despacio y ejecutada de priesa. Puso presidios el Zipa de los mejores soldados de su ejército, aseguró las plazas con promesas y dádivas a los cabos, que es el empeño que los conserva más firmes. Nombró por gobernador de todo lo conquistado a un hermano suyo, política la más segura para conservar señoríos acostumbrados a obedecer reyes, darles para el gobierno personas de calidad que los igualen, porque los súbditos miden el aprecio que su príncipe hace de ellos, por la autoridad del gobernador que les nombra. Así acabó el dominio del Guatavita, príncipe libre, pero no el mayor del Nuevo Reino de Granada, como soñó Juan Rodríguez Freyle en su libro, que instituló del "Carnero"; debiole de tirar mucho el amor de este cacique, pues quiere que haya sido vasallo suyo rebelado el Zipa; a lo menos Castellanos, autor antiguo y de crédito, y Herrera, en sus "Décadas", quinta y sexta, tienen lo contrario, y la tradición

común con Quesada (que es más que todo) lo contradice.

Prudente se gobierna el que sigue el curso de su buena dicha; los sucesos felices son los que la acreditan de verdadera. Mostrábasele favorable la fortuna al Zipa Neméquene, y no quiso darle tiempo a que mudase el semblante, porque sabía que la guerra más cruda se hace con la fama; ésta lo había ensalzado en las victorias pasadas a una elevada grandeza, y para que no decayese con dilaciones, volvió las armas al Ubaque, desamparado ya de los auxiliares. Divide esta provincia de la de Bogotá una cordillera limpia de montaña, aunque de ásperos y pedregosos caminos. Yace a las espaldas de Santafé, declinando al mediodía. No es muy dilatada de espacios, pero abundante de grandes poblaciones y todas fuertes por la naturaleza de los sitios que ocupan, respecto de no tener llanos en qué poblarse. Es fertilísima de mantenimientos, principalmente de trigo, que se da bueno y mucho. Báñanla, como dijimos, el Ríonegro y muchos arroyos, todos rápidos en su curso. Hállanse en ella tres cosas memorables y dignas de saberse. El vestigio del pie estampado en la piedra que se dice haber dejado el glorioso apóstol San Bartolomé. Otra piedra tan prodigiosa que si le cortan o quiebran algún pedazo, crece después hasta ponerse en el estado que antes. Un género de culebras negras, del grosor del dedo meñique, con dos cabezas iguales en cada extremidad; no son venenosas como las demás que produce la tierra, y si las parten y destrozan por cuantas partes tienen, vuelven a juntarse y unirse como de antes, quedando vivas; y así, la traza que se halla para matarlas es ceñirlas con un cordel a una caña y puestas sobre los fogones darles humo, hasta que, ahogadas con él, pierden la vida. Son de mucha estimación en las Indias y aun en estos reinos de España, porque si alguna persona se quiebra pierna, brazo o costilla, ha mostrado la experiencia y enseñado que moliendo y desatando en vino una

parte de ellas y dándosela al doliente luégo que sucede el fracaso, se suelda la parte lesa en bebiéndola.

A esta provincia se entra con dificultad por muy pocas sendas; por las dos de ellas, que fueron la de Chiguachi y la que llaman del Portachuelo, encaminó el Zipa su ejército dividido en dos tropas, y prevenido el Ubaque para la defensa, sacó lo más presto que pudo sus gentes a las fronteras. Balanceó muchas veces la fortuna en los encuentros; Marte se mostró no pocas indiferente en los acometimientos. Los ubaques, acostumbrados a pisar aquellas asperezas y guerrear en ellas, hacían contrapeso a los bogotaes, criados en tierras llanas y más crecidos en número. Eranle muy fáciles al Zipa nuevos socorros para reparar el daño de la gente que perdía, inconveniente que de parte del Ubaque era irremediable si otro cacique no le ayudaba; ni esto era fácil por la distancia en que se hallaban ya los más interesados en favorecerle, y porque a un Estado que se va cayendo, los remedios más fáciles se imposibilitan. Seis o siete meses que ellos cuentan por lunas se resistieron, valerosos, los ubaques, a costa de mucha sangre, con que de ambas partes inundaron la tierra; pero siendo tanta la pujanza de los enemigos de Ubaque y disminución de sus gentes en tan prolija guerra consumidas, cedió a la violencia de las armas, y procurando ajustarse con los tiempos (consejeros fieles de un desgraciado) pidió treguas, despachó embajadores, admitió terceros, y comunicados sus intereses, pactó el rendimiento con pocas condiciones. Las más principales fueron que reconociera sujeción y vasallaje al Zipa como a príncipe soberano suyo y de los demás caciques de su Estado. Que a voluntad del Zipa se pusiesen presidios en todo él y los visitase cuando fuese su voluntad. Que admitiese por mujeres dos hijas doncellas que tenía el Ubaque, pareciéndole que el tenerlo por yerno haría más tolerable la suje-

ción, como si ésta fuese capaz de alivio en un ánimo enseñado a imponer leyes. Admitidas las condiciones por el Zipa, recibió por mujer la hija mayor del Ubaque y la otra casó con el hermano. Puso guarniciones en los puestos más necesarios para seguridad de la provincia, y cargado de triunfos y despojos dio vuelta a las delicias de su reino, donde fue recibido de su corte con bailes y cantos en que representaban sus hechos memorables y con todo el aparato de un majestuoso recibimiento, haciéndolo digno (aunque bárbaro) para un rey coronado de tantas victorias.

CAPITULO IV

SUJETA EL ZIPA LA PROVINCIA DE EBATE, NOMBRA EN ELLA AL HERMANO POR SU LUGARTENIENTE, A QUIEN MATA EL UBAQUE.

NO es posible hacer averiguación de las dilaciones de tiempo que se interpusieron en las conquistas y guerras del Zipa Neméquene, por la poca razón que dan los indios más ancianos en este particular, y así presuponiendo que mediarían los términos necesarios para la prevención de ellas, según la calidad de las empresas o por otros varios accidentes que en todas partes acaecen, no será de reparo escribir continuados los sucesos, siendo verdad que todos ellos sucedieron en tiempo de este Zipa, que reinó veinticuatro años en Bogotá, y más cuando la poca noticia que se halla de las materias políticas en que se empleaba, no dan lugar a variar con ellas la historia y obligan casi solamente a tratar de las guerras que produjo aquel siglo. Sábese, pues, que sujetas las provincias de Ubaque y Guatavita, encaminó sus designios contra el Ebaté y Simijaca. Tenía escrito el agravio que le hicieron (incitando al Zipaquirá) en láminas del corazón, y no pudieron borrarlo los tiempos divirtiéndole de la venganza que desde entonces había maquinado. Extendíase ya el reino del Zipa hasta los confines de la provincia de estos caciques, distante de Bogotá casi veinte leguas. Es lo más de ella tierra llana, en que media solamente el pueblo de Fúquene, situado en una colina entre las grandes poblaciones de Ebaté y Susa; cíñenla, por una parte, páramos fuertes y ásperos montes que la dividen de los muzos, y por la otra la gran laguna de Fú-

quene, que la resguardaba de las invasiones del cacique de Tinjacá y otros señores comprendidos en las provincias que hoy se llaman de Tunja. Su longitud será de más de cuarenta millas italianas y su latitud angosta e incierta de medir por el retorcido giro que forman los elevados montes del páramo, a cuyas faldas se extiende. Es abundante de todas semillas y ganados menores por su buen temperamento, y Susa muy celebrada por las minas que tiene de piedras blancas de mucha estimación, por ser más duras que los cristales, y de otras que llaman girasoles por los visos que forman a manera de arco iris, y otras que llaman gallinazas, de aquel mismo color, que se introducen en los cristales, que se benefician metiéndolos en el fuego, de suerte que lo que en éstos se hace por artificio, en aquellas minas lo obra el sol por su influencia natural en las entrañas de la tierra.

Adelántase hoy más la fama de esta provincia rica por estar dentro de sus términos el milagroso santuario y casa de la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, de quien trataremos en su lugar, y porque en ella, como en la de Bogotá, se hallan muchas yerbas medicinales, y con especialidad una que hoy corre con el nombre de centella, y de antes sin fundamento con el de rejalgar, pues ni es la que vulgarmente se llama así en todas las Indias, ni la que Dioscórides llamó acónito, sino una yerba aparrada al suelo, que tendrá la hoja del tamaño de un real de a dos, y a veces mayor, según la fertilidad de la tierra en que nace, aunque siempre delgada como el papel, y tan maravillosa, que aplicada a la carne de cualquier hombre o mujer abre una llaga tan peligrosa y tan grande cuanta es la distancia que ocupa la hoja, como la aplicación se haga por la parte inferior de ella; pero si, quitada, la vuelven a poner en la misma parte lesa, por la parte blanda de afuera, luégo la sana, sin que esto sea tan de extrañar a la escuela de los médicos que lo pretendan redu-

cir a imposible, fundados en que en la sustancia de un simple, y más tan sutil, puedan hallarse dos efectos contrarios, porque éstos de la centella son causados de virtud oculta y no por la complexión de la hoja; además, que los árabes (aunque mofan de ello los griegos, y a mi ver con razón) confiesan que la sartagona, que es un simple solo, es fría por la parte superficial y por la interior caliente, en cuarto grado; pero cuando esto no sea así y fuese negable semejante virtud oculta en la centella (que es ir por diferente camino que los árabes), pueden suceder los mismos efectos que llevamos dichos, ocasionados de que, aplicada la hoja por el envés, pierda o consuma con la impresión de la llaga el calor que ocurrió a la superficie, y privada de él adquiera la cualidad contraria del frío en tanto grado que baste a sanar la llaga aplicándola por la otra superficie en que se retrajo la mayor parte de la frialdad, aunque lo más cierto, como llevamos dicho, sea provenir lo uno y lo otro de la oculta virtud de la centella, que nos ha parecido no pasar en silencio cuando tenemos entre manos la conquista de las tierras que la producen.

Por la parte, pues, que esta provincia de Ebaté confinaba con el reino del Zipa, corre una sierra dilatada que hace un puerto que llaman el Boquerón de Tausa, renombre de la población que tiene a la entrada, donde hay una famosa salina, y entonces sujeta a Ebaté. Esta era la parte única por donde, con menos riesgo, había de entrar el ejército del Zipa, y la defensa había de cargar en la muchedumbre de sus habitadores, sujetos a tres caciques de igual autoridad: el de Ebaté, el de Susa y el de Simijaca. Unidos, pues, todos, debajo de un dominio, aun resistieran mal a un ejército enseñado a triunfar tantas veces; ¿cómo, pues, podrían, desunidos, dejar de producir los efectos con que tantas veces desengaña la división? Amistolos, empero, el riesgo conciliador de los ánimos opuestos, y hubiérales salido a todos

provechosa la amistad si en la superintendencia del gobierno no prevaleciera en cada cual la presunción de ser el primero.

La defensa de la entrada no era tan dificultosa por lo estrecho del sitio y ventajoso del lugar, que gobernados con mediana prudencia no pudiesen conseguirla, si el Zipa Neméquene no guerreara ya más con el nombre que con el brazo. Marchaba cercano a Tausa cuando a la defensa del Boquerón cargó el Ebaté con todo el resto de sus vasallos, más pacíficos que guerreros; pero el amor de la libertad en ellos y el apetito de mandar en los bogotaes hicieron bien dificultosa la empresa. Muchas veces cejaron los cabos del Zipa apretados de la obstinación valerosa del Ebaté; otras veces recobraron con tierra que ganaban la reputación perdida en las retiradas, y con alternadas victorias los engañó la fortuna repartiendo esperanzas a cada cual por muchos días.

Bramaba Neméquene con la resistencia a que no estaban acostumbradas sus escuadras; intrépido un ánimo grande ensangrenta su coraje con las dilaciones. Pregonó la guerra a sangre y fuego y señaló día para avanzar con todas sus fuerzas; hizo notorio el bando a sus contrarios por medio de un enviado para que no esperasen el último estrago, y como obra más la amenaza que las heridas en hombres de poco espíritu, porque en aquélla conciben todos los rigores juntos, y en éstas sólo experimentan uno, desfallecieron los que hasta allí habían permanecido constantes, teniendo ya como presentes los daños de toda hostilidad, y aunque no vinieron en la propuesta del Zipa, fue su temor tanto, que a los primeros encuentros del avance que se siguió a la embajada desampararon con el sitio inexpugnable del Boquerón la libertad que defendían. En tan feliz suceso (cuando más ajeno de él), se entró el Zipa sin embarazo con todo su ejército por aquella provincia, vanaglorioso de verse señor de la gran población de Ebaté o Ubaté (como se llama hoy corrupto el vocablo),

por ser emporio del Nuevo Reino de Granada, donde concurrían las riquezas de todo él al cambio y feria de unas por otras y de tan crecido número de habitantes, que aun hoy se reputa por el mayor pueblo a vista de la ruina de su antigua grandeza. Pasó a Susa con celeridad, vencida alguna oposición que su cacique le hizo en Fúquene. No corrió menos áspera fortuna el Simijaca, y confesaron los tres caciques debajo de un yugo que a los que divide un vano pundonor los une muy de ordinario una infame esclavitud. Puso por términos de su imperio a Saboyá, frontera de los muzos y rico de despojos con el saco de Ebaté, así de telas de algodón como de joyas preciosas, repartida guarnición en los sitios más fuertes y agregada la provincia a Guatavita (donde su hermano gobernaba como teniente general de sus armas), dio vuelta a su corte mientras el tiempo le abría camino para la conquista de Tunja, a que su mala estrella le guiaba.

No son tan cabales las dichas humanas que no se mezclen con ellas a cada paso las desgracias. Una fatalidad acaecida en estos tiempos fue de mucho sentimiento para el Zipa, y su relación divertirá por un rato la que vamos siguiendo de sus conquistas. Era su teniente general en Guatavita, como dijimos, un hermano suyo, y como suelen estos gobernadores usar muchas veces de términos violentos a que los inclina el desordenado apetito de enriquecer, y para ejecutarlos tienen por medios lícitos los más opuestos a la razón, como de ellos resulte la conveniencia de adquirir hacienda; hacía con este fin diligente inquisición de los caudales que tenían los nuevos vasallos, especialmente aquellos que antes de la sujeción corrían con fama de poderosos, y como en las casas de los que gobiernan nunca faltan hombres inclinados a darles noticia de lo más oculto que pasa en las ciudades (camino real que eligen para introducirse en su gracia), no faltaba quién se la diese de muchos bienes ocultos en que cebar sus deseos, ni

faltó quién le hizo sabedor del rico tesoro que el Ubaque tenía retirado en aquel fuerte peñol situado en el centro de un profundo lago a que se retrajo cuando los bogotaes invadieron su Estado. Erale al teniente general dificultosa la empresa respecto de que necesitaba de gente para la ejecución y de conducirla forzosamente por Chiguachi, donde era señor un cacique sujeto al Ubaque. Tiene notables artes la codicia, y valiose de una traza bien pensada el gobernador para no dar sospechas de su intención. Despachole un correo al cacique de Chiguachi diciéndole tenía orden de pasar por sus tierras con gente armada y todo secreto para reconocer y visitar las guarniciones puestas por el Zipa, su hermano, en los presidios de Ubaque, y saber qué vigilancia guardaban en los puestos que les había fiado. Creyolo el cacique, no persuadiéndose a que en señor de tanta calidad pudiese haber trato doble y más en materia tan ajena de su puesto.

Diole paso libre en lo más oscuro de una noche con que sin dificultad le pusieron las guías en el peñol, que hallaron guarnecido de alguna gente que el Ubaque tenía en él para guarda de sus tesoros; pero su llegada y el asalto fueron tan repentinos, que, muertas las más de las guardas, desampararon el fuerte las pocas que se libraron del cuchillo, y éstas dieron noticia al Ubaque de todo el suceso, pero la noticia causó en él tanto alboroto que a toda prisa dejó el lecho, dio voces trasladando los sentimientos del corazón que tenía en el tesoro a la inadvertencia de los labios; pidió socorro para recobrarlo al capitán del presidio que allí tenía el Zipa, acusando lo injusto del robo, mas discurriendo el capitán que el hermano de su rey no tuviera atrevimiento para lo ejecutado si no fuera con orden superior, se abstuvo, neutral, sin acudir a los unos ni a los otros, hasta que el tiempo le aconsejase lo que había de hacer. Viéndose, pues, el Ubaque, destituído del socorro, acudió a sus vasallos, convocó los más que

pudo en tropas que le acudían, y sin guardar orden en la marcha, caminando apresuradamente puso cerco al peñol por todas partes. El gobernador, que ya se veía dueño de las riquezas, por conservar el dominio de ellas, y el Ubaque, por restituírle en el despojo de posesión tan antigua, hicieron sangrienta la refriega; cinco días pelearon con valor y obstinación, pero como no hay resistencia contra el hambre, enemigo que mata sin reparo, viendo el gobernador la falta que padecía de mantenimientos y que cada día se le aumentaba más la gente a su contrario, se determinó a desamparar el peñol y hacerse paso con las armas por las de sus enemigos.

El último peligro le dio el conocimiento que debía tener antes para ser famoso. Despreció las riquezas cuando no eran suyas y cuando ya le tenían sin esperanza de gozarlas, porque, recogida toda la suma de oro que había apresado, hizo que la arrojasen dentro del lágo, diciendo: **Enemigo que te crías para destrucción del género humano: tú que mueves las guerras y facilitas las paces, por quien se introdujo el dominio y la sujeción entre iguales y en los que nacieron libres; tú que engendras las iras y rompes las amistades, para que no ocasiones de hoy en adelante nuevos peligros entre los mortales, y por que ánimos codiciosos no veneren en ti su desasosiego, quédate en la profundidad de este lago, donde para siempre te sepulten sus ondas; y ojalá pudiera yo hacer que todos los tesoros del mundo pasasen por tu fortuna, pues tes glorias las brindas con sobresaltos; si te buscan, es con fatigas; si te guardan, con recelos; y si te pierden, con desesperación. ¿De qué sirve la majestad si la ultrajas? ¿De qué aprovechan las leyes si tú las atropellas? Y si al que te goza quitas el sueño, para que duerman de aquí adelante los que te buscan, bien pensado na sido ponerte donde ni los rayos de la luna te alcancen ni los del sol te registren.**

Estas palabras u otras equivalentes a ellas re-

fieren haber dicho el gobernador, y acabadas de pronunciar salió del peñol con la poca gente que le quedaba, puesta en orden; trabose la pelea por buen rato, y mostrábase el gallardo joven como despreciador de la vida, valiente en los acontecimientos y cuerdo en las disposiciones; bermejeaba en sangre de los enemigos y en la de sus propias heridas, y obligado de la desesperación, hacía los últimos esfuerzos. No se ostentó garrochado toro más fuerte en la palestra; los silbos y voces con que de ordinario guerrea esta canalla, le aumentaban el coraje, y en los arrojos de su brazo contra una muchedumbre se vieron despreciados muchos peligros; pero como las fuerzas de su enemigo eran tantas, rindió el orgullo y la vida con los más señalados de los suyos. Murió cuando empezaban en él los méritos para mejor fortuna; mas es tan contagiosa la codicia, que aun despreciada deja vinculado el fracaso en quien alguna vez se dejó vencer de su tiranía.

Victorioso quedó el Ubaque, aunque sin esperanzas de ver más el tesoro, que después ha causado la ruina de tantos investigadores de su riqueza. Este dolor se le aumentaba con el miedo que concebía del Zipa por el disgusto que le causaría golpe tan sensible como la muerte del hermano, en quien, fuera del vínculo de la sangre, contemplaba el de la amistad; y así como sagaz le despachó luégo aviso con sus más confidentes, dándole cuenta del suceso y disculpándose de la ejecución de él, por haber sido sin culpa suya, en atención de la reverencia debida a su dueño. Representábale que estando él debajo del amparo de tan gran príncipe, y teniendo su hermano por esta causa obligación de ampararlo en cualquier acaecimiento, había procedido tan ajeno de ella, que para apoyo de su codicia se valió de la sombra de un rey tan justiciero y en menosprecio de su autoridad le robó sus bienes y, no contentándose con este agravio, pretendió también quitarle la vida, que no permitieron sus dioses, porque, favo-

recido de ellos, aconteció que en guerra defensiva el hermano perdiese la suya cuando intentaba derramar la sangre de quien no le había ofendido. A esta embajada, en que iban bien instruídos los mensajeros, juntó un rico presente de joyas y preseas de valor, por ser costumbre antiquísima entre los moscas, que ninguno haya de parecer ante rey, cacique o superior sin que lleve algún presente que darle antes de representar su pretensión, estilo que no solamente se usa de súbdito a su señor sino de igual a igual, como sea forastero.

Con los presentes referidos llegaron los embajadores al cercado de Bogotá (que era el palacio de los Zipas), y alcanzaba licencia de parecer ante Neméquene y dar su embajada, entraron a su presencia y vueltas las espaldas, bajos y doblados los cuerpos con sumisión profunda (que viene a ser la cortesía y respeto con que tratan estas naciones a sus dioses y personas de autoridad, por tener a desacato que un vasallo hable cara a cara a su señor), le dieron la embajada en conformidad de las órdenes que llevaban del Ubaque. Estuvo el Zipa muy atento a la relación que le hicieron los mensajeros, y con majestad severa y sin que se le reconociese alteración en el semblante con ninguna de las circunstancias que le dijeron, les mandó volviesen al Ubaque con su presente y le dijesen que luégo al punto fuese a parecer en su corte y dar personalmente los descargos de la muerte de su hermano, y obedientes los mensajeros partieron, e hiciéronle saber a su cacique lo que el Zipa le ordenaba, y él, sabida la voluntad de su rey, sin poner excusa alguna en la ejecución del mandato, se puso en camino con otro nuevo presente digno de su grandeza y del príncipe a quien lo llevaba. Este se componía de veinte doncellas, las más hermosas de su Estado, bien vestidas y arreadas de joyas, cien cargas de la más fina ropa de algodón, muchas y muy buenas esmeraldas, varias figuras de animales de oro y plata

y otras muchas preseas de las más estimadas de aquel país.

Con esta prevención y grande acompañamiento de sus vasallos, entró en la corte de Bogotá como reo el que pocos años antes era temido como igual, y hecha la reverencia debida al Zipa y ofrecido el presente, no quiso tomar cosa alguna de todo él, si no fue por ceremonia una manta de algodón, dando por razón aquel bárbaro (la que debe tener presente cualquier juez cristiano), que de los acusados no se debían recibir dones y preseas, porque son el peso con que se dobla la vara de la justicia, que siempre debe estar derecha. En efecto, probados y bien vistos los descargos del Ubaque, y reconocida la culpa del hermano, después de seis o siete meses de detención, prefiriendo al vínculo de la sangre la fuerza de la razón, dio por libre al Ubaque de la culpa que se le imputaba, restituyéndole en sus Estados, a que agradecido el reo instó segunda vez con el presente, pero el Zipa, más prudente que antes, le respondió que no había recibido el presente antes de sentenciarle, por lo que le había dicho entonces, y que no lo recibía después de la sentencia, por que no se dijese que para darla había tenido la mira a recibirlo después, con que favorecido y cargado de honores, el Ubaque volvió muy alegre a su casa.

CAPITULO V

DA LEYES EL ZIPA EN SU REINO Y PREVIENESE DE TODO PARA LA GUERRA DE TUNJA.

VIENDO, pues, Neméquene, la grandeza a que había llegado su reino, y que toda la seguridad de las monarquías se sustenta sobre los dos polos del premio y del castigo, y que éstos viven y se mantienen de la fortaleza de las leyes, con que los méritos y delitos se pesan según la calidad de ellos y de las personas, ordenó muchas leyes y estampólas en las memorias de sus vasallos, para que se gobernasen por ellas, y cumpliéronlas tan sin descuido y con tanta puntualidad, que se fueron arraigando de suerte que hasta nuestros tiempos permanecen entre ellos, y se guardan algunas, aunque como ya viven sujetos a las nuéstras, se van desvaneciendo con el tiempo, y de las que hizo Neméquene refieren éstas los naturales.

Mandó que si alguna persona matase a otra, pagase con la vida, aunque le perdonase la mujer, padre o parientes del muerto, porque la vida sólo Dios la daba y los hombres no tenían autoridad para perdonarla a quien la debía por la que había quitado.

Que si algún hombre forzase alguna mujer, muriese por el delito, siendo soltero; pero si el delincuente fuese casado, durmiesen con la suya dos hombres solteros, para que con el sentimiento de la propia deshonra, reconociese la gravedad de la culpa y fuese la pena mayor que la muerte.

Que si algún hombre cometiese incesto con su madre, hija, hermana o sobrina, fuese metido en un hoyo estrecho lleno de agua y acompañado de

sabandijas lo cubriesen con una grande losa donde pereciese miserablemente; y que la misma pena se ejecutase con las mujeres, para que si el fuego de la lascivia los había obligado a romper los grados del parentesco, se les apagase el incendio con la frialdad del agua y la tierra, y con la losa quedasen sepultados los nombres y memorias de sujetos tan malos.

Al sodomita puso la pena de muerte, que se ejecutase luégo con ásperos tormentos, y en esta ley dejó puerta abierta para que los Zipas que le sucediesen, pudiesen extender el castigo con las más penas que arbitrasen, pareciéndole que mientras más se aplicasen aun no serían condignas a semejante delito.

Mandó que si de parto muriese alguna mujer casada, perdiese el marido la mitad de su hacienda, y se aplicase al suegro o suegra, o a los hermanos o parientes que fuesen en el afecto padres de la difunta, por ser, como era, el marido, instrumento, aunque sin culpa, de la muerte de su mujer, y sus suegros y parientes los que verdaderamente la perdían; pero que si la criatura quedase viva, solamente la criasen a costa del padre.

Para el que fuese ladrón mandó que con fuego puesto delante de los ojos lo cegasen, y si los hurtos fuesen de gravedad o repetidos, se los quebrasen con puntas de espinas, pues habiendo de ser las penas medicinales, por estos medios se castigaba lo presente y remediaba lo futuro, sin quitarle la vida al reo.

Ordenó que ningún señor o cacique, por grande que fuese, subiese en andas que llevasen sus criados en hombros, sino solamente el Zipa o la persona que él privilegiase en caso que fuesen tales sus servicios y sangre que lo mereciese, para que con su observancia conociesen todos la soberanía del que naciese rey y la diferencia del que sirviese mejor.

Limitó los vestidos y joyas a la gente común para formar jerarquías entre sus vasallos, y a los

Uzaques (que son los de más ilustre prosapia, y entonces eran como grandes del reino), concedió privilegio para horadar las orejas y narices y poner pendientes de ellas las joyas que quisiesen.

Aplicó para su real fisco las haciendas de aquellos que muriesen sin herederos legítimos, si bien fuera de los sobrinos, hermanos e hijos, no se ha podido averiguar entre los mismos indios si heredaban otros.

Mandó que al que mostrase cobardía cuando lo llamasen para la guerra o cuando estuviese en ella, lo despojasen de las vestiduras de hombre y se las pusiesen de mujer, ocupándolo en los ministerios propios de aquel sexo por el tiempo que al Zipa le pareciese.

Hizo ley ordenando que al que huyese de la batalla antes de hacerlo su capitán, le quitasen luégo la vida con muerte afrentosa, porque de imitar en todo las acciones de los cabos, resultan de ordinario las victorias cumplidas o las pérdidas menos sensibles, y establecidas otras penas ligeras para delitos leves, como son romper la manta o cortar el cabello, dispuso que para la indispensable observancia de todas las que van dichas, fuese presidente de su consejo supremo, con sucesión de uno en otro, el cacique de Subá, de cuya sentencia en justicia no se pudiese apelar. Y verdaderamente en la poca doctrina que tenía aquel bárbaro, mostró muchas luces de un entendimiento capaz de cualquiera enseñanza política en que lo cultivasen.

Promulgadas estas leyes y obedecidas de los vasallos del Zipa, en la mayor pujanza de buena fortuna, riqueza y Estados en que se veía, pareciéndole que el complemento de su ambición consistía en apoderarse de Tunja, piedra la mejor, que echaba menos en su corona, y que su príncipe era el enemigo más grande que tenía por vencer, y contra quien las guerras pasadas habían sido disposiciones previas para sojuzgarlo, hizo convocación de todos los caciques de su reino, que sabida

la intención del Zipa, acudieron a su corte dentro del término señalado para juntarse, y es fama que, teniéndolos presentes en su cercado, y puesto en su real silla, les habló de esta suerte:

Bien notorias son en estos reinos y en los extraños mis grandes hazañas, y a los que estáis presentes mis gloriosas victorias continuadas por tantas lunas, pues no se ha visto señor o cacique que se me haya atrevido, que ya no confiese postrado a mis pies la diferencia con que nos crio el Autor resplandeciente de la naturaleza. Mis Estados son ya todas las tierras que ocupan estos dilatados llanos, sin las que tengo de la otra parte de la cordillera grande y de la montaña, que linda con la de los panches, sin que halle hoy persona en ellas que no viva gustosa debajo de mi dominio, y que no confiese ser digno yo solo, por mi real sangre y esfuerzo, de mandar y sujetar los demás reyes del mundo. Y así no puedo negaros que tengo a mucha afrenta mía que el Hunzaque, príncipe desigual conmigo, no sólo no se me haya rendido (visto el estrago de tantos caciques confederados suyos), pero que intente hacer oposición a mi poder soberano. No niego yo que si él hubiera sido valeroso y sujetado las provincias que confinan con su Estado, pudiera competirme en el poder, aunque no en la sangre; pero siendo el señorío que ocupa menor que los que tienen otros caciques libres de aquel reino, es mengua que ya los bogotaes, con la ocasión de hallarlo dividido, no lo tengan conquistado, y a los tunjas, esclavos de nación tan esclarecida, y así me hallo resuelto a levantar ejército bastante para la empresa, sin apartar mano de ella ni reservar mi persona de tan glorioso empeño, para lo cual será necesario que cada cual de los caciques que me oyen, tenga su gente de armas prevenida para de aquí a treinta días, que señalo de plazo, y que las prevenciones de bajage y pertrechos necesarios se dispongan de suerte que el ejército no llegue a contingencia de deshacerse por su falta, y estando dis-

puesto lo que os mando, compareceréis dentro del dicho término con todas vuestras tropas en mi presencia, para que en ella se haga la lista de la gente que hubiere de asistirme. Y os empeño mi real palabra de adelantar con honras y favores a los que en esta ocasión se señalaren más en mi servicio. Para lo cual partid luégo, y háganse las levas pregonando la guerra en todo mi reino, por que en este verano que tenemos ya tan vecino pueda lograr los designios que por tanto tiempo tengo premeditados.

Dichas estas palabras, y habiendo cada cual dado señales de su pronta obediencia, se partieron todos a sus Estados, y divulgada la fama de la guerra que emprendía el Zipa, se eligieron de cada provincia los soldados más experimentados en los encuentros y lances pasados, y bien apercibidos de las armas que usaban, que acrecentaron con picas y hondas y con lo demás necesario para el sustento, salieron de sus territorios dentro de los treinta días señalados, y a los fines de ellos se hallaron en los floridos y dilatados campos de Bogotá, donde las naciones y parcialidades que ocurrieron ocuparon sitios separados, diferenciándose para ser conocidas con insignias de varios colores, pabellones y tiendas de algodón, en que alojaban los cabos y demás oficiales. Y estando ya juntos y bien ordenados los escuadrones, se presentó en medio de ellos el Zipa en unas andas de oro y esmeraldas, acompañado de los Uzaques y ministros de su corte, y reconociendo los tercios muy despacio por su propia persona, dispuso que pasase muestra el ejército, en que se hallaron sesenta mil hombres de guerra bien prevenidos, de que se alegró mucho, no tanto por el número como por la calidad de estar disciplinados en la escuela de su milicia.

Pasada la muestra se dio principio a los sacrificios, que con horror traslado a la pluma, y estaban dispuestos para aquella ocasión por mano de los Jeques, a quienes pertenecía ejecutar las víc-

timas de sangre humana, y éstas fueron tan crecidas, que aun entre bárbaros no se libraron de ser espectáculo el más lastimoso que representó su gentilidad en el teatro de aquellos campos, y templo majestuoso de sus ídolos, tantas veces manchados con la sangre que derramaron sus ánimos brutos. Pero concluídas ya por Neméquene las víctimas y ceremonias, como por el Jeque le fuese dicho prosiguiese la empresa en que sería bien afortunado, según que del oráculo lo tenía entendido, mandó que sin dilación alguna marchase el ejército a Tunja con aquel orden y espacio que requerían sus escuadras y la multitud de cargueros en cuyos hombros se conducía el bagaje y demás pertrechos de guerra.

CAPITULO VI

REFIERENSE LOS SITIOS Y ESTADO DE LAS PROVINCIAS DE TUNJA Y SOGAMOSO, Y HACEN LIGA SUS PRINCIPES CONTRA NEMEQUENE.

FUE tan pública la fama de la guerra que emprendía el Zipa, que luégo tuvo noticias de ella Quimuinchatecha por sus espías, que supieron dárselas aun de las menores circunstancias, dicha que no todas veces alcanzan los príncipes, y que debieran solicitarla, pues en la cierta noticia de lo que obran sus contrarios consiste casi siempre la buena fortuna de los progresos. No poco cuidado le causó la dificultad en que se hallaba envuelto para la defensa de quien tan poderoso y guerrero empeñaba todas sus fuerzas en destruírlo. Tenía el Tunja su corte distante poco más de veinticinco leguas de Bogotá, y puesta en cinco grados y veinticinco minutos de la equinoccial de esta banda del norte, que viene a ser el sitio donde al presente está fundada la ciudad de Tunja. Su valle corre norte sur muy poco trecho, con menos travesía; es falto de agua y leña, y por causa de la elevación de la tierra, muy frío y seco, y por los aires sutiles y nocivos que la bañan (principalmente el que llaman de Carare, que es el más continuo) se padecen pasmos y desecación del cerebro, de que resulta estar muy sujetos a perder el juicio sus habitadores. Pero como era este valle el centro de los Estados del Tunja, puso en él su silla para repartir igualmente la influencia del dominio en sus vasallos. Cíñenla dos colinas rasas, una a la parte de oriente, donde habitan los chibataes, soracaes y otras naciones que se extienden hasta la cordillera que divide los Lla-

nos de San Juan de lo que al presente se llama Nuevo Reino; la otra al occidente, llamada la Loma de los Ahorcados (por lo que adelante se dirá) o cuesta de la Laguna, por el valle que tiene a las espaldas de tierras llanas y fértiles de carne y semillas, donde hay un grande lago y en que habitan las naciones de los tibaquiraes, soras, cucaitas, sáfas, furaquiras y otras que por el mismo rumbo confinaban con las tierras de los caciques de Sachicá y de Tinjacá, señores libres y de la provincia en que de presente se coge mejor trigo y aceitunas y donde está fundada la Villa de Leiva. Al sur de las dos colinas, cinco leguas distante, tenía su Estado el cacique de Turmequé, señor poderoso y sujeto al Tunja y de quien mas confiaba, por tener a su cargo la plaza de armas y frontera de los bogotaes; y aunque todas aquellas tierras son ásperas y dobladas, por ser tan fértiles las ocupaban muchas naciones, como son los boyacaes, icabucos, tibanaes, tenzas y garagoas, y al norte era señor de los motabitas, sotairaes, tutas y otros muchos, hasta confinar con el Tundama, señor absoluto y poderoso.

A estos términos y calidades se reducían el señorío y Estados de Tunja al tiempo que reinaba Quimuinchatecha, aunque en la entrada de los españoles se los daban tan dilatados algunos indios a la primera fundación del reino, que afirmaban haber sido con mando absoluto sobre todas las tierras que habita la nación de los moscas. Pero como los naturales de aquel país sean tan vanagloriosos de la propia nobleza que no admitan iguales, y tan despreciadores de que sus cosas corran por el orden común que las de los demás vivientes, y para ello se valgan de aquellas fábulas que más favorecen su intento, eran tantas las que referían de su grandeza y de la de sus primeros reyes, que desacreditaban con ellas la parte que pueden tener de verdaderas aquellas afectadas relaciones en que talvez discordaban. En lo que sí convienen todos los indios moscas, es en haber sido antiquí-

simo el señorío del Tunja, a que añaden los tunjanos haber tenido principio con la autoridad suprema de uno de los más antiguos pontífices de Iraca en esta manera: que como éste viese que todos los caciques de los moscas, entre quienes estaban repartidas las tierras, anduviesen mezclados en guerras de unos con otros, a cuyo remedio no podía acudir con armas que le estaban prohibidas, como a persona dedicada solamente (por razón de su oficio) a todo aquello que tocase a la religión, en conformidad de la potestad que a sus antecesores dejó vinculada Idacanzas (que es lo mismo que el Bochica de quien hemos tratado), dispuso con la autoridad de sus Consejos que eligiesen un rey supremo a todos, que los gobernase, para lo cual concurrieron todos los señores a su presencia, y resignados en su elección, les dio por rey a uno de los presentes: el más bien quisto y apacible de todos, que fue Hunzahúa, de quien se derivó el nombre de Hunza o Tunja, y a quien llamaron desde entonces Zaque, que quiere decir lo mismo que Zipa entre los bogotaes, epítetos de que usaron después otros caciques, anteponiéndolos unas veces, como en Zaquencipá, y posponiéndolos otras, como en Lenguazaque, entre los tunjanos, y Zipaquirá y Gachencipá, entre los bogotaes.

De este Hunzahúa afirman que dominó todas las tierras de los moscas, desde Chinmochá a los Sutagaos y desde las vertientes de los Llanos de San Juan hasta las fronteras de los panches y muzos, con toda la tierra de Vélez, gobernándolo en paz y justicia, porque fue buen príncipe, pero añaden una mentira tan descabellada, como decir que vivió doscientos cincuenta años y que de él procedieron todos los reyes de Tunja, los cuales verdaderamente lo fueron como hechos por la autoridad del Sumo Intérprete de su religión, y con consentimiento de todos los pueblos, lo que no tuvieron los Zipas de Bogotá, pues aunque sus provincias son de mayor grandeza y estimación, fueron tiranos todos los príncipes que las dominaron

después, y a la verdad es muy verosímil lo más de esta tradición derivada de los antiguos, pues siendo cierto, como lo es, que dentro de todos los términos que dan al reino de Hunzahúa se habla generalmente la lengua chibcha, con poca diferencia, y se profesaba una misma religión, es muy consiguiente que en todos ellos hubiese reinado en algún tiempo un príncipe solo, debajo de cuyo dominio se hubiese dilatado el idioma por todas las provincias sujetas, y profesado unos mismos ritos, a la manera que en la Italia se reconoce y en los reinos conquistados de los incas mostró la experiencia. Y siendo también cierto, como lo confiesan tunjanos y bogotaes, que la fundación del señorío de Tunja fue antiquísima, lo cual ninguna de las dos naciones confiesa del reino de los Zipas, bien se infiere que hubo tiempo en que todas las provincias que hoy hablan la lengua chibcha estuvieron sujetas y unidas a la fundamental de los primeros reyes de Tunja, a que se añade aquel recurso intentado a ellos por el Guatavita y el Ubaque en reconocimiento del soberano dominio que se dice tenían.

Afianzada en esta forma la antigüedad del tronco de los Hunzaques por los tunjanos, no saben dar razón de quiénes fueron los primeros sucesores de Hunzahúa, sino solamente afirman que corrió el reino de uno en otro hasta llegar al Zaque Thomagata, de quien refieren mayores desatinos y ficciones que de otro alguno, como es decir que fue tan religioso que después de Idacanzas no se ha visto otro hombre criado semejante a él en toda la redondez de la tierra, pues, como tal, tenía una dilatada cola a la manera de tigre o león, que le arrastraba por el suelo, por cuya causa le llaman hasta hoy el cacique rabón, y que caminaba en romería de Tunja a Sogamoso, que hay ocho leguas, yendo y volviendo diez veces en cada noche a rezar en sus ermitas y templos, y para señal de su majestad suprema tenía cuatro orejas y un ojo solamente, porque era tuerto del otro,

figura más propia para jeroglífico de un rey indigno que para dibujo de un príncipe bueno, pues más necesita éste de muchos ojos para ver lo que debe remediar, que de tantos oídos para escuchar a cuantos le adulan con mentir, porque, siendo más noble potencia la del ver que la del oír, ¿quién duda que la mayor nobleza se debe preferir en la estimación de los reyes? A este fingimiento tan despreciable añaden que era tan santo, que a quien lo enojaba convertía en culebra o lagarto o en otro animal, el que le parecía, porque alcanzó de Idacanzas y del sol, para sí y sus herederos de aquel reino tunjano, que tuviesen la misma potestad de convertir los hombres en bestias, y que si algunos no lo hicieron fue por pura cortesía (aunque lo más corriente que parece es haber pecado de descorteses) o por falta de haberles faltado muchas veces aquella candidez sólida que tuvo el Zaque Thomagata.

Refieren más: que nunca fue casado ni conoció mujer, porque habiéndose inclinado en su mocedad al matrimonio, y queriéndolo efectuar, reconoció que estaba inhabilitado para ello, porque, desagradado el sol de semejante pretensión, y empeñado en que le sucediese en el reino Tutazúa, su hermano (que se interpreta hijo del sol) lo despojó la noche antes de la potencia generativa, por lo cual vivió toda su vida en celibato, y después de ciento y tantos años murió dejando el reino a Tutazúa, y de este hermano en sobrinos, y de sobrinos en hermanos, que es la línea derecha de la sucesión, fueron los reyes de Tunja dominando en todas las tierras de los moscas hasta sesenta o setenta años antes de la entrada de los españoles, en cuyo tiempo, reinando Michúa, se levantó el reino de los Zipas, porque siendo cacique de Bogotá Saguanmachica, esforzado y valiente capitán de aquellos tiempos, comenzó a tener diferencias con el cacique de Guatavita, de que resultó rebelarse a Michúa, y a su ejemplo otros caciques, y que el reino quedase últimamente diviso con las

desastradas muertes de ambos reyes en la batalla de Chocontá (como dijimos en el primer capítulo del segundo libro de esta historia), sobre cuya relación hará el lector el juicio que le pareciere.

Tan grande príncipe como esto era el Tunja en cuanto a vasallos, y mucho más en riquezas, pero todo este poder de Quimuinchatecha no era bastante para resistir a Neméquene si otros caciques no le daban socorros, como interesados todos en la defensa de cada uno. Era astuto, y fundado en esta razón tan fuerte, despachó embajadores a los caciques de Gámeza, Sogamoso, Duitama y Sáchica, representándole a cada uno el propio peligro, en caso de que el Zipa le ganase el reino o parte de él, pues no contenta su ambición con lo uno o lo otro (de que tenían sobrada experiencia) había de intentar sucesivamente la ruina de todos para engrandecer más su corona. Instábales para que, uniendo sus fuerzas, le ayudasen en la oposición que resolvía hacerle en los primeros acontecimientos, pues de embarazarle la entrada por la parte de Turmequé se seguiría la libertad de todos. No se sabe que semejante embajada moviese a los demás caciques tanto como al de Sogamoso, pues no dan razón los indios de que tuviese otras armas auxiliares el Tunja en esta guerra, si no fueron las de este cacique, de quien, para claridad de la historia que vamos siguiendo, será bien dar cuenta, y del poder que entonces tenía.

CAPITULO VII

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL ANTECEDENTE.

YACE la provincia de Iraca (que mudó el nombre en Sogamoso) ocho leguas distante de la ciudad de Tunja, a la parte del oriente. Es casi toda ella de tierras llanas, dilatadas en buena proporción, y las mejores y más fértiles de todas cuantas tiene el Nuevo Reino de Granada. Fertiliza esta provincia con sus aguas y divídela en dos partes el valiente río Sogamoso, cuyo origen repartieron entre sí las ciudades de Tunja y de Toca, donde reconoce sus principios. Corre esta provincia por las faldas de la cordillera que sirve de lindero entre los Llanos y Nuevo Reino, con temple muy saludable, en que estaban pobladas muchas y diferentes naciones sujetas al Sogamoso, y toda la distancia a que alcanzaba su señorío es la que llamaban tierra santa, por haber muerto en ella, como decían, el Bochica, primer intérprete de su religión, dejando por herederos de su potestad a los caciques que le sucediesen, aunque los indios de aquella provincia refieren el caso de esta manera:

Dicen que en los tiempos antiguos hubo un cacique nombrado Idacanzas, que en su idioma quiere decir luz grande de la tierra, y que éste tal tenía gran conocimiento de las señales que demostraban mudanza en los tiempos, como son de serenidad o tempestades, de hielos y de aguas o vientos pestilenciales, que reconocía por los planetas y signos, otras veces por las nubes o las aves,

o por los animales de la tierra, que le pronosticaban los futuros acaecimientos. Y aunque esto es muy creíble, siendo este Idacanzas el mismo apóstol que llaman Bochica los bogotaes, en caso que no lo fuese, sino otro algún indio de los que veneran, tengo por más verosímil que sería por medio de los pactos, que, como hechicero, tendría con el demonio, a que son muy inclinados los sogamosos, pues este enemigo común, como gran filósofo que es, le comunicaría lo que por su ciencia alcanzaba en estas materias, para tener pervertidos siempre con sus engaños a aquellos bárbaros que tan sujetos le estaban. De aquí resultó que como los indios experimentasen la puntualidad de sus pronósticos, le empezaron a venerar en tanto grado, que de todo el Nuevo Reino acudían a él con dones y presentes, consultándole como a oráculo las cosas más graves y pidiéndole lluvias o serenidades, granizos o sequedad, según la conveniencia de cada uno, pareciéndoles que era el autor por cuya disposición se gobernaban los efectos de las causas naturales, y en cuyo arbitrio estaban la salud y enfermedades que experimentan los hombres, y en orden a estos fines hacían de todas partes romerías a Sogamoso millares de indios para conseguir sus pretensiones, sin que la hostilidad de la guerra impidiese o maltratase a quien llevaba el salvoconducto de semejante peregrinación, y aun por esta causa y el conocimiento que de Idacanzas tenían los Zipas, y de que por su mano se distribuían los buenos y malos temporales, le daban cierto tributo en cada luna para tenerle grato, y le servían con muchos dones siempre que por medio de sus embajadores lo consultaban.

Esta misma opinión, que tenían todos de Idacanzas, se fue continuando en los demás caciques que le sucedieron, y de aquí es que, cuando helaba en las tierras y la escarcha les abrasaba los maizales, tenía costumbre de cubrirse con manta blanca para imitar los hielos, retirarse de la comunicación poniéndose melancólicos y tristes, y

dando muestras con su desabrimiento afectado de ser ellos la causa de aquellos temporales, y no los vapores gruesos que con el frío se convierten en hielos en la ínfima región del aire. De esta ceremonia tan perjudicial han usado aun después de recibida la fe católica con el santo bautismo, sin que la predicación continua del Evangelio baste a quitar el engaño de aquellos caciques, pues en tiempos del señor D. Fr. Luis Zapata de Cárdenas, arzobispo que fue de aquel reino, visitando aquella provincia se le averiguó con sus mismos indios al cacique don Felipe (que lo era entonces), que de continuo se enojaba con sus vasallos, y los reprendía del poco respeto y temor que le tenían, sabiendo todos que estaba en su voluntad afligirlos con pestes, viruelas, reumas y calenturas, y que pendía de su potestad la producción de cuantas yerbas, legumbres y plantas necesitaban. Pero a esta dignidad de cacique (que más bien debió llamarse de supremo agorero) y cabeza de los Jeques, no se entraba por herencia sino por elección de cuatro caciques, que lo eran los de Gámeza, Busbanzá, Pesca y Toca, y en caso de discordia se valían del Tundama para que regulase, siendo, además de esto, costumbre inmemorial que el electo fuese de las naciones de Tobazá y Firavitoba, sucediéndose alternativamente.

A esta relación añaden que en cierta vacante en que pertenecía el cacicazgo a los de Tobazá, acaeció que un caballero de Firavitoba, a quien la naturaleza señaló con barba larga y roja (cosa pocas veces vista entre ellos), usurpó tiránicamente la dignidad con el favor que le dieron seis hermanos suyos, todos valerosos y ejercitados en las armas, de que sentidos los tobazaes dieron noticia a los electores, y ellos, ofendidos de la tiranía y violencia del bermejo, llamado así en su idioma, determinaron hacerle guerra, tanto por haber quebrantado estatutos tan fundamentales en menosprecio de su autoridad, como por haber aprisionado al elector de Gámeza y ajusticiádolo pública-

mente, sin más causa que la de haberle faltado con su voto. Convocaron, pues, sus gentes, y no rehusando el bermejo entrar en batalla como quien les excedía en ánimo y bravosidad, resultó del rompimiento que éste salió victorioso y los electores se hallaron obligados a retirar su campo a sitios fuertes, sin desistir de su primer intento; antes mucho más sentidos con la derrota pasada dieron bando con penas capitales, para que ninguno de la provincia de Sogamoso obedeciese al bermejo, pues les constaba ser tirano, y como a tal lo declaraban por incapaz de la suprema dignidad que violentamente usurpaba según sus leyes, y pudo tanto esta diligencia que los sogamosos, de quienes se componía la mayor parte del ejército del bermejo, abandonaron su partido pasándose al de los electores, con que sin dificultad le rompieron en el primer encuentro y le privaron del Estado y de la vida, aunque la vendió a precio de muchos de sus contrarios, dando señales en la muerte del esfuerzo grande con que lo privilegió la naturaleza. Bien quisieran los electores (y les costó gran diligencia) hallar el cuerpo difunto, para que, puesto en una escarpia, fuese desquite de la sinrazón hecha por el bermejo, haciendo lo mismo en desprecio del elector de Gámeza; pero los hermanos lo defendieron tan varonilmente que lo sacaron de lo más peligroso de la batalla y, retirándolo del campo, le dieron sepulcro en parte tan oculta que jamás tuvieron noticia de él.

Concluídas con tan feliz suceso las guerras civiles y pacificada la tierra por los electores, colocaron en la silla de Sogamoso, a voluntad de todo el reino, un caballero de Tobazá, llamado Nompanim, que quiere decir vasija de león, y a éste le sucedió otro de Firavitoba que se nombraba Sugamuxi, que significa el encubierto, y a éste hallaron en la silla los españoles cuando entraron en el reino, y por el nombre que tenía el cacique trocó la provincia el de Iraca en el de Sogamoso, corrompida la voz. Y por conjeturas de los tiempos

en que reinaron parece haber sido Nompanim a quien pidió socorro el cacique de Tunja en la ocasión de esta guerra, que le movió el Zipa Neméquene, como vamos tratando. Este, pues, se lo dio de más de doce mil hombres conducidos por su persona a la ciudad de Tunja, donde ya se hallaba Quimuinchatecha con un ejército de más de cincuenta mil indios. Y sabiendo estos dos caciques de sus espías, cómo la vanguardia del ejército del Zipa, gobernada por Saquezazipa, había arribado a las tierras de Turmequé haciendo tantas ruinas y estragos, que sus moradores, por no hallarse con fuerzas bastantes para resistirle, desamparaban las ciudades y se retiraban al corazón del reino, determinaron salirle al encuentro con resolución de no excusar la batalla, de quien ya pendía una esclavitud infame o gloriosa libertad. Las resoluciones arriscadas, cuando el peligro no deja otro camino para la defensa, muchas veces produjeron efectos bien afortunados. Si el Tunja esperara dentro de su corte, se encontrara en ella con un ejército victorioso, que trueca el movimiento que produce la violencia en el natural, con que se sigue una buena dicha, y entonces difícil de atajarse, por no haberla resistido desde sus principios. Estas noticias llegaron a Saquezazipa, que, cuerdo y experimentado en la guerra de los panches, supo irse retrayendo hasta incorporarse en Chocontá con el grueso del ejército de Neméquene, sin detener la marcha, que con buen orden hacían los dos príncipes en demanda de sus contrarios, fiados en la multitud de sus gentes, de tal suerte que a pocas distancias se descubrieron unos a otros los indios sobresalientes o batidores de los campos, y haciendo alto en el arroyo, que hoy se llama de Las Vueltas, y entonces fue quien dividió los ejércitos, les hicieron señal para que ejecutasen lo mismo, mientras cada cual de los cabos ordenaba sus tropas con el fin de tenerlas a punto de batalla.

CAPITULO VIII

DANSE VISTA LOS EJERCITOS DEL ZIPA Y DEL TUNJA Y PLATICAN ANTES DE LA BATALLA.

DE tan gran multitud de bárbaros se formaban los dos ejércitos, que de la una y la otra parte del arroyo se cubrían los llanos y laderas, a la manera que si produjese hombres la tierra; y como tienen por gala en las contiendas los penachos de varias plumas con las medias lunas de oro y de plata para las cabezas, y las ajorcas y brazaletes con las tintas de vija y jagua para el adorno y matiz de los cuerpos, sin la multitud de divisas y banderillas que las parcialidades llevaban para diferenciarse unas de otras, representaban a los visos del sol a la primavera, cuando más prodiga de sus flores, y a los ojos de la consideración el espectáculo más horrible de las amarilleces de la muerte, que brevemente asombraría aquellos contornos con estrago funesto de tan numeroso concurso de gentiles que habían de perecer para siempre en el rigor de la guerra y a manos de la obstinación heredada de su idolatría. Pero reconociendo el Zipa la sangre que había de costar la victoria, siempre dudosa en las mayores seguridades, y que el granjear crédito de piadoso es el primer paso para conciliar enemigos y ganar fama de invencible, no quiso romper la batalla sin dar primero señales de que por medios prudentes y consideraciones justas, que miraban al bien público, excusaba el rompimiento hasta verse provocado. Y con este fin despachó embajador al Tunja, que en nombre suyo le habló de esta manera:

Tunja, varón prudente, yo confieso la admira-

ción que me causa el ver que un hombre capaz, como tú lo eres, te confíes tanto de los propios bríos y de la gente allegadiza que te sigue, que intentes competir con mi valor, sin mostrar recelos del que asiste en mis escuadrones, enseñados a triunfar de naciones indómitas y guerreras, cuanto más de las bisoñas que te cercan, más inclinadas a ejercicios mujeriles que a marciales encuentros. No pienses vanamente que el número es el que pelea sino el esfuerzo disciplinado en las contiendas, porque la muchedumbre siempre causó los embarazos que ignora el valor, y a tener tú las experiencias de esto, supieras la ventaja con que se empeña quien ha visto la cara a muchos peligros. Pero, pues nada de lo que te digo consideras, cuando estás acostumbrado a dar buenos consejos a quien te los ha pedido, te aviso, por último, repares en la conservación de tu Estado, pues sin valerte de las armas lo podrás gozar en paz por medios más cuerdos que te lo faciliten. La desesperación nunca fue valentía sino locura, ni es cobardía sino prudencia saberse acomodar con el tiempo, para que no se pierda todo con la obstinación. Bien reconoces que tengo la victoria segura, pues no ignoras que aun lo más difícil se allana al poder de mi brazo, y así, lo que debes hacer para no aventurar tus vasallos a la pérdida lastimosa que se espera, será rendirme vasallaje, como a soberano y señor, a quien, por lo esclarecido de mi linaje, pertenece serlo del mundo; y te empeño mi real palabra, que si considerado el peligro de tu gente y Estados, me prestas obediencia, serás amparado de mis armas, favorecido y acariciado en mis reinos, y tendrás el primer voto en las consultas de mi gobierno; pero si menosprecias esta paz a que te llamo y conveniencias que te propongo, no podrás escaparte de mis iras, ni el perdón tendrá lugar cuando más arrepentido lo solicites, y, pues, te concedo tiempo, míralo bien antes que el rompimiento de la batalla te desengañe y pruebes el rigor de mis tropas para tu castigo. Piedad so-

la es la que me mueve a darte consejo tan saludable, por no estar mi clemencia acostumbrada a mirar sin quebranto la mortandad que habrá de seguirse de tu contumacia."

Oyó el Tunja con mucha alteración la embajada, pero sosegado por consejo de sus capitanes, a quienes comunicó lo que debía hacer en semejante lance, dijo al embajador volviese a su campo, donde otro día haría patente su resolución sobre la propuesta de su rey. Dio vuelta el embajador, y habiendo pasado aquella noche en continuo desvelo los dos ejércitos, al amanecer se presentó delante del Zipa el embajador de Quimuinchatecha, que en su nombre le respondió en esta forma: **Grande Neméquene: si te ha causado admiración la competencia que dices pretendo tener contigo, para mí ha sido maravilla mayor que de un caudillo de mi reputación hayas formado tan bajo concepto, que me propongas te reconozca por soberano señor antes de ver el fin de esta batalla en que se ha de examinar cuál de los dos merece serlo por su valor y prudencia. Bien se conoce que lo que pides te lo dicta la presunción vana de tu altivez, no la razón que mide los ascensos del mérito. Pero hágote saber que son muy falibles las opiniones del esfuerzo propio, y que vive engañado el que imagina agotada la valentía en beneficio particular suyo. Aseguraste las victorias como si no supiéramos que los buenos sucesos los reparte el sol, sin que haya poder tan soberano que pueda darse por seguro de la inconstancia de la fortuna, que tan de ordinario vuelve con reveses a quien primero se mostró halagüeña. Dícesme que por antiguo linaje se te debe el dominio del mundo, y del mío pudiera yo alegar lo mismo, si la decisión no consistiera ya más en la fuerza que en las alegaciones; y así, pues, los ejércitos están prevenidos, sean las armas árbitros que sentencien en favor del más venturoso; pero si, como dices, te causa pena la mortandad que habrá de seguirse del encuentro, hagamos campo los dos cuer-**

po a cuerpo, y el que fuere vencido reconozca por dueño a su contrario.

Mucho sintió el Zipa el atrevimiento del Tunja, y arrebatado de enojo quisiera luégo salir al desafío, como quien estaba acostumbrado a mayores riesgos; mas los Uzaques se le opusieron determinados a no consentirlo, por cuanto era indigno de la majestad de un príncipe tan grande salir al campo con un cacique particular, donde la indignidad del sujeto cedía en descrédito de su soberanía. y más cuando ya le reputaban vasallo suyo, considerando el florido ejército que le asistía para conseguirlo. No siendo justo que cuando por esta parte estaba tan seguro el vencimiento, lo aventurase al trance de un desafío, donde, aunque las ventajas de valor, arte y disciplina eran patentes, podrían malograrse todas con la contingencia de un acaso. **El Hunzaque en lo que pide** (decían) **solicita sus conveniencias, pues en contienda particular hará dudosa la pérdida, que sin ella le será evidente: si muere en ella, no añade desgracia a la última que le amenaza; y si pierde la batalla, aunque no muera en ella, todo lo pierde viviendo sin Estado, que es tormento más duro que la muerte, razones todas que no militan en vos, pues cuando la fortuna se muestre contraria, y un mal suceso lo acredite de cierto, sois tan poderoso rey, que en muy breve tiempo podréis deshacer a vuestro enemigo con mayores ejércitos; pero si en desafío perdéis la vida, no solamente quedan asegurados él y sus parciales, mas todos vuestros reinos expuestos a la irremediable pérdida que se ocasionará entre vasallos recién conquistados con la falta de un rey tan grande, y a las invasiones que intentarán luégo, libres ya de temor los que siempre emularon vuestra grandeza; y así tiene por más acertado empeño vuestro consejo, que, pues, el día convida y el campo es igual, se te dé luégo de poder a poder la batalla.**

CAPITULO IX

DASE LA BATALLA Y CASI GANADA POR NEMEQUENE, MUERE EN ELLA; HEREDALO THYSQUESUZHA Y PROSIGUE LA GUERRA.

SEGUIA el sol su carrera poco antes de rayar el medio día, y hallándose los tunjanos no menos deseosos de venir a las manos que los bogotaes, bien ordenados de ambas partes los escuadrones, después de un corto razonamiento que los dos reyes hicieron para aumentarles el ánimo que mostraban, a la primera señal empezaron a resonar los caracoles, pífanos y fotutos, y juntamente la grita y confusión de voces de ambos ejércitos, que llaman guazabara, y acostumbran siempre al romper de la batalla, cuyo ataque primero corrió por cuenta de Saquezazipa, con tanto estrépito y efusión de sangre por aquella muchedumbre de bárbaros derramada, que nadaban las yerbas en arroyos de ella. El primer estrago lo causaron los pedreros de las dos alas de cada ejército, y entre el restallar de las hondas y silbar de las saetas, se fueron mezclando las hileras con tanto coraje que no se malograba tiro ni golpe entre los combatientes. Veíanse los campos sembrados de penachos y medias lunas de sus dueños, a quienes desamparaban en las últimas angustias de la vida. Los desnudos cuerpos en forma de erizos, bermejeaban con la sangre de las heridas que las volantes tiraderas sembradas en ellos ocasionaron en cuantas partes alcanzó la desdicha de cada uno. Las picas y macanas no reservaron miembro de que estuviese sujeto a una división lamentable. Despedazadas las cabezas con el mortal estrago de las piedras, batallaban mu-

chos más consigo mismos que con sus contrarios. Nunca Marte se mostró más sangriento y sañudo, ni la muerte recogió más despojos en las batallas más memorables. El embarazo de los cuerpos difuntos y el ímpetu de los vivos ocasionaba que todos peleasen hasta después de muertos, aunque desordenados ya muchos tercios con manifiestas señales de que los bogotaes excedían a los tunjanos.

El Zipa Neméquene, puesto en ricas andas sembradas de piedras y oro, andaba animando a los suyos con palabras, y aplicando el esfuerzo donde la necesidad lo pedía. En todas partes sobresalía valiente, o recobrando las tropas acobardadas, o empeñando más las que se mostraban valerosas. No menos se ostentaba famoso caudillo el Tunja en otras andas casi tan ricas como las del Zipa, batallando muchas veces entre los peligros de la propia vida y animando siempre con el ejemplo a su ejército casi perdido. Era el ansia toda de los dos caudillos encontrarse en la batalla, y la multitud desordenada de los infantes malograba las diligencias de Neméquene para coronar sus victorias y las de Quimuinchatecha para excusar su ruina. Pero en esta confusión para todos y última desgracia que amenazaba al Tunja, obró la fortuna lo que siempre en las mayores prosperidades, manifestando el curso mudable de su rueda. De un accidente pendió la mudanza menos imaginada, porque, empeñado el Zipa más de lo que debe la cabeza de quien pende la vida de todo un cuerpo, al tiempo que reconocía el fruto de sus hazañas se halló herido de una saeta desmandada, que disparándose acaso le atravesó el cuerpo por el costado derecho, para que el desastre de Acab no quedase vinculado a un solo tirano. Era de natural intrépido y poco temeroso de los peligros. y en el que tenía presente, sin esperar ayuda de otro, se sacó la saeta con sus propias manos, pero reconociendo la herida y dolor intenso que le apremiaba, vuelto a los soldados de su guarda, les dijo: ami-

gos, yo me hallo herido de muerte; haced en mi venganza lo que debéis a buenos y leales vasallos, ninguno desmaye con mi desgracia, que si no me engañan las señales muy brevemente tendréis en las manos una cumplida victoria.

Más quiso decirles, pero las ansias mortales manifestaron que no podía con la turbación de la lengua. Son los indios, por naturaleza, cobardes; pero si quien los gobierna es valeroso, en tanto que los anima, ninguna nación es más despreciadora de la vida, y sólo la muerte es poderosa para apartarlos de la contienda; y así, apenas percibieron el riesgo del Zipa por el desaliento de la voz, cuando a los primeros ocupó una turbación grande, que pasando a desmayo mortal, se difundió luégo por los demás vasallos suyos hasta llegar con las noticias al Tunja, que de sólo este accidente podía tener socorro en los términos que se hallaba. Valiose de la ocasión animando sus tercios desbaratados con las noticias que les daba a voces de la muerte del Zipa, y reformándose de nuevo tanto cuanto los enemigos decaían con el fracaso, sin que bastase el valor de Saquezazipa para detenerlos a cantar la victoria, dio tan repetidas cargas en los bogotaes, que, temerosos de mayor pérdida, tomaron en hombros las andas en que estaba su rey y se salieron con él de la batalla, con que tuvo lugar el Tunja para dar muestras de victorioso con verse señor del campo, y seguir el alcance, aunque recatadamente, por ver que Saquezazipa con un trozo entero del ejército se iba retrayendo hacia Chocontá, primera ciudad y frontera de los bogotaes, con muy poca pérdida de su gente en comparación del considerable destrozo de los tunjanos. Así se fueron recogiendo las tropas desmandadas en el ínterin que los que llevaban al Zipa, sin parar punto de noche ni de día por la remuda que de cargueros hacían por instantes, llegaron a su palacio real de Bogotá, donde ocurrieron luégo los Jeques, que son los herbolarios y médicos más famosos que tienen, y ha-

biéndose hecho cuantas diligencias y remedios fueron posibles en su arte, ninguno bastó para que al quinto día dejase de pagar a la muerte el tributo de que no se privilegian las majestades humanas.

Este fue el término de las fortunas de Neméquene, príncipe verdaderamente grande, que aun entre las sombras de la gentilidad mostró prendas dignas de mayor corona. Siempre será lastimoso ejemplo su desgracia, pues con ella perdió reino, vida y alma por una eternidad, dejando a los reyes un desengaño infalible de la poca firmeza en que estriban los acaecimientos más venturosos. Quien lo vio en la cumbre de su grandeza bien creyera que tenía a su disposición en la mano la rueda de la fortuna; pero no mediaron sino instantes entre la dicha que imaginaba y el precipicio que experimentó. Tantas victorias continuadas dieron señas de una prosperidad infalible, y la mucha priesa de buenos sucesos fue la que se empeñó más en arruinarle; fueron de la condición de los vientos cuando soplan con demasía, que no aseguran tanto la navegación como el naufragio. Su ambición desordenada, compañera siempre de las desdichas, obligó a este príncipe a tomar resoluciones que tarde o temprano habían de pasar por la pena de temerarias, y cuando imaginasen llegar al puerto de la soberanía habían de perderse en los escollos de la inconstancia. Lo más ponderable fue que reinase el dilatado tiempo de veinticuatro años quien se empeñó en tantos peligros, teniendo por alcázares de su recreo las campañas de sus contrarios; pero sin duda enseñó que se aseguran más años las vidas de los reyes en el estruendo de las armas que en el regazo de los palacios.

Muerto, pues, el Zipa Neméquene, se cubrieron todos sus reinos de tristeza y lágrimas, celebradas con endechas y cantos en que referían sus mayores triunfos; enlutose su corte y a su imitación todos los vasallos, poniéndose mantas coloradas y tiñéndose los cuerpos y los cabellos con

vija, que son las señales fúnebres de su pena acostumbradas en tales casos. El cuerpo se entregó a los Jeques, a quienes únicamente pertenece el entierro, acompañándole hasta la sepultura, que tienen fabricada secretamente por sus manos en parte tan escondida que ninguno sabe de ella aunque sea el dueño para cuyo entierro se labra, para lo cual se valen de bosques y peñascos y de lugares profundos que cubren con agua encañada de otras partes a fin de ocultarla, aunque ninguna diligencia de estas es poderosa para esconderla de la codicia de los españoles. Este sepulcro lo hacen los Jeques desde el mismo día que el Zipa o cacique entra en la posesión del reino o Estado, y no fuera error imitar la acción los príncipes católicos, como asistiesen a la fábrica ellos mismos (y lo enseñó el más prudente) y entre los horrores de la morada que esperan reconociesen la fragilidad de la vida que gozan. En el que tenían, pues, dispuesto para Neméquene, le pusieron con todas las ceremonias, ornatos y compañía de criados y mujeres que dijimos acostumbrar en sus entierros, previniéndolos con bebidas en que mezclaron la fruta o yerba que llaman de la borrachera, para que con la privación del juicio que causa no sintiesen el bárbaro sacrificio que hacían de ellos enterrándolos vivos.

Concluídas las exequias y reconociendo el general Saquezazipa con el Estado de los Uzaques, que a Thysquesuzha, cacique de Chía, que había gobernado en ausencia de Neméquene, su tío, le pertenecía el reino por sucesión legítima, lo aclamaron luégo Zipa y colocaron en su real trono da la corte de Bogotá, precediendo los juramentos y cumplidas las condiciones que por estilo inmemorial de sus mayores observan en semejantes funciones. Pero éste, no olvidado de la muerte del tío, ni menos heredero de su reino que de su ambición, apenas se vio en la cumbre de la majestad cuando propuso la venganza de los agravios recibidos, que por agravios tienen los príncipes soberbios

todos los reparos que los menos poderosos aplican para defenderse de su tiranía. Hallábase con sus tropas casi enteras y no vencidas jamás, circunstancia que sirve de alma inmortal en el menor cuerpo de ejército, y habiendo tomado consejo de sus cabos convocó a cortes a todos los señores del reino, mientras Saquezazipa, con treinta mil hombres, corría la provincia de Sutatenza, perteneciente al reino del Tunja, donde en pocos días al espanto de sus armas y al riesgo de toda hostilidad, oyeron con respeto el nombre del Zipa las naciones de los machetaes, zunubas y tibiritas, sin que parase su ardimiento hasta bañar sus victorias en las corrientes del Garagoa, mientras el estruendo de sus guazabaras hacía eco en las esmeraldas del Somondoco, y su cacique, con los más poderosos de la provincia, contribuía para el gasto del ejército, todo lo que bastó para que, aplacado el ánimo de Saquezazipa, desamparase el país, llamado de iguales empresas, porque, celebradas las cortes en que se resolvió echar el resto en la conquista de Tunja con ejército de setenta mil hombres a cargo del mismo general necesitó éste de ocurrir primero al castigo de la provincia de Ubaque, que alterada con la mudanza de dominio, sacudió el yugo de la sujeción, fiada en que entre los movimientos que a su ejemplo harían otras provincias recién conquistadas, podría ella recobrar su antigua libertad, y más cuando en Thysquesuzha no se reconocían ardimientos para ascender a aquella cumbre de elevada fortuna a que a su antecesor condujeron los aciertos del consejo y aceleradas ejecuciones de su espíritu.

Así lo discurrían los rebeldes y así pudieran esperarlo si Saquezazipa, doctrinado en la escuela militar de las guerras pasadas y cabo principal de muchas tropas, no hubiera tantas veces esculpido en su ánimo con el cincel del ejemplo todos aquellos bríos, artes y cautelas que observó en Nemequene. Diolo a entender luégo con el suceso, dejando allanados aquellos tumultos que levan-

tó la vana presunción de los ubaques sobre la débil basa de una sublevación contingente, con lo cual se presentó victorioso en Cajicá, plaza de armas de los bogotaes para la guerra de Tunja, donde le esperaba el Zipa, que, reforzando sus tropas con más de cuarenta mil hombres conducidos de los caciques de su reino y con todo el bagaje preciso para tan numeroso ejército, dio principio con buen orden a su marcha, pues gobernada la vanguardia del cacique de Guasca, que de rebelde al Guatavita pasó a ser cabo de reputación entre los bogotaes, con muchas hazañas que ejecutó en servicio de Neméquene, y dejada la retaguardia al cuidado de Quixinimpaba, pariente cercano del Zipa, influía como corazón del cuerpo de lá batalla cuantos espíritus y disposiciones necesitaba la conservación de tan numeroso concurso de gentes.

No menos poderoso ejército para oponerle conducía Quimuinchatecha, aunque se hallaba quebrantado de fuerzas con las guerras pasadas, a que ya se inclinaba muy poco su ánimo, por darse todo a la tiranía y mal tratamiento de sus vasallos, en que fundaba sus mayores recreos, desde que su crueldad pudo respirar con el desahogo en que se halló desde la muerte de Neméquene. Pero como no le era posible volver la espalda al peligro, valiéndose de diferentes levas de gente extranjera que consiguió de los cantones de Vélez, donde a cualquier príncipe extraño se le permitían por su dinero, y habiéndolas incorporado con las propias, salió de su corte de Tunja para Turmequé, aunque desabrido por la falta de armas auxiliares que le negó el Sogamoso, arrepentido, al parecer, de habérselas dado en la batalla del arroyo de Las Vueltas, cuando por la suprema dignidad de su oficio debía atender más a ser árbitro de la paz que parcial de la guerra, como lo manifestó con los efectos, pues, compadecido del estrago lamentable que amenazaba aquella tempestad militar, se interpuso tan a tiempo entre

los dos príncipes, que con poco daño de los territorios de Icabuco y Tibaná y con que el Tunja diese una buena partida de oro al Bogotá, ajustó treguas por veinte lunas, que son casi dos años, con que, serenada aquella tormenta, para que descargase sobre todos la mayor y menos imaginada, retiraron sus ejércitos a sus países, menos veinte mil bogotaes con que Saquezazipa pasó aceleradamente a castigar cierta rebelión de los caciques de Ebaté y Susa, que fue la última guerra que tuvo el Zipa antes de la entrada de los españoles, y porque la tregua le favorecía para apagar los ardientes deseos en que se abrasaba de ver a Furatena, señora la más poderosa y rica de las provincias confinantes, por ser dueña, como lo era, de las esmeraldas más finas que crían los veneros de Muzo, no para despojarla de ellas ni de sus Estados (pues era igualmente venerada de los dos príncipes del Nuevo Reino), sino para reconocer su grandeza, hermosura y discreción en que era la más aplaudida, determinó ir en persona con la comitiva más ostentosa que pudieron ofrecerle su reino y tesoros exaltados con tan seguido curso de victorias y con los despojos de tantas provincias expugnadas cuando más floridas. En cuyas disposiciones suspensas ya con algunas noticias participadas de los indios de Vélez lo dejaremos por haber sido aquel tiempo el en que hicieron su entrada los españoles en el Nuevo Reino, de que resultó la ruina de los Zipas, porque nos llaman los sucesos de su resulta a tomar la corriente de la relación más cerca de su origen, para más claridad de la historia.

LIBRO TERCERO

TRATASE DE LAS PRIMERAS CONQUISTAS DE SANTA MARTA HECHAS POR RODRIGO DE BASTIDAS, GARCIA DE LERMA Y PEDRO BADILLO.—ENTRA EN EL GOBIERNO EL ADELANADO DE CANARIA, QUE SIGUE LA GUERRA CON LOS TAYRONAS.—NOMBRA A DON GONZALO JIMENEZ DE QUESADA PARA NUEVOS DESCUBRIMIENTOS, QUE SALE CON EL EJERCITO POR TIERRA Y ARMADA DE BERGANTINES POR EL RIO DE LA MAGDALENA HASTA EL PUEBLO DE LA TORA, DESDE DONDE DESCUBRE EL NUEVO REINO DE GRANADA.

CAPITULO I

FUNDASE LA CIUDAD DE SANTA MARTA POR RODRIGO DE BASTIDAS, A QUIEN MATA SU TENIENTE GENERAL EN UN MOTIN. SUCEDELE EN EL CARGO GARCIA DE LERMA, QUE SIGUE LA GUERRA DE LOS TAYRONAS CON MALA FORTUNA.

COMPRANSE las felicidades a precio de muchos desvelos, y la constancia en los trabajos es la que abre camino a ilustres progresos, porque el tesón en las fatigas es medio que tiene por fin el descanso. Ninguno tan costeado por sufrimientos y afanes, como el que produjo la conquista del Nuevo Reino de Granada, hecha por los españoles (no sé que trasplantados perdiesen el nombre ni la naturaleza). Sirvioles el descubrimiento de escuela para desdichas, y no tiene que extrañarlas quien las hereda, y si el referir miserias pudiera granjear atención a sus méritos, muy por menor las tomara a su cuenta la pluma, habiendo sido tan grandes, pero llegan tan cansados los ecos de un mundo a otro, que sólo sirven de testigos en la distribución que se hace a méritos forasteros de los premios, que corresponden a servicios naturales. Diré solamente lo que bastare para coger hilo en la historia que sigo, y volviendo a lo que muchos escritores refieren, es de advertir que descubiertas las Indias por el almirante Cristóbal Colón, y continuadas algunas navegaciones a ellas por los españoles, eligieron dos puertos en tierra firme, que sirviesen de escalas para las primeras conquistas: éstos fueron el de Panamá, puerto en el mar del sur, de donde salió el marqués don Francisco Pizarro a descubrir y conquistar en el Perú,

el más rico imperio del orbe, y el otro puerto fue el de Santa Marta, que descubrió de paso Cristóbal Colón en el cuarto viaje que hizo a las Indias, y después, con más cuidado, Rodrigo de Bastidas, natural de Sevilla, corriendo la costa de tierra firme desde el cabo de la Vela hasta el puerto del Retrete, de la ensenada de Urabá, donde, después, se fundó la ciudad de Nombre de Dios.

Habiendo, empero, servido este puerto de Santa Marta de plaza de armas para la conquista del Nuevo Reino de Granada, será forzoso advertir que, vuelto a Castilla este Rodrigo de Bastidas, con créditos de hombre de mar, por asiento que hizo con su majestad, año de mil quinientos veintiuno, con ciertas capitulaciones que precedieron, se le dio en adelantamiento desde el cabo de la Vela hasta la boca del río grande de la Magdalena, que son como ochenta leguas de frente, y costa con su centro al sur, en que se comprende el dicho Nuevo Reino, con orden de que fundase una población de cincuenta vecinos, y licencia para que de las islas de Jamaica, Puerto Rico y La Española, sacase la gente y ganados de que necesitase para la jornada, que dilató hasta el año de mil quinientos veinticinco, en que tomó el puerto a veintinueve de julio, día de Santa Marta, cuyo nombre puso a la ciudad, que dentro de pocos días fundó en su costa, para teatro de tantas infelicidades como en ella han representado el cuchillo y el fuego, siendo de los primeros fundadores de dicha ciudad y de las personas de más lustre y valor que llevó dicho gobernador en su compañía, su teniente general Juan de Villafuerte, natural de Ecija, su maestre de campo, Rodrigo Alvarez Palomino, Juan de Ledesma, primer contador por nombramiento real, capitanes Gonzalo de Vides, Antonio Ponce Carrión, Carranza y Hernán Báez, portugués, con otras personas de cuenta, que después ganaron eterno renombre, como fueron Antonio Díez Cardoso, portugués, Juan de San Martín, natural de Burgos, Francisco Gómez de Fe-

ria, Alonso Martín, portugués, Gaspar Gallego, Pedro de Espinosa, Francisco Lorenzo, Juan de Tapia Tribiño, Montalvo de Guadalajara, Pizarro, Escobar, Pedro de Porras, de Sevilla, Montesinos de Lebrija, Gonzalo Cabrera, de Málaga, el alférez Juan de Cuadros y otros de cuyo esfuerzo esperaba Rodrigo de Bastidas el buen logro de cualquiera facción que intentase.

Lo primero que hizo fue asentar paces con los caciques de Gaira y de Taganga, que a sotavento y barlovento de dicha ciudad son los más inmediatos vecinos, y que las han guardado (con la fe católica que recibieron) hasta los tiempos presentes, sin dar sospecha de lo contrario, y asentadas éstas salió luégo contra los bondas, distantes cuatro leguas, que lo recibieron de guerra, en cuyo primer encuentro fueron desbaratados los indios y cogida de ellos una buena presa de oro, que los soldados pretendieron se les repartiese, y porque el gobernador, de quien se hallaban mal contentos, no quiso sino aplicarlo para la paga del costo de la armada en que fue, se amotinó su teniente Villafuerte y, conjurado con Montesinos, Porras, Montalvo, Samaniego y Serna (que le hicieron alto), dio de puñaladas a dicho gobernador, que halló acostado en su cama, a cuyas voces que daba (después que le dejaron por muerto los agresores) acudió su maestre de campo, Palomino, a tiempo que, volviendo los conjurados para acabarlo de matar, pudo impedírselo defendiendo la puerta con un montante, de que, agradecido el Bastidas, le entregó el bastón de teniente general, mandando a los vecinos le obedeciesen, y embarcándose para Santo Domingo por dar gusto a tantos como le aborrecían por su áspera condición, arribó a Cuba por el año de mil quinientos veintiséis, donde murió de las heridas, desengañado de que no es lo mismo regir leños dejándose gobernar de los vientos, que mandar hombres, sin dejarse gobernar del consejo.

Pocos días después Villafuerte y Pedro de Po-

rras (presos y remitidos por Palomino) fueron ajusticiados en la isla La Española por sentencia de su Real Audiencia, que despachó a que gobernase en ínterin a Santa Marta a Pedro Badillo, que llevó por su teniente a don Pedro de Heredia, natural de Madrid, a quienes no quiso admitir el Rodrigo Alvarez Palomino, de que, sentidos el nuevo gobernador y su teniente, trató éste (valiéndose del pretexto de parlamentar en tierra sobre el caso) de matar al Palomino con la ayuda que le ofreció el capitán Hernán Báez, a quien su gente contradijo la fealdad del hecho, dando parte del trato a Palomino, que prendió al capitán y lo ajustició, mientras Heredia, despechado y vuelto a sus navíos, fue costeando hacia los Ancones de Taganga y Concha que están a barlovento, y Palomino por tierra con su gente bien ordenada para impedirle el desembarque, hasta que el Pedro Badillo, no hallando otro remedio, hubo de elegir el de que gobernasen juntos la provincia y tratasen de pacificarla, que se consiguió el año 1527 por diligencia de algunas personas eclesiásticas, y en ejecución del concierto dispusieron entrar de compañía hacia las tierras de la Ramada, en cuya entrada se adelantaron Pedro Badillo y el don Pedro de Heredia, por embarazos que retardaron a Rodrigo Alvarez, para que, siguiéndolos en tiempo de lluvias, se ahogase al esguazar el río que baja de la Sierra Nevada, y de presente se llama de Palomino en recuerdo de esta desgracia, si no es que ella y las que van referidas se ocasionasen del mal tratamiento que hicieron a los indios, hasta venderlos por esclavos en la isla La Española, acción que refiere la pluma con el mismo horror que la oyeron en estos reinos los consejeros de Indias. Pero volviendo a ellas, es de saber que el fin desastrado de Palomino dio lugar a que Pedro Badillo, con la gente y sin dependencia de acompañado, pasase a las sabanas de Orino, pobladas de guajiros, donde se repartió a gusto el oro que se había apresado en la jornada, que fue

mucho en opinión de algunos, y de allí se fue entrando por el gran valle de Upar, en cuyas campañas el don Pedro de Heredia dio las primeras muestras de su nobleza y valor en algunos encuentros, especialmente en el que tuvo con los indios de Cesare, que después de una batalla bien reñida le obligaron, aunque vencedor, a que diese vuelta a Santa Marta.

De todo lo referido, bien informado el emperador Carlos V por el año de 1528, y habiendo declarado, a instancia de Pedro de Espinosa (procurador general de Santa Marta, enviado para el efecto), haber pertenecido el interin del gobierno de aquella provincia al teniente nombrado por Rodrigo de Bastidas, que debe ser circunstancia muy reparable, eligió en propiedad a García de Lerma, su gentilhombre de boca y natural de Burgos, caballero ilustre y prudente, aunque más a propósito para el gobierno civil que militar; concediéronsele todos los sueldos y preeminencias que se estilaba dar a los que iban a semejantes gobiernos, y diósele orden para proceder contra los amotinados, que mataron a su antecesor, y castigar el desorden, que se entendió haber pasado en el fraude de quintos reales. Prohibióse que de la isla La Española se fuese a rescatar a la provincia de Santa Marta, por atajar el escándalo que se daba con la venta de los indios, y porque en el mismo año capitularon los belzares, de nación alemanes, el descubrimiento y conquista desde el cabo de la Vela hasta el de Maracapana, con sus islas, exceptuando las comprendidas en la capitulación hecha con Juan de Ampuez; tuvieron ocasión de convenirse con dicho García de Lerma en que, como confinantes en las conquistas, los auxiliasen siempre que llegase ocasión de hacerlo, en cuya conformidad fuese por capitán de sus tres navíos alemanes que tenían dispuestos, y hallando pacífica la ciudad de Santa Marta de las alteraciones y motines que resonaban en la corte, sacase sola-

mente de ellos cincuenta hombres que quedasen en la ciudad, y los demás pasasen a la provincia de Venezuela, con calidad de que si para pacificar ésta lo llamasen, fuese en persona, y excusándose, quedase a elección de los alemanes nombrar gobernador para su distrito. Todo lo cual fue confirmado por su majestad cesárea, como también el que, para el crecimiento de la ciudad de Santa Marta, asentase asimismo dicho García de Lerma, con Sebastián Bello de Herrera, portugués, que llevase cincuenta hombres de su nación, los veinticinco casados y los demás inteligentes en diferentes artes mecánicas y en el cultivo de las semillas que se habían de llevar de estos reinos para experimentar las tierras de aquella provincia.

Prevenido en esta forma el nuevo gobernador y llevando en su compañía por protectores de indios a Fr. Tomás Ortiz, para la provincia de Santa Marta, y a Fr. Antonio de Montesinos, para la de Venezuela, ambos de la Orden de Predicadores, con otros religiosos de su hábito y de la Orden de San Francisco y con asignación a los dos protectores de los frutos decimales para que los distribuyesen a su voluntad en obras pías, en el ínterin que se proveía de prelado, y entre muchas personas seculares se cuenta a su teniente general Arbolancha, a Juan y Pedro de Lerma, su primo y sobrino, Berrío, capitán de su guarda, Juan Muñoz de Collantes, natural de la Alhambra de Granada, Villalobos Benavides, Quiñones, mestizo isleño y valeroso, y a otros, arribó a la isla La Española y de allí despachó al factor Grajeda contra el gobernador Pedro Badillo, sobre la ocultación de los quintos de oro que se decía haber hecho en diferentes entradas que hizo en la tierra con su teniente general. 'En cuya comisión procedió el Grajeda tan rigurosamente, que le dio tormento para la averiguación, desnudándolo para el efecto y tratándolo sin las demás atenciones debidas a su puesto, hasta que, llegado García de Lerma,

templó aquellos procedimientos, que pareciendo injustos no se castigaron. Aunque necesitado de dar cuenta de todo hubo de remitirlo preso a estos reinos, en cuyo viaje murió ahogado en Arenas Gordas, que fue otra fatalidad repetida en el segundo gobernador de Santa Marta y muy semejante a la que aplaudió en su émulo Rodrigo Alvarez Palomino, aunque algunos la atribuyen a la ocasión que dio en la isla La Española para que se levantase el cacique don Enrique, por no haber querido hacerle justicia siendo teniente el año de diecinueve, que pagó con la sobra de justicia que en él ejecutaron, siendo gobernador, a los diez años de su culpa.

Desembarazado así de negocios García de Lerma, salió luégo a reconocer la tierra, pasando a Bonda, que estaba de paz, y de allí por el valle de Burithâca entró en demanda de minas de oro con que le acudieron muchos indios. Tanta era la sujeción en que los había dejado Rodrigo Alvarez Palomino, a quien atendían aun después de muerto para no intentar novedad, y por esta causa pudo pasar García de Lerma a dicho valle sin embarazo alguno, y atravesando grandes poblaciones y asperísimas sierras llegar a Posihueyca, ciudad famosa de los tayronas, y de allí bajar al valle de Coto y volver libre a Santa Marta, en que gastó parte del año de 1529, cuya felicidad, nacida de la reputación que entre aquellos bárbaros conservó Palomino, debió de atribuir menos cuerdo el García de Lerma a su propia virtud, pues lo confirmaron así sus dictámenes, tanto menos seguros cuanto más fundados en la confianza de que tenía puesta en temor toda la tierra, engaño propio de los que piensan que los sucesos de los tiempos presentes no pueden ser producidos de causas pretéritas. Al fin, persuadido a que podía regentar en la escuela de la milicia sin haber pasado por los estudios del riesgo, trató con el parecer de Juan de Céspedes, Pizarro y Tribiño (los más inteligentes y prácticos en la provincia) de repartir

las encomiendas, punto que jamás ha librado de oposiciones por pedir graduación en concurso de méritos, y así no pareció justificada, de suerte que las quejas de malcontentos se contuviesen dentro de los términos del propio conocimiento para no sindicar la acción, obligando con las ponderaciones de los agravios recibidos a que de orden de su majestad se hiciese otra revocando la primera.

Mientras se trataba del ajuste referido y perteneciente al gobierno político, no olvidado García de Lerma del concepto que tenía hecho de sí para el militar que prevalecía en las Indias, dispuso que su teniente general, con Pedro de Lerma, su sobrino, y con los capitanes Gaspar Gallego, Alonso Martín y Juan de San Martín, entrase a los indios de La Ramada, que corrían con fama de los más poderosos en riqueza, si bien el suceso salió muy contrario a la opinión. Y para remedio del poco fruto con que dieron la vuelta, resolvió nueva salida contra el valle de Tayrona, a cargo de Pedro de Lerma y de los capitanes Alonso Martín, Juan Muñoz de Collantes y Francisco Gómez de Feria, que con detención de cuarenta días en la empresa volvieron a Santa Marta con sesenta mil castellanos de oro, sin lo que se dijo haber ocultado, por ser aquel valle el centro donde ocurría todo el oro de la provincia a la fundición y platería de joyas que en él estaba. Pero como este valle dio nombre a la nación de los tayronas, tan celebrada por su valentía, que justamente la equipara Ceballos a la de los araucos y pijaos, que han sido los más guerreros en los reinos de Chile y Bogotá, aunque de ellos no ha quedado más que el nombre esculpido en las ruinas de sus antiguos asientos, será conveniente advertir que de este valle (en que no cupo estrechada su ambición y dominio) se fueron extendiendo en su antigüedad por todas las sierras de Santa Marta, desde la Nevada (asiento de los cobardes aruacos) hasta las últimas extremidades, que rematan en la Ciénaga y provincia del Chimila, en cuyas cum-

bres, serranías y quebradas, se hallaron ricos minerales de oro que después se llamaron de Buritaca, Córdoba y Sevilla, y talvez en uno de ellos punta tan grande, que pesó más de seiscientos castellanos, según parece de los primeros libros reales de Santa Marta, en que se tomó la razón del quinto, de cuya riqueza eran dueños los tayronas, como de las canteras o minas que en dichas sierras se hallan de pórfidos y mármoles jaspeados, piedras de ijada, sangre y riñones, labradas con extraordinario arte y curiosidad para el arreo de las mujeres, sin que, además de lo dicho, se hallase nación alguna dentro de este término y del que corre desde las cumbres más altas hasta las riberas del mar, que no estuviese a la protección o dominio de dichos tayronas, con más o menos sujeción a sus armas, en que asimismo eran comprendidos los urabaes que habitan entre la provincia de Cartagena y el Darién, y al parecer fue motivo para que los primeros títulos de gobernadores de Santa Marta se despachasen comprendiendo las vertientes de las serranías altas que se ven de la otra banda del río de la Magdalena.

De esta jurisdicción tan dilatada que ocupaban los tayronas, y de no haber permanecido de ellos, de setenta años a esta parte, persona alguna que pudiese sacarnos de duda, se ha originado la variedad con que hablan los historiadores y vecinos de Santa Marta, en cuanto a demostrar la parte en que está el valle de Tayrona, pues de estos vecinos, atendiendo los unos a la significación de la palabra tayrona, que es lo mismo que fragua, quieren que su sitio sea en la cabeza del monte más alto que se descubre el primero a los que navegan por la Ciénaga desde Ríogrande para Santamarta, fundados en la tradición y relaciones de algunos indios que dicen haber penetrado su cumbre y afirman haber en ella rastros de hornillas y otras señales de que allí fueron las fundiciones antiguas, y observadores los otros de que fue valle y de que abundaba de frutos de la tierra, calida-

des que no pueden hallarse en la eminencia pedregosa de aquel monte frío, le asignan diferentes sitios, sin más autoridad que la de su presunción, y aun Herrera, en su "Historia General de las Indias", habiendo escrito con las mejores noticias, anduvo, al parecer de algunos, tan vario, que en el segundo tomo lo pone a seis o siete leguas de Santa Marta, y en el tomo tercero lo pone a diez y ocho leguas de dicha ciudad, por la costa del mar la vuelta de La Ramada, seis leguas la tierra adentro, lo cual tengo por más verosímil si pretendemos averiguar el solar primero y originario de los tayronas, pues a la distancia referida hay un valle que corre a una de las riberas del río que hoy llaman Don Diego, con todas las señales para que sea el que pretendemos, lo cual no excluye que a distancia de seis leguas más o menos estuviesen otros valles de los tayronas, ni el monte referido lo fuese, pues, comó llevamos dicho, por todas las montañas y valles de aquella dilatada sierra se extendía esta nación con poblaciones muy crecidas, que no por nombrarse de Posigueyca, Mongay, Aguaringua, Sinanguey y Origueca, dejaban de ser de tayronas, de que resultó hallarse en las relaciones de los primeros conquistadores los servicios de algunas entradas hechas a los valles y lugares de tayronas que estaban a seis y siete leguas, y de otras hechas a los que demoraban a diez y ocho en el camino, que entonces era de La Ramada, y que guiado Herrera por ellas variase al parecer en sus escritos, sin faltar a la verdad.

Esto sabido para inteligencia de la guerra que se prosiguió con esta nación, y apoderado García de Lerma de los sesenta mil castellanos que apresó el sobrino, y no bastaron para satisfacer aquellos buenos deseos con que los gobernadores de Indias salían por la barra de Sanlúcar, y, por otra parte, sentido de que el cabo y gente de otra escuadra que entró a Mongay hubiesen vuelto con más puntas de flechas en los cuerpos que de oro en las manos, que llevaron en la cabeza, dispuso

entrar personalmente a Posigueyca, ciudad populosa, como dijimos, con el campo más numeroso que le fue posible, para que, a vista de la ostentación de su gente de armas, se aumentasen las cantidades que, con nombre de presente, tributaban los tayronas en canutillos de plumas llenos de oro, desde que, temerosos o amartelados del valor y artes de Rodrigo Alvarez Palomino, dieron principio a semejante costumbre. Pero llegado a Posygueyca (que lo recibió de paz), se detuvo tres días contra el parecer de los capitanes más antiguos de Santa Marta, que le advirtieron no diese ocasión deteniéndose, para que indios tan belicosos como los de aquel país se alterasen con alguna sospecha, máxima que observó Rodrigo Alvarez para conseguir con arte lo que no pudiera con violencia, pero como los que gobiernan ningunos elogios oyen con más desabrimiento que los que se dan a sus antecesores, despreciando García de Lerma la advertencia, respondió que pretendía estarse de asiento en aquel sitio para desengañarlos de que sabría salir con honra de los peligros que divirtió Palomino con maña, y en ejecución de su intento hizo que le armasen su tienda con cama, mesa y aparador, pero descubriendo poco después gran número de indios encaminados a su real, eligió tres sitios fuertes para el rechazo, poniendo en ellos a los capitanes Berrío, Ponce y Muñoz; mas viendo este último la furia con que los indios cargaban, desamparó el sitio el primero, con pretexto de que iba al real por más gente, por cuya causa fue su compañía desbaratada y puesta en huída, aconteciendo lo mismo a Ponce y los suyos, en que no fue más dichoso Berrío, aunque después de haber hecho rostro valerosamente hasta que mal herido en una pierna, de que quedó lisiado, se retiró sin orden, dando lugar a que los tayronas, reconocida tan ilustre victoria, cargasen con más ímpetu sobre García de Lerma, que sintió a espaldas vueltas el desengaño de su mal capricho, sin dejar a los nuéstros otro remedio que el de

tratar de salvarse como mejor pudiesen, y a los enemigos el despojo de su vajilla y tienda con los demás aparatos que llevaba, mucha parte de su gente muerta y herida y los tayronas tan soberbios, por la inconsiderada resolución de este capitán, como lo acreditaron después los sucesos.

Atemorizados los españoles con esta derrota, no se atrevieron a salir por la tierra en muchos días, en que solicitaban ocasiones de ausentarse de la provincia con gran sentimiento de García de Lerma, que, para templarlo, despachó al sobrino a los valles de Upar y Cesare con los capitanes Cardoso, Juan Muñoz de Collantes, Carranza, Gaspar Gallego y Escobar, y con orden de que corriesen la tierra por aquella banda del río de la Magdalena, como lo hicieron hasta el río que hoy se llama de Lebrija, como sesenta leguas del mar, volviendo después de muchos trabajos por La Ramada, a persuasión de los que allí tenían repartimientos de indios, de quienes sacaron de pasada hasta cuarenta mil castellanos de oro y algunos esclavos de indios de guerra, con los cuales llegaron a Santa Marta por los fines del año de 1529, en que se erigió su iglesia en Catedral y se nombró por su primer obispo a Fr. Tomás Ortiz, que, como dijimos, había pasado por protector general de indios, y a quien (como refiere Quesada en su "Historia General del Nuevo Reino") prendieron sus mismos frailes el año siguiente y remitieron a Castilla, donde, afligido de trabajos, murió sin consagrarse.

Concluída esta facción de tan poco fruto para García de Lerma, y noticioso de la riqueza de los pueblos sujetos a los tayronas que habitaban entre la Ciénaga y Posigueyca, que fueron muchos, y de las grandes cantidades de oro que ponían en sus sepulcros, hizo salir nuevamente de Santa Marta a los mismos capitanes y gente, a quienes agregó la compañía de Juan de San Martín, y con ellos a Fr. Tomás Ortiz, que sin tener noticia de su elección los acompañó en la jornada con el fin de que la conquista no se redujese a las armas en caso

que admitiesen la predicación evangélica, cuya diligencia se malogró siempre, aunque en el ministerio era famoso y ejercitado; pues repitiendo segunda vez la entrada, fue resistida con tanto esfuerzo por la nación de los caribes, que en la batalla que dieron a los españoles mataron quince de ellos y muchos caballos, siendo tantos los heridos, que si bien quedaron superiores, necesitaron de dar la vuelta a Santa Marta poco menos que derrotados, en cuyo tiempo se encendió fuego en una de sus casas o por diligencia de los indios enemigos o negros alzados que estaban retirados hacia La Ramada, como sospecharon algunos, o en continuación de las desgracias que suelen encadenar los accidentes para que acometan juntas, como lo discurrieron mejor otros, pues avivado el incendio del soplo furioso con que allí soplan las brisas, las abrasaron todas sin que se librase otra que la del gobernador, por ser de piedra y cal, donde se amparó la gente de las invasiones que recelaba y salieron inciertas, aunque no las del hambre y desnudez, por no haber podido escapar bastimento ni ropa para el remedio, desdicha que obligó a que se aventurasen los capitanes Cardoso y Céspedes a salir de la ciudad, este último para Gaira, de donde escapó de milagro con la vida y dos fanegas de maíz de socorro, y Cardoso para Guachaca, camino de La Ramada, con tres caballos y otros tantos infantes, de donde (usando de algunas artes con los indios de aquel territorio) pudo volver con buena cantidad de maíz, aunque mucho más no fuera bastante para templar la extremada necesidad en que se veían los vecinos de Santa Marta, si piadosa disposición de la Providencia divina no hubiera conducido a su puerto un navío isleño cargado de bastimentos.

CAPITULO II

LOS CAPITANES DE LERMA ACOMETEN A POSIGUEYCA Y VUELVEN DERROTADOS.—ENTRA EN PERSONA CONTRA EL VALLE DE COTO Y PIERDE LA EMPRESA Y OTRAS QUE INTENTA HASTA QUE MUERE.

LAS continuadas desgracias de García de Lerma le tenían tan acongojado, que ni aun camino hallaba para desterrar de su gente aquel desabrimiento en que le habían puesto las consideraciones del incendio de la ciudad, y derrotas padecidas en los encuentros de los caribes y posigueycas, y más cuando advertía señales de que algunos pretendían desamparar la tierra, aunque se desvanecieron en parte con ver que aplicados todos los vecinos a la reedificación de la ciudad, lo consiguieron brevemente por principios del año 1530, y para no desmayar en semejante lance, ya que no bastaba la fuerza, volvió el ánimo a solicitar paces con los indios vecinos que se habían alzado en demostración de que todos se apartan de aquellos que van de caída; consiguiolo con pocos, que le dieron socorro contra los tayronas, como fueron el cacique de Bonda, que le auxilió con seiscientos flecheros, y el de Durcino, con casi otros tantos, que agregados a su gente española, encaminó contra Posigueyca donde, no atreviéndose a subir al monte para sitiarla, por el temor que reconoció en los indios auxiliares de semejante facción, hubo de asentar su ejército en la tierra llana, desde donde batió con los caballos las campañas vecinas; y habiendo talado los sembrados y maizales, y quemado un pueblo, dio vuelta a Santa Marta admirado del temor que su gente y los indios amigos habían cobrado a los tayronas,

y pensando en esto y en los medios que podría tener para recobrar reputación con ellos, ordenó a los capitanes Alonso Martín, Hernando de la Feria y Escobar, que dando sobre Posigueyca al cuarto del alba, procurasen quemarla toda.

Prevenidos, pues, estos capitanes, con trescientos hombres salieron de Santa Marta al cerrar de la noche, y al romper del día se hallaron al pie de la sierra, donde aquella belicosa ciudad estaba fundada, corriendo con sus fábricas a la parte de arriba. Dejaron en la tierra llana al capitán Juan Muñoz de Collantes con algunos caballos que los espaldeasen mientras con la infantería ganaban la parte de la sierra que dominaba la ciudad, lo cual no pudo hacerse cumplidamente, así por haberse quedado medrosos o cansados algunos infantes, como por haber sido sentidos de los tayronas antes de ocupar todo el frente de la población para darle fuego a un tiempo, y así, viendo que amanecía y no atreviéndose a pasar adelante, pusieron fuego a las primeras casas, que derramándose por otras abrasaron muchas en que pereció gran cantidad de indios. Pero como la ciudad era tan populosa, fueron acudiendo al rebato los tayronas de otros barrios, que, sin embargo de lo bien que se empeñó el capitán Escobar en ofenderles, y de las voces con que los nuéstros cantaban victoria, los fueron cargando y apretando con tanto coraje (aunque de ellos morían más que de los nuéstros) que no solamente los hicieron cejar sino bajar desordenadamente al abrigo de los caballos, en que consistió el salvarse todos por lo bien que la caballería y el capitán Muñoz, en defensa de los suyos y daño de los enemigos, obraron aquel día, pues con su rechazo dieron lugar a que bien fatigados los nuéstros, volviesen a Santa Marta, donde el capitán Feria murió de las heridas que sacó de la batalla, con menos dicha que los capitanes Escobar y Alonso Martín, que sanaron de otras.

Con este mal suceso corrió el desconsuelo en to-

dos, y para divertirlo dispuso García de Lerma que luégo saliesen cien hombres al valle de Coto, que yace entre Posigueyca y Santa Marta, y en él apresaron al señor de Cancequinque, a quien hizo poner en la cárcel con orden de que le hiciesen todo el buen tratamiento posible, con el fin de ganar por su medio la amistad de otros caciques, como se juzgó de la promesa y concierto que luégo hizo de que, remitiéndolo a su pueblo con algunos españoles, ajustaría con muchos la paz, tan deseada del gobernador, a quien correspondería, además, con un buen presente de oro. Creyolo así García de Lerma y enviolo con ciento cincuenta hombres a cargo del capitán Villalobos, que iba por cabo de los capitanes Muñoz y Cardoso, pero llegados a una legua del pueblo y recelosos de lo que después hallaron, hicieron alto hasta la mañana, que habiendo llegado a otra población metida ya en la sierra, a distancia de media legua de donde habían salido, se detuvieron con ocasión de que pretendían refrescar la gente, en cuyo ínterin despacharon dos hombres que reconociesen la tierra y observasen las señales con que los recibían los indios, que salieron tan malas como se colige de haber muerto el uno luégo que llegó y pretendido hacer lo mismo con el otro, que de milagro escapó, arrojándose por unos despeñaderos, hasta que llegó al campo con el aviso, mientras los enemigos, al estruendo de sus cornetas, convocaban toda la gente del valle, tomando los pasos a toda prisa, aunque mayor se la dieron los nuéstros en ahorcar al cacique preso y retirarse (aunque con mucho trabajo y peligro) a Santa Marta, donde por aquel tiempo arribó el capitán don Francisco Pizarro, que iba de Sevilla con gente para las conquistas del Perú, que ya dejaba capituladas en esta corte; y como a quien se halla en la última necesidad todo se le hace lícito, como mire a su interés, no se desdeñó García de Lerma de brindar a la gente de Pizarro con el honroso empleo de la conquista en que se hallaba metido, disponiendo

que otros ponderasen en corrillos las fantásticas empresas a que los conducían, para que pereciesen miserablemente en tierras que no producían más alimento que sabandijas, y tanto se empeñó en ello que, logrando su pretensión con algunos, llegó a noticia de Pizarro, quien luégo apresuró su viaje, por que no se le quedase más gente, aunque en desquite de ella se llevó algunas personas de cuenta, como fueron los capitanes Juan de Escobar y Juan Muñoz de Collantes, que por mala fortuna que encontrasen en el Perú, no la mirarían con el horror que a las adversas que habían experimentado en Santa Marta.

Resonaban ya éstas por todas partes, y, atentos, como siempre, los vecinos de las islas y costas de tierra firme, a calificar los créditos de los cabos, por la resulta de los sucesos, atribuían los de García de Lerma a la mala disposición con que gobernaba la guerra, aunque para sanarlos y desmentir la opinión que corría resolvió pedir nuevos socorros al cacique de Bonda, y con ellos entrar personalmente al valle de Coto, disponiendo la facción en esta forma: que los capitanes Pedro de Lerma y Alonso Martín, con los flecheros de Bonda, con todo recato para no ser sentidos, caminasen de noche por la parte alta de la sierra, hasta que, al amanecer, tuviesen ganadas las espaldas del valle, mientras él, con la caballería, gobernada por los capitanes Villalobos, Cardoso y Céspedes, marchaba por el llano, hasta tomar en el pie de la sierra algún paso acomodado para socorrer la infantería cuando bajase acometiendo al enemigo. Y si preguntáramos a García de Lerma por qué emprendía tantas veces a fuego y sangre esta guerra, quién duda que respondiese que por la resistencia que hallaba en los indios para admitir la ley evangélica, siendo así que ni se les predicaba ni se les había predicado cuando estuvieron de paz, y que la causa única era no tributarle de día y de noche canutillos de oro, o a falta de ellos dejarse cautivar para ser vendidos como esclavos

en las islas de barlovento. Pero volviendo a sus capitanes, ejecutaron las órdenes que les habían dado, y, llegados al puesto, ocupó el gobernador un cerrillo en que hizo poner la compañía de Céspedes y dos pedreros que había conducido para resguardo suyo y del capitán Cardoso, a quien ordenó ocupase otro paso más alto con Villalobos y el resto de la caballería, para que pudiese anticipadamente socorrer a Pedro de Lerma.

Fuelo ejecutando así Cardoso, de noche y tan a tiempo, que al tomar el puesto desde el cual se descubrían todas las poblaciones del valle, pudo ver, con la primera luz del día, el buen orden con que Pedro de Lerma y los bondas bajaban poniendo fuego y abrasando muchos pueblos; pero como eran tantos y la gente del valle mucha y belicosa, fue hiriendo y cargando de suerte sobre la infantería de los indios y españoles, que la obligaron a irse retrayendo más que de paso la cuesta abajo, con el fin de ampararse de la caballería, que no podía socorrerlos por la aspereza de la tierra y por no desamparar los pasos que había tomado, hasta que, con daño muy considerable, llegaron al sitio que ocupaba Cardoso, donde, recogiendo a la grupa los heridos y escoltando a los infantes con hacer rostro al enemigo, pudieron retirarse hasta el cerrillo que ocupaba García de Lerma, y de allí a la ciudad, llevando siempre los tayronas a las espaldas, hasta que los lanzaron de todos sus términos.

Ni esto fue bastante para que García de Lerma desistiese de nuevas empresas, como si el bracear contra la corriente de las desgracias no fuera medio más proporcionado para encontrar el naufragio que la seguridad. Partió con su campo a La Ramada, que estaba de paz, para dar algún refresco a su gente, que andaba mal contenta, y dentro de pocos días, eligiendo teniente suyo a Villalobos, lo despachó con el capitán Cardoso al valle de Upar (donde le había repartido indios a él y a otros catorce conquistadores) para que lo vi-

sitase y empadronase los pueblos y gente que en él hubiese, con el fin de reconocer si el apuntamiento había sido justificado. Pero entrados estos capitanes al valle, hallaron todas sus poblaciones quemadas desde el tránsito, que poco antes, con detención de diez meses, había hecho por él la gente de Coto con su general Ambrosio de Alfinger sin que le moviese a templar su rigor la hermosura del valle y docilidad de su gente, por cuya causa andaban fugitivos los naturales, y los nuéstros fueron obligados a correr la costa abajo de Cesare, entrándose en la provincia de los alcoholados (llamados así por teñirse con tinta negra los remates de los párpados), que desde las montañas de Garupar se extiende hasta confinar con los chimilas y gran ciénaga de Zapatosa, donde sintieron más el trabajo, porque estando también talada y no hallándose maizales ni frutas, eran forzados a sustentarse con venados que mataban a lanzadas por la gran copia que de ellos hay en aquella tierra.

De allí pasaron hasta dar vista a una población del señor de Tamalameque, fundada entonces de la otra parte del río Cesare, en que juzgaron hallar descanso a sus fatigas, viendo que los indios bien alhajados de chagualas los llamaban con ademanes que mostraban señales de paz, mas era muy otra su intención, pues las demostraciones que hacían más eran para burlarse de sus miserias que para aliviarlos de su trabajo, fiados en que no podrían pasar a su pueblo respecto de no haber canoa en el río en que poder hacerlo que no tuviesen recogida en su puerto y que los caballos no serían poderosos a vencer nadando la corriente del río, como los de Alfinger poco antes lo habían sido para pasar un brazo de la laguna y llegar a un islote de ella en que se habían recogido. Los españoles, persuadidos de que no podía caber cautela en el ofrecimiento de aquellos bárbaros, pedíanles embarcaciones, pero reparando Cardoso en que la respuesta era decirles por señas que pa-

sasen a nado con el fin, al parecer, de matarlos al tomar tierra, y que con la falta de mantenimientos se hallaban de suerte apretados que ni volver atrás podían, resolvió este valeroso portugués (arrebatado del aprieto o codicia) una acción digna de escribirse, y fue arrojarse armado en su caballo al río, que, con asombro de los indios, lo sacó a la población de la otra ribera, donde, hiriendo a unos y amenazando a otros, les obligó a dar y conducir canoas en que la gente pasó y se alojó en ella por estar abundante de víveres.

Recobrados los indios de su temor después del suceso y comprada con mucho oro poca seguridad, les representaron a sus huéspedes el estado miserable en que se Hallaba su cacique Tamalameqne, a quien después de haber tenido en prisiones otros españoles que allí aportaron diez lunas antes, había cautivado y quebrado los ojos el señor de Zipuaza, pueblo fundado muy cerca del río grande de la Magdalena, a orillas de la laguna de Zapatosa. Pedían, además, que, pues ya eran amigos, los ayudasen a recobrarlo y ponerlo en libertad, en que vinieron con voluntad los nuéstros, a quienes dieron ciento cincuenta indios que los guiasen por tierra, y prevenidos ellos con una vistosa armada de trescientas cincuenta canoas llenas de gente, dieron a un tiempo por agua y tierra los unos y los otros sobre Zipuaza, con tan buena suerte que recobraron al cacique, con quien ya los muchachos del lugar jugaban por escarnio, que procuraron vengar robando cuanto hallaron de preseas y joyas, de que dieron buena parte a los españoles. Pero conociendo éstos que aquella guerra les importaba poco, trataron de amistar a los tamalameques y los zipuazas, ofreciéndoles por convenio la restitución de los hijos y mujeres de unos y otros, que agradó a todos, y ajustadas las paces volvieron a la población de que habían salido, adonde llegaron luégo al siguiente día cuatro indios quejándose fingidamente de que, llevando una buena partida de oro para los españoles, se la

habían quitado en el camino los que iban con Ambrosio de Alfinger. Sintiéronlo mucho los de Villalobos, y tomando guías partieron en su demanda, aunque brevemente se desengañaron de haber sido cautela de los indios para echarlos de sus tierras, pues al reconocer las huellas parecieron de más tiempo que de treinta días. Tiene muchas trazas la necesidad y es gran consejero de engaños el riesgo. Experimentolo así Villalobos, pero hallándose en el camino, acordó dar vuelta a La Ramada y de allí a Santa Marta, adonde ya era partido García de Lerma.

Era costumbre de la gente que salía a semejantes entradas repartir entre sí el pillaje, reservando su parte al gobernador, como lo hicieron éstos para no exponerse a las miserias que se padecían en la ciudad por falta de dinero, de que se aumentaba el desabrimiento en la gente de guerra, viéndose fatigada y pobre y habiendo entre ella hombres que en cualquier parte podían servir con provecho y satisfacción de su rey, y más en los reinos del Perú, donde, con las noticias que se divulgaban de su riqueza, deseaban ir a probar ventura; y así, aunque por parte del gobernador se ganaban licencias y ponía todo cuidado en que no se le fuesen, era tanto ya el horror que mostraban a aquel país que cuando pasaban navíos se arrojaban al mar para que los recogiesen, como lo consiguieron muchos, y entre ellos los capitanes Ponce y Villalobos, y otros hombres famosos que en el Perú dieron muestras de su valor, aunque con malos fines. Para remediar o divertir este desorden, García de Lerma, con parecer de algunos noticiosos de que, caminando la tierra adentro, al sur, se hallarían grandes riquezas, acordó disponer una entrada por el río grande de la Magdalena, y por febrero del año de 1531 envió por cabo de la gente a un clérigo, que no he podido averiguar quién fuese, pero sí el que vivían los que se hallaban en Santa Marta, de suerte que no se hacía distinción de ellos a los seculares para las fac-

ciones. Por maese de campo nombró a Quiñones, y por capitanes a Céspedes y San Martín, que con doscientos hombres salieron a la jornada, en que a los diez días murió el clérigo, dejando en su lugar a los capitanes arriba dichos, que con la gente pasaron el río en dos bergantines que les remitió su gobernador para el efecto.

Puestos así de la otra banda, dieron principio a su descubrimiento, marchando siempre río arriba, mientras García de Lerma, con la ocasión de haber arribado a Santa Marta con propio navío Jerónimo de Melo, caballero portugués, hermano de Antonio Yusarte, a quien había dejado en Santo Domingo, dispuso que entrase a descubrir y sondar el río grande de la Magdalena hasta aquel tiempo temido para tal empresa por lo furioso de sus raudales, cosa que muchas veces pretendió García de Lerma, y ningún piloto se atrevió a ello. Pero con la buena disposición que halló en Melo, dándole dos navíos y a Liaño y otro por pilotos, pudo conseguirlo, pues aunque llegados a la barra del río mostró gran temor la gente de mar, amedrentada con la amenaza que el capitán les hizo de que mataría los pilotos y marineros si desmayaban, pasaron adelante y subieron treinta y cinco leguas, rescatando siempre con los indios de una y otra ribera, en cuyo tiempo aportó a Santa Marta Antonio Yusarte en demanda del hermano, quien viendo que tardaba en volver, pidió a García de Lerma le diese facultad para entrar a La Ramada, lo cual hizo con gusto, dándole alguna gente con el capitán Carranza, y orden para que la jornada fuese a la provincia de Seturma, donde llegado, yendo y volviendo de los pueblos a la mar con poco recato, fue muerto de los indios con los pocos que lo escoltaban, aunque se defendió valerosamente en la refriega con un montante, fatalidad que, referida a Jerónimo de Melo después de su jornada, en que retardó tres meses, le ocasionó la muerte, siendo entrambas anuncio fatal de la de García de Lerma, que se siguió a los

fines del año sin la prevención de sacramento alguno, con que se terminaron aquellos deseos del tercer gobernador de Santa Marta, que no pudieron templar más de doscientos mil castellanos de oro que adquirió en diferentes empresas. Era este caballero uno de los tres criados del palacio del emperador, que en concurso de algunos soldados fueron preferidos para diferentes conquistas, y ni don Pedro de Mendoza en el río de La Plata, ni Felipe Gutiérrez en Veragua, que fueron los otros dos, pudieron desmentir con sus obras la imprudencia de elegir genios cortesanos para empleos que piden espíritus guerreros.

No corría con menos inconvenientes la conquista de los alemanes, de que haremos breve compendio por haberla tratado con especial cuidado fray Pedro Simón en la segunda noticia de la primera parte de su "Historia de tierra firme", para lo cual es de advertir que, llegado Ambrosio de Alfinger con cuatrocientos hombres y cincuenta caballos a la ciudad de Coto, que desde el año de veintisiete tenía fundada Juan de Ampuez (y desamparó retirándose a su isla de Curazau luégo que vio los despachos que llevaba Alfinger), continuó su población, y dejando en ella a su teniente general, Bartolomé Sayller, salió inmediatamente a la pacificación de las tierras de Maracaibo con la mitad de la gente por tierra y la demás por agua, en diferentes canoas que labró, y entre ellas, que conducía setenta hombres y seis caballos, y bajando su gran laguna hizo en los miserables indios de sus riberas todas aquellas hostilidades que podían esperarse de quien era llevado de su codicia y llamado de su patria para enriquecerla a costa de las vidas y caudales de los que ni se defendían ni lo habían agraviado. Hasta que, llegado a cierta ranchería dispuesta por la gente que fue por agua después que atravesó la laguna, ahorcó y afrentó a muchos hombres de valor, sin que la necesidad que de ellos tenía lo reportase, para cuyo reparo y de otros muchos, que disgustados de seme-

jante rigor lo desamparaban, envió a Coto el pillaje de oro que había adquirido, con mucho número de indios prisioneros, para que se vendiesen a mercaderes que allí asistían enriquecidos con este trato, y para que del uno y otro efecto le remitiesen gente y armas para la jornada que pretendía hacer la tierra adentro. Ejecutose así, y socorrido con algunos infantes y caballos, reformó su campo, que constaba ya de ciento ochenta hombres útiles (dejados los enfermos en la ranchería, de la cual nombró teniente al capitán Vanegas), y salió de allí el año de 1530, y encaminado siempre al poniente, atravesó la sierra de los itotos, que comúnmente se llama del valle de Upar, hasta que dio en él, donde, sin reparo de que pertenecía a la gobernación de Santa Marta, lo corrió todo, matando y robando a sus naturales, y lo que fue más lastimoso, quemando sus poblaciones y sembrados, de suerte que en más de treinta leguas de tierra que en él halló pobladas, no encontró después el capitán Cardoso casa en pie, en la entrada que hizo el año siguiente.

Corrido así el valle de Upar por el Cesare abajo, llegó a las provincias de los pocabuzes y alcoholados, haciendo los mismos estragos, y de allí arribando a la del Tamalameque, que receloso del daño que le amenazaba si caía en manos de aquella gente (según las noticias que de ella le habían dado sus confinantes), se retiró con su gente y canoas a un islote de los que, poco distantes de tierra, tiene la laguna de Zapatosa, pareciéndole que no serían poderosas las artes y fuerzas españolas para llegar a ella, pero saliole tan contrario el discurso que apenas descubrieron desde tierra firme los nuéstros las chagualas y orejeras con que los indios andaban en la isla, cuando, arrojándose al agua treinta caballos, pasaron a ella, donde, cogiéndolos con asombro del suceso y puestos en flaca defensa, repitieron en ellos la cruel carnicería que acostumbraban, siendo otros muchos los que perecieron lanzándose al agua. Fue preso

el cacique, que se rescató a fuerza de oro, y despojados y rescatados otros muchos en más tiempo de diez meses que estuvo allí de asiento Ambrosio de Alfinger, hasta que, arruinada ya la provincia con tantos incendios y muertes, y desustanciada con más de cien mil castellanos de oro que hubo (y para no lograrse heredaron el contagio de las diez mil libras tolosanas que robó Quinto Scipión del templo de Apolo, que estaba en la Francia), la desamparó tomando la vuelta del Este, por donde, a pesar de riesgos y dificultades que padeció por la costa del río grande, llegó hasta el de Lebrija, y de allí, subiendo a las sierras y bajando después, fue a salir al río del Oro, del cual (malogrado el descubrimiento que hizo de la provincia de Guane por no seguirlo y ser primer descubridor de la tierra de los moscas) revolvió a los páramos de Cervitá, a la parte donde diez años después llegó Hernán Pérez de Quesada en demanda de la Casa del Sol, y de allí, por no seguir diez leguas más su ruta a la parte del sur, volvió a errar el mismo descubrimiento que guardaba el cielo para otro, y a elegir, deslumbrado, la parte del norte, sin advertir que era la de Maracaibo, en cuyo rumbo, perdiendo muchos de los suyos en diferentes encuentros que tuvo con los indios de Rábicha y no pudiéndose contener en ajusticiar otros por la cruel mano de Francisco del Castillo, su maese de campo, llegó a penetrar el valle de Chinácota, donde, confiado de que lo resguardaba el temor que de él tenían concebido los indios de aquel país, y lo más cierto por no haber tirano que no tenga en el castigo su término, se descuidó de suerte que, acometiéndole de repente los indios, a tiempo que, separado de su gente, consultaba algunos designios con Esteban Martín, hombre ajustado a su genio, lo hirieron de suerte que murió allí por el año de treinta y dos, donde fue sepultado dejando al valle su nombre por sobrenombre y padrón perpetuo de sus atrocidades.

CAPITULO III

GOBIERNA EL DOCTOR INFANTE A SANTA MARTA POR MUERTE DE GARCIA DE LERMA, Y EL ADELANTADO DON PEDRO DE HEREDIA DA PRINCIPIO A LA CONQUISTA DE CARTAGENA.

MUERTO García de Lerma y separados por esta causa los gobiernos político y militar, que no quiso admitir Pedro de Lerma por pasarse al Perú, donde lo guiaba su mala estrella a ser ejemplo infeliz de la forma en que muere un hombre de valor a las manos de un cobarde, se comenzaron luégo a sentir tantos desafueros en la administración y tratamiento de los indios que estaban de paz, cuantos eran los pretendientes de mejorar fortuna a costa de los miserables que batallaban con la más adversa. De que resultó que los sucesos que hasta allí se habían tenido por poco dichosos, pasasen luégo a infelices, pues conspirando los bondas y jeribocas al desagravio de las extorsiones que experimentaban como más cercanos, dieron principio por este año de 1532 al designio que tenían premeditado con algunas muertes de negros y españoles de los que en las huertas cercanas a la ciudad hallaron desprevenidos. Ni esto era lo que más debía temerse, sino el desorden con que la gente de guerra, roto casi el freno de la obediencia y espoleada de la necesidad, corría a maquinar su reparo con riesgo de las cabezas de la república y daño de los vecinos que habían adquirido algún caudal en las conquistas, perjuicio el uno y otro difícil de remediarse aun en caso que no estuviese el gobierno militar en tantos cabos mal avenidos, y el político en un alcalde a quien se lo dio el acciden-

te de ser más antiguo. Todo al fin era una avenida de males, que a cada hora crecían con la avilantez que los indios cobraban del recelo que los nuéstros tenían, y duró hasta que por el mes de septiembre arribó a Santa Marta el doctor Infante, oidor de la isla La Española, a quien sus compañeros en vacante graduaron de capitán general, para que por muerte de García de Lerma gobernase en el ínterin que le iba sucesor.

Por su teniente general iba Antonio Bezos, hombre de valor y experiencia, y entre otras personas llevó a Francisco de Figueredo, que después subió al reino, donde casó con doña Eufrasia de Burgos Antolínez, y a Francisco Gutiérrez de Murcia, con tres hijos, de los cuales al uno mataron allí los tayronas, el otro murió subiendo con Gonzalo Jiménez de Quesada a la conquista del Nuevo Reino, y el tercero, que tenía el mismo nombre del padre, casó en él con Luisa Venero; y reparando a pocos días en el desabrimiento que tenían y corrillos que continuaban hacer, así los soldados que halló en la ciudad como los de Céspedes y San Martín, que ya eran vueltos de la jornada del río grande sin medra ni noticia alguna después de quince meses que gastaron en ella, y que de tales principios se suelen recrecer motines no imaginados, dio parte de todo a su teniente general y al capitán Cardoso, cuyo juicio tenía por acertado en semejantes materias, y propuestos los fundamentos de su sospecha les pidió le advirtiesen lo que debía disponer para el reparo. A que el capitán Cardoso sucintamente le representó cuán justamente recelaba los monstruosos efectos que suele producir la extrema necesidad cuando cae sobre gente de guerra, que la falta de un gobernador temido no la tenía menos relajada en pocos días, que pudiera la ociosidad en muchos años, y que, finalmente, no hallaba remedio para un mal que había de resultar de la unión de muchos, sino el de empeñarlos divididos en diferentes facciones del país donde el trabajo y la esperanza desvane-

ciesen aquella tempestad que amagaba, para lo cual convendría mucho que partiese por mar el capitán Rivera con cincuenta hombres a La Ramada, y que sin permitirles descanso ni tratar de averiguarles exceso alguno a los capitanes Céspedes y San Martín, saliesen al castigo de los bondas, pues de aquella nación había recibido el mayor daño la ciudad en la vacante de García de Lerma.

Pareciole bien al doctor Infante la propuesta y ejecutose así, aunque el capitán Rivera, con mal suceso y poca presa de indios esclavos, que era el fin de aquellas entradas, dio vuelta brevemente a Santa Marta, pero los capitanes Céspedes y San Martín, aceptando con gusto la empresa, sacaron su gente a campaña, y dejando emboscados los caballos a cargo de los capitanes Cardoso y Juan Tafur (que, desabrido de las conquistas de Nombre de Dios y Panamá, resolvió pasar a Santa Marta por este tiempo), fueron marchando descubiertamente hacia el pueblo principal de Bonda, que visto por los indios, salieron arrebatadamente al encuentro, empeñándose más en ofender a nuestra infantería, mientras ella más cautamente se iba retrayendo hacia unas colinas o mogotes rasos que dominaban las campiñas de Bonda, hasta que, llevados a la emboscada, fueron embestidos por un costado y atropellados de los caballos, que aprovechándose del buen terreno, hirieron y mataron muchos, y victoriosos con despojo considerable volvieron a la ciudad, adonde no por este particular suceso se remedió el general descontento que había entre la gente de guerra, antes trataban algunos más vivamente de ausentarse y murmuraban desacatadamente y sin rebozo del doctor Infante.

Este arrojo manifestado sin motivo ni ocasión que les diese, lo ponía en temor de que aquella gente desesperada se le atreviese o desamparase, de suerte que la ciudad fuese perdida; pero como tenía experimentadas las buenas disposicio-

nes de Cardoso para el reparo de semejantes peligros, consultole de nuevo y resolviose con su parecer a continuar la división de su gente en la empresa de La Ramada, y en la entrada de los caribes, donde fue derrotado Pedro de Lerma, y donde ni pudiesen coligarse ni valerse de la ociosidad para los malos discursos y consultas, que entre milicias mal pagadas suelen arrastrar peores consecuencias. Cuya ejecución remitida para el año siguiente, veremos después de compendiar otras particularidades dignas de saberse para claridad y lustre de la historia, que acaecieron el mismo año, pues siendo el principal asunto de este libro referir la conquista del Nuevo Reino de Granada, no es posible excusar las que precedieron de las provincias de Santa Marta, Venezuela, Popayán y Cartagena, así por estar comprendidas en su círculo como por haber sido estas cuatro las que recibieron aquellos primeros raudales de gente española, que guiados por diferentes conductos con poca antelación de unos a otros, inundaron después todos los espacios de aquel reino, en cuya consideración, habiendo entrado sucintamente en los acaecimientos de la conquista de las dos provincias, necesitamos de pasar a la de Cartagena, dejando para su tiempo la de Popayán, no menos famosa.

Para el intento es de saber que habiendo llegado don Pedro de Heredia a Santa Marta por teniente general de Pedro Badillo, y ejercitádose, como dijimos, en las guerras de aquella provincia con créditos de buen capitán, y reconocida la sustancia de las tierras que están a sotavento de la otra parte del río grande de la Magdalena, tuvo ocasión, con la de haber cesado en su gobierno el dicho Pedro Badillo, para volver a estos reinos, donde en la conformidad que por aquel tiempo corrían las capitulaciones de los descubrimientos, la hizo con su majestad para el de la provincia de Calamarí (que llamó después Nueva Andalucía),

con todas las demás tierras de Urabá comprendidas entre los dos poderosos ríos de la Magdalena y el Darién, que serán como ochenta leguas de costa la tierra adentro, teniendo a la equinoccial por término, que hoy se ha reducido al de cien leguas por la parte que más se dilata en la jurisdicción de Simití, que viene a ser hasta los indios de Tablada, que habitan sobre las barrancas del río grande. Dada, pues, esta provincia al Heredia en adelantamiento, con otras condiciones comunes y entre ellas la de que pasase luégo a descubrirla y conquistarla con doscientos cincuenta hombres a su costa, facilitó brevemente la agregación de los ciento cincuenta, con que, remitida la leva de los restantes al cuidado del capitán Juan del Junco, natural del principado de Asturias, y navío pará que los condujese, partió de Sanlúcar por este año de treinta y dos para la isla La Española, donde, socorrido de más gente y de víveres en la villa de Azúa en que estaba hacendado, dispuso su navegación en dos navíos para la travesía, de suerte que tomó el puerto de Calamari, que está en once grados escasos de la línea, a los quince de enero del año de 1533, entrando por aquella parte que se llamó Bocagrande, hasta que, cerrada con las avenidas de arena, abrió el mar la entrada que hoy sirve a las armadas y se llama Bocachica.

Entre las personas de más lustre que don Pedro de Heredia llevaba lo fueron Sebastián de Heredia, primo suyo, los capitanes Alonso de Montes, Alvaro de Mendoza y Héctor de Barros, portugués, con dos hijos y un sobrino; Nuño de Castro, natural de Burgos, que después pasó al Perú, donde fue capitán de arcabuceros de Baca de Castro en la batalla de Chupas; Pedro de Croces, Sebastián de Risa, vascongado, Juan Alonso Palomino, Antonio Bermúdez, que después subió al reino; Gonzalo Fernández, Pedro de Alcázar, sevillano, Pedro Martínez de Agramonte, Martín Yáñez Tafur y Juan de Vilorla, éste sobrino del adelantado y el antecedente natural de Córdoba, que ha-

biendo servido en Paria con Diego de Ordaz y Sedeño, pasaron a Santo Domingo, y de allí a esta conquista y con ellos otros compañeros de las mismas fortunas, como son: Sebastián Pérez, Diego Maldonado, natural de Salamanca, Juan de Peñalver, Julián de Villegas, Gonzalo Cerón, Juan de Orita, Alonso López de Ayala, el capitán Hurones, Baptista Zimbrón, el bachiller Soria, Villafañe, Bartolomé de Porras, Rivadeneira, Pinos, Montemayor y Alvarado, con quienes asimismo iban de los que a Sebastián de Gabote se le quedaron en Santo Domingo en el viaje de las Malucas, Francisco César, de nación portugués, los dos hermanos Valdivielsos, los dos Hogacones y otros buenos soldados de mar y tierra como lo fueron Ginés Pinzón y Juan Gómez Cerezo, pilotos de las dos naos, sin que se haya podido tener más noticia de los que faltan por nombrar, o por no haber dejado descendencia, o por olvido que de ellos tuvieron los historiadores.

Ancladas, pues, en el puerto las naos y desembarcada la gente, trató luégo don Pedro de Heredia de elegir sitio para poblarse, y pareciéndole el más a propósito el de Codego, isla pequeña inmediatamente puesta a barlovento de Bocagrande, a la que cerca el mar y costa brava por la parte del norte y por la de tierra un brazo del mismo mar, que con flujos y reflujos la ciñe y fosea desde el puerto hasta la ciénaga de Canopote, dio principio en ella a los veintiuno del dicho mes a la fundación de una villa que llamó Cartagena por la semejanza que tiene su puerto con el de Cartagena de Levante, y con el tiempo ganó título de ciudad, cabeza de obispado y gobierno y asiento de uno de los tres tribunales de inquisición que hay en las Indias, y ha llegado a ser una de las más hermosas y bien fortalecidas plazas que tiene la corona de España, porque, reconociendo su importancia para escala de sus navegaciones a los reinos de tierra firme, respecto de que los vendavales no impiden el viaje de Cartagena a Portobelo,

ni las brisas imposibilitan el de Portobelo a Cartagena, y siendo reputada por llave de las Indias, no solamente para lo referido sino para la guarda, ferias y comercio del Nuevo Reino de Granada, pareció necesario fortificarla con el precinto de valientes muros y torreones coronados de gruesa artillería y de trescientas plazas. Pero no bastando el ámbito de sus murallas a comprender el crecimiento de la vecindad, dio lugar a gran parte de ella para que pasase a poblar en otro isleo, puesto entre dos brazos del mar, que hoy se llama Jejemaní y se comunica con la principal parte de la ciudad por un puente levadizo y una pequeña calzada hecha a mano, donde surgen las canoas del trajín de mar. De que resultó haberse de continuar otras fortificaciones, reductos y estacadas, para guarda de los costados de aquel burgo y la fuerza de la media luna, que comienza desde la puerta de tierra y es una de las más bien delineadas que salieron de la idea y reglas que observó en la escuela de Flandes aquel famoso Francisco de Murga, que terminó sus hazañas gobernando esta plaza.

La guarda del puerto consiste principalmente en el famoso castillo que a la entrada de Bocachica ostenta la grandeza de su fábrica repartida en cuatro baluartes, que hacen espaldas a otros dos castillos y una plataforma, que están dentro de la bahía; y por la parte de tierra para el resguardo de una colina que domina la ciudad, está el castillo de San Lázaro, obras todas de excelente fábrica de piedra y cal, como también lo son la iglesia catedral (que erigió el año siguiente N. M. S. P. Clemente VII), Conventos y casas de la ciudad en que habrá hasta mil doscientos vecinos, y entre ellos muchos de familias muy calificadas y de crecidos caudales. Pues aunque la provincia no tiene más frutos en abundancia que maíz, plátanos y pescado y estén exhaustos ya algunos minerales de oro que tuvo en los asientos de Simití, San Lucas y el Guamocó, es tan poderoso el co-

mercio continuado en aquel puerto que con poca inteligencia se adquiere la plata y el oro que al cebo de sus ferias y navegación derraman los forasteros.

Los naturales de la tierra, mal disciplinados en la pureza del idioma español, lo pronuncian generalmente con aquellos resabios que siempre participan de la gente de las costas de Andalucía, y aunque lo excelente de los genios y habilidades que muestran se esmera en penetrar la sutileza de los contratos, con todo eso en la profesión de las armas y letras lo aplican de suerte que, trasplantados, han servido de crédito lustroso a su patria, si bien no excede la viveza y claridad de los muchos ingenios criados en el recinto de la ciudad, a la que se ha experimentado en los criollos de las demás partes de la provincia, que se compone de tres ciudades, que son: la de Cartagena, San Antonio de Toro y la de Guamocó, y de otras tres villas, que son la de Santa Cruz de Mompox, Santiago de Tolú y la de María, de cuyas fundaciones trataremos en su lugar.

Fundada, pues, Cartagena, como dijimos, y asegurados en ella los enfermos con la guarda de treinta infantes, trató luégo el adelantado de salir a correr la tierra y a poca distancia se puso a la vista del pueblo de Calamarí, que, o por llamarse así los naturales, o ser éste el nombre de su cacique, se lo participaron a la provincia, donde, aun no bien enterado de la grandeza de la población, se halló acometido de sus vecinos con aquel primer ímpetu que acostumbraban en sus guazabaras: aunque rechazados valerosamente necesitaron de retirarse a su pueblo buscando el abrigo de la fuerte empalizada o cerca de árboles gruesos y espinosos con que lo tenían ceñido, dando lugar a los nuéstros para que, con el corto interés de algunos prisioneros, pasasen a Canopote, lugar más populoso, donde, peleando no menos valerosamente las mujeres que los hombres, ellas con flechas envenenadas y ellos con macanas tan fuertes co-

mo probaron muchas rodelas despedazadas, se resistieron hasta tanto que, oprimidos del espanto de los caballos, desampararon el campo dejando en él a muchos que, después de muertos, fueron los más vivos testigos de su valor, y a otros que, vivos, padecieron la muerte de prisioneros, con quienes dio vuelta el adelantado a Cartagena cuidadoso de hallar noticias de las mejores ciudades de la provincia, para lo cual no excusaba diligencia de agasajo ni de rigor de que no se valiese con los prisioneros.

Había entre ellos uno que aun tenía presentes las memorias del mal suceso que en la misma provincia tuvo Alonso de Ojeda el año de 1510, cuando, para reconocerla con trescientos hombres que echó a tierra, fue rechazado y herido. Y pareciéndole que siendo menor el número de la gente de Heredia, no podría tener más favorable fortuna, se ofreció a llevarlo donde bastantemente dejase satisfechos sus deseos. Con esta noticia y por guía el mismo que la daba, salieron luégo de Cartagena los nuéstros, siguiendo el rumbo de la ciénaga de Tesca, tan conocida por su abundancia de peces, hasta que habiendo pasado de los términos de su círculo, dieron en una montaña cerrada y ajena al parecer de que por allí habitasen hombres, a no descubrir a trechos algunas sementeras grandes de maíz, donde, parándose el guía y dando señales de que pretendía huir, empezó a llorar, afirmando que todos serían allí muertos. Pero como el adelantado era soldado práctico en las guerras de Santa Marta y tenía experimentadas semejantes demostraciones en los indios que había tratado, sin que lo alterasen sus lágrimas le dobló las guardas para que no se le ausentase, como lo intentó a un cuarto de legua del belicoso pueblo de Turbaco, célebre por sus aguas y grande por la vecindad que tenía, de cuya muchedumbre flechera, al estruendo de sus bocinas y cajas, se vieron luégo embestidos los españoles.

Este acontecimiento, dispuesto así animosamen-

te por los turbacos, en que flechando con la mayor ventaja que podían, así hombres como mujeres, mostraron la destreza y coraje de su nación, pudiera haber sido muy perjudicial a los nuéstros si contra la multitud de los que guerreaban no prevaleciesen las ballestas y arcabuces, y, lo que fue más, los escaulpiles o sayos de armas en que las flechas quebrantaban su furia; y contra la disposición y ordenanza de las mangas que alternadamente entrando unas y saliendo otras, sustentaban el peso de la batalla, no se reconociese la ventaja de los caballos y lanzas que, rompiendo por sus tropas, las ponían en manifiesto desorden, en que acreditaban muy bien Alvaro de Mendoza, Sebastián de Heredia, Martín Yáñez Tafur y Nuño de Castro, la razón que tuvo el adelantado para fiar de sus obligaciones semejante empresa. Pues cargando reciamente en el más grueso batallón de los indios, a que ayudaron mucho Juan de Viloria, Alonso de Montes, Héctor de Barros y Francisco César, desempeñando los nombres y apellidos con el precio de su sangre y de la enemiga, los obligaron a recogerse a Turbaco, que, fortalecido con tres cercas de maderos gruesos, fue inexpugnable defensa a los que en ella se abrigaron, en tanto que ocurriendo otra gran multitud de indios auxiliares al campo, pudieron cobrar ánimo para salir segunda vez a renovar la batalla, que no rehusando el adelantado, se mezcló en lo más recio de ella animando con su ejemplo a los demás, que, aunque fatigados del primer encuentro, peleaban con tanto más coraje cuanto era mayor el peligro en que por instantes los ponía el enemigo.

Quien más arriesgado se hallaba era don Pedro de Heredia, porque, dividido de su gente y cercado de una muchedumbre inmensa de flecheros que lo tenían por blanco, parecía un erizo, que librando su defensa en la prueba del sayo de armas y último arresto de la desesperación, hacía maravillas, aunque todas quizás se hubieran mar-

chitado si al tiempo que embestido de dos gandules con los arcos recogidos para flecharlo en el rostro ignoraba el peligro, no lo socorriera Sebastián Pérez, que, cortando la cuerda del uno con la espada y atravesando el cuerpo del otro, ayudó a sacarlo de aquel riesgo y a retirar los demás indios que le cercaban, de quienes el adelantado se había defendido desde que se empezó la segunda batalla, sin que se haga increíble semejante defensa de trescientos indios en campaña, a quien supo matar juntos en Madrid tres españoles en un desafío. Por otra parte, y al mismo tiempo que pasaba lo referido, se peleaba fieramente por los indios con el resto de la gente española, no siendo menos sangrientos los sucesos de los unos que de los otros, pues derramada mucha sangre, proseguían todos con el mismo tesón que empezaron, y aunque entre los nuéstros se señalaban Diego Maldonado, Julián de Villegas, Antonio Bermúdez, Juan de Oritá, Sebastián de Risa, Valdivielso y los que sustentaron el peso de la primera batalla, todas sus hazañas no bastaban a oscurecer las que de parte de los indios se obraban, fáciles de persuadir a los que, haciendo recuerdo de la entrada de los españoles de Ojeda en esta provincia, saben que en la primera batalla que dieron en este mismo pueblo de Turbaco, una india de veinte años mató por su mano ocho españoles, sin que en el costo de tan grande hazaña gastase la mitad de las flechas de su aljaba.

Así guerreaban, pues, los indios y los españoles cuando el adelantado, viéndose solo con Sebastián Pérez y persuadido o receloso de que toda su gente era muerta, la fue a buscar a tiempo que, dejando heridos más de treinta de los nuéstros y muertos algunos caballos, se habían retirado los enemigos, más cautelosos que amedrentados, como se vio por la resulta, pues reforzados con nueva multitud de bárbaros que por momentos les acudían de la tierra adentro, renovaron por tercera vez y con más furia la batalla, en que más que

nunca necesitaron los nuéstros de fuerza y arte para conseguir la victoria, tanto más famosa cuanto más fatigada se hallaba la gente española de batallar tantas veces con las tropas que de refresco auxiliaban el campo contrario de los turbacos, que rotos finalmente y desbaratados dejaron el pueblo en poder de los españoles, para que, habiéndolo saqueado con presa de algún oro, hamacas y bastimento, diesen vuelta a Cartagena a curar los heridos, que fueron muchos, y de ellos no solamente murió Villafañe, como por mal informado refiere el cronista Herrera, sino algunos otros, sin los que perecieron en las tres batallas (según la tradición corriente que hay de este suceso), que pasaron de veinte, a cuyo tiempo, certificados los indios de la retirada de los españoles, volvieron a Turbaco, y por que su población no fuese más cebo de la codicia española le pusieron fuego, entre cuyas llamas quedaron solamente las cenizas de su memoria.

Mientras así corrían las conquistas de Cartagena, llegó a la isla La Española la nao en que el capitán Juan del Junco llevaba los cien hombres de socorro al adelantado don Pedro de Heredia, pero como las noticias de lo sucedido en Santa Marta tuviesen en cuidado a los oidores de aquella Audiencia y mirasen al doctor Infante no solamente como a hechura sino como a compañero en cuyos buenos sucesos afianzaban los aciertos de su gobierno, persuadieron tan eficazmente a Juan del Junco a que fuese con aquella gente de socorro a Santa Marta, que lo consiguieron, aunque no sin perjuicio del adelantado Heredia, a quien, por el tiempo que llegó a Santa Marta le hubiera aprovechado mucho a él, y allí solamente sirvió de aumentar los recelos del doctor Infante, discurriendo cómo se libraría de las alteraciones que amenazaban cien hombres de más, en tierra falta de medios para sosegar a los que halló en ella. Pero, agradecido, sin embargo, a la fineza de Juan del Junco, y gobernado por el consejo del capitán Car-

doso, despachó luégo por mar la mitad de la gente a La Ramada en dos compañías que llevaron a su cargo los capitanes Méndez y Juan de Rivera, y con la otra mitad dispuso que saliese el capitán Cardoso por tierra, bajando gran parte de la ciénaga de Santa Marta contra los indios argollas, nombrados así por las que usaban de oro para ceñirse los cuerpos. Aunque, desembarcado el capitán Rivera y remitido a La Española el navío en que fue con la presa de indios que pudo hacer, y teniendo a su cargo toda la gente por haber muerto allí en La Ramada el capitán Méndez, y no violentamente, como dice el cronista Herrera, sino de achaque originado del mal temperamento, se hubo de pasar al campo de Frederman con Mateo Sánchez Rey, natural de Génova, y otros, no menos obligado de su trato afable que del impedimento que le pusieron las crecientes de los ríos para volver a Santa Marta, como diremos después.

Suceso muy contrario fue el de Cardoso, pues habiendo marchado quince leguas por el territorio de los pepes hacia el río grande y llegado a descubrir, sin que lo sintiesen, la belicosa ciudad de Posigueyca, dispuso una emboscada a sus moradores por la enemistad connaturalizada desde el principio de la conquista que con ellos tenía, y logrola como la pensó, pues saliendo al amanecer para sus labores, bien armados, dieron en la emboscada, donde, sobresaltados, murieron muchos, y los nuéstros tuvieron lugar de irse retirando, aunque seguidos poco después rabiosamente de los tayronas por los muchos prisioneros que llevaba Cardoso y entre ellos a uno de sus caciques, con el fin de hallar medios de paz, que no pudo conseguir con los argollas, pero sí con los mastes, que lo guiaron contra los agrias donde los hombres son altos y muy hermosos y las mujeres pequeñas y feas, con quienes tuvo algunos encuentros de que, saliendo victorioso, volvió a los mastes y atravesó las tierras de los caribes sin detenerse con alguna de estas naciones derramadas por las

riberas y ancones de aquella gran ciénaga que se extiende desde la boca que le abre el mar a siete leguas de Santa Marta, hasta las espaldas de la villa de Tenerife.

Pasada, pues, la provincia de los caribes, y tratando Cardoso de revolver sobre Santa Marta, necesitó de atravesar el país de los chimilas, nación sujeta como las demás a los tayronas, donde las mujeres son hermosas tan generalmente, como los hombres robustos y bien dispuestos, despreciadores de la paz y siempre cautelosos en la guerra, de que procedía el recato con que el capitán Cardoso siempre iba peleando, sin soltar al cacique prisionero, hasta que, atravesada la tierra del Chimila, le dijo que para que viese el poco caso que hacía de la guerra de Posigueyca se fuese luégo libremente, llevando a su hermano consigo, que también iba preso, y tratase de proseguir la guerra como pudiese, pues él iba resuelto a lo mismo; pero que con todo eso, siempre que pidiese paces vendría en ellas. El capitán, vista semejante galantería y reconociendo de la generosidad del ánimo que la obraba, cuán lejos estaba de tener miedo quien así aumentaba las fuerzas del enemigo, respondió cuerdo que por lo tocante a él aceptaba y ofrecía la paz, pero que no siendo más que un cacique de los muchos de Posigueyca y habiendo allí otros mayores, no se atrevía a ofrecerla generalmente, mas que los hablaría y procuraría por todos los medios ajustarla: no quería apartarse de su campo hasta verse cercano a su patria.

Vino en ello Cardoso, y en descubriendo las caserías de Posigueyca, le dio un bonete de grana y otras preseas de Castilla, con los prisioneros de su nación, y lo despidió tan gustoso como Cardoso lo podía quedar de haber obrado respectivamente lo que un Felipe María supo hacer con un rey de Nápoles y Aragón, prisionero, para que siempre lo aplaudiesen los mismos que, puestos en la ocasión, no han sabido imitarlo, y puesto en buen or-

den fue montando la tierra sin que los indios (como tenían de costumbre) le molestasen, antes bien, desde la cumbre de un montecillo lo estuvieron mirando a tiempo que otro hermano del cacique prisionero le salió al camino con algún refresco y aseguró de que los caciques de los tayronas se resolverían a hacer paces como se las guardasen bien de parte de los españoles, para lo cual, en la primera ocasión, saldría él en nombre de todos a tratar de ellas más de propósito. Con que Cardoso, despedido amigablemente y entrado ya el mes de marzo del año de 1534, prosiguió hasta llegar a Santa Marta a gozar, por alivio de sus trabajos, la repartición de la presa que hizo entre toda la gente de guerra, aunque nada bastaba a desterrar los recelos con que vivía el doctor Infante, que, aguardando por puntos nuevo gobernador y discurriendo que sería indecencia ajena de la toga sujetarse a que lo presidenciase quien no la tuviese, determinó volver a Santo Domingo al ejercicio de su plaza con el pretexto de que se hallaba enfermo, y ejecutolo por fines de agosto de este mismo año, dejando el gobierno a su teniente general Antonio Bezos para que lo administrase en el ínterin que le iba sucesor.

CAPITULO IV

EL ADELANTADO HEREDIA PROSIGUE LA CONQUISTA DE CARTAGENA Y COMPENDIASE EL DESCUBRIMIENTO DE LOS ALEMANES HASTA QUE FREDERMAN SALE DEL TOCUYO

DIFERENTES designios eran los que seguía por este tiempo don Pedro de Heredia en Cartagena, pues apenas tomó algún descanso su gente, después de la batalla de Turbaco, cuando la sacó otra vez a campaña, deseoso de encontrarse con alguna empresa de porte, y con esta mira, siguiendo la costa del mar a barlovento, llegó hasta las riberas del río grande sin contraste alguno que le impidiese; antes sí con el interés de algún oro, que fue rescatando de los malambos y otras naciones confinantes, y no excusaban este género de comercio. Pero reconocida la aspereza de las montañas y embarazo de las ciénagas que se encontraban río arriba, revolvió a la boca del río, y reconocido el rumbo que había llevado desde la Sabaneta, que hoy llaman, sin apartarse de la costa del mar y llevando por guía a Morrohermoso, atravesó otra vez por el valle de Zamba hasta Cartagena, donde halló el navío de Juan del Junco con la mayor parte de la gente que había llevado a Santa Marta, y mal contenta del país consiguió del doctor Infante la dejase pasar a Cartagena con diferente cabo y dos indios y una india de sus costas, que para intérpretes le remitían sus correspondientes desde la villa de Azúa, donde los habían comprado.

Con este socorro, bastante ya a componer su campo de cien infantes y otros tantos caballos, resolvió penetrar la provincia al oeste, y aunque, con

la fatiga de romper montes inaccesibles y ciénagas espantosas en que ocupó muchos días, llegó a descubrir el Zenú, pueblo de gran vecindad, que lo desamparó al espanto de las armas españolas que gobernaban sobresalientes Francisco César y Cristóbal Jaimes, caudillos famosos de estas conquistas, donde se prendió un criado del cacique que, temeroso de que lo matasen, descubrió dos cajones que llaman habas los indios y tenían ocultos en la montaña, en que se hallaron más de veinte mil castellanos de oro, sin diez y seis mil que había manifestado antes en un socavón o bóveda que se formaba de tres naves de latitud y más de cien pasos de largo, que los naturales en su idioma llamaban de bahio o casa del diablo, por estar en la mitad de su distancia una hamaca bien tejida de labores, que estando pendiente de un palo se sustentaba, al parecer, sobre los hombros de cuatro figuras humanas, dos de hombre y otras dos de mujer, en que decían los indios se acostaba el demonio y lo acreditaba el prisionero, que instado por más oro mostró una sepultura de donde sacaron otros diez mil castellanos, con que, gozosos los nuéstros, pasaron hacia la provincia de Urabá, aunque brevemente, amedrentados de la aspereza de las serranías; volvieron a Cartagena, adonde hallaron a D. Fr. Tomás de Toro, de la Orden de Predicadores y primer obispo de aquella ciudad, y a pocos días llegaron trescientos hombres que, saliendo a descubrir el río grande arriba, intentaron poblar en Mompox y no lo consiguieron.

Bullía por este año la fama de las conquistas del Perú, y al ruido de las riquezas que sonaba en todas partes, era la gente tanta que ocurría a Cartagena de las islas y otras provincias de tierra firme para pasar a Panamá, que en el ínterin que lo conseguía tenía bien en que escoger el adelantado para el fin de la empresa que tenía entre manos, y así, con la ocasión de haber llegado Alonso de Heredia, su hermana (a quien llamó de las

conquistas de Guatemala para que lo ayudase en las de Cartagena como capitán práctico en la guerra de las Indias), dispuso que saliese luégo en demanda de Urabá, donde se decía haber montes de oro, que era el norte principal de los descubrimientos, quien, con el resguardo y ejército de trescientos cincuenta hombres y los mejores capitanes, atravesó la provincia, y en la que llamaron culata de Urabá, por estar dentro de los términos de la gobernación de Cartagena, reedificó la ciudad de San Sebastián de Buenavista, que fue la primera que se fundó en tierra firme por Alonso de Ojeda, y desamparó don Francisco Pizarro, a quien había dejado por su teniente, aunque esta segunda vez se le mudó de sitio al de unas colinas rasas y libres de montaña, en cuyos contornos, especialmente en los del Zenú, se hallaron al abrigo de un famoso templo de ídolos, tantos sepulcros soberbios y en ellos tanta cantidad de oro ofrecida a los cuerpos muertos que colocaban en sus bóvedas, que de su riqueza se levantaron los primeros fundamentos de la máquina de persecuciones que después cayó sobre el adelantado, con el motivo de que había usurpado los quintos reales.

Las mujeres de esta provincia son de buen parecer, andan vestidas de telas de algodón curiosamente labradas, usan arracadas de oro y sartales de cuentas al cuello. Los hombres se precian de andar desnudos, y son por extremo inclinados a contratar con las propias y extranjeras naciones. Y así, no satisfecho el generoso ánimo de Alonso de Heredia con sola la fundación de San Sebastián, por la buena disposición que tenía de gente, revolvió a la costa del mar y a la ribera del río Catárrapa, de la provincia que llamaron de las Balsillas y pueblo del cacique Tolú, seis leguas de la mar al sudoeste de Cartagena y doce de ella, y fundó la villa de Santiago de Tolú, de vecinos muy principales, por quienes han pasado tan adversas fortunas con las invasiones de los corsarios, que casi está destruída. De allí pasó a otro sitio que

demora treinta y dos leguas al sur de la ciudad de Cartagena, y en ciertas sabanas que allí hay medianamente fértiles para ganados mayores y plantajes de cacao, fundó asimismo la villa de María, y volvió a Cartagena a dar cuenta de todo al hermano, donde lo dejamos envuelto en disgustos hasta que convenga a la historia, después que demos razón de lo acaecido en las provincias de Venezuela y Santa Marta.

Muerto, pues, Ambrosio de Alfinger en el valle de Chinácota, de la provincia de los chitareros, como dijimos en el fin del capítulo segundo de este libro, eligió su ejército por cabo, que lo gobernase hasta Coro, al capitán Juan de San Martín, que luégo levantó el real siguiendo el mismo rumbo que llevaba Alfinger, y atravesando la montaña que después llamaron de Arévalo, dieron en el valle de Cúcuta, cuyas dehesas fértiles y abundantes de orégano, median entre la ciudad de Pamplona y San Cristóbal, y aunque malsanas de temple, muy a propósito para cría de mulas. De donde, con detención de pocos días de provincia en provincia, y con la guía de cierto español llamado Francisco Martín (que hallaron casado con la hija del cacique de una de ellas), llegaron hasta la ciudad de Coro el año de treinta y dos, donde, luégo que se supo el fin desgraciado de Alfinger y menoscabo de su ejército, reconoció la ciudad por gobernador a Juan Alemán Caballero, de su nación, y tan pacífico, que encerrado en ella no intentó jornada alguna. En cuyo tiempo Nicolás Frederman, otro caballero tudesco que se hallaba en Coro cuando llegó Juan de San Martín, ambicioso de mejorar fortuna con las noticias que había recogido en la provincia, y lo animaban a que pretendiese aquel gobierno, pasó a Castilla, donde a pocas diligencias que interpuso lo consiguió. Pero como la emulación sigue como sobra al cuerpo de los oficios honrosos, bastó la que manifestaron algunos que le eran poco afectos a desacreditarlo con los Belzares de hombre arrogante, bullicioso

y áspero de palabras, de tal suerte que aun siendo estos tres vicios de los que siempre estuvo más ajeno, bastaron (siendo supuestos) a conseguir se le revocase el gobierno y se proveyese a Jorge Spira, aunque no por desabrir del todo a Frederman le nombraron por su teniente general, con facultad de hacer entradas separadamente al descubrimiento que le pareciese dentro de los términos de la guarnición de Venezuela.

Con estos despachos y cuatrocientos hombres que levaron en la Andalucía y Reino de Murcia, y después (por el accidente de dos tormentas que sobrevinieron a la armada, obligándola a que arribase una y otra vez a Sanlúcar y a Cádiz) se redujeron a doscientos, llegaron a las Canarias, donde, reforzados de otros tantos de los más bastos y groseros de la isla, con que suplieron el número que sacaron de Castilla, determinaron proseguir su viaje, consiguiéndolo tan felizmente que sin mal suceso aportaron a Coro. Aquí trató luégo Jorge Spira de que se hiciesen dos entradas a la provincia, la una a cargo suyo con doscientos hombres, la vuelta de los Llanos de Carora, que demoran al este de Coro, y la otra a cargo de Frederman, que para conseguirla había de ir a Santo Domingo por más gente, armas y caballos, que le darían por cuenta de los Belzares, para que, de vuelta, incorporándolos con la gente que dejaba en la ciudad, tomase derrota al oeste por la otra parte de la serranía de Carora o Llanos de Venezuela, para que, marchando unos por la una parte y los otros por la otra, penetrasen y desenvolviesen los valles más secretos de toda la provincia.

Dispuesto así, y despachada parte de la gente de Spira con los capitanes Juan de Cárdenas, Martín González y Miser Andrea, mientras él ajustaba el cumplimiento de las órdenes dadas con su teniente, salió después con ochenta caballos y el resto de infantes, que estaban alistados, y tomando la vuelta de la Burburata por la costa del mar, después de varios trabajos, hambres y refriegas

acaecidas a los capitanes sobresalientes, en la provincia de Buraure, se encontró con ellos en el desembocadero de Barquisimeto, donde le dejaremos por no ser muy de nuestro intento esta jornada de Spira; baste saber que habiendo llegado a las provincias de los chiscas y laches, que hoy se llaman de Chita y del Cochui, tuvo noticias del Nuevo Reino, bastantes a empeñarlo en su descubrimiento, con el trabajo de caminar doce leguas, y por omisión del capitán Juan de Villegas (que después fue gobernador de Venezuela) o por temor de la sierra pedregosa que habían de atravesar, y lo más cierto, por disposición de más alta providencia, que tenía reservada para otro aquella conquista, cometió a la luz de este relámpago de buena fortuna el mismo yerro que Alfinger en los páramos de Servitá y provincia de Guane, pues, empeñándolo hasta la de los choques, de quienes solamente recibió lanzadas, lo precisaron a volver a Coro, desbaratado, por el año de treinta y siete, en que, concluído su gobierno y colocado en él el doctor Navarro, reconoció las fortunas de súbito y los desengaños de mal quisto con su gente.

No menos adverso pudo salir a Frederman el rumbo que eligió para su descubrimiento, pues despreciado el orden que tuvo de su general, luégo que lo vio ausente, se lo dio al capitán Antonio de Chávez, para que, con la gente que tenía lista en Coro, tomase la vuelta de Maracaibo sin parar hasta el cabo de La Vela, donde le aguardase hasta volver de la isla La Española, para donde se embarcó al mismo tiempo que el Chávez salió para la costa de La Laguna, donde halló al capitán Alonso Martín, que por trato secreto que tenía hecho con Frederman desde Coro (donde estaba al tiempo que Jorge Spira llegó de estos reinos), se había retirado a la ranchería de Maracaibo, y para esta ocasión le tenía prevenidos los bergantines y canoa grande, que labró Alfinger para bajar la Laguna, con que fácilmente se hallaron de la otra banda, en el pueblo de Maracaibo, con

determinación de alojarse allí de espacio, por el que había de gastar Frederman en su vuelta, aunque no pudieron lograrlo por haber picado de suerte el hambre y enfermedades que le son consiguientes, que hicieron precisa la división de la gente en tres tropas, para sustentarse como pudiesen, con orden de que para el plazo de la vuelta de Frederman se hallasen todas en el cabo de La Vela.

Ejecutose así a tiempo que por el torcedor de semejante aprieto había despachado otra tropa de veinte hombres desde el río Macomite el capitán Juan de Rivera, que por orden del doctor infante, que gobernaba en Santa Marta, como dijimos, se ocupaba en la conquista de La Ramada, de que resultó que marchando ésta hacia la Laguna de Maracaibo en busca de víveres, y otra de las de Chávez, a cargo del capitán Murcia, hacia el río de Macomite con la misma demanda, se encontrasen de suerte en la trocha que al mismo tiempo iban abriendo ambas, que la de Rivera quedó prisionera de Murcia, que la sintió primero, y esperó emboscada, de que dio parte luégo Chávez, quien persuadido de que Rivera se había entrado en su jurisdicción, juntó las tropas que andaban desunidas y marchando con ellas a Macomite, en cuyas barrancas estaba alojado Rivera, hizo que de grado o por fuerza le siguiese con la gente sana que tenía hasta el cabo de La Vela, con el fin oculto de reducirla a su campo, en cuya marcha tuvieron un recio encuentro con los guajiros, que en campo raso y a manos cogieron a Guzmán de Avellaneda y a otros seis españoles, sin que los demás pudieran socorrerlos por no perderse todos. Tan suelta y arrestada nación es aquélla, como lo ha mostrado hasta los tiempos presentes, aunque todos sus bríos no bastaron después de alojado el campo en los Cocinas, para que Alonso de Olalla Herrera, Alonso Martín de Quesada y Diego Agudo, sin más armas que sus espadas y rodelas, dejasen de arriesgarse sobresalientes por

la tierra más poblada, a prevenir los enfermos que iban en pos de ellos, como lo consiguieron con aplauso de los mismos guajiros, que admiraron resolución tan gallarda.

Asegurada la gente enferma, partieron al cabo de La Vela, donde ya estaba Frederman con ochenta hombres y buen número de caballos, y aunque se alegró de ver su gente, no dejó de sentir la mucha que se le había muerto. Diole cuenta Chávez del suceso del capitán Rivera, que mostró sentir mucho por ser cabo del doctor Infante, de quien confesaba haber recibido obras de padre, y aunque urbanamente pretendió reducirlo a que de voluntad le siguiese con su gente, viendo que no venía en ello por la obligación que tenía de volver a dar cuenta de todo a su gobernador, lo licenció con mucho agasajo y advertencia de que no repitiese la entrada en los términos de su conquista, si bien tres soldados de los de Santa Marta voluntariamente quisieron quedarse en el cabo de La Vela, donde, manifestando luégo Frederman los designios que lo habían traído a Castilla y las noticias antiguas que tenía adquiridas de los criaderos de perlas de aquella costa, o porque así las participó de sus naturales, o porque al recoger el escándalo que cierto navío lanzó en los mares de aquella costa, se habían reconocido algunas ostras sustraídas del fondo, descubrió asimismo haber ido a Santo Domingo a disponer algunos instrumentos al propósito de cierta traza que tenía premeditada para la pesquería de perlas, o por ver si encontraba algún hombre práctico en sacarlas con las experiencias hechas en Cubagua, pero ni halló al hombre ni logró su traza, pues aunque muchas veces arrojó a los criaderos o manchas cierta manera de rastro, jamás pudo conseguir logro de su trabajo, ni otros muchos que lo intentaron después por el mismo camino, hasta que se halló por mejor el de buscarlas con indios y negros, pero no puede negarse que a Frederman se le debió este descubrimiento y la primra ranche-

ría del cabo de La Vela, que fue la hecha en esta ocasión.

Cansado, pues, de gastar el tiempo en balde, consultó a sus capitanes sobre cuál ruta debía elegir para nuevos descubrimientos, y reconociendo que los más se inclinaban a que siguiese la misma que Ambrosio de Alfinger llevó hasta donde se apartó del río grande tomando la vuelta del este, porque las tierras que se descubrían entonces el río arriba daban esperanzas de que en sus cabeceras había ricas provincias, de que se privó Alfinger por mudar el rumbo y no seguirlo siempre al sur, hubo de asentir a esta resolución, aunque contra el parecer de algunos de aquella entrada, que aun tenían presentes los trabajos padecidos en ella. De que no haciendo caso el Frederman desamparó el cabo de La Vela, saliendo con cuatrocientos hombres, encaminado al valle de Upar, sin que para llegar a él pasase la laguna de Maracaibo y valle del Tocuyo, como afirma Herrera y le anotó bien Fr. Pedro Simón, por la incompatibilidad que hay para semejante jornada, en que, apretado de achaques que sobrevinieron a su ejército luégo que dejó la costa y entró en regiones tan cálidas, perdió gran parte de él sin que el riesgo y recelo de perderlo todo le permitiese socorrer los enfermos, que a cada paso se le quedaban por los caminos. Pero esta mala fortuna se le templó con la de encontrarse otra vez con el capitán Rivera, que, despechado de no haber podido arribar a Santa Marta, para donde también salió del cabo de La Vela, por el impedimento que le pusieron las crecientes de los ríos al principio, y oposición que halló después en los chimilas con repetidos asaltos y emboscadas en que le hirieron algunos soldados, necesitó de revolver en demanda de Frederman, con pretensión de comprarle algún navío, si lo tenía en la costa, para hacer su viaje por mar.

Consiguiolo a pocas jornadas, y es lo bueno que habiéndole anotado Fr. Pedro Simón a Herrera,

como dijimos, la incompatibilidad de la jornada que refiere haber hecho Frederman desde el cabo de La Vela al valle de Upar, atribuyendo su error a que no había pisado como él aquellos países, en llegando a referir en el mismo capítulo esta jornada de Rivera, dice que habiendo partido del cabo de La Vela para Santa Marta, siguiendo su viaje por la costa del mar, no le fue posible llegar a la ciudad porque al pasar por los indios y pueblo de Chimila, que está junto al mar, y no lejos de ella, le hirieron algunos soldados, cosa más imposible de ajustar que la jornada que le anota a Herrera, porque entre el cabo de La Vela y Santa Marta jamás tuvieron pueblo alguno los chimilas, cuya provincia demora de la otra parte de la ciudad, a las espaldas de Tenerife y bien distante del mar. Pero siendo ambos cronistas de tanto crédito y ciertas las dos jornadas y el encuentro de los chimilas, debe advertirse que Herrera, equivocado con las relaciones que tuvo, confundió el primer viaje de Frederman al valle de Upar con el que hizo inmediatamente revolviendo desde el valle de Coro, en que necesitó de atravesar la laguna. Y el que Rivera hizo a Santa Marta no fue por la costa del mar, como dice Fr. Pedro Simón, por el embarazo que halló en las crecientes de los ríos, sino por el valle y rodeo de la montaña de Garupar, en que forzosamente se atraviesan tierras del Chimila para ir a Santa Marta. Y colígese haber sido este el rumbo que siguió Rivera, de la brevedad con que, retirado del Chimila, se encontró con Frederman, que ya estaba en el valle de Upar, cosa que en muchos días no pudiera conseguir por el camino de la costa.

En fin, encontrados Frederman y Rivera, a pocos lances de agasajos corteses quedó éste reducido a seguir al otro, haciendo para ello escritura de que lo hacía voluntariamente y no temeroso de alguna violencia, que fue convenio de mucha estimación para Frederman por la falta que tenía de gente, y de mucho sentimiento para la más de

Rivera, que, mal sufrida, intentó alguna alteración, que desvaneció presto el castigo de los más culpados y la fuga de otros seis, que por los rodeos de diferentes caminos y riesgo de varias naciones, no pararon hasta Santa Marta, donde hallaron por gobernador al adelantado don Pedro Fernández de Lugo, quien, habida noticia de lo sucedido y del intento que llevaba Frederman de caminar siempre al sur, escribió una carta pidiéndole cortesanamente no le hiciese mala vecindad introduciéndose en la jurisdicción de su gobierno, la cual, de mano en mano de los indios amigos, llegó hasta las de Frederman, que ya iba muy adelante, y advertido por otras cartas que tuvo con ella de la pujanza de gente con que se hallaba el adelantado, determinó, vuelta la espalda al sur, que había llevado por norte, retroceder al valle de Upar donde, guiado de superior impulso, empeñado siempre en barajar el descubrimiento del reino a estos alemanes a quienes más arrastraba la codicia del oro que la conversión de las almas, mudó el rumbo poniéndolo a Coro, donde las esperanzas de hallar despachos de aquel gobierno lo arrastraban. Para ello dividió su gente en dos tropas, que con más facilidad pudiesen socorrerle de víveres hasta la laguna, porque tenían agostada la tierra, de suerte que cualquier senda que eligiesen unidas, había de ser atajo para la muerte con que amenazaba el verdugo del hambre, y así, tomando a su cargo la una, dejó la otra al de Pedro de Limpias, que eligiendo el camino de la sierra que divide a Maracaibo del valle de Upar, fue a dar a ciertas poblaciones de indios fundadas sobre algunos caños y esteros que hace la laguna y llaman los brazos de Herina, donde apresó buena cantidad de oro fundido en joyas y en polvo del que llevan las quebradas que por aquel territorio entran en ella, de donde quedó la fama de los brazos de Herina, que hasta hoy se ha quedado en noticias, pues, aunque después se han hecho

diferentes entradas en su busca, todas han rematado en malos sucesos.

Con este pillaje, y observando el orden que tenía Frederman, llegó el capitán Pedro de Limpias a la ranchería de Maracaibo, donde lo halló no menos fatigado de trabajos pasados que afligido por los que le amenazaban futuros con la falta general que sentía de víveres, bien merecida a los que tan impíamente habían despoblado con fiereza aquellos contornos y quemado los bergantines al partirse de aquel sitio, pensando no necesitarían más de ellos, de que se recrecía la desesperación de poder pasar a la banda de Coro. Pero como a la última miseria de los hombres (aunque indignos de remedio), muchas veces lo provea de oficio la divina misericordia, dispuso que de las obras muertas de una de las embarcaciones que solamente se había quemado hasta la lumbre del agua, pudiesen formar otra, que bastó a conducirlos a todos a la otra banda, desde donde ordenó que luégo saliese con los más de ellos el capitán Diego Martínez, natural de Valladolid, la vuelta de la cordillera de Carora hasta encontrarse con el valle de Tocarigua, donde le aguardase mientras él, vuelto a Coro con algunos capitanes de su afecto, se noticiaba de la provisión del gobierno que en su partida le prometieron los agentes de los Belzares, y con más gente le seguía hasta juntarse con él, y empeñarse en demanda de las riquezas que corrían del famoso río Meta, cuyo claro origen reconoce deber a los sudores que corren de la elevada cabeza de Gachaneque, páramo que demora a las espaldas de la ciudad de Tunja, pues aunque su gobernador, Jorge Spira, había llevado la misma ruta, la tierra, por dilatada, daría lugar para que todos cupiesen sin embarazo.

Despedida con este orden la mayor parte de su gente, partió a Coro, y el capitán Martínez a la serranía marchando siempre por ella, aunque los víveres se hallaban tan escasos, cuanto los apretos crecían, y aquí fue donde, saliendo Hernando

Montero en demanda de ellos con una tropa de infantes, se le murió de enfermedad que padecía, y no daba a entender, Martín Tinajero, natural de Ecija, de Andalucía, hombre que sin ofensa culpable de amigos ni enemigos había vivido entre los desórdenes de gente tan relajada. Enterráronlo sus compañeros en la concavidad que pareció haber hecho el agua detenida de los inviernos en una de las ramblas por donde corría y corre hoy, y viene a ser la que se halla únicamente en distancia de treinta leguas, y con las pocas semillas que pudieron hallar, volvieron al campo, que por esperar a Frederman se iba deteniendo en aquel país. Por esta causa, y pasados algunos días, necesitó Martínez por segunda vez de remitir al mismo efecto otra tropa con tres o cuatro infantes de los que habían ido en la primera, que necesitados de llegar a la cañada en que habían sepultado al Martín Tinajero, quisieron reconocer si los indios lo habían sacado del hoyo en que lo habían puesto; pero a más de cincuenta pasos del sitio se hallaron todos embestidos de un olor tan peregrino y suave, cual ninguno sabía explicar sino con el pasmo de haberse quedado mirando unos a otros, como preguntándose: ¿qué suavidad era aquella que así los arrastraba?, hasta que, dilatándose el sentido de la vista mientras, embelesado, lo seguía el olfato, reconoció a medio descubrir el cuerpo de Martín Tinajero, de cuyo vaso muerto dimanaba aquella fragancia viva y de quien, amarteladas muchas abejas de las que forman panales en los huecos de los árboles de aquellos contornos, se habían apoderado, o por elegir clausura de aromas a su miel, o para consagrar cultos de cera a aquel cuerpo, que no osando tocar los compañeros volvieron con la noticia del prodigio al campo donde, recorriendo todos la memoria de la vida y costumbres que habían observado en aquel hombre en quien jamás notaron acción ni palabra indecente, confesaron a voces ha-

ber sido siempre un gran siervo de Dios, desconocido hasta entonces por los disfraces de su silencio. Pero como los caudillos de aquellos descubrimientos llevasen más puesta la mira en adquirir riquezas que en examinar prodigios, no cargaron el juicio, de suerte que aun discurriesen forma para darle más decente sepulcro.

De allí pasó Martínez a la provincia de los giraharas, espanto que han sido siempre de la gobernación de Venezuela, quienes con la noticia que ya tenían de la gente extranjera que llevaba puesta la proa a sus tierras, previnieron sus armas, y convocados los pueblos salieron luégo a los nuéstros acometiéndolos cara a cara, y sin las cavilaciones y emboscadas que usan otras naciones. Fue el encuentro famoso, y en el que la vanguardia española gobernada de Juan Gascón se vio tan apretada, que a no socorrerla con brevedad los de la retaguardia, hubiera sido rota; pero con el socorro del capitán Martínez desmayó el enemigo, y vueltas las espaldas dejó por los nnéstros el campo y mucha de su gente muerta y mal herida, como también lo fue alguna española, y con ella García Calvete, que habiéndose señalado mucho fue atravesado con una flecha que, entrándole por el lagrimal de un ojo le salió al colodrillo, de que no solamente quedó sano sino con la vista tan clara y firme como la tenía antes, de que fueron testigos muchos vecinos del reino, que después lo conocieron de encomendero en jurisdicción de la ciudad de Vélez, donde lo heredó Pedro Calvete, su hijo. Pero, mal escarmentados los indios, aunque reconocida la ventaja que les hacían los españoles, viendo cuán de asiento se habían apoderado de uno de sus pueblos, dispusieron valerse de una traición verdadera entre los agasajos de una paz fingida, pues acudiendo hasta cuatrocientos gandules a ofrecerla a Martínez, llevando ocultas algunas armas que pusieron en los mochilas de víveres que llevaban patentes, para valerse de ellas cuando toda su gente (que dejaban emboscada)

acometiese, fueron descubiertos por la diligencia maliciosa de algunos indios que iban con el campo español y por ellos de Martínez, que haciendo tomar a los suyos las armas con todo secreto, dio sobre ellos tan de repente que, dejando muertos los más y presos hasta ochenta, obligó a los restantes a que tomasen por buen partido ir con el aviso a los de la emboscada, que, aunque acometieron, desmayaron brevemente hallendo a los nuéstros prevenidos, y a buen librar trataron de asentar paces de veras y rescatar los prisioneros a precio de oro y vituallas.

Dejada esta provincia dice Fr. Pedro Simón en la tercera noticia historial de la primera parte de las conquistas de tierra firme, al capítulo diecinueve, que adelantándose el capitán Martínez con veinte hombres, pasó a otra provincia de los confines de Carora, de gente belicosísima y práctica en todo trance de encuentros, donde al primero que se ofreció se vieron los nuéstros en tanto aprieto, que necesitaron del amparo de una casa, en que se fortalecieron para defenderse de aquella muchedumbre que, les picaba por todas partes, y añade que para escapar las vidas trataron fingidamente de hacer paces con los indios, para poder con semejante engaño ejecutar en ellos algún ejemplar castigo. De que se infiere, si fue así, cuán ajenos de mover guerras vivían aquellos naturales, pues aun ofreciendo la paz a más no poder los españoles, la arrostraban ellos cuando más ventajosos, como se vio en esta ocasión. Pero habiendo entrado en la casa doscientos gandules a tomar el asiento de paz que se les proponía, prosigue este autor al número tercero, diciendo que todos fueron muertos por Martínez y seis compañeros que tuvo prevenidos para el efecto, en cuyo crédito pretendo antes quedarme neutral que asentir a la inverosimilitud de hazaña tan fea. Al día siguiente llegó el resto del campo, y con él puesto en orden, pasó Martínez al mismo sitio de la provincia, donde, después, el capitán Salamanca fun-

dó la ciudad de Carora y allí, con el cebo de la abundancia de víveres de que habían carecido desde que salieron del cabo de La Vela, y del mucho número de indios afables y de aquella condición liberal que agrada a los españoles, se detuvieron dos meses, y después de ellos, caminando siempre al sur por diferentes valles, llegaron a la provincia del Tocuyo, en que de preferente está fundada una ciudad de su nombre, y reconociendo la disposición de un sitio en que pocos días antes los indios coyones de la sierra habían quemado una gran población de los tocuyos, sus capitales enemigos, alojaron los nuéstros en él combinados, tanto de la hermosura del país como del agasajo de los naturales.

A pocos días que allí estuvieron con aquel descuido, que engendra la seguridad del país amigo, y sin pensamiento de que otros españoles pudiesen haber penetrado tantas provincias como ellos, reconocieron habérseles entrado por su ranchería los capitanes Martín Nieto y Jerónimo de Alderete, con sesenta hombres de los que había llevado a sus descubrimientos Jerónimo de Hortal, gobernador de Paria, de cuyas entradas y de las hechas por el comendador don Diego de Ordaz y Antonio Cedeño no he querido tratar cuidadosamente, aunque pertenecían a esta historia y lugar, así por haberlas escrito con especialidad Castellanos y Fr. Pedro Simón, donde podrá verlas el curioso, como por no manchar la pluma con tanta sangre humana como estos tres gobernadores derramaron dentro y fuera de los términos de sus conquistas, pues sin hacer pie para fundar ciudades en tierra alguna de tantas fértiles, ricas y pobladas de naturales como encontraron en Maracapana y otras provincias, dieron muestras de haber pasado solamente a ellas con el fin de que la crueldad y codicia que los dominó, a la manera de raudales de fuego, las corriesen destruyendo y abrasando cuanta gente hallaron desde la Burburata hasta las bocas del Marañón, sin que a tanto desorden

se pusiese otro reparo por la Audiencia Real de Santo Domingo, sino el de remitir por jueces para el remedio al doctor Navarro y a los licenciados Frías y Castañeda, que por ambiciosos de gobernar y poco inteligentes en materias tan arduas, dejaron correr los culpados hasta pisar la última raya de la iniquidad, en que perecieron desastradamente, siendo verdugos los unos de los otros.

En mucho cuidado puso a Martínez la intempestiva entrada de los sesenta españoles, y no fue menor el que llevaban ellos desde que reconocieron las huellas del campo alemán, recelando fuese gente de Cedeño la que encontraban; pero habiéndola reconocido y visto ser de Venezuela, con quien no habían tenido embarazo ni dependencia alguna, sosegaron la mayor parte de sus temores dejando en pie la sospecha de que Martínez, movido de la ventaja de gente con que se hallaba, tratase de obligarlos por fuerza a que lo siguiesen por más agasajos que mostraba en festejarlos, también sospechoso de que aquellos sesenta hombres fuesen sobresalientes del ejército de Jerónimo de Hortal, que más poderoso marcharía en pos de ellos. Por una y otra causa alojaban separados, velándose los unos de los otros, en cuyo tiempo, informado Martínez de la ingratitud con que aquellos capitanes habían procedido contra su gobernador, haciéndose cabezas de la gente amotinada, que, a ejemplo de Machín de Oñate, le alzó desacatadamente la obediencia, y preso con su teniente Alvaro de Ordaz, tres caballos y diez infantes, lo remitió a la costa; y de la determinación honrada de otros treinta que desampararon el campo de Alderete y Nieto por seguir a su gobernador y, finalmente, de que en la ruta que habían tomado, se encontraron en un valle vecino a su alojamiento con una casa de mujeres públicas que, en retretes separados y a propósito para su infame empleo, adquirían el sustento de sus galanes y a vueltas del algún oro, de que hubieron

buena parte los amotinados y de que ellas formaban dote para casarse después, que era el principal fin que las conducía a tan obsceno retiro, para recuerdo de aquellas que en Chipre o Candia, con semejante pretensión en otra casa de placer, fabricada en la costa del mar, acreditaron ser aquella isla consagrada a la diosa de la deshonestidad. Determinó secretamente dar aviso de todo a Frederman, que aun se estaba en Coro, y con la noticia que tuvo de cuatro infantes aventureros para el efecto, doblando jornadas de las setenta leguas que hay de Coro al Tocuyo, partió luégo con la más gente que pudo agregar.

En el ínterin de esta jornada los indios coyones, que habitan la sierra y, como dijimos, habían quemado el pueblo en cuyo asiento alojaban los españoles, reconociendo ahora por los humos que el lugar tenía gente, y pareciéndoles que los tocuyos en menosprecio suyo lo habían vuelto a poblar, cuando su fin era no dejar rastro de sus poblaciones, resolvieron juntas todas sus parcialidades bajar al castigo, y ejecutáronlo desechando los caminos reales y abriendo otros por la fragosidad de una montaña ajena de la sospecha de que por ella pudiesen bajar, por donde, sin ser sentidos, penetraron hasta encontrarse con los nuéstros, a quienes, aunque extrañaron, acometieron con tan gallardo brío que necesitó bien de los suyos la gente de ambas compañías unida en un batallón para el rechazo de cuatro mil gandules que tenía el campo enemigo, con que brevemente fueron desbaratados, quedando la victoria por los españoles, en que tuvieron la mayor parte Martín de Oñate, Jerónimo de Alderete, Juan de Rivera, Hortuño Ortiz, Cristóbal Gómez Nieto, Juan Fuerte y Cristóbal de Zamora Torero fuera del capitán Martínez, que se portó en el encuentro con aquella reputación que le hizo digno de mayores puestos.

Concluída la facción, llegó Nicolás de Fredermán gozoso de ver su gente, donde, sabiendo más

por extenso los sucesos de los capitanes Alderete y Nieto, les rogó y persuadió a que le dejasen la gente que llevaban, con promesa de gratificar sus servicios, y conseguido con general aplauso de ella, aunque por quitar el recelo en que lo podían poner aquellos dos capitanes resolvió con su gusto remitirlos convoyados del capitán Beteta y algunos infantes a la vuelta de Coro, y de allí a Santo Domingo, sin que del fin del capitán Martín Nieto se haya tenido noticia, pero sí de Jerónimo de Alderete, que balanceando la fortuna llegó a colocarlo en el puesto de adelantado del reino de Chile, que no logró, muriendo en el camino de sentimiento de que por descuido de una cuñada suya se quemase la capitana de seis bajeles que llevó de España, en que perecieron ochocientas personas sin que se librasen más que él y su piloto. Y aunque Fr. Pedro Simón asiente más a que los capitanes Alderete y Nieto y demás amotinados fueron desarmados por el capitán Martínez antes que llegase Fredermán, y que, presos y despojados del oro que hallaron en la casa pública, los remitió a Coro, tiene tanta inverosimilitud el suceso cuanta certeza lo que va referido antes, pues ni a Martínez le era fácil aventurarse por violencia contra sesenta hombres que tan cuidadosos se velaban, ni puede creerse que tan mal correspondiese a los que poco antes, cogiéndolo desprevenido en su alojamiento, procedieron tan corteses y se determinase a resolución tan áspera sin dar parte a su general, de cuyo genio blando no podía esperar aprobación favorable. Además, que se compadece mal afirmar que a los más sediciosos remitió a Coro, cuando del más culpado, que fue Machín de Oñate, sabemos que entró en el reino, y así pasaremos a decir que vanaglorioso Fredermán de ver tan engrosado su campo y afligido de hallarse falto de armas y otros pertrechos precisos para la jornada, propuso a su gente la necesidad en que estaba de ellos, pidiéndoles por vía de préstamo el oro que habían adquirido en la jor-

nada para proveerse de lo necesario desde la ciudad de Coro, y consiguiolo con facilidad, como también la conducción de todo lo que envió a comprar, con que, por no perder el tiempo de verano que le restaba del año de treinta y siete, salió con su campo para el valle de Barquisimeto, donde lo dejaremos hasta su tiempo.

CAPITULO V

DASE EL GOBIERNO DE SANTA MARTA A DON PEDRO FERNANDEZ DE LUGO.—PROSIGUE LA GUERRA CON LOS INDIOS DE LA SIERRA, SIN FRUTO.—PREVIENE EJERCITO Y ARMADA PARA NUEVOS DESCUBRIMIENTOS, A CARGO DE SU TENIENTE GENERAL DON GONZALO JIMENEZ DE QUESADA.—DERROTASE LA ARMADA CON MAL TIEMPO Y PREVIÉNESE OTRA, QUE CONVOYA EL EJERCITO HASTA DESCUBRIR EL NUEVO REINO.

SABIDA en Castilla la muerte de García de Lerma por los agentes del adelantado de Canaria, don Pedro Fernández de Lugo, que, retirado en la isla de Tenerife, trataba de templar los despechos que lo sacaron de la corte por haberle preferido el emperador a don Pedro de Mendoza, su gentilhombre de casa, en la pretensión que los dos tuvieron a la conquista del río de La Plata, le dieron luégo aviso de la vacante del gobierno de Santa Marta para que lo pretendiese con esperanzas de que lo conseguiría por tener entendida el consejo la razón que le asistía para el desabrimiento con que se hallaba. Era caballero rico, valeroso y de espíritu tan elevado, que concibiendo dentro de sí que le abría camino la fortuna para igualar sus hazañas a las que de Cortés y Pizarro por aquel tiempo se aplaudían, a que no poco le animaban las relaciones que le hacía Francisco Lorenzo, soldado antiguo de Santa Marta, que por accidentes del mar se hallaba por entonces en Tenerife, despachó a la corte a don Alonso Luis de Lugo, su hijo, para que en su nombre pidiese aquel gobierno y capitulase con su majestad cesárea según y en conformidad de

las instrucciones que llevaba. Llegado, pues, a la corte, el don Alonso Luis de Lugo, por principios del año de 1535, corrió en su pretensión con tan próspero viento que consiguió el gobierno con nuevo título de adelantado de las provincias y reinos que conquistase.

Entre las capitulaciones que asentó en el Consejo de Indias fueron las principales: que llevase a su costa para la conquista de lo que descubriese dentro de los términos que le asignaron a Rodrigo de Bastidas, mil quinientos hombres y doscientos caballos, sin los que de esta especie se necesitasen para crías, con todo lo demás concerniente a ello de víveres, armas y municiones. Que no se entrometiese ni mezclase en las jurisdicciones señaladas a las provincias de Cartagena y Venezuela, concedidas al adelantado don Pedro de Heredia y a los Belzares, y para quitar diferencias se entendiese que todo el río grande de la Magdalena se declaraba pertenecer a la gobernación de Santa Marta. Que después de los días del adelantado don Pedro Fernández de Lugo le sucediese su hijo don Alonso Luis en la forma que su padre lo tenía capitulado con su majestad. Que pudiese fabricar dos fortalezas donde más bien le pareciese, de cuya tenencia se hacía merced con sesenta y cinco mil maravedises de sueldo pagados en frutos de la tierra que conquistase con intervención de los oficiales reales. Que se le aplicaba la doceava parte de todos los provechos que el rey tuviese en todas las tierras que de nuevo descubriese y poblase en el ínterin que bien informado su majestad de lo que hubiese obrado, resolvía lo más conveniente a la satisfacción de sus servicios. Que se le señalaba de sueldo en el gobierno un cuento de maravedises pagados en la misma forma que se daba para el entero del sueldo que había de tirar como teniente de las fortalezas que fabricase. Que llevase consigo a Santa Marta las personas eclesiásticas que el rey le señalase para doctrinar a los indios y aconsejarse con ellas

sobre la justificación de poderles mover guerra, y pudiese llevar hasta cien negros esclavos, hombres y mujeres.

Con el asiento de estas capitulaciones y otras que refiere el cronista Herrera, como quien más bien supo y fielmente escribe las cosas acaecidas en estos reinos de España, y con un hábito de Santiago de que el rey hizo merced a don Alonso Luis de Lugo en atención de su calidad y de los servicios hechos por el padre en la conquista de la isla de La Palma y guerra marítima de moros en las costas de Africa y Canaria, partió a Sevilla, donde lo halló anticipado con la noticia del buen despacho a disponer la leva de la gente que había de llevar y hubo de dejar a cargo del hijo, volviendo a Tenerife antes de concluírla, en cuyo tiempo, cuidadoso el Consejo de proveer de prelado a Santa Marta por haber muerto el año antecedente D. Fr. Tomás Ortiz, que lo era electo, como dijimos, presentó por obispo de aquella iglesia al licenciado Tobes, famoso teólogo y colegial mayor de San Bartolomé, en Salamanca, por cuya muerte, que lo asaltó antes de pasar a Indias, aunque afirma Quesada que a pocos días después de llegado a su iglesia, que no asentimos sino a lo primero que dice Herrera, autor más enterado de las cosas pertenecienees a Indias y acaecidas en España, como dijimos poco antes, fue presentado asimismo el maestro Fr. Cristóbal Brochero, de la Orden de Predicadores y prior de Santa María de Villada, y por no haber aceptádola pasó esta dignidad al licenciado D. Juan Fernández de Angulo, a quien en comprobación de lo que llevamos dicho en la nota marginal del fin del capítulo cuarto del libro nono de su década quinta, lo llama Herrera primer obispo de Santa Marta, adonde llegó consagrado por fines de julio del año siguiente, pocos días antes que muriese el adelantado don Pedro Fernández de Lugo, como dijimos.

Don Alonso, su hijo, que se hallaba en Sanlúcar con la gente que pareció bastante, se hizo a la ve-

la y tomó puerto en Tenerife, donde halló a su padre recién viudo de doña Inés de Herrera, su mujer, por cuya causa se retardó la armada con mucho costo el tiempo bastante para dar corte en las dependencias que se le recrecieron, pero, ajustadas y gozoso de hallarse con mil doscientos hombres escogidos, entre quienes iban muchos y muy ilustres caballeros, y prevenido de las armas y caballos contenidos en la capitulación, aunque para ello hizo tanto empeño que le duró a su casa por muchos años, nombró por su teniente general al licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada, natural de la ciudad de Granada, hijo legítimo del licenciado Gonzalo Jiménez y de Isabel de Quesada, bien conocidos por su nobleza, y porque se ha llegado a opinar, sin más fundamento que el de la presunción de algunos sobre la naturaleza, nombres de los padres que van referidos y oficio de teniente general que obtuvo desde Tenerife, pondremos lo que refiere él mismo al primer capítulo del "Compendio Historial" de sus conquistas por estas palabras.

Llevaba el gobernador por teniente general de esta gente y de su gobernación al licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, natural de la ciudad de Granada, hijo de honestos padres, que fueron asimismo otro letrado llamado del mismo nombre y bien conocido en su profesión (el licenciado Jiménez) y de Isabel de Quesada, su mujer, que todas estas particularidades se deben poner, y por que no pareciese demasiada afectación (hipocresía, creo que dijera mejor) no va este paso lleno de más humillación. De cuyas razones modestas se reconoce la calificada nobleza que heredó y representó después la ciudad de Granada a su majestad para que lo titulase, y los nombres propios de sus padres y naturaleza de aquella ciudad, donde aun pudo nacer seis años antes del día en que nació, pues teniendo los treinta y siete de su edad fue elegido teniente general, como llevamos dicho.

Por maese de campo general fue nombrado Antonio Ruiz de Orjuela, caballero cordobés que se había ocupado en servicio del rey en las guerras de Nápoles, siendo alférez de una compañía cuando monsieur de Lautrech perdió el ejército numeroso que pasó de Francia a Italia. A este caballero había concedido licencia el emperador para que pasase a Indias con cincuenta hombres armados a su costa, y habiendo arribado a Tenerife, donde estaba el adelantado, fue fácil convenirse ambos para pasar juntos con el cargo de maese de campo de su armada y gobierno y mucha estimación que de su prudencia y valor hacían todos. Por capitanes fueron nombrados don Diego de Cardona, don Pedro de Portugal, Diego López de Haro, Alonso de Guzmán, Gonzalo Suárez Rondón, Diego de Urbina, natural de Orduña y sobrino del famoso Juan de Urbina, de quienes era sargento mayor don Diego de Sandoval, y todas ellas personas calificadas de mucho lustre y valor, con quienes, y mil doscientos hombres de guerra repartidos en diferentes navíos, se hizo a la vela el adelantado, llevando en su compañía al hijo don Alonso Luis de Lugo, y con próspero viaje por enero del año de 536 tomó puerto en Santa Marta, donde halló a Antonio Bezos que, acosado de los tayronas y bondas, apenas podía mantener la ciudad y poca gente que en ella había, con el socorro de los indios amigos de Gayra y Taganga y con la corta presa de algunas entradillas que hacía en la sierra.

Luégo que se vio en su gobierno el adelantado don Pedro Fernández de Lugo reconoció, como prudente capitán, que los soldados y ejércitos se conservan mejor cuando más aventurados, y que las alteraciones de los ánimos inquietos nacen de los peligros ocultos de la ociosidad, siendo riesgos todos, después que evita la prudencia de quien los gobierna, y previene con arte; y así, por no hallarse en ocasión de no poder reparar algún repentino accidente, trató de inquirir empleo en que poder-

los tener disciplinados y obedientes. Para ello, y reconocer la parte a que había de volver las armas, envió a ofrecer la paz a los bondas, geribocas y bodiguas, que militaban coligados, y por no haberla querido admitir dispuso un campo de quinientos hombres los más de ellos de los recién llegados, con que salió en persona, y habiendo arribado al pueblo de Bonda, lo acometió, de suerte que los indios, teniendo ya puestos en cobro sus hijos y mujeres, se defendieron bien, aunque más apretados de la cólera española que de la buena disposición del avance, desampararon el pueblo dejando muertos treinta de los nuéstros y muchos heridos con poco daño de los suyos, revés que se atribuyó siempre al mal orden con que se gobernó aquel asalto por falta de experiencia militar en la guerra de las Indias. Pero ya sucedido el fracaso, mandó el adelantado que los capitanes Urbina, Cardoso, Tapia y Cardona siguiesen el campo enemigo, y si, convidado con la paz no la aceptase, le hiciesen guerra. Obedecieron los cabos y reconocida la repulsa de los indios a su embajada, y que fortificados en lo áspero de la sierra se prevenían para la defensa, dieron parte al adelantado que, juntándose con ellos, quemó y arrasó muchas de sus poblaciones, y en los pocos reencuentros que tuvo fue lastimada y herida gran parte de su gente, porque los bondas, en esta ocasión y en todas las que no fueron llevados por bien, se mostraron feroces.

Vuelto a Bonda el adelantado, consultó sus cabos, y como ninguno de los que llevó consigo era tan a propósito para su intento como Antonio Díez Cardoso, capitán el más práctico y de mejor fortuna que se hallaba en aquel gobierno, como se ha visto en el discurso de esta historia, hubo de llamarlo, y por su parecer, y con el fin solo de entretener la gente, dispuso que su hijo don Alonso saliese contra el valle de Tayrona, y con él su maese de campo, Orejuela, y fuera de los capitanes de la primera salida, Juan de San Martín y

Antonio de Lebrija, a quienes siguieron todos los más caballeros del ejército que por vanagloria quisieron militar debajo de tan buen cabo, como después lo reconoció la Europa. Pero llegados a Tayrona se mostraron sus indios tan valerosos, que en diferentes ataques, dejando muertos y heridos muchos de los españoles, ganaron aquella fama de guerreros que les dura hasta hoy, y especialmente en la defensa de un paso estrecho de la sierra fue tal su resistencia, que con señalarse tanto el maese de campo Orejuela, Juan de Céspedes, Diego de Urbina, Hernán Venegas, Juan Dolmos, Hernando de Prado, don Diego de Cardona y Juan de la Peña, necesitaron de costear la victoria con las peligrosas heridas que sacaron Juan de San Martín y Alonso Martín.

Rotos y desbaratados los tayronas, corrieron los nuéstros el valle sin encontrar flecha en arco, gente ni bastimentos, pues, aunque para buscarlos trastornó Cardoso el país de La Ramada con pérdida de veinte hombres que se le murieron de hambre, no pudo remediarla don Alonso Luis de Lugo, que también entró por la parte superior del mismo país hasta las sierras nevadas, aunque en el encuentro que tuvo con los caciques rebelados Maróbaro y Arógaro, hubo una prensa de hasta tres mil castellanos de oro, si bien no faltó quien los subiese a un número excesivo, sospecha muy ordinaria de la gente de guerra, no sé si bien o mal fundada siempre contra sus cabos superiores, pero la cantidad cierta fue la que va referida, pues a no serlo no la expresara Quesada en su "Compendio historial del Nuevo Reino" al primer capítulo de él, y en tiempo que ya no corría bien con don Alonso Luis de Lugo, quien, con tan corto fruto de sus trabajos volvió a Santa Marta, donde halló a su padre que, desconfiado de la conquista de los tayronas, por la poca sustancia que descubrían sus tierras, tenía vuelta la mira a proseguir el descubrimiento de las cabeceras del río grande de la Magdalena (llamado así por ha-

berse descubierto en su día) donde, por noticias confusas, se esperaba hallar poderosos reinos y criaderos de oro, cuyas muestras habían encontrado los que de Santa Marta en algunas entradas habían subido hasta el río de Lebrija.

Con este pensamiento y la prevención de vasos para despachar armada por el río, que se fuese dando la mano con el ejército de tierra en los lances que les ofreciese el aprieto, comunicó la determinación a sus cabos, y oído el parecer de los más prácticos que halló en Santa Marta, y que convenían en el poco provecho que se esperaba de allanar los indios de toda la sierra, a que se llegaba la dificultad de conseguirlo por la resistencia de las naciones que la ocupaban, amparadas siempre de los tayronas, y en que era empleo más honroso seguir una esperanza dudosa que una desdicha evidente, nombró por cabo del ejército de tierra, que se componía de seiscientos veinte infantes y ochenta y cinco caballos (sin el excesivo número de miserables indios que acostumbraban llevar por cargueros a las conquistas) a su teniente general don Gonzalo Jiménez de Quesada, y por capitanes de los antiguos de Santa Marta a Juan de San Martín, Juan de Céspedes, Juan del Junco y Juan de Madrid, a quien sucedió el tesorero Antonio de Lebrija, natural de Alcántara y descendiente del célebre historiador y latinista, y de los que llevó consigo a Gonzalo Suárez Rondón, Lázaro Fonte y Pedro Fernández de Valenzuela, disponiendo que los caballos fuesen debajo del estandarte real que llevaba Gonzalo García Zorro, natural de Guadalcanal, y que de cinco bergantines que se labraron en la costa para entrar en el río grande fuesen capitanes Diego de Urbina, Antonio Díez Cardoso, Juan Chamorro y Orduña, quienes llevasen por general a don Diego de Cardona y por veedor de su armada al famoso Hortún Velásquez de Velasco, natural de la villa de Cuéllar, vecino que fue después de la ciudad de Pamplona y marido de doña Luisa de Montalvo.

Hechas, pues, todas las prevenciones necesarias, y pareciéndole al adelantado ser conveniente al servicio de su majestad y a la seguridad de Santa Marta que quedase en ella su maese de campo, Orjuela, lo detuvo consigo, con calidad de que en todo lo que nuevamente se conquistase tuviese en las reparticiones de las presas y tierras que se hiciesen la parte correspondiente al puesto que ocupaba, y como si ejerciéndolo se hallase presente a todas las facciones; tanto era el crédito y estima que el adelantado haeía de su persona, pero no sé que las condiciones se cumpliesen como se asentaron. Ya era ehtrado por este tiempo el año de treinta y seis, como dijimos arriba, cuando, según refiere Quesada en el fin del primer capítulo de su "Compendio Historial", a los cinco de abril del año referido salió de Santa Marta, siguiendo su ruta por el corazón y centro de la provincia del Chimila hasta dar en las de Tamalameque y Tamalaizaque, desde donde se habia de arrimar a la ribera del río grande de la Magdalena, y aunque este rumbo se había continuado hasta allí por algmos capitanes, fueron gravísimos los trabajos que en él se padecieron respecto de la grosedad del ejército, falta de víveres, mucho calor de la región, humedad de la tierra y embarazos que se ofrecieron en la jornada de ciénagas y pantanos que por aquellas montañas se encontraban, donde los caballos más servían de aumentar el trabajo a los infantes que de aliviarles el cansancio y la fatiga.

No con menos adversa fortuna se hizo la armada a la vela con los cinco bergantines y dos carabelas, pues no pudiendo coger el río por la borrasca que levantaron las brisas en su boca y de ordinario se experimentan en aquel paraje, se derrotaron los tres de ellos y las carabelas, de las cuales la una naufragó luégo, salvándose la gente en un islote del río, y la otra dio sobre la punta de Morrohermoso, de la costa de Cartagena, poblada de indios caribes, a cuyas manos perecieron

todos cuantos el mar arrojó vivos a tierra. Poco más adelante, en el sitio de La Arboleda, chocó el bergantín de Juan de Urbina en que iba Juan Dolmos, de donde, amparados de la noche y por su buena diligencia, sacaron su gente a salvo mientras, con mejor fortuna, corrieron las embarcaciones del general y Antonio Díez Cardoso, pues dando ésta en el Ancón de Zamba y la otra en la punta de Icacos, tierras pobladas de indios pacíficos, pudieron fácilmente llegar a Cartagena libres de aquel peligro, de que más bien escaparon los dos bajeles restantes, que por sorreros tuvieron tiempo de anclarle antes de la borrasca en la boca del río para que a veces se experimenten mayores aciertos producidos de la flema que de la cólera, pues con ella consiguieron que, aplacado el mar, navegasen hasta Malambó, habiendo recogido de paso la gente de la carabela que quedó en el islote, desde donde, sabido el naufragio de las otras embarcaciones, dieron aviso al adelantado, a quien llegó la nueva juntamente con Hortún Velásquez y Antonio Díez Cardoso, que después de correr fortuna y agregar así al capitán Luis de Manjarrés, conquistador antiguo de Santa Marta, a quien hallaron con un buen navío en el puerto de Cartagena, volvieron a Santa Marta en dos de los bergantines derrotados, con quienes, asimismo, fue Juan Dolmos, que habiéndose encontrado en Cartagena con quien le dio embarcación para que pasase al Perú, no quiso hacerlo, sino revolver con cinco camaradas a Santa Marta, donde la fineza fue bien estimada del adelantado y más cuando supo que, mudando casaca el general y Diego de Urbina con don Diego de Sandoval y otros, remitían los dos bergantines dándole aviso del suceso y de su resolución, que fue de pasarse con la gente voluntaria que los seguía a los reinos del Perú, donde bullía la fama de su riqueza y esperaban mejorar fortuna mientras, perdido el tiempo, lo gastasen otros en seguir los designios del adelantado.

Sabida, pues, en Santa Marta, la pérdida de la armada, y no desmayando por eso el gobernador de su primer intento, despachó luégo al capitán Luis de Manjarrés, a la isla La Española para que le comprase otras cuatro embarcaciones, que no tuvo efecto, porque recreciéndosele a Manjarrés pleitos que allí lo detuvieron, y sucediendo poco después la muerte del adelantado, no tuvo lugar de volver a Santa Marta hasta que lo consiguió en compañía de Jerónimo Lebrón, mas no por eso faltó el gobernador en lo que tenía a su cargo, pues dispuso que a toda prisa labrasen algunos vecinos otros dos bergantines, que, juntos con los que habían escapado de la tormenta, fuesen en socorro de su teniente general, a quien dio luégo noticia del infortunio y de la nueva pretensión de vasos que hacía. En cuya consideración se fue muy despacio siguiendo la ruta que había elegido y continuándose los trabajos de hambres, guerras, malos caminos, serpientes venenosas y enfermedades que la tierra y el cielo granizaban sobre su gente, poco acostumbrada la más de ella a semejantes hostilidades, en que procedió Quesada con tanta prudencia y valor, que siendo estos afanes los que han ocasionado motines en compañías menos numerosas de las que se hallaban en las Indias, no dio persona alguna el menor indicio de inobediencia aun en la fuerza de las calamidades que experimentaban.

Por otra parte, dispuesta ya la armada en Santa Marta por el mucho desvelo del adelantado, y nombrado general de ella en lugar de Cardona el licenciado Gallegos, que también era profesor de leyes como Quesada, y después de grandes servicios murió en la batalla de Añaquito en favor del virrey Blasco Núñez Vela, y elegidos por capitanes nuevos Juan de Albarracín y Gómez del Corral, se hicieron a la vela y con próspero viento entraron en el río grande, y juntándose en Malambó con los dos bergantines que allí estaban y con hasta ciento ochenta hombres repartidos en

las embarcaciones, penetraron sus ondas contra el curso de sus raudales, hasta que, después de algunos meses de navegación, encontraron a don Gonzalo Jiménez de Quesada con su gente en el pueblo de Tamalameque, desde donde se había de seguir la ruta por la ribera del río, como la siguieron hasta Sompallón, otra provincia grande y fértil, que está a quince leguas y a setenta y cinco de la boca del río. Y de allí, teniendo ya la gente de la armada las órdenes del general Quesada para la forma con que se habían de socorrer los unos y los otros, subieron otras quince leguas más hasta otro pueblo, que era el último a que habían llegado españoles en la entrada que hizo el capitán Pedro de Lerma, desde donde se le doblaron los trabajos y peligros al ejército y armada, pues si fueron grandes los padecidos, mayores se experimentaron. ¡Oh, válgame Dios, que bastasen hombres de carne a romper doscientas leguas de monte espesísimo con sus propias manos, siendo tal su fragosidad y cerrazón que apenas bastaban todos juntos a romper una o dos leguas en un día con buenas herramientas! ¿Cuántas enfermedades quebrantaron muchos cuerpos que delicadamente se habían criado en región más benévola? ¿Cuántas fiebres pestilentes y otras enfermedades pusieron a otros en estado de no poderse tener en pie, y con todo eso siempre trabajando con las manos, de que morían miserablemente los más? ¿En qué género de muerte no tropezaron entonces aquellos nobles españoles, muriendo unos comidos de tigres, otros de lagartos que sin temor de las guardas se entraban los primeros en el alojamiento y se arrebataban el español o indio que les parecía, no menos de día que de noche? Otros de hambre y sed procedida del venenoso contagio de las flechas de los bárbaros con quienes iban guerreando a cada paso. Pero, ¿para qué puede ya ser buena relación de tantas fatigas y desventuras? Baste saber que con ellas llegaron al pueblo de La Tora (llamado de las barrancas bermejas y

de los brazos, por cuatro que hace el río en aquel paraje) después de ocho meses de jornada en que caminaron solamente ciento cincuenta leguas.

Era ya entrado el invierno y las muchas lluvias aumentaban de suerte el río, que se derramaban sus aguas por aquellas montañas sin dejar senda a la elección que no fuese evidente riesgo de anegarse, y determináronse, de común acuerdo de los cabos, a invernar en aquel sitio, en tanto que el tiempo daba seguridad para proseguir el viaje. Y por que los soldados se entretuviesen con buenas esperanzas en el desconsuelo que ya se mostraba a todos, le pareció al general Quesada medio conveniente que los bergantines subiesen río arriba a descubrir lo más que les fuese posible, en tanto que cesaban las aguas y los dolientes mejoraban de las enfermedades que padecían. Ejecutada la orden, subieron los bergantines veinte leguas más arriba con increíble trabajo, por haber de batallar continuamente con los raudales del río, en que la falta de viento se había de suplir con la fuerza de los brazos, valiéndose unas veces de firgas y remos, y las más llevando a remolque los vasos con maromas que desde las barrancas y árboles tiraban los españoles, expuestos al riesgo de las aguas y de los caimanes, hasta que, rendidos del trabajo y desesperados de hallar noticias, volvieron sin ellas a los trece días.

Mal sufridos entonces los soldados, y persuadidos de que el fruto de aquella jornada había de redundar en la total ruina del campo, le propusieron a Quesada los inconvenientes que reconocían en proseguir empeño tan desgraciado, persuadiéndole a que desistiese de la empresa y diese la vuelta a Santa Marta, donde podrían ocuparse en más seguros empleos al servicio de su majestad, y bien considerado decían: **¿Quién verá tan menoscabado un ejército florido como el que salió de la costa sin haber penetrado más que ciento cincuenta leguas, que no discurra cuán vecina le amenaza la última pérdida? No son los indios enemigos los que aco-**

bardan espíritus criados en las regiones de España sino el hambre y enfermedades, contra quienes pueden poco los bríos para escapar de la muerte. Ningún caudillo tan constante ha sufrido los trabajos como el que nos guía, y por lo mismo es tanto más sensible que perezca donde ni dé señales ni queden memorias de su valor invencible. Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de tantas miserias con la esperanza; pero pasando de estos términos sin ella, convertirase en desesperación la fortaleza. Ver solamente montañas desiertas de gente política y de alimentos y pobladas de animales feroces y riesgos inevitables, no es divertimiento para seguido hasta la muerte; y más cuando aun faltan noticias para que, engañado el ánimo, se proponga siquiera fingido el descanso. No se gana la fama con la obstinación empeñada en precipitar al dueño donde faltan empresas que la disculpen sino donde la espada pueda abrirse el camino a un fin glorioso. Y así volviendo a la presencia de nuestro gobernador reconocerá por las ruinas de tantos muertos los afanes por donde han pasado los que llegaren vivos, y será disculpa para la emulación más despierta saber que no pudo adelantarse más el esfuerzo de un corazón ho vencido.

Todas estas pláticas, que llegaron a noticias del general Quesada, representadas por los soldados de más resolución o por secretos avisos de sus más confidentes, las rechazaba su prudencia con ánimo sosegado, respondiendo a las propuestas como si fueran consultas y no dándose por entendido de los desabogos con que se hablaba en el campo. Habíale enseñado en poco tiempo la prudencia, que en dándose la cabeza por entendida de la desobediencia de los miembros, para no remediarla no hay miembro más ínfimo entre todos que la cabeza. En la rebelión de uno es gran preservativo el cuchillo para conservar los otros; pero en el achaque de muchos juntos es la mejor medicina el disimulo para que no peligre la fábrica de todo el cuerpo. Con una pica puesta a los ojos, que apartó de ellos con ri-

sa, se burló el gran capitán de un motín general que se le entraba por la vista, y su prudencia enmendó con la acción todo un ejército, para que, obediente, le allanase un reino. De nada estaba tan ajeno el general Quesada como de volver paso atrás en lo comenzado: era hombre de espera; ¿qué mucho tuviese gran corazón con ensanchas de sufrimiento? Ninguno como él caminó por los espacios del tiempo hasta el centro de la ocasión; sabía cuánto más había obrado la constancia española que la cólera impetuosa de otras naciones, éstas esgrimiendo la clava de Hércules y aquélla la muleta del tiempo. Pero fingiéndose neutral en su parecer, oponía a la ejecución de la propuesta no ser tiempo de llegar a las últimas resoluciones; que sería descrédito de tan valerosos soldados volver a los ojos de sus iguales sin dar noticia siquiera del origen de aquel río, que no podía tenerlo muy retirado; que las mayores dichas se perdieron por desmayar el ánimo en las fatigas, siendo así que las más grandes son anuncios más ciertos de que se acaban; que si Francisco Pizarro y Fernando Cortés hubieran obrado por la desconfianza de sus soldados, ni hubieran ganado nombre de capitanes famosos ni sus compañeros llegaran a la posesión de tantas riquezas, siendo dichosos por fuerza; que no era diferente la naturaleza de quien los animaba que la de aquellos que desconfiaban. Ni en los afanes había usado de privilegios que no fuesen comunes, y, sin embargo, esperaba de la resulta un fin venturoso; pero si con brevedad no mejoraban de noticias, sería el primero que a costa de su vida asegurase la de todos. Y juntando a iguales razones muchos agasajos, a los malcontentos les fue dilatando la vuelta mientras los capitanes Cardoso y Albarracín hacían diligencias para descubrir tierras diferentes de aquellas en que se hallaban. En fin, tanto hicieron estos dos capitanes trajinando varias veces aquel río de una parte a otra, que descubrieron otro que bajaba de unas altas sierras, y subiendo por él en una canoa, que es a manera de

barco, encontraron a sus orillas una senda que bajaba de la sierra hollada de gente y capaz de conducir por ella los caballos, y habiéndola seguido dieron en una pequeña casa donde hallaron sal de panes, y con ella y las noticias volvieron a dársela al ejército, que, cotejando la sal que llevaron los dos capitanes con la que hasta allí habían visto del mar y reconocida la diferencia y noticias de la sierra y camino a ella, fue tanta la alegría que recibió todo el campo, que olvidaron los trabajos y pretensión poco antes intentada y descubierta.

No fue menor el gozo que recibió el general Quesada como el más interesado, y para lograrlo más bien dispuso que el capitán Juan de San Martín, con veinte hombres, subiesen en canoas por el río que descubrió Cardoso todo cuanto pudiesen, reconociendo con más especialidad el río y tierras que se divisaban por aquella parte. Partió el capitán San Martín y con trabajo bien considerable subió por el río veinticinco leguas, hasta encontrarse con una corta población de indios, que la desampararon luégo que vieron gentes extrañas en sus tierras, dejándose en las casas alguna cantidad de bastimentos y sal que no fue de poco alivio para la gente, y considerada bien la tierra vieron que por la parte en que se hallaban bajaba de la sierra un camino ancho que daba muestra, por las huellas, de ser continuado de mucha gente y así, dejando señales de su navegación, dio vuelta al pueblo de La Tora y hecha relación a Quesada de todo lo sucedido, luégo de animar a su gente (vistiendo las verdades que refería con la facundia de voces y buena gracia de que le dotó el cielo) se determinó a ir en persona a recorrer los sitios y tierras de que le daban noticia, llevando en su compañía hasta sesenta hombres y entre ellos a Hernán Pérez de Quesada, su hermano, a Fernán Venegas Carrillo, Juan del Junco, Juan de Pineda, Baltasar Maldonado, Jorge de Olmedo, Martín Galiano, Jerónimo de Inzá, Antón de Olalla, Bartolomé Camacho, Francisco Gómez de Feria, Gómez de Cifuentes y otros soldados

de cuenta, y dejando la demás gente a cargo de los capitanes San Martín y Suárez, siguió la misma ruta que Juan de San Martín hasta el mismo pueblo donde este capitán había llegado, que se llamó de las Barbacoas, y por haber asaltado en él una grave enfermedad a Quesada, mandó pasar adelante con treinta hombres a los capitanes Juan de Céspedes y Antonio de Lebrija y al alférez Antón de Olalla, los cuales fueron en descubrimiento de lo que faltaba en aquellas tierras, y el suceso fue que, penetrando toda su aspereza (que en diversas partes es altísima) hallaron un pueblo en cierto valle estéril y sombrío, y en él aprisionaron un indio que no pudo huir con los demás, y de él supieron por señas que los nuéstros le hacían para preguntarle, que todo aquel país montuoso se llamaba la sierra de Opón, y mostrándole alguna sal de la que poco antes habían hallado, dio a entender que la habían por contrato de algunas tierras que estaban más adelante. A este indio, que llamaron Pericón, agregaron a sí los españoles, para que les sirviese de intérprete y de guía.

Quedose en aquel pueblo el capitán Lebrija y otros tan fatigados de los trabajos, que no podían dar paso adelante, y prosiguiendo los demás después de vencidas algunas asperezas, dieron en otro pueblo pequeño en que también se quedaron algunos, con lo cual el capitán Céspedes, Antón de Olalla y otros pocos que se sentían más fuertes, subieron a lo más elevado de aquella sierra, de donde descubrieron la tierra rasa, y en lo que podía alcanzar la vista muchas poblaciones, grandes y pequeñas a legua y a menos unas de otras, y reconociendo que con lo hecho habían conseguido el fin de la jornada, dieron vuelta por la misma senda que habían llevado, mas el Antón de Olalla se halló tan impedido para seguir a Céspedes, que se atrevió a tomar una resolución tan desesperada que aun habiéndosela aconsejado la necesidad siempre pareció temeraria, y fue que al fin de solas cuatro le-

guas que habían caminado de vuelta, se quedó con otros cuatro en una aldea que allí había, y en ella se detuvo casi tres meses, en cuyo tiempo, juntándose los bárbaros de todas las aldeas del contorno, le fueron a quemar la casa; pero fue tanto el miedo que les causó ver a los cinco españoles salir a su defensa, que, vueltas las espaldas, recibieron muchas heridas en pena de su cobardía, y Olalla con sus compañeros Hernando de Prado, Miguel de Partearroyo, Pedro Rodríguez de León y Pedro Núñez de Cabrera, se aseguró en aquel valle, que desde entonces por este suceso se llamó del Alférez, por serlo mayor de la infantería que llevaba Quesada. Mas volviendo a Céspedes, que no se hallaba tan desalentado y tenía otros cinco que le imitasen, pasó adelante hasta comunicar todo lo que había visto, donde le dejaremos por fin del año de treinta y seis, mientras nos llaman las conquistas de Popayán y sucesos de Cartagena acaecidos en dicho año, con que daremos principio al cuarto libro.

LIBRO CUARTO

ENTRA SEBASTIAN DE BENALCAZAR EN LA PROVINCIA DE POPAYAN DESPUES DE VARIOS TRABAJOS PADECIDOS EN LA DE PASTO.—DESCUBRE LAS CABECERAS DEL RIO GRANDE DE LA MAGDALENA, Y, FUNDADAS LAS CIUDADES DE POPAYAN, CALI Y TIMANA, PASA EN DEMANDA DEL NUEVO REINO.—EL OIDOR JUAN DE BADILLO LLEGA A CARTAGENA A RESIDENCIAR AL ADELANTADO DON PEDRO DE HEREDIA: PRENDELO, Y VUELTO EL CAPITAN FRANCISCO CESAR DE LAS MONTAÑAS DE ABIDE, FORMA EJERCITO BADILLO PARA SEGUIR EL MISMO DESCUBRIMIENTO, QUE CONSIGUE CON MALA FORTUNA.—PASA LORENZO DE ALDANA A POPAYAN CON ORDEN DE PRENDER A BENALCAZAR Y FUNDA LAS VILLAS DE ANSERMA Y PASTO.—EL GENERAL QUESADA VUELVE POR SU GENTE A LA TORA, Y ATRAVESADA LA SIERRA DE OPON LLEGA A LA PROVINCIA DE VELEZ: ALISTA SU GENTE, Y ESGUAZADO EL SARABITA, SALE POR UBASA Y GUACHETA, HASTA DAR VISTA AL VALLE DE LOS ALCAZARES, DE DONDE, ROTO EL EJERCITO DEL ZIPA, PASA HASTA INVADIR SU CORTE DE BOGOTA.

CAPITULO I

BENALCAZAR DESCUBRE A POPAYAN, Y FUNDADAS LAS VILLAS DE CALI Y TIMANA, PROSIGUE EN SU DESCUBRIMIENTO.—LORENZO DE ALDANA BAJA DE LIMA A PRENDERLO Y SOCORRE A POPAYAN EN LA EXTREMADA MISERIA DE HAMBRE QUE PADECIA.

POCO tuvieron siempre de meritorias las calamidades, que no pasaron por el crisol de los trabajos hasta el examen de la constancia. Fúndase ésta en la grandeza de un ánimo elevado a quien ni los prósperos ni los buenos sucesos inmutan. A muchos acreditó poderosos el relámpago de una buena fortuna; pero muy pocos dejaron de llegar a la cumbre del premio, habiendo encaminado los pasos por la estrecha senda de la perseverancia. ¡Oh, cómo es de ver un corazón magnánimo combatido del granizo y de la borrasca sobre quien parece pretendió el cielo caerse a pedazos! Acreditase diamante a quien falta fuerza que lo contraste y, jurando de roca para los combates, descubre en la tormenta de las adversidades que lo crio Dios para que la naturaleza probase hasta dónde puede llegar el valor y la constancia. De la reclusión de la Barleta salió el gran capitán a coronar sus trabajos con la conquista de Nápoles, premio que le hubiera faltado si no lo costeara con el sufrimiento de un año de mala fortuna; y de la estrechez de muchos peligros y montes veremos ahora salir algunos héroes famosos, para que por el premio de más constante reconozca el lector al que fue más benemérito.

Conquistado ya, y puesto en sosiego el reino de Quito por Sebastián de Benalcázar, caudillo el

más principal de don Francisco Pizarro, deseaba emplear su ánimo guerrero en mayores empresas, que se prometía descubriendo más la tierra hasta encontrarse con el mar del norte, y vínosele la ocasión a las manos con la que Luis Daza le llevó con un prisionero habido en la Tacunga, de que por aquel rumbo premeditado demoraba el gran rey de Cundinamarca, que por haber perdido una gran batalla que tuvo con los chizcas, sus confinantes, había ocurrido por medio de este prisionero embajador a que lo auxiliase el rey de Quito, a que añadía ciertas noticias de una laguna en que los moradores de aquel rey ofrendaban inmensas cantidades de oro, de que se originó la fama de El Dorado, aunque se le representaba por otra noticia, que una de sus tropas había adquirido, de que antes de llegar a Cundinamarca estaba otra provincia fértil de mantenimientos y rica de minerales de oro, sujeta a los dos hermanos Popayán y Calambas, caciques poderosos que la heredaron, y los peligros y dificultades que había de encontrar en la resistencia que Calambaz, hombre feroz, le había de hacer con su gente guerrera: nada bastó para impedir que por el año en que vamos de 1536 saliese de Quito con ciento cincuenta caballos y otros tantos infantes bien vestidos y armados, llevando por cabos a Pedro de Puebles, con quien estaba ya compuesto de algunas diferencias que los tuvieron divisos, a Juan de Cabrera, que hacía oficio de sargento mayor, y a los capitanes Pedro de Añasco, Juan de Ampudia, Juan Muñoz de Collantes, Miguel López Muñoz y Francisco García de Tovar, todos ellos personas de lustre, como también lo fueron los montados y arcabuceros Hernán Sánchez Morillo, Jorge Robledo, Martín de Amoroto, Rui Vanegas, Sancho Sánchez de Avila, primo y compañero en muerte de Juan de Cabrera en la batalla de Añaquito, Francisco Sánchez, Luis Daza, Pedro Bazán, Hernando Alvarez de Saavedra, Cobos, Sepero y otros

muchos que pasaron después al Nuevo Reino de Granada, de quienes daremos larga noticia; a todos los cuales seguía excesivo número de vivanderos, que para semejantes entradas, como dijimos, acostumbraban llevar los capitanes de tierras ya conquistadas, y más de un reino tan poblado como el de Quito.

Había conquistado y empleádose Benalcázar desde que pasó a las Indias, en gran parte de la Nueva España, allanando los poderosos reinos de Cuzco y de Quito, asombrando las tropas y ejércitos del Ruminavi y Atahualpa hasta preñderlo, y contado esto lo vemos empeñado con tan cortos medios en dos empresas tan arregladas. Sujetas tenía Alejandro Magno el Africa y Europa y la mayor parte de Asia, y oyéndole decir a Anajarco que había otros mundos, se lamentó de no tener conquistado él uno. Aplaudin se oyó por el mejor capitán, el gran duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, y respondió que no merecía tal renombre mientras no se veía en campaña con el gran turco. Estos fueron los efectos de uno y otro corazón magnánimo para no extrañar que a Benalcázar no le llenasen muchos imperios oyendo decir que había otro; ni fue de admirar que despreciase el nombre de buen capitán hasta que, a vista de un ejército de pijaos, lo ganase de inmortal. Y así con tan corto aparato militar llegó sin contraste hasta Otavalo, pero apenas caminadas cincuenta leguas desde Quito se halló dentro de los términos del cacique Popayán, cuando sus capitanes de los pastos y patías, noticiosos anticipadamente de la entrada de los españdles, teniendo convocada y armada su gente, le salieron al encuentro, y sin que bastasen ruegos ni diligencias para que diesen de mano a la guerra, la pusieron a las armas con tal valentía (amparada de la fragosidad de las sierras y de la falta de víveres en que habían puesto el país), que fue bien preciso el esfuerzo y sufrimiento de los nuéstros y estima-

ción que tenían hecha de su cabo, para salir de los aprietos calamitosos en que se veían a cada paso, pues no mediaba día sin que tuviesen batalla o encuentro, ya fuese con lo grueso de algún ejército, ya con tropas separadas, que siempre aguardaban los acontecimientos para los pasos estrechos que en aquel dilatado camino interpuso la naturaleza, por lo cual convenía ir siempre a punto de batalla, venciendo tanto la batería sorda del hambre como la fragosidad de las sierras y pujanza de los enemigos, hasta verse en la cabeza de la provincia, como lo consiguieron después de varios trabajos y de muchos días.

Esta provincia, que viene a ser una de las que se llaman equinocciales, por la inmediación que tiene a la línea, se dilata norte-sur por espacio de cien leguas, y muchas más corría de este-oeste antes que le desmembrasen las gobernaciones de Antioquia y de Neiva. Es gran parte de ella tierra fértil y llana, como se reconoce de algunas vegas y valles que la hermosean. Lo demás de la provincia es montuoso, rico de minerales y entonces habitado de más de seiscientos mil indios, cuyas principales naciones de pijaos, omaguas y paeces, comprendían dentro de sí otras muchas, si bien todas con cierta sujeción o reconocimiento de protectores a los pijaos, de quienes, además de lo que tenemos dicho en el capítulo segundo del primer libro, es de saber que se dilataban desde las montañas de Ibagué por espacio de más de cien leguas por todos los llanos y serranías en que hoy se incluyen las ciudades de Cartago, Buga, Toro, Cali, la frontera de Popayán hasta Calocoto y Salamanca, todo el valle de Neiva y Almaguer, Altagracia de Sumapaz, San Vicente de Páez y hasta San Juan de los Llanos, porque en todas estas ciudades salieron después, inquietaron y mataron sus moradores, así españoles como indios, y es muy de notar que habiéndose hallado al tiempo de esta entrada de Benalcázar hasta ciento vein-

te mil indios de esta belicosa nación, no se encontró pueblo alguno suyo, porque su habitación era en palmas copadas y otros semejantes árboles de aquellos sitios, adonde, a manera de alarbes, se mudaban por parcialidades después de lograr las sementeras que hacían entre lo más fragoso de las montañas.

Llegado, pues, Benalcázar a la corte de Popayán, como dijimos, y habiéndose encontrado con la hermosura de un valle, que desde allí hasta una de las cabeceras del río grande se dilataba por espacio de catorce leguas, abundante no menos de arroyos y ríos despeñados de los Andes que de vistosas campiñas y vegas en que la multitud de estancias y huertas estaba publicando la fertilidad del país, determinó alojar en él, eligiendo el sitio de una mesa alta puesta en dos grados y medio de la equinoccial de esta banda del norte, cuyo temple, huyendo las destemplanzas de Quito por frías y las de Cartagena por cálidas, es medianero de sus oposiciones, y cuyo cielo benigno, aunque lluvioso, y campos criados para los mejores trigos que se experimentan, ha conseguido que se tenga en las Indias por mejor cielo, suelo y pan el de Popayán. En este asiento, pues, que eligió para dar un dilatado refresco a su gente con la abundancia de maíz y carne que halló en sus contornos, ni podía descansar por el continuo desasosiego en que lo ponían los indios, ni reprimir los deseos con que se hallaba de reconocer los confines y descubrir las más tierras que pudiese, para lo cual continuaba el despacho de muchas tropas que las trasegasen y volviesen con ciertas noticias, y con la más vitualla que les fuese posible, como lo hicieron hasta que por este medio descubrió la mayor parte del país de Jamundí, el de los timbas, rico de minerales de oro, y los de Guamba, Malbazá, Polindera, Palacé, Tembio y Colaza, sujetos a Popayán, y todos de indios guerreros comedores de carne humana y ricos de oro, aunque

bajo. Pero estos descubrimientos no salieron tan poco costosos que no pereciesen algunos de los nuéstros a manos de aquellas naciones bárbaras que, rabiosas por lanzar de sus tierras a los extranjeros, no excusaban hostilidad imaginable, ya levantando los bastimentos con maña o ya aventurándose a la muerte con desesperación.

Descubierta así esta provincia y sus países y reconocidas las veintidós leguas que había desde el alojamiento hasta donde, después, se fundó la ciudad de Cali, quiso también Sebastián de Benalcázar reconocer el nacimiento del río grande que baña la provincia, y según conjeturas era el de la Magdalena, que desagua en el mar del norte, pareciéndole que, a la par de su origen, sería más poblada la tierra, y halló que por encima del alojamiento salía en dos brazos, el uno a cinco leguas y el otro a catorce, entre cuyos nacimientos se tendían ciertos valles poblados de indios coconucos, por los cuales desde su primera fuente corre con nombre de arroyo el Cauca, que es uno de los brazos que el cronista Herrera llama del río grande, como en la realidad lo es, aunque lo dejemos sin cuerpo, hasta que, extendido por el anchuroso valle de Cali y Buga, y recogiendo todas las aguas de la cordillera, pasa tan caudaloso como el Tajo por Calatrava, a guardar las espaldas de Anserma y recoger las partidas de oro que, por el interés de su riesgo, le tributan las provincias de Antioquia y de Cáceres.

Uno de los mayores trabajos que por estos países afligieron a Benalcázar fue la diferencia de idiomas que encontraba en cada uno por el forzoso aprieto en que le ponía la necesidad de buscar intérprete, cosa bien dificultosa de conseguir, y muy para atormentar a quien, habiendo corrido más de quinientas leguas de tierra poblada que hay desde el Cuzco hasta Pasto, siempre oyó hablar el mismo idioma de Inca con poca diferencia. Pero acomodándose con el tiempo y medios pro-

porcionados para darse a entender, y considerada la grandeza de la provincia y distancia que de ella había hasta la ciudad de Quito, que dejaba poblada, acordó fundar en su alojamiento una villa que llamó de Popayán, y después ganó título de ciudad en veintitrés de octubre del año cincuenta y ocho, por ser ya cabeza de gobierno y de obispado erigido por Paulo III el año de cuarenta y siete, cuyos primeros fundadores fueron de lo mejor que llevaba en su campo, y cuyos principios prometieron más vecindad de la que hasta el tiempo presente ha tenido, pues jamás pasó de cuatrocientos vecinos, aunque su nobleza y valor que ha mostrado en las ocasiones, pudiera suplir por número muy crecido, y más cuando, para lustre de sus edificios y población, la hermosean, fuera de la catedral, los conventos de las cinco religiones que están admitidas en el Perú, el de la Encarnación de Religiosas Agustinas y Colegio Seminario a cargo de la Compañía de Jesús, donde tantos ingenios lucidos como produce aquel benévolo clima adquieren los primeros rudimentos, o para conseguir el nombre de sabios, o para ilustrar el empleo de militares.

Poblada la villa por Sebastián de Benalcázar, aplicó el ánimo a pasar en demanda del mar del norte o Cundinamarca. Llevaba intención de no volver a Quito sin título real que lo exceptuase de vivir sujeto a don Francisco Pizarro, porque experimentaba el fiero torcedor que es en un ánimo altivo ver que el fruto de sus trabajos haya de redundar en aplausos ajenos. Aun el mejor poeta latino no pudo disimular el corto premio que correspondió a un dístico suyo. Ni el oro de Génova, como dijeron, fue el que retiró a monsieur de la Diguera de sus murallas casi rendidas, sino la consideración de que hubiese de resultar la empresa en aplauso del duque de Saboya. Pero, sin embargo, viendo Benalcázar aquella hermosa campaña de veintidós leguas de longitud y quince de lati-

tud, de tierras llanas y alegres, se entró por ellas hasta encontrarse con los Estados de Calambaz, donde pobló luégo entre los indios gorrones la Villa de Santiago de Cali, pareciéndole que para el aumento y conservación de Popayán y sus provincias era muy conveniente; y tanto más después que supo que desde allí hasta el puerto de Buenaventura, del mar del sur, solamente había veintiocho leguas de camino, en que tuvo especial acierto, así por la facilidad con que a él acuden los barcos de Panamá, distante ciento cincuenta leguas, como por caer la villa en el camino real que subía entonces del Nuevo Reino de Granada al Perú, si bien poco después, a cinco de julio, la mudó el capitán Miguel López Muñoz al sitio y temperamento más cálido en que hoy persevera, con título de muy noble y leal ciudad, ganado en diez y siete de junio del año de cincuenta y nueve, aunque siempre inquieta con las alteraciones continuadas de los pijaos, que se dieron de paz, y tantas veces quebrantaron, hasta el alzamiento general que por el año de noventa y dos tuvo principio, para el fin y ruina de muchas ciudades y gente de aquel Nuevo Reino.

La tierra salió famosa para cría de ganados y de cerda: abundaba de mantenimientos, especialmente para los indios confinantes, porque eran muchos y se sustentaban de carne humana. Andaban desnudos y tenían las ternillas de las narices horadadas, en que ponían por gala cañutos retorcidos de oro del grosor de un dedo. El cabello lo recogían y adornaban con cintillos de oro y chaquiras. No guardaban religión, ni se halló que tuviesen templo ni adoratorio. Casaban con sobrinas y algunos de los señores con hermanas, y siempre heredaba el hijo de la principal de sus mujeres. Tenían gran conocimiento de la virtud medicinal de las yerbas y mucho trato con el enemigo común. No le costó pequeños afanes a Benalcázar esta fundación, ni a la gente valerosa que dejó

allí le faltara guerra continuada por muchos años, si la virtud con que el santo obispo Fr. Agustín, de La Coruña, templó la fiereza de los pijaos, no la hubiera suspendido mientras vivió.

Acabada la fundación de Cali volvió a Popayán Benalcázar, y dejando por teniente de gobernador a Francisco García de Tovar, se fue entrando por las provincias de Arma y Anserma hasta llegar a Timaná, en cuyo viaje gastó más de un año; tantos fueron los trabajos, hambres y guerras que lo retardaron por más que el valor de su gente práctica se abría el camino con la espada. Venció al fin su constancia y pareciéndole (después de llegar a Neiva) que fuera bien haber poblado en aquella provincia de Timaná, distante cuarenta leguas de Popayán, al sudeste, que tendría hasta veinte mil indios, dispuso que Pedro de Añasco volviese del camino con gente y fundase otra villa que llamase de Timaná, como lo hizo en diez y ocho de diciembre del año de treinta y ocho, eligiendo para ello sitio y puesto en dos grados y treinta minutos de esta banda del norte, vecino a los paeces a la entrada de Neiva, y veinticuatro leguas más abajo del nacimiento del río grande. Es muy fértil la tierra y la villa de temple sano aunque calidísimo; abunda de miel, coca y pita delgada, con que comercian sus moradores en los mercados, que hacen cada semana; hay muchas frutas de Castilla y la tierra, especialmente almendrones de que hacen turrón, que puede competir con el de Alicante. En sus términos está un cerro en que se halla la piedra imán y los minerales famosos de amatistas, pantauras y espinelas, de que dimos noticia en el capítulo primero del primer libro. Hecha la fundación por orden de Benalcázar, y dejando en ella por justicia mayor al capitán Pedro de Añasco, pasó adelante llevando siempre el río grande a la mano derecha, donde lo dejaremos.

Mientras Benalcázar se ocupaba en descubrir

la provincia de Timaná, don Francisco Pizarro, sentido, a lo que daba a entender, de que no le hubiese socorrido en el sitio que puso al Cuzco, Mango, Inca, y lo que más cierto fue, sospechoso del aplauso con que la gente de guerra lo seguía en conquistas que por dilatadas le causaban muchos recelos, determinó enviar con todo secreto al capitán Lorenzo de Aldana para que lo prendiese, con el pretexto de que habiéndolo dejado en Quito por su teniente, después del convenio asentado por Almagro con don Pedro de Alvarado, así en aquellas provincias como en otros descubrimientos que había hecho, dio lugar a muchos malos tratamientos y extorsiones padecidos por los naturales, permitiendo que los soldados viviesen relajadamente con algunas mujeres de las de Quito y otras que habían sacado del palacio de Cajamarca, de que debía dar cuenta a Dios y al rey. De todo lo cual y de la prisión que hizo a Pedro de Puelles, reconocía haberle alzado la obediencia, con pensamiento de conseguir el gobierno de aquellas provincias, fundado en el amor que le mostraba la gente militar por la vida licenciosa que le había permitido. Con este color se lo dio a los poderes amplios que había de llevar Lorenzo de Aldana como su teniente general, para cuantos casos se le recreciesen, con facultad de remover tenientes y de repartir las provincias en los que hubiesen servido en ellas; y especialmente para prender a Benalcázar, y que a buen recado lo remitiese a la ciudad de los reyes, como lo confiaba de la prudencia y lealtad con que siempre se había ocupado en servicio del rey. Diósele también, cautelosamente, un despacho de juez de comisión, para las diferencias sucedidas entre Puelles y Benalcázar, que había de ser el que publicase para deslumbrar el principal intento de Pizarro, y otro para que en caso que resistiese Benalcázar, los capitanes Juan de Ampudia, Pedro de Añasco y Puelles fuesen goberna-

dores de las ciudades, y el deseo de mandar los dividiese de Benalcázar.

Con estos poderes y comisiones secretas, y sin que se publicase otra que la que va referida, partió Lorenzo de Aldana, y llegado a Tomebamba por fines del año de treinta y siete, la manifestó y obedecieron, y para más bien disponer la prisión de Benalcázar sin alboroto ni escándalo, fue remitiendo los soldados que pasaban en su demanda, de diez en diez y de veinte en veinte, a la ciudad de Quito, para que el regimiento no les permitiese salir de ella: sobre que en dicha ciudad y en Tomebamba se habló con mucho desahogo y desacato contra Pizarro y Aldana, necesitándolo (aunque de natural apacible) a quitar el cargo de teniente a Diego de Torres y poner en su lugar a Gonzalo Díaz de Pineda, y aprehender a Sandoval y a Cristóbal Daza, íntimos amigos de Benalcázar, por la diligencia que ponían contra sus órdenes en solicitar gente que pasase a Popayán, y presos y remitidos a la ciudad de los reyes, pasó a Quito, donde fue recibido de su Cabildo con admiración de que para un negocio de tan poca sustancia fuese un capitán de tanta suposición, si no es que llevase otros despachos secretos; pero sin que de ellos se tuviese noticia salió de Quito con cuarenta hombres, que bastaron con su buena maña y valor, y el de Francisco Hernández Girón, a sosegar los caciques de la comarca de Pasto que andaban de guerra, y de allí, caminadas las cuarenta y cinco leguas que hay hasta Popayán, llegó a tiempo que padecía la última miseria del hambre, a causa de que los indios, con el fin de lanzar los españoles de sus tierras, no habían querido labrarlas, de que se originaba haber de buscar el maíz a treinta y cuarenta leguas, y comer así españoles como indios las yerbas del campo, lagartos, culebras y langostas, de que se hinchaban y adolecían de muerte.

A esta desventura sobrevino, como es ordina-

rio, una fiera peste que repentinamente mataba los hombres y acrecentábase el daño con ver que los indios, repartidos en cuadrillas, como salteadores, para aprisionarse y comerse unos a otros, ocupaban los montes y llanos y si representada su barbaridad por los españoles, oían decir que con sembrar los campos saldrían de tantas calamidades, respondían que les era menos penoso consumirse y sepultarse unos en otros que vivir muriendo debajo del dominio español. Hernán Sánchez Morillo refería haber encontrado un indio que llevaba para comer siete manos de hombres atadas a un cordel. Estando diez o doce muchachos, que no pasaban de nueve años, en un maizal, dieron veinte indios en ellos, y despedazados se los comieron. ¡Oh fiero monstruo del hambre que así encrueliza no menos a los bárbaros que a muchos políticos! Otros sucesos semejantes se vieron en esta ocasión, en que pasaron de cincuenta mil indios los comidos y de cien mil los que murieron de peste, sin que bastase el remedio aplicado por el teniente Francisco García de Tovar para que se evitase la costumbre de comer carne humana, en que tan cebados estaban, ni para templar aquel azote de la divina justicia, que así castigó la brutalidad de aquellas naciones como el desafuero con que las trataban los nuéstros.

No se tuvo noticia en Popayán de la ida de Lorenzo de Aldana hasta que dio aviso de ella, dos leguas antes de llegar a la villa, adonde lo recibieron con tanto aplauso como él tuvo sentimiento de ver aquella miserable gente tan desfigurada, triste y hambrienta. No quiso presentar los despachos secretos que llevaba por que no supiese de ellos Benalcázar, aunque faltaban noticias de la parte en que estaba, y contentándose con manifestar el de juez de comisión, trató luégo de remediar la ruina que amenazaba a los indios de la provincia, para lo cual pidió consejo a los vecinos, que, maravillados, como los de Quito, de que un

hombre como él fuese con tan limitada comisión a lugar tan distante y considerado el celo con que tomaba lo perteneciente al bien de los indios, sospecharon que los poderes que llevaba debían ser mayores; pero detenido apenas quince días en Popayán, pasó a Cali llevándose consigo a Jorge Robledo, que encontró en el camino, donde, siendo recibido al uso de su comisión, lo primero que hizo fue remitir a Popayán víveres convoyados de Francisco Hernández Girón, quien los condujo a tiempo que agradecidos sus vecinos por el socorro de Lorenzo de Aldana, lo aclamaban padre y restaurador de aquellas provincias, y los indios de todas ellas se desengañaron de que los españoles no saldrían de sus tierras, y acordaron sembrar por no perecer.

CAPITULO II

EL LICENCIADO BADILLO RESIDENCIA A D. PEDRO DE HEREDIA EN CARTAGENA, FORMA EJERCITO PARA EL DESCUBRIMIENTO DE LAS SIERRAS DE ABIDE Y SALE DERROTADO A POPAYAN.—LORENZO DE ALDANA SE DECLARA GOBERNADOR Y FUNDA LAS VILLAS DE ANSERMA Y PASTO.

POR fines del año de treinta y cinco dejamos en Cartagena al adelantado D. Pedro de Heredia envuelto en algunos disgustos ocasionados de lo mal que se llevaba con el obispo D. Fr. Tomás de Toro, porque como éste en el ajustamiento de su buena vida parecía haber llegado a grado heroico de las virtudes, y el relajamiento de la gente de guerra en Cartagena al ínfimo de los vicios, por el mal ejemplar que tenía en sus cabos, no era posible que se hallase convenio entre la luz y las tinieblas, ni que el celo de la salvación y libertad de los indios, que ardía en el corazón del obispo, pudiese templarse a vista de los desafueros con que los aprisionaban para vender por esclavos en las islas. Ibase cada día encendiendo más el encono de parte del gobernador, y como la doctrina sana del obispo se le oponía tanto cuanto aprovechaba a otros con las reprensiones continuadas que daba a los conquistadores para que no usasen de violencia con los indios, hubo de prender la centella del escrúpulo de suerte en los vecinos, que los necesitó a escribir muchas cartas al rey con la noticia de que en las entradas hechas por el adelantado y su hermano, especialmente en el Zenú, se había ocultado mucho oro, sin que de él se pagase el real derecho de los quintos. Que los indios eran maltratados y

en las entradas que hacían les consumían los mantenimientos hasta hacerlos perecer de hambre. Que el adelantado tenía presos algunos caciques so color de que ocultaban los minerales de oro, siendo así que lo ignoraban, por cuanto lo habían por rescate de tierras extrañas. Que vendían los indios a mercaderes, sacándolos de su naturaleza y dándolos por esclavos, contra el derecho natural de las gentes. Que los oficiales de la Real Hacienda cometían fraudes en ella por complacer al adelantado, pues habiendo sacado de las sepulturas del Zenú más de cien mil castellanos, le quitaron solamente los veinte mil. Que se contrataba mucho en el puerto con oro sin marcar, y cuando los oficiales reales recibían el quinto, lo pesaban largo, y al entero de la caja muy ajustado, por aprovecharse de aquel hurto o demasía y, finalmente, que no se necesitaba de entrar de guerra en la provincia de Urabá, que estaba en paz.

Estos excesos, afirmados de muchos, a que no se oponían los informes del obispo Toro, antes representaban algunos de ellos, movieron al rey a que diese orden de proceder a su averiguación y castigo, despachando juez de estos reinos, por cuya muerte sucedida en el mar, se mandó a la Audiencia española que con la misma comisión remitiese luégo al licenciado Juan de Badillo, uno de sus oidores, para que la ejecutase con más autoridad, como lo hizo, y con tanta, que aun hallando culpado a don Pedro de Heredia, pareció haber excedido de los términos de justificado, pues lo primero que obró fue adjudicarse el gobierno, efecto o inconveniente que se seguirá siempre que los visitadores llevaren facultad para subrogarse en los oficios de los visitados, por más que se exprese que haya de ser en caso que resulten notablemente culpados, sin que yo a lo menos alcance razón conveniente para que se deban dar semejantes despachos, y aun con todo esto, no contento Badillo, tuvo en prisión muchos días a los dos

hermanos Heredias y al sobrino Alonso de Montes, dando ocasión con repetidos desaires que les hizo, a que las quejas del adelantado pasasen a Castilla apoyadas de otras muchas de diferentes personas. Y antes que prosigamos en lo demás que obró en su gobierno, es de saber que por el año de treinta y seis, poco antes que llegase con sus comisiones a Cartagena, había salido de ella el capitán Francisco César, caudillo el más famoso de la provincia, para que con ochenta hombres y veinte caballos fuesen descubriendo desde la ciudad de San Sebastián la tierra adentro, siempre al sur, empresa en que gastó casi diez meses respecto de la fragosidad de la tierra, grandeza de las montañas y falta de vitualla, que siempre fue padeciendo su gente; pero gobernada ésta con el arte de la prudencia, no fue poderosa la falta de herraje para los caballos, ni el rigor del hambre, que tan débiles puso a los nuéstros, para que no escalasen las altas sierras de Abide, cuya longitud que corre a occidente se ignora, y cuya latitud se reconoce en partes de veinte leguas, y en otras de más y menos, siendo ellos los primeros que las atravesaron hasta llegar al valle de Goaca, donde apenas se vieron cuando se hallaron acometidos de más de veinte mil flecheros, que sin darles tiempo a tomar algún refresco atacaron con ellos una de las recias batallas que pudiera temer ejército más numeroso.

Dábanse las manos en Francisco César la prudencia y valor, y como lo tenía siempre dispuesto al amparo de su gente, habiéndole representado en pocas palabras el servicio de Dios, honra y mérito que ganarían para su rey, cerró con los enemigos con tal confianza de la victoria que, con ser ya solamente sesenta y tres hombres los que le habían quedado, la consiguió en menos de tres horas, derrotando los indios, que afirmaban, en comprobación de los nuéstros, haber visto en el aire una celestial visión que peleaba por ellos, y certi-

ficaron ser el glorioso apóstol patrón de los reinos de España. Conseguida la victoria y algún descanso, se dieron a registrar el valle, y a poca diligencia se encontraron con un templo o casa de oración, y cerca de ella con un sepulcro de donde sacaron treinta mil castellanos de oro y grandes esperanzas de que en el mismo valle se hallarían otros semejantes a él. Pero como Francisco César había perdido en su trabajosa jornada más de sesenta hombres y los caballos, desherrados ya en tierra tan áspera, más le servían de embarazo que de provecho, determinó salvar la poca gente que le restaba después de la batalla, volviendo atrás, a que ayudó mucho la misericordia divina, pues en diez y siete días se hallaron en San Sebastián, caminando en ellos la misma distancia en que gastaron nueve meses.

La noticia pasó luégo a Cartagena, adonde ya el licenciado Badillo por la residencia tenía preso a don Pedro de Heredia, en cuyo lugar gobernaba, como dijimos, y pasados algunos meses, revestido de aquel espíritu que a otros oidores de Santo Domingo persuadió a que en las conquistas de las Indias cambiasen la ocupación de letrados por el cargo de capitanes, para que no acertasen a ser capitanes ni letrados, o cebado, como dijeron otros, del oro descubierto en el valle de Goaca, o por noticia que ya tenía de que el rey enviaba en su lugar al licenciado Santa Cruz, por lo mal que se había portado en la residencia de los Heredias, y pretendía huir el cuerpo a las quejas sangrientas de los agraviados metiéndose en los reinos del Perú, con la contingencia de hacer en el camino algún servicio grande a su rey, determinó proseguir este descubrimiento de Francisco César con esperanzas de mejor suceso. Resuelta, pues, la jornada, despachó por mar la gente y caballos al golfo de Urabá para que lo aguardase en San Sebastián, adonde, llegado después y hallándose con quinientos doce caballos, trescientos cincuenta infantes, gran cantidad de indios y negros para car-

gueros, y los pertrechos correspondientes a ejército tan lucido en que gastaría más de cien mil pesos, salió de San Sebastián por febrero del año de treinta y siete, llevando por su teniente general a Francisco César, por maese de campo a Juan de Viloria, alférez real a don Alonso de Montemayor, y por capitanes don Antonio de Rivera, natural de Soria; Melchor Suer de Nava, de Toro; Alvaro de Mendoza, de D. Benito; y Alonso de Saavedra, de Tordecillas, con otros muchos caballeros, de quienes no hallo más noticia que la de Juan Rodríguez de Sousa, Lorenzo Estopiñán de Figueroa, Martín Yáñez Tafur y Gómez Arias Maldonado, que después pasaron al Nuevo Reino, Antonio Pimentel, Alonso de Villacreces, de Sevilla; Baltasar de Ledesma, de Salamanca, y Pedro Siesa de León, de Llorena.

Con estos capitanes y gente lucida que sacó el licenciado Badillo, anduvo descubriendo por las provincias de Urabá, Darién y parte del Chocó más de un año, en que padeció incomportables trabajos, hambres y otras desventuras bastantes a entibiarle el ardiente deseo de conquistar, que lo sacó de Cartagena, si la esperanza de riquezas imaginadas no lo animaran tanto, pues habiendo arribado a las sierras de Abide, necesitó talvez para el tránsito de los caballos, de fabricar andenes o estacadas voladas en las laderas de un elevado picacho, aunque, sin embargo, se despeñaron muchos y algunos españoles, sin los que perecieron, quedándose a más no poder en lo áspero de las montañas. Al fin, descubierta gran parte de la sierra poblada de indios sujetos a Tutibara, cacique poderoso, de quien se decía caminar en andas de oro, y reconocido el valle de Buriticá, rico de minerales, cuya demarcación cae al presente dentro de los términos de la gobernación de Antioquia, a más de veinte leguas de distancia de su principal ciudad, y muertos noventa y dos hombres y ciento diez y nueve caballos, sin la mayor

parte de los vivanderos, hubo de arribar lo restante del ejército a la villa de Cali, porque siempre fue la intención del licenciado Badillo caminar al sur, en que no estuvo poco desgraciado, pues con declinar algo a mano izquierda hubiera entrado el primero en Bogotá, donde sobradamente enriqueciera su gente sin tantos afanes. Lorenzo de Aldana, que se hallaba en Cali, puso luégo todo cuidado en refrescar toda aquella gente necesitada, y aunque con ella y la que tenía consigo podía declararse luégo por gobernador, eligió proseguir con su disimulo por ver si podía hallarse a las manos con Benalcázar, que no parece fuera muy fácil aun en caso que lo encontrara.

Todo el provecho que resultó de la trabajosa jornada del licenciado Badillo fueron dos mil seiscientos castellanos de oro que le hurtaron de un fardillo en su misma tienda, ocho leguas antes de llegar a Cali, y aunque sospechó su gente haberlos ocultado él mismo, después se hallaron en poder de otro y repartidos entre todos participaron a cinco castellanos y medio en desquite de los trabajos padecidos. Pero mal escarmentado Badillo, y viendo que su gente se había reformado en Cali, trató vivamente de remitir parte de ella a poblar la provincia de Buriticá, lo cual, entendido por Lorenzo de Aldana, y noticioso de cuán alborotados dejaba los países por donde había pasado y lo que convendría no inquietarlos más, le representó que habiendo gastado más de un año en el tránsito de doscientas leguas que habría de Urabá a Cali, sin alojar tiempo alguno para reconocer los contornos, ni haber poblado en Buriticá, como se lo pidieron muchos, por ser tierra rica de oro y mantenimientos, no parecía conveniente volver a ello, con manifiesto peligro de aquella gente cansada y afligida; además, que ya él y su ejército se hallaban en jurisdicción ajena, por lo cual no podía hacer despachos para poblar por tercera mano; pero que, no obstante, como quisiese ir en persona con todo su campo, se lo permitiría y da-

ría las ayudas de que necesitase. Sentido Badillo de la propuesta de Aldana, respondió como ministro, aunque no muy al intento, que él era oidor de la Audiencia de Santo Domingo y su gobernador de Cartagena, y no había destruído ninguna provincia, habiendo asolado tantas desde Chuquisaca a Cali la gente de Pizarro, y así se saldría por la costa del mar del sur para ir a dar cuenta al rey de lo que había hecho y de lo que no le dejaron hacer, con lo cual pasó luégo a Popayán convoyado de una de sus tropas y también del capitán Francisco Hernández Girón, con orden de Aldana para no permitir que aquella gente se desmandase en la provincia y para que pasase luégo a la ciudad de los reyes a dar cuenta a Pizarro de lo sucedido y de la poca noticia que se tenía de Benalcázar.

Partido el licenciado Juan de Badillo, ordenó Lorenzo de Aldana al teniente Francisco García de Tovar que, con alguna gente, atravesase la sierra de los Andes y procurase nuevas de Benalcázar. Ejecutólo así por el camino que hoy se va de Popayán a Timaná, y no hallando más noticia que la que allí daba el capitán Pedro de Añasco de que por orden de Benalcázar había vuelto desde el valle de Neiva a poblar aquella villa, mientras él proseguía en demanda de El Dorado o mar del norte, dio vuelta con él para que más bien informase a Lorenzo de Aldana, quien, desconfiado ya de lograr la intención de Pizarro, presentó luégo el título de gobernador que llevaba, y siendo recibido en Quito, Cali y Popayán, empezó a gobernar con más libertad y deseo de acertar, como lo mostró procurando la restauración de Popayán, que con las calamidades anteriores estaba casi destruída. Fomentó mucho la conversión de los indios, de que hasta entonces se había hecho muy poco caso; tanta era la tibieza con que a vista del oro se trataban las cosas espirituales; y porque el premio es una de las dos pesas con que se mueve a obrar bien el reloj de la humana vida, confirmó

en su cargo de gobernador al capitán Pedro de Añasco, ordenándole volviese a proseguir en su población de Timaná. Repartió las tierras descubiertas y las encomiendas de indios entre los más beneméritos, y para los que no alcanzaron repartimientos dispuso que el capitán Jorge Robledo saliese a poblar la provincia de Anserma, fiando de su nobleza y valor que daría buena cuenta de todo. Ordenóle que llamase Santa Ana de los Caballeros (por los que iban en su campo) a la villa que poblase, que fue medio muy acertado para ir derramando por la provincia la mucha gente que había subido de Cartagena.

Partió Jorge Robledo con esta orden a la provincia de Anserma y en el sitio de Tumbía, que viene a ser una colina angosta, que apenas da lugar para que se dilate una sola calle, puesta en tres grados y treinta minutos de la equinoccial de esta banda del norte, fundó una villa que, olvidando el primer nombre que le dio Lorenzo de Aldana, conserva el de Anserma, derivado por los españoles de la palabra Anser, que en el idioma de la tierra significa la sal. Fueron sus primeros alcaldes ordinarios Melchor Suer de Nava y Martín de Amoroto, y alguacil mayor Rui Venegas. Cércanla muchas naciones diversas, como son tabuyas a una legua, guaticas a tres leguas, quinchías a seis, supías altos y bajos, y otras muchas que va consumiendo el tiempo. Es toda ella de minerales de oro corrido y de vetas, y son los mejores el de Tarria, de donde se sacan amatistas, y los de Mapura, Supía y Moroga, que está en una ladera avolcanada sobre el río Cauca, que le pasa por las espaldas a la ciudad de Anserma, a siete leguas de distancia. Todos sus naturales comían carne humana y en Quinchía, que era un famoso pueblo cuando por él pasó el oidor Juan de Badillo, tenía su cacique un fuerte y espacioso cercado, todo él coronado de las cabezas de los hombres que en él se mataban y comían; confinan con la provincia

de Cartama, por donde pasa el río grande, y embarcados en el Cauca pudieran en veinticuatro horas hallarse los que lo intentaran en Antioquia, si el peligro de perderse la embarcación no fuera tan formidable por los acometimientos que en ella hace la corriente del río contra tres piedras que llaman las Mamas y median en la distancia que tiene el río entre ambas ciudades. Tiene a oriente otras muchas naciones que no adoran ídolos, y en todo siguen la religión y costumbres de los payaneses, menos en la que éstos de Anserma tenían de no hacer estimación de que las mujeres fuesen doncellas para casarse.

En el ínterin que esto pasaba en Anserma, vuelto Lorenzo de Aldana a Popayán, desde Cali, donde dejó por su teniente al capitán Miguel López Muñoz, trató luégo de pasar a Quito, dejando en su lugar al capitán Juan de Ampudia, que, recién llegado del Nuevo Reino de Granada con alguna gente de la que llevó Benalcázar, le dio muy individuales noticias de sus acaecimientos y de la intención con que lo dejaba labrando bergantines en compañía de Quesada y Frederman para bajar por el río grande a Cartagena, y de allí pasar a Castilla. Por este tiempo, que ya era el año de treinta y nueve, Gonzalo Díaz de Pineda, teniente de Quito, había pedido comisión a don Francisco Pizarro para poblar una villa en los Pastos, y consiguiola sin que por ella se le derogasen los poderes dados a Lorenzo de Aldana. Pero aunque se apresuró todo lo posible para conseguir la fundación referida, ya Lorenzo de Aldana había llegado al valle de Guacanquer, adonde, con el trabajo de quebrantar primero el orgullo de los naturales, la fundó entonces, si bien poco después se mudó al valle de Thirz, con nombre de Villaviciosa, puesta en poco más de medio grado de la línea al norte, cuarenta y cinco leguas de Popayán como al suroeste y otras tantas de Quito como al nordeste.

Trabajó mucho ea allanar esta provincia el ca-

pitán Francisco Hernández Girón, de que se le originó aquel desvanecimiento que lo arrastró hasta perderse en los escollos de la muerte y la deshonra. Es tierra fértil de forrajes, por cuya ocasión la llamaron Pasto. Confina con los quillasingas, aunque en las costumbres se diferencian, porque los pastos no comían carne humana; son mal agestados en extremo hombres y mujeres, simples y sucios, y así está muy recibido en la provincia que habiendo conquistado el Inca Guaynacapac hasta el río Aguasmayo, que está dentro de ella, obligó a esta nación a que en cada luna le tributase cada uno de sus moradores un'canutillo de piojos, con el fin de que por este medio se limpiasen. En la cumbre del más alto monte de Pastoco hay una laguna frigidísima, que prolongada baja veinticuatro leguas y no cría pez alguno. Los pueblos de los pastos y patías fueron muchos, y entre ellos Mallama, Tucurres, Funes, Chapal, Papiales, Turca y Cumba, que no sé si la primera guerra los acabó o el mal temperamento de Patía ha consumido los que le quedaron para resguardo de Villaviciosa donde se hacen extrañas curiosidades de pinturas de humo y yerbas sobre calabacinos, y maderas, que llaman comúnmente de Mocoa, y donde Lorenzo de Aldana dejó por gobernador a Rodrigo de Ocampo, quien, como práctico en guerra y paz, fomentó la población que dejaremos, con advertencia de que hemos anticipado los sucesos de los años de treinta y ocho y treinta y nueve, acaecidos en Cartagena y Popayán, por quitar el embarazo que pudieran causar a la claridad del principal asunto a que vamos.

CAPITULO III

VUELVE EL GENERAL QUESADA POR SU EJERCITO A LA TORA, CONDUCELO HASTA LOS UMBRALES DEL NUEVO REINO, HACE LISTA DE SU GENTE Y PREVIENELOS PARA LA CONQUISTA.

DEJAMOS al capitán Juan de Céspedes en la sierra de Opón, de vuelta para el pueblo de las Barbacoas, y consiguiolo recogiendo de paso al capitán Lebrija y a otros españoles, que fatigados del cansancio se habían quedado en el camino, de que recibió grande alborozo el general Quesada, especialmente cuando oyó referir el descubrimiento que se había hecho, en que no se encontraba otro reparo sino el de la duda que se ponía en que pudiesen conducirse los caballos por aquellas malezas. Pero dejando algo a la suerte, acordó volver a La Tora muy a la ligera por toda la gente que le restaba, dejando la demás en guarda de aquel paso y pueblo de las Barbacoas a cargo de Hernán Pérez de Quesada, su hermano y alguacil mayor del ejército, oficio que según estilo de los moros de Granada correspondía al de maese de campo, y así con solos seis españoles, y entre ellos el capitán Céspedes, que parecía incansable, y como testigo de vista había de acreditar el descubrimiento hecho, partió luégo hasta la ribera de aquel brazo o río en que el agua podía sufrir la navegación de las canoas, para cuyo efecto, en caso que se necesitase de ella, había dejado oculta en el monte una en que, embarcados, navegaron hasta salir al río grande y bajando por él en demanda de La Tora, en cuyo viaje sucedió un accidente al parecer milagroso, si consideramos cuán cierta había de ser la ruina

de todo aquel campo, dividido en tantas partes de la montaña y río, en caso que el general que tan unido lo gobernaba, muriese; y fue el caso que a cuatro leguas de distancia antes de llegar a La Tora, como a las tres de la tarde, y cuando todos esperaban ver a sus compañeros dentro de dos horas, mandó el general que arribasen a tierra, donde hizo noche sin que ellos imaginasen la causa ni él supiese darla después de aquella resolución repentina, calificada entonces por desatino, hasta que, al día siguiente, llegados a La Tora, supieron que la tarde del antecedente hasta cerrar la noche, habían tenido sitiado el pueblo hasta cuatrocientas canoas, combatiéndolo por tierra y agua con riesgo evidente de llevarse los bergantines, en cuya defensa se mostraron valerosos el general Gallegos, Juan de Albarracín y Gómez del Corral, de lo cual reconocieron que a no haberse determinado a lo que va referido, el general Quesada hubiera perecido a manos de aquellos bárbaros, y verdaderamente no puede negarse lo bien afortunado de este caudillo, no solamente en este lance sino en que hubiese dejado el río de Carare a mano derecha, en que consistió el buen suceso de la conquista.

Halló muy menoscabado su ejército con la gran mortandad que había resultado del hambre y trabajos, y fue tanta, que no bastando la tierra del pueblo para enterrar los muertos, arrojaban muchos al agua, pero animados los vivos con la buena noticia del descubrimiento, se alegraron verdaderamente aquellos que nacieron dotados de espíritu y valor, porque los otros, aunque pocos, nada esperaban de alivio sino la muerte del general, pareciéndoles que con ella, ocasionada de repetidas fiebres que le habían herido luégo que llegó, se determinaría tan peligrosa jornada; mas aunque éstas le apretaron mucho, ningún riesgo bastó a embarazarle la disposición de que los muchos enfermos, que se hallaban imposibilitados para

viaje tan penoso, se embarcasen en los bergantines con orden de que el general Gallegos esperase en aquel sitio hasta tener aviso de lo que había de hacer, ni para que, con la demás gente sana que le restaba y caballos que habían escapado, saliese de La Tora para las sierras de Opón en lo más recio de su achaque, y un día, después de haberse purgado, acción voluntaria en que se aventajó a la que precisado del peligro hizo Fernando Cortés, cuando éste se mostró más famoso en no haber reservado embarcación en que fundar la esperanza de retroceder de la empresa. Pero el general Gallegos, habiendo esperado muchos días y considerado el peligro de ochenta hombres enfermos con que había quedado y que se hallaba falto de noticias de Quesada, dio vuelta a Santa Marta tan rico de méritos y servicios como afligido de trabajos mal correspondidos de sus compañeros, pues en las reparticiones de lo ganado, debiendo ser de los más preferidos, fue de los más olvidados.

Era ya entrado el año de 1537, cuando el general Quesada, siguiendo siempre su derrota con gran fatiga causada de la corriente del río por donde la guiaba, y desembarcada su gente en el pueblo de las Barbacoas, fue caminando por las sierras de Opón (que tendrán más de cuarenta leguas de travesía), con varios trabajos y muy poco socorro de víveres. No será posible referir las adversidades acaecidas a este valeroso caudillo y su gente, porque fueron tan repetidas las particulares de cada cual en esta jornada que ninguna de las pasadas lo parecía en su comparación, llegando a estado que para dormir se subían en los árboles, dejando los caballos metidos en agua hasta las cinchas en todas aquellas tierras anegadizas, y se tenía por suma felicidad la del soldado que alcanzaba un pedazo de carne de caballo de los que morían en la jornada, y aun llegaron a sustentarse con diez y ocho granos de maíz que

daban de ración, y a comerse los cueros de las adargas después de los perros y gatos que llevaban en el ejército. Pero al fin, desbaratadas las sombras de la infelicidad y recogidos los que habían quedado en la montaña, descubrió sus luces el sol que apetecían, encontrando con aquellas tierras limpias que vieron Céspedes y Olalla, donde era capitán el más señalado uno que llamaban Sacre, y en que descubrieron grandes poblaciones en comparación de las que hasta allí se habían visto; pero todas ellas no tenían rey soberano, porque se gobernaban como Behetrías, y a manera de cantones servían por el sueldo al príncipe que más bien les pagaba, y en aquella ocasión se prevenían en servicio del rey de Tunja para la guerra que le movía el Zipa de Bogotá. Y aunque es así que los países de aquella provincia son fértiles y deleitosos, tanto más se les representaron agradables, cuanto más presente tenían la imagen de aquellas montañas del río donde las inclemencias del cielo habían hecho liga con las calamidades de la tierra, y aumentose más el placer cuando reconocieron mantenimientos en tanta abundancia que aseguraban reformarse de los infortunios pasados y abrigar los desnudos cuerpos en fe de las esperanzas que les daba la vista de tanta multitud de indios vestidos de telas de algodón, y que en el aseo de los trajes daban muestras de costumbres más políticas y honestas que las que habían experimentado en el resto de las naciones que habitaban la costa.

A este gozo general de los soldados que de improviso introduce la vista de lo presente, se oponía la consideración de lo futuro, pareciéndoles que tenían entre manos conquistas que necesitaban de mayor fuerza que la de sus brazos, y aun los que más se señalaban en esfuerzo y aliento, desmayaban abriendo puerta a la desconfianza de hallar logro a sus trabajos, viéndose faltos de gente y caballos, y tan apartados del socorro de la costa, que lo guzgaban imposible de conseguir. Nunca se

mostró tan risueña la fortuna que no reservase algún ceño en la frente, ni el cielo aseguró tan raso la serenidad que con rastros de alguna nube no pusiese en duda la promesa. Pero el animoso don Gonzalo estaba tan ajeno de aquellas consideraciones, que, con la poca gente fatigada que tenía, se aseguraba la conquista de todo un mundo. Tenía grande el corazón, que es el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor los extremos más grandes. Con solos cuatro compañeros rompió por cuatrocientas corazas Carlos Emanuel de Saboya, y acreditó en la universal admiración que no hay compañía en el mayor aprieto como la de un corazón magnánimo. No pongo duda en que este discurso repugnase a los prudentes que siempre se reconocieron en Quesada, pues a su conocimiento no podría encubrírsele la dificultad de conseguir empresa tan grande con los flacos medios que podía aplicarle. Pero los efectos futuros señalan tan claramente las causas que los produjeron, que de los obrados por este caudillo se infieren impulsos secretos, que arrebataron su espíritu (sin discurrir los medios) a facilitar los fines que tenía dispuestos la Providencia. Gobernado, pues, de tan suprema disposición, hizo lista de la gente con que se hallaba, y reconoció por ella constar su campo de ciento sesenta y seis hombres, en esta forma: los sesenta y dos jinetes, doce arcabuceros, quince ballesteros y los demás rodeleros (que los romanos llamaban escudados) y aun de éstos el uno frenético, llamado Juan Duarte, por haber intentado en la jornada reparar el hambre rabiosa que padecía con la carne de un sapo, que desde el punto que la comió perdió el juicio con lástima de todos.

A ese número se redujo el florido ejército de más de ochocientos hombres que por tierra y agua salió de Santa Marta, menos los ochenta enfermos que volvieron con el general Gallegos; y esta corta compañía será la que ponga reyes sobe-

ranos a los pies del más católico, aumente reinos al imperio de los heredados y admire con sus hazañas a las naciones extranjeras, dando nueva reputación a la propia, sin más ayuda que la de sus brazos y la de los sesenta y dos caballos, por haber muerto los demás en la jornada y aplicádose para regalo de los enfermos y alimento de los sanos en los mayores aprietos de las hambres que padecieron; y de esta pequeña tropa de hombres heroicos, los que salieron con cargos de la costa y se hallaron como cabos y oficiales de Quesada en aquel paraje, fueron: Hernán Pérez de Quesada, alguacil mayor del ejército; el sargento mayor Hernando de Salinas, natural de Salinas; Juan del Junco, capitán con futura de general a falta de Quesada; el capitán Gonzalo Suárez Rondón, nombrado en tercer lugar por falta de los dos, natural de Málaga y marido que fue de doña Mencia de Figueroa; el capitán Juan de Céspedes, de Almodobar del Campo, que casó con Isabel Romero; el capitán Juan de San Martín, y los capitanes Lázaro Fonte, natural de Cádiz, que pasó a Quito, donde murió; Pedro Fernández de Valenzuela, que volvió a Córdoba, su patria, y Antonio de Lebrija, a quien dio Quesada la compañía que sacó de Santa Marta Juan de Madrid, por haber muerto en el camino, como dijimos; Gonzalo García Zorro, que llevaba el estandarte real gobernando la caballería, y casó después con Francisca Pimentel; Jerónimo de Inza, capitán de gastadores, y de los que fueron cabos de los bergantines; Antonio Díez Cardoso (cuyo parecer en lo tocante a la guerra prefería a todos), Gómez del Corral y Juan de Albarracín, de quienes trataremos más individualmente cuando lo pidiere la historia, como de los otros varones ilustres que les obedecían, siendo muchos de iguales méritos a los primeros.

Fueron, pues, de éstos, Antón de Olalla, alférez de la compañía de infantería que llevaba el general Quesada y natural de Bujalance; Hernán

Venegas Carrillo, natural de Córdoba, que casó después con doña Juana Ponce de León; Martín Galeano, natural de Valencia, alférez de Lázaro Fonte y marido que fue de Isabel Juan de Meteller; Gómez de Cifuentes, natural de Avila, que casó con doña Isabel de Contreras; Antonio Bermúdez, que casó con doña María de Amaya; Juan Tafur, natural de Córdoba y marido de doña Antonia Manuel de Hoyos; Juan de Torres, casado con Leonor Ruiz Herrezuelo, y ambos naturales de Córdoba; Jerónimo de Aguayo, de la misma ciudad; Hernando de Prado, medio hermano de Juan de Céspedes; Hernán Gómez Castillejo, encomendero que fue de Sdesca; Juan Gómez Portillo, natural de Portillo, en jurisdicción de Toledo, y casado en Carmona con Catalina Martín Pacheco; el contador Pedro de Colmenares, natural de Málaga y marido que fue de doña María de Nava; Juan de Pineda, natural de Sevilla; Pedro Bravo de Rivera, Suárez Sabariego, hermano de Gonzalo Suárez Rondón; otro Juan de Torres, diferente del Juan de Torres Contreras que va nombrado y fue señor de Turmequé; Cristóbal Arias de Monroy, de Almodóvar del Campo, que casó con doña Catalina Siliceo; Cristóbal Ortiz Bernal, de Salamanca, y marido de Ana de Castro; Cristóbal de Roa, encomendero que fue de Sutatenza; Juan de Montalvo, natural de Toledo, que casó con Elvira Gutiérrez y fue el último conquistador que murió en Santafé el año de noventa y siete; Pedro Núñez de Cabrera, encomendero de Bonsa; Baltasar Maldonado, natural de Salamanca, que casó con doña Leonor de Carvajal, hija del señor de la casa y estado de Jodar; Domingo de Aguirre, vascongado; Francisco Gómez de Feria; el licenciado Juan de Lescames, clérigo y natural de Moratilla, en el reino de Murcia, y Fr. Domingo de Las Casas, natural de Sevilla, hombre de buenas letras, de la Orden de Predicadores, y ambos capellanes del ejército; Juan de Quincoses de Lla-

na, encomendero de Furaquira; Hernando de Escalante, Hernando Navarro, Alonso Gómez Hiel y Sequillo, Alonso de Aguilar, natural de Iniesta; Alonso Gascón, Alonso Machado, Alonso Martín Cobo, Alonso Hernández de Ledesma, Alonso Domínguez Beltrán, Alonso Martín, portugués; Antón Rodríguez Cazalla, Antonio de Castro, Antonio Pérez, Baltasar Moratín, Bartolomé Camacho Zambrano, marido que fue de Isabel Pérez de Cuéllar; Benito Caro, Bartolomé Sánchez Suárez, Diego de Paredes Calderón, marido que fue de doña Catalina Botello; Andrés Vásquez de Molina, encomendero de Chocontá; Diego Romero, Diego Montañez, que casó con Ana Rodríguez de León; Diego de Torres, que se avecindó en Pamplona; Diego Martín Iniesta, Diego Sánchez Paniagua, natural de Italia; Esteban de Albarracín, Diego de Segura, Francisco Gómez de la Cruz, que casó con Catalina de Quintanilla; Francisco Gómez de Figueredo, Francisco de Tordehumos, natural del lugar de su apellido y encomendero que fue de Cota; Francisco Salguero, encomendero de Mongua, que casó con doña Juana Macías de Figueroa; Francisco Rodríguez, encomendero que fue de Soracá; Francisco Núñez Pedroso, Francisco Hernández Balleteros, Francisco de Silva, Francisco Fernández, nacido en Pedroche y casado con Isabel de Rojas; Francisco Lozano, Francisco de Montoya, Gonzalo Macías, marido que fue de Juana Moreno de Figueroa; García del Hito, Gaspar Méndez, encomendero que fue de Teusacá; Gil López, soldado de a caballo y escribano del ejército; Gonzalo Fernández Gironda, Juan de Olmos, natural de Portillo, en el condado de Benavente, que casó con doña María Cerezo de Ortega; Juan de Ortega el Bueno, encomendero que fue de Zipaquirá; Juan de Salamanca, Juan Rodríguez del Olmo, Juan Rodríguez Parra, sin hijos legítimos, como el antecedente; Juan Sánchez de Toledo y Melo, Juan de Guémez, casado con Juana Flórez,

que le sucedió en la encomienda de Subachoque; Juan Gómez, Juan Rodríguez Gil, nacido en la villa de Alanis de Sierramorena, que casó con doña Catalina Jorge de Meneses; Juan Gutiérrez de Valenzuela, que se avecindó en Vélez; Juan Valenciano, que se volvió a Castilla; Juan Rodríguez de Benavides, Juan Ramírez de Hinojosa, que se avecindó en Tocaima; Pedro Daza de Madrid, hijo del capitán Juan de Madrid; Juan Alonso de la Torre, Juan Castellanos, Juan Gordo, Juan Bautista Graso, que no tuvo hijos; Juan García Manchado, Juan de Prado, que se avecindó en Vélez; Jorge de Olmeda, Lázaro de la Torre, Gaspar de Santafé, que casó con Beatriz Alvarez; Luis Gallegos, Luis Hernández, que se avecindó en Vélez; Martín Hernández de las Islas, natural de Canaria; Martín Sánchez Ropero, que se avecindó en Tunja; Martín Pujol, Mateo Sánchez Cogolludo, que casó con María Sáenz de Morales; Marcos Fernández, Miguel Sánchez, encomendero que fue de Onzaga; Miguel de Partearroyo, Miguel Seco Moyano, natural de Cabeza de Buey, que casó con Beatriz Osorio y fue encomendero de Agatá; Miguel de Otañez, que se avecindó en Mariquita; Pedro Rodríguez de Carrión, en que mudó el nombre propio que tenía de Sancho Rodríguez Mantilla; Pedro Rodríguez de León, Pedro Ruiz Herresuelo, encomendero de Panqueba; Pedro de Asebo Sotelo, secretario del general Quesada; Periáñez o Pedro Yáñez, que todo es uno, portugués, casado en Canaria con Constancia Rodríguez Hermoso; Pedro Gómez de Orozco, que se avecindó en Pamplona; Pedro García de las Cañas, Pedro de Salazar, que se avecindó en Vélez; Pedro Ruiz Corredor, que se avecindó en Tunja; Pedro Briceño, tesorero que fue de la Real Hacienda; Pedro Sánchez de Velasco, Pedro Gutiérrez de Aponte, marido que fue de Luisa Vásquez; Pedro Hernández, que se avecindó en Vélez; Rodrigo Yáñez, Villalobos, a quien mataron los indios panches; Cristó-

bal de Celada, Cristóbal Ruiz, Cristóbal Rodríguez, primer encomendero que fue de Suesca; Cegarra, que se avecindó en Tunja, y otros de cuya nobleza heredada, que fue mucha, y en muchos de los que van referidos dará razón por extenso, por las noticias que tiene adquiridas con mucho desvelo el secretario don Juan Flórez de Ocariz en los "Nobiliarios del Nuevo Reino", que tiene para imprimir, a que remito en consideración de que sólo tengo a mi cargo tratar de la nobleza adquirida por sus hazañas.

Hecha la lista, pues, y reformados los caballos, es opinión recibida en todo el reino que Gonzalo Jiménez de Quesada, considerando las grandes conquistas que tenía entre manos, y que éstas se debían emprender a costa de los manifiestos peligros que produce la guerra, donde los malos sucesos habían de atribuir a su persona el juicio apasionado de sus émulos, y de las empresas felices se había de llevar la gloria el adelantado don Pedro Fernández de Lugo, de quien, como teniente suyo, gobernaba el campo, y fiado en las experiencias del amor y buen crédito que tenía entre sus soldados (habiéndolos juntado para el intento), renunció artificiosamente el cargo que tenía por nombramiento del adelantado, diciendo no hallarse capaz para gobernarlos en aquella empresa que tan gloriosa había de ser para todos, y pidioles que por elección del campo se nombrase un capitán general a quien todos obedeciesen, pues se hallaban en lance de poderlo hacer, sin faltar a la obligación de fieles vasallos de su majestad, y que él sería el primero que, conformándose con la elección de todos, lo obedeciese como a cabeza suya, siguiéndolo en la jornada hasta perder la vida; y como hay palabras que pidiendo con eficacia persuaden a lo contrario de lo que proponen, oídas por los suyos en ocasión que ninguno podía suplir la falta de tan bienquisto cabo, a cuyas disposiciones estaba acostumbrada su obediencia, comu-

nicaron unos con otros lo que sentían, y en consecuencia de la propuesta fue nuevamente elegido y aclamado capitán general por todo el campo, sin dependencia del gobernador de Santa Marta, aclamación que aceptó con gusto dando las gracias de la buena voluntad que mostraban tenerle. Teníanlos ganados con el agrado: ¿qué mucho lo confesasen con el obsequio? Es más firme sujeción la voluntaria que la violenta, y consíguela siempre el trato afable de los caudillos. En la batalla de Pavía atendió más un soldado a pedirle perdón al marqués de Pescara de no asistirle que al remedio de las heridas de muerte con que se hallaba; y no fue tan adversa la artillería del campo imperial para el rey Francisco, como el denuedo con que los tercios de España pelearon por el amor que al marqués tenían. No tiene un capitán gasto de menos costa que el de la afabilidad, ni el soldado recibe paga de que haga más estimación; y así no fuera de extrañar la resolución de la gente de Quesada en el caso presente, pero que sucediese en la realidad o no, es punto en que podrá cada uno sentir a su arbitrio. Aunque ni Castellanos ni Herrera lo dicen, siendo el primero tan curioso observador de la verdad, lo que consta sólo es (preceda o no la elección) que teniendo junto su campo y puestos los ojos en los acaecimientos futuros, les habló de esta manera:

Háse llegado el tiempo, valerosos españoles y compañeros míos, en que, rota la cadena de los trabajos con que estuvísteis aprisionados en la cárcel de las montañas, veáis en los dilatados espacios de este país cercano el logro bien merecido de vuestros afanes; la multitud de los naturales, aseo y disposición de sus personas, dan claras muestras de las benignas influencias que gozan; la tierra, menos cautelosa que sus dueños, descubre señales de ricos tesoros que depositan sus entrañas al regazo de caudalosos veneros en que cebar la esperanza. Tengo bien experimentado vues-

tro valor en la pronta obediencia con que habéis ejecutado mis órdenes, venciendo abismos de dificultades; y en la ocasión que nos llama quisiera no interponer dilaciones, pues la presteza en los acontecimientos aumenta el temor en los contrarios, a quienes habemos de sojuzgar más con el espanto que con las armas; y éste será tanto mayor en sus ánimos, cuanto lo sintieren más apresurado de nuestra parte. Preguntado Marco Catón cómo había vencido cierta ciudad de España, respondió que caminando en dos días lo que se andaba en cuatro, porque si la prevención es de trueno, la ejecución debe ser de rayo. ¿De qué habrán aprovechado las calamidades si no conseguimos la gloria que la fortuna les facilita? ¿De qué haber librado las vidas cuando tantos buenos amigos han perecido, si no las aventuramos de suerte que nuestro nombre se eternice o una honrosa muerte nos disculpe? No es la multitud de enemigos poderosa a contrastar la fortaleza que libertó el cielo de la esclavitud de tantas miserias. Si el fin de ensalzar el nombre de Cristo es el que mira un valor arrestado, muy por su cuenta corre sacarlo victorioso de mayores peligros. Nunca fueron pocos soldados los buenos, ni muchos enemigos los que guerrean desordenados. Las hazañas que os esperan no serán mayores por el riesgo de obrarlas que las que tenéis ejecutadas en tantos encuentros, y los que supieron salir tan airosos de las primeras poco deben recelar mal suceso en las segundas. Los que de sí desconfían son padrones en que se esculpen las victorias de los contrarios, y los que nada temen cuando la suerte está echada, son galanes de la fortuna a quienes ella corteja con los mismos favores que a Julio César. Esto se entiende siendo forzoso abrir el camino con las armas; pero no siendo preciso el empeño, es desacuerdo que reprueba la prudencia ocasionar el combate pudiendo conseguir el fin por medios más suaves. De los mayores aciertos fue me-

dianera la paz y el agasajo, conveniencias entrambas que aun los más bárbaros apetecen. Y, pues, tanto importa reconocer estos indios, sano acuerdo será intentarlo con halagos sin llegar a rompimiento antes de hallarnos ocasionados. Si nos conciben hombres no excusarán la comunicación; y si con las obras desmentimos lo racional, perderán la vida en tan natural defensa, haciéndonos los primeros males con la ocultación de sus propios bienes. De suerte que lo más conveniente será siempre asegurar la caza con arte y sujetar estas naciones con maña, ya que la fortuna al parecer de quien la teme imposibilita conseguirlo por fuerza; y si a los medios pacíficos correspondieren sencillos, no faltando a lo pactado, nos haremos superiores guardando palabra; pero si desestimaren nuestro agasajo, no excusaré aventurarme hasta que lo veneren.

CAPITULO IV

MARCHA QUESADA POR LA PROVINCIA DE VELEZ, PASA A GUACHETA Y DE ALLI A SUESCA EN DEMANDA DE BOGOTA, CON ASOMBRO GENERAL DE LOS INDIOS

CONFORMES todos con el parecer de su caudillo, prometieron seguirle obedientes, y determinado a salir de aquel sitio el día siguiente, pasaron la noche en vela sin disparar arcabuz ninguno, por el temor que podían concebir los indios, que esperaban de guerra a la falda de la sierra, remedio que tenían reservado para los últimos trances y que entonces acarreara inconvenientes para la pretensión que intentaban; y así, habiendo amanecido dispuesta y bien ordenada la infantería, dio principio a su marcha, y como dice el mismo Quesada al capítulo cuarto del primer libro de su "Compendio Historial", empezaron a bajar de la cumbre más inmediata a la tierra llana, a los dos de marzo del año en que vamos de treinta y siete, lo cual se compadece mal con lo que afirman otros por discurso y presunciones, de que por abril de dicho año salió de Santa Marta el ejército, que ya reducido al corto número que va referido, iba descubriendo a cada paso infinidad de naturales, que por aquellos dilatados campos ocurrían en tropas, asombradas de ver hombres extraños en sus tierras, y crecíales la admiración con ver la caballería, pareciéndoles que jinetes y caballos eran animales formados de sólo un cuerpo: y esta ruda opinión, que difundieron de la monstruosidad que fingían, se fue recibiendo por toda la tierra, sin que pudiese persuadirles lo contrario su discurso; antes de ver

correr los caballos afirmaban en comprobación de lo primero que volaban por el aire aquellos monstruos y por no verlos se dejaban caer en tierra, cerrando los ojos de temor del riesgo, o se quedaban absortos y pasmados como si fueran estatuas de hielo y por la vista recibieran los últimos apremios de la muerte.

Los incansables españoles, mientras esto pasaba con los indios, iban tan desfigurados, pálidos y flacos por causa de las enfermedades padecidas y de que aun no estaban libres, que por ellas y el desaseo de sus personas, con dificultad pudieran ser conocidos de los que los vieron salir de la costa, porque muchos tenían los trabajados cuerpos casi del todo desnudos; otros, si llevaban calzas, carecían de jubón, o si camisa (de quienes había muy pocos), no tenían sayo y otra cosa alguna con que cubrir las carnes, y en fin, lo que se miraba en todos era una desventura general casi imposible de reducir a la pluma; pero cosa espantosa y digna de referirse, que no quince días cabales después de entrados por aquellos tierras, y sin la espera del curso de tiempos, que suele preceder para la convalecencia, se hallasen todos sanos, blancos y rojos y con tal fortaleza de ánimo y cuerpo como si no hubiera pasado achaque alguno por ellos, efecto que asimismo se vio en los caballos para el recobro de la lozanía que habían perdido en las montañas, tan faltas de forraje, y dentro del mismo término quedasen todos vestidos y sin que les faltase cosa alguna para su adorno y abrigo, causado lo primero de los buenos aires, sanidad de la tierra y abundancia de sus mantenimientos, y procedido lo segundo de la mucha cantidad de ropa que se encontraba a cada paso, aunque toda de algodón, porque hasta entonces ni hasta después de algunos años se vio lino ni lana en aquellos países; pero las mantas que de él se tejen son tan ricas y curiosas en su género y de tan buenos colores (sin lo negro y blanco, que se tiene por lo

más ordinario), que pudieron suplir aventajadamente la falta de arreo que los españoles llevaban.

Esto sabido para conocimiento de la tierra y volviendo a la primera entrada, de que vamos tratando, fue bajando todo el campo junto lo mejor que se pudo, de la elevada cumbre hasta poner los pies en el umbral de aquellas provincias, que después conquistaron sus manos; y aunque gran muchedumbre de indios se había convocado a la defensa, estaba retirada a uno de los costados del camino que dejaron libre por abrigarse de una población que tenían cercana, y fortalecerse, como lo estaban, con una quebrada profunda (que llaman Calas o Caletas los españoles que militan en Africa). Era dicha quebrada difícil de atravesar, por la aspereza y profundidad que tenían para la subida de la una y de la otra banda; y así pareció a Quesada parar sobre ella a vista de los enemigos que tenía de la otra parte, hasta reconocer la tierra. Y asentado su real, como a las tres de la tarde dieron principio los indios al rumor y guazabaras que acostumbraban, arrojando al campo español gran cantidad de flechas; pero no despedidas con arco, sino con aquel jaculillo que dijimos en el capítulo segundo del primer libro y haciendo vana ostentación de lanzas y macanas, que esgrimían desde la otra banda de la quebrada, continuando aquella grita, que no solamente duró lo restante del día sino hasta la media noche, en que cesó totalmente con admiración de Quesada y su gente, que se levantaron a rondar de nuevo y considerar el silencio que había sustituído en lugar de tan confusa vocería, y por ser la causa nacida de un acaecimiento digno de historia indiana, no será despreciable la curiosa atención de los lectores.

Fue, pues, el caso, que entre los caballos que en el real venían y andaban sueltos por el campo para pastear hasta el otro día que se recogieron para marchar (estilo muy diferente del que se practica en las guerras de Europa por la falta de forraje), había dos a quienes se les antojó retozar

como lo acostumbraban, o pelear instigados del celo que pudo causarles la compañía de algunas yeguas que había entre ellos, de que resultó que el uno de ellos, reconociendo ventaja en su contrario, echase a huir por aquellos contornos, siguiéndole el otro; y como semejantes risas las hacen con coces y relinchos y por librarse el que iba de vencida bajase por la quebrada y subiese a la ribera de la otra banda siempre acosado de su enemigo, sucedió que entrasen ambos, uno en pos de otro, por los cuarteles de los indios, que ajenos de semejante espectáculo como el que se les representaba (a los rayos de la luna que hacía entonces) de dos animales a su parecer tan feroces, sin aguardar a discursos sueltan las armas, desamparan el puesto y echan a huir por aquellos campos, unos a una parte y otros a otra, sin que pareciese más indio en toda aquella comarca de cuanta multitud se había visto.

Todo lo cual se supo a la mañana con la certidumbre, porque pasando al alojamiento que tuvieron los indios, hallaron los caballos en aquella misma parte; lo cual, junto con la noticia que dieron las guardas del campo de la hora y tiempo en que los vieron pasar relinchando, manifestó la obligación en que estaban los españoles por haberles excusado la batalla del día siguiente, y quizá otras muchas, y contemplando bien el suceso, no por él se deben reputar los indios como cobardes, pues parece que lo mismo hicieran los nuéstros, y otros de cualquiera nación que haya en el mundo, si no hubieran visto semejantes brutos ni otros iguales en la grandeza del cuerpo; y es cierto que viéndose de repente asaltados de animales tan extraños, no vistos jamás por ellos, ni oídos por carecer de escrituras y de contratación con otras naciones de reinos en que se criasen, no fue mucho que huyesen. Al retozo de un cohete que entró por una ventana, se descompuso la majestad de un rey de Francia y la altivez de un príncipe de

Borgoña, sin que los efectos del sobresalto amancillasen la entereza de Luis el Onceno, ni a Charles quitasen el renombre de atrevido. Y si al haber cejado los romanos a la vista de los primeros elefantes que pusieron pie en Italia, no les quitó el crédito de los más políticos y guerreros, justamente deben disculparse los indios de Vélez, pues mas debe su retirada atribuirse a la admiración, hija de la ignorancia, que a temor nacido de la pusilanimidad.

De este asiento se levantó el campo al otro día, entrándose más por aquellas tierras, y de esta suerte caminaron hasta encontrar con el río Sarabita, que por haber arrebatadamente llevádose un caballo del capitán Gonzalo Suárez Rondón, que con industria y ayuda de sus amigos lo escapó del riesgo, llamaron río de Suárez, y es el que al presente corre con furioso ímpetu, cercano a la ciudad de Vélez; y por ser paso forzoso de aquella provincia para comunicarse con otras, ocasionó muchas desgracias de indios y españoles que se ahogaron en sus corrientes, hasta que el doctor Venero de Leiva, presidente del Nuevo Reino, y Juan López de Cepeda, que después lo fue de Chuquisaca, mandaron fabricar un puente de madera sobre estribos firmes de cal y canto que se conserva en utilidad de aquellos países. El esguazo del río era tan peligroso para los españoles, y los sitios del camino tan fuertes por naturaleza, que si en ellos hubieran aplicado los indios muy corta defensa, con facilidad se hubiera impedido la entrada de aquellos primeros conquistadores de su provincia; pero estaban tan decaídos los ánimos y bríos de aquellos bárbaros con el espanto de tantas novedades juntas, que aun aliento no tenían para mirarlos al rostro; y así solamente se detuvo el campo aquel tiempo que le sirvió de embarazo la corriente del río, hasta que, vencida con industria y valor, llegaron a un lugar medianamente poblado que se decía Ubazá, y solamente

conserva hoy el nombre de una quebrada que pasa por sus contornos.

De esta población se habían retirado los vecinos porque la fama que corría de los extranjeros (como acaece en muchas partes y es común estilo de bárbaros), se aumentaba con nuevas fábulas que añadían, afirmando ser monstruos feroces y voraces, cúyo aliento era de carne humana de los que su crueldad despedazaba. No era esta opinión la que pretendían ganar los españoles, y hubiérales salido muy costosa, si al temor con que se retiraban los indios juntaran la industria de levantar los víveres; pero olvidados de esta hostilidad, que siendo la más grande, suele tener por autor al miedo, se dejaron en Ubazá ocho venados muertos, que a los nuéstros sirvieron de razonable alivio para sus fatigas, y les avivaron las esperanzas de conservarles abastecidos con las muestras de que en el país abundaba la caza de venados, conejos, codornices y otras aves a que podía apelar su necesidad en los mayores riesgos. Pasada la noche y entrado el siguiente día, fueron marchando por las grandes poblaciones de Sorocotá, desiertas ya todas de moradores con la ocasión misma que las primeras, aunque bien proveídas las casas de semillas de maíz (bien conocido en Galicia y Montañas), fríjoles, turmas o papas blancas, moradas y amarillas, común refugio y regalo de aquellas regiones y no mal visto de las extrañas que lo experimentan. Considerado, pues, el buen temple del sitio, abundancia de víveres, forraje y grano para los caballos, acordó el general Quesada detenerse allí cuatro días, que salieron bien costosos a sus soldados, pues queriendo marchar al fin de ellos, se hallaron impedidos de los pies de tal suerte que no podían moverse, a causa de que en aquellos sitios se cría un género de pulgas algo menores que éstas de España, las cuales se entran en las carnes, especialmente en los dedos de los pies, por la parte que se juntan las uñas, donde crecen

hasta ponerse algunas tan grandes como garbanzos pequeños, causando un dolor y escocimiento insufribles todo el tiempo que allí se detienen, de que se origina imposibilitarse los hombres de caminar hasta que las saquen. Y como los dolientes ignoraban la plaga, no supieron aplicar el remedio siendo tan fácil, hasta que algunas mujeres bárbaras de las que en aquellas poblaciones encontraron, entendida su dolencia por señas, se acomidieron a sacarlas con las puntas de los topos, no sin dolor grande de los más achacosos, pero la pena sirvió desde entonces para entrar en las casas cautelados y guarnecidos de calzado y medias, que defendiesen la entrada de las niguas, que así las llaman.

Restituídos todos con el remedio a su primer estado de sanidad, hicieron muchas diligencias con templanza y recato, solicitando hallar a los vecinos de aquellas ciudades; y habiendo recogido hasta cuatrocientos hombres y mujeres de diferentes edades, les dieron a entender por señas y halagos que no era su entrada en aquella tierra para hacerles daño, sino para tenerlos por amigos, y que así lo tuviesen sabido. Y dejando los más en sus casas y llevando algunos por cargueros (oficio a que ellos mismos se imponen desde pequeños) prosiguieron su marcha, dejando las campiñas de Sorocotá, nombradas del valle de San Martín, y bajando al pueblo de Turca, poco distante, a quien llamaron Pueblohondo por estar fundado en la profundidad que hacen unos montes que por todas partes lo cercan, hallaron gran copia de telas y mantas de algodón, algún oro y lo que fue más, las noticias del poderoso rey de Bogotá, principio que les puso más vivas espuelas para apresurar los pasos penetrando lo más secreto de aquellos países; y así, al día siguiente salieron para Saquenzipa, principio por aquella parte del reino del Tunja, de donde las guías maliciosamente lo desviaron, o por atender a la sal que

les iban mostrando para que los guiasen donde la había, los condujeron a Guachetá, ciudad populosa, a quien llamaron San Gregorio por haberla entrado en su día, de donde, con la noticia anticipada que tuvieron sus moradores, se habían retirado y fortalecido en unas altas peñas y riscos a vista de sus mismas casas y de los españoles, sin dar señal alguna de hostilidad, antes bien, por la relación que les habían hecho del furor sangriento de los forasteros y monstruosidad de los caballos, se hallaban más dispuestos a la fuga que a la contienda. Pero viendo el sosiego con que entraron en su ciudad, sin usar de aquellas destemplanzas que tenían concebidas y suele producir el orgullo inconsiderado de la gente de guerra, les pareció que las noticias que tenían no eran conformes a las obras que experimentaban.

Animolos este discurso a emprender su desengaño, y para no quedar dudosos entre la sospecha y el error de que comían carne humana los forasteros, dispusieron que dos indios llevasen otro anciano, y a vista de los españoles lo dejasen junto a una hoguera que para el intento encendiesen, dando vuelta apresurada a su retiro, como lo ejecutaron. Pero los españoles, sospechosos de que la intención era de que lo sacrificaran y comiesen, fueron a la parte en que estaba el miserable indio, y dándole un bonete de grana y algunas cuentas, lo pusieron en libertad, de que, admirados los gachetaes y pensando que por viejo no habían querido comerlo, arrojaron por la cuesta abajo dos o tres niños quitados de los pechos de sus madres, permitiendo el cielo que ninguno muriese y que a las voces de Pericón el faraute se templase tan bruta resolución, reduciéndola por último a enviar desde el lugar en que estaban un hombre y una mujer con las manos ligadas, y juntamente un venado para que por la elección que hiciesen del presente, conociesen ellos el apetito que los gobernaba. Pero reconocido el intento por los es-

pañoles, que no lo pudieron prevenir más de su gusto, aceptaron el venado repartiéndolo entre todos, y poniendo en libertad al indio y a la india les dieron a entender por señas que volviesen a los demás y dijesen que ellos no comían hombres ni iban a ocasionarles daño alguno, sino a defenderlos y ampararlos de los enemigos que tuviesen, y así podían con toda seguridad volver a sus casas. Los guachetaes, que estaban a la mira y no perdían acción de las que ejecutaban los españoles, entendida la embajada desecharon el miedo y desamparando los riscos admitieron la paz que les ofrecían, siendo éstos los primeros que voluntariamente la abrazaron en el Nuevo Reino de Granada y la conservaron aun cuando más ocasionados se vieron de la inquietud de otras naciones; y por muestra de ella hicieron al general un presente de algunos tejos de oro y ocho o nueve esmeraldas buenas, aunque pequeñas, que fueron las primeras que vieron los nuéstros en aquel reino, de que, admirados, se miraban unos a otros, hasta que, advertidos de su general por señas, remitieron al disimulo lo que pudiera engendrar reparo en los indios. Al siguiente día por descuido de un vecino de aquella ciudad, se prendió fuego en su casa, y antes que se dilatase la llama de suerte que el daño creciese por la cercanía que las casas tenían unas con otras y estar cubiertas de paja, acudieron los españoles al reparo, que por su buena diligencia tuvo efecto, beneficio que los indios reconocieron con muestras de agradecimiento, y les dio crédito a los españoles para que la opinión que hasta allí había corrido de crueles parase en la de piadosos, divulgándose por las ciudades de la comarca.

Dejada en paz la de San Gregorio o Guachetá, pasaron a la de Lenguazaque, cuyos vecinos estaban también ausentes y retraídos en los montes y riscos, pero habiendo tenido noticia de todo lo acaecido en Guachetá, les salieron de paz al ca-

mino con muchos presentes de oro y esmeraldas, venados, curíes, raíces y semillas de que se alimentan, y telas de algodón de diversos colores que para el reparo del frío que ya sentían fueron bien recibidas de los españoles, quienes daban en recompensa de tal beneficio algunas demostraciones de que sus dádivas les eran gratas, y serían firmes en guardarles amistad perpetua. Y en la misma forma fue prosiguiendo el campo por Cucunubá, siempre asentando paces con los pueblos circunvecinos y recibiendo el mismo género de presentes en más o menos cantidad, según la calidad de los caciques, hasta llegar al asiento de la grande y famosa ciudad de Suesca, emporio que fue de los Estados del Guatavita, donde fueron bien recibidos y hospedados, y donde acudieron de varias partes de los confines muchos hombres y mujeres a ver la gente nueva, y darles de las cosas más estimadas en sus tierras; y sucedió a uno de los que iban con este intento, que yendo encaminado a las casas en que estaba alojado el campo, con dos mantas de algodón de presente, poco antes de llegar a ellas encontró con un soldado llamado Juan Gordo, hombre aunque humilde fuerte y valeroso para cualquier trance; éste, pues, con intención de aprovechar la carne de un caballo que había muerto poco antes de llegar a Suesca, volvía a buscarle; y como el indio que llevaba las mantas reconociese que el español iba a encontrarse con él, púsolas en el camino y desviose de él poca distancia, cortesía que vio por comedimiento hasta tanto que el español pasase, pero Juan Gordo, persuadido de que la demostración era presente que le hacía de las mantas, no siéndole posible sospechar que de aquella acción pudiese resultarle daño alguno, recogiolas y fuese con ellas a ejecutar el intento que llevaba. En el ínterin, sentido el indio del despojo de sus mantas, fuese al general Quesada y diole su queja representándole el robo que le había hecho uno de sus soldados, que oída por él dio orden a Villalobos, su alguacil o fu-

rriel de campo, para que pusiese en prisión la persona que el indio señalase. Preso Juan Gordo, dio sus descargos, refiriendo el suceso sin ficción alguna, y con muchos terceros que se interpusieron para discurparlo, pero sin fruto, porque lo condenó a muerte, que luégo fue ejecutada con sentimiento general de todos. Debiose de persuadir el general Quesada a que sería conveniencia para el intento de ganar los indios y poner freno a su gente, la ejecución de un castigo tan ejemplar, buen discurso si lo apoya el derecho, y debiolo de fundar en él quien lo hizo, pues no ignoraba las leyes ni la falta que un soldado haría donde todos eran tan pocos.

Ejecutada la muerte de Juan Gordo, que sólo sirvió de lástima a los españoles y de borrar en los indios el concepto que habían formado de que eran inmortales, marchó el campo a distancia de una legua hasta Nemocón, pueblo que llamaban de la sal por las fuentes salobres que tiene, como los de Zipaquirá, Tausa y Guachetá, y era la granjería de más interés que tenían en sus comercios, por ser en aquellas partes los mercados adonde acudían a comprarla de todas las demás provincias y ser la más suave que se halla en las Indias, y se labra llenando del agua de aquellas fuentes ciertas vasijas de barro grandes y medianas que llaman múcuras y moyas, donde (puestas al fuego) se condensa el agua y cuaja en panes que pesan a dos y tres arrobas más o menos, según la capacidad de los vasos, que solamente sirven una vez, porque, unidos con la sal, es preciso romperlos para dividirla. Desde que llegaron a Nemocón ya se descubrían los dilatados y floridos campos de Bogotá, en que se veían populosas ciudades de tan soberbios y vistosos edificios, y con tal majestad fabricados, que de lejos representaban un bien ordenado número de palacios o castillos, por cuyo respeto llamaron luégo aquel país el Valle de los Alcázares. Sobresalían, además de lo referido en muchas partes, mástiles gruesos, altos y dere-

chos, embarnizados de vija y en la parte superior gavias que figuraban las de galeones, tan vivamente que, miradas de lejos, no encontraban diferencia los ojos, y dentro de ella gran cantidad de oro que, a entenderlo entonces Quesada, fuera mucha la presa, aunque después que llegó a su noticia fue bien considerable, y la causa de haber tantas y en la forma referida, diremos adelante.

CAPITULO V

ENTRA QUESADA EN EL VALLE DE LOS ALCAZARES, ROMPE EL EJERCITO DE LOS UZAQUES, PASA A BOGOTA, DESAMPARADA DEL ZIPA, SAQUEALA CON POCA PRESA Y DETENIDO EN ELLA, LO SITIAN LOS INDIOS HASTA QUE, POR ORDEN DE SU REY, SE SOSIEGAN.

CON la facilidad que la admiración se introduce por los sentidos con la ocasión de representárseles cosas extrañas, con la misma desecha el ánimo espantoso, cuando la continuación de la vista las va calificando por comunes; y así aquellos bárbaros, que a los principios no osaban de amedrentados abrir los ojos para ver a los españoles, en llegando por la comunicación y trato a desengañarse de que el caballo y el jinete eran sujetos distintos, y de que todos ellos eran mortales, como se reconocía por el fin violento de Juan Gordo y por las señas de flaqueza y amarillez con que llegaron a Vélez, fueron perdiendo los temores que tenían concebidos, y divulgando que eran hombres puros tan sujetos como ellos a los vicios y miserias humanas, y que los caballos que regían eran venados grandes llevados de otras partes para servirse de ellos en las ocasiones que se hallaban fatigados, y volviendo en sí de los pasados sustos y en confianza de su valor antiguo, se determinaron muchos de los principales a probar hasta dónde llegaba el esfuerzo de aquellos pocos peregrinos que ya marchaban con poderoso bagaje y criados que les sirviesen. Presumiose después que la orden con que se movieron fue del Zipa Thysquesuzha, por ser quien gobernó la batalla su general Saquezazipa, para

sacar de la prueba la resolución que debía tomar antes de llegar a su corte el campo de los españoles o para recibirlos con guerra abierta o con engañoso trato.

Echada, pues, la suerte, los dejaron pasar de los términos de Zipaquirá (atravesado el valle desde Tibitó), y no atreviéndose a embestir cara a cara, salieron a romper con ellos por las espaldas más de cuarenta mil indios, y entre ellos quinientos uzaques de los más experimentados y prevenidos para combates. Llevaban por delante diferentes cuerpos de hombres muertos, enjutos y secos, que a lo que después se supo debieron ser cuando vivos hombres afortunados en batallas, como que en virtud de ellos esperaban alcanzar victoria en la que tenían presente, o para que, representándoles a la vista las hazañas que obraron, engendrase en ellos la emulación espíritus con que imitarlos, a la manera que en las crónicas de España se refiere algo del cuerpo embalsamado del Cid Rui Díaz, o como de la pretensión vana de Carlos de Gontaut refieren las historias francesas. Así, pues, con los cadáveres por delante y muchos idolillos de oro, que debían de ser sus dioses penates, pendientes del cuello, acometieron con gran brío a la retaguardia en que iban Céspedes, Venegas, Colmenares, Juan Tafur, Baltasar Maldonado y otros buenos jinetes e infantes, que visto el acometimiento y que los primeros avances los ponían en precisa necesidad de defender las vidas, volvieron las caras al encuentro, chocando con aquella bárbara muchedumbre con tal resolución que, ayudados de treinta caballos y del campo raso en que estaban, rompieron por diferentes partes el ejército bien ordenado de los bogotaes, atropellándolos con furia espantosa y haciendo cada jinete ancho camino por donde acometía, y todos juntos mortal estrago con las lanzas, que, libres de reparo, no malograban golpe, con que en breve tiempo se vio perdido el valeroso escuadrón de los uzaques y reconoció Saquezazipa su pretensión erra-

da en la desigualdad de los combatientes, pues, atemorizados los suyos de perder las vidas y no cuidando de sacar de los recientes cuerpos muertos a los que llevaron por guías, tocaron a retirada, con que se halló obligado a seguirlos hasta valerse del abrigo de algunas lagunas o chucuas que hace el río Funza, y poco después de una fortaleza en Cajicá, que llamaban Busongote, siguiéndolo siempre la caballería cebada en el alcance hasta poner cerco a la fortaleza; pero reconociendo que en una colina poco distante se descubría infinidad de gente, se determinó a desamparar el puesto y recogerse a paso largo a su ejército, que marchaba con aviso y bien ordenado, y por la imprudencia que tuvieron los jinetes en seguir mal recatados el lance, luégo que alojaron los mandó poner en prisión el general; mas como eran los presos de los más principales soldados de quienes se fiaban las cosas arduas, y se interpusieron otros caballeros aprobando haber sido conveniente seguir el alcance, suspendió la orden.

Pasado el enojo y más reportado Quesada en su presencia, les propuso con disimulación cuerda los aprecios que hacía de sus personas y de las que calificaban su arrojo por conveniente, pues no hacía demostración que reportase en lo venidero las temeridades de que suele originarse la pérdida de todo un campo; que mirado el poco número de los que componían el suyo, sólo podía reducirlos a menos la desunión en los combates; que los enemigos eran muchos aun estando amedrentados, y el peligro los tenía ya en estado de no dividirse para poder, unidos, asegurar la defensa; que no tantear y medir los riesgos era el primer paso para caer en ellos; y la propia confianza y menosprecio del enemigo, dos cuchillos con que se priva de la seguridad el imprudente, pues no puede ser militar disciplina la que no enseña recatos y avisos con pena de muerte; que para lo futuro tenía por medio eficaz de la convocación de todos hacerles notorio que no dispensaría en

lo riguroso del castigo con cualquiera que faltase a las leyes de milicia, pues de quebrantarse una resultaron siempre daños comunes a los más obedientes; que aunque su experiencia militar no era la que pedía el puesto, con todo eso, por lo que había observado en las acciones de los mismos con quienes hablaba, tenía ya reglas para gobernarlos con prudencia, siendo la primera el no obrar tan pagado de su dictamen, que despreciase los aciertos que influyen las consultas, razones todas que, dejándolos satisfechos y gustosos, esculpieron en la memoria, para no disgustarle en lo que adelante se ofreciese.

Pasó el campo toda la noche en vela, siendo el mismo general el primero que asistió a ella para enseñar que las obras del superior no deben andar reñidas con las palabras, y al tiempo que el sol comenzaba a rayar por aquellos horizontes, levantó su real encaminándolo a la fortaleza de Cajicá, adonde se habían retirado los indios que acometieron la retaguardia, que todos eran de los en que más fiaba su persona el Zipa, el cual se hallaba a la sazón dentro de la misma fortaleza, y viendo que volvían destrozados y vencidos por el campo español, dispuso luégo retirarse a Bogotá, desamparando aquel famoso alcázar de Busongote, fabricado en el corazón del pueblo de una cerca de cañas entretejidas y maderos gruesos tan fuertes, que sólo podían rendirse al fuego; su altura era de quince pies y tenía por la parte superior para defensa del sol y del agua un toldo de tela tupida de algodón de cinco varas de ancho y de tanta longitud cuanta era necesaria para dar vuelta a la cerca del edificio, que sería como de dos mil varas. Dentro de la cerca se comprendían muchas casas grandes, que entonces estaban llenas de varias municiones y pertrechos de guerra, como son: macanas, dardos, hondas, tiraderas, maíz, fríjoles, papas y cecinas, y otros preparamentos y bagajes; porque (como se dijo al fin del libro segundo) tenía el Zipa Thysquesuzha toda

la prevención hecha para la guerra de Tunja y para la jornada que después intentó por ver a Furatena, al mismo tiempo que los estandartes católicos entraron victoriosos en su reino.

Llegados a la fortaleza o casa de armas los españoles, con facilidad se hicieron dueños de ella y de cuanto tenía dentro, donde se alojaron a su placer, así por la majestad de los edificios como por tener a discreción los alimentos, cuya abundancia en pocas horas desestimaron, no hallando señales de riquezas que conformasen con las noticias que llevaban de las muchas que poseía el rey de Bogotá. En tan breve tiempo descubre su instabilidad la inclinación humana, pues aquellos mismos que poco antes dieran por un pedazo de pan todas las riquezas del mundo, cuando se vieron con el bastimento a rodo, malcontentos de su fortuna, la maldecían, teniendo la falta de riquezas por última de las infelicidades, dando a entender bien claramente en su tristeza los motivos con que emprendieron conquista tan ardua (si éstos fueron tan lícitos como debemos pensarlo) o el ansia con que los hombres intentan mezclar entre las ocupacianes de la virtud el interés de las conveniencias temporales. Encontraron las andas del Zipa, pero advertidamente desnudas del oro y piedras con que estuvieron guarnecidas. La fuga impensada no le permitió caminar en ellas con la majestad que solía; y el monarca, que poco antes no reconocía igual, ya caminando a pie no se diferenciaba de los más comunes; reconoció, como sagaz, por las acciones de los extranjeros (de que tenía especiales noticias), que todo su anhelo era por la plata y oro, y pareciéndole que no encontrándolos en su reino lo desampararían, puso en cobro sus tesoros, y debió de ser en parte tan oculta, que hasta el día de hoy no se ha encontrado con ellos, ni entonces se halló quién diese de ellos noticia, de que se infiere haber muerto a los esclavos que los cargaron, reme-

dio el más eficaz de que usaban aquellos bárbaros para asegurar el secreto que les convenía.

Los españoles, empero, persuadidos de que el alcázar en que estaban alojados, por ser destinado para las armas, no quitaba las esperanzas de hallar los tesoros que buscaban y que éstos debían estar en el palacio del Zipa que tenía en su corte y cabeza del reino, alentaron su desconfianza aguardando para entonces el logro de sus deseos. Allí se destuvieron ocho días asentando paces con muchos indios comarcanos, que ya persuadidos a que los españoles verdaderamente eran hijos del sol y la luna, enviados del cielo para castigar sus pecados, se fueron en procesión a Busongote cargados de braseros, y poniéndolos delante del general Quesada echaron en ellos cierta resina que llaman moque, para incensarlo, cantando al mismo tiempo himnos en que le pedían perdón del atrevimiento pasado, que fácilmente se les concedió dándoles algunas cuentas de vidrio y otras cosas livianas de Castilla, que sirvieron de anzuelo para acudir a verlo otras muchas veces con presentes de mantenimientos, joyas de oro, esmeraldas y telas de algodón aventajadas a todas las demás que habían visto. Luégo siguieron su marcha descubriendo por aquellas fértiles dehesas tantas ciudades, que se les representaban innumerables los edificios de ellas, porque a los de las poblaciones se añadían las casas de campo, quintas y retiros que al contorno de los pueblos usan tener los indios más principales. Divirtiólos mucho el considerar la acompasada fábrica de los grandes cercados que tenían los caciques o gobernadores puestos por el Zipa, pues, además de la curiosidad con que se habían labrado, procedía de cada cual de los cercados una carrera o calle de cinco varas de ancho y media legua más o menos de longitud, tan nivelada y derecha, que aunque subiese o bajase por alguna colina o monte, no discrepaba del compás de la rectitud un solo punto, de las cuales hay rastros hasta nuestros tiempos, aunque ya

no las usan. Y en el pueblo de Tenjo, en el sitio de El Palmar, está una carrera bien derecha que baja de lo alto del monte hasta el mismo lugar, en que había dos palmas bien elevadas y coposas, de cuyas raíces nacía una hermosa fuente, que por haberse tenido noticia del respeto con que las veneraba la idolatría de algunos indios, fueron cortadas el año de 1636 o 37, por orden de don Francisco Cristóbal de Torres, arzobispo del Nuevo Reino.

Estas carreras o calles eran entonces los teatros en que celebraban sus fiestas con entremeses, juegos y danzas al son de sus rústicos caramillos y zampoñas, ostentando cada cual su riqdeza en el aseo de plumas, pieles de animales y diademas de oro, y cuando ya llegaban al remate de la carrera hacían ofrendas a sus ídolos, no sin gran desperdicio de sangre humana, pues para este fin ponían sobre las gavias de aquellos mástiles que referimos al capítulo antecedente, alguno de sus esclavos vivo y ligado, a quien, disparando los de la fiesta muchas tiraderas, lo maltrataban y herían hasta quitarle la vida desangrándolo, con el fin de que la sangre cayese sobre muchas vasijas que diferentes dueños ponían al pie del mástil, y con la que recogían aquéllos que tenían suerte de que en las suyas cayese, coronaban la ceremonia de su sacrificio ofreciéndosela al demonio, y se volvían (con el mismo orden y forma de los juegos y danzas que llevaron) a la casa y cercado del cacique, de donde tenía principio la carrera, el cual los despedía con muchos favores de palabra, alabando en algunos la gala, en otros la destreza y en todos el buen celo.

Mas, volviendo a nuestros españoles, siguieron su ruta hasta entrar en el principado de Chía, origen fundamental del reino de Bogotá, según tradiciones antiguas de aquellos pueblos, y donde, como en patrimonio que gozaba desde pequeño, asistía el príncipe heredero hasta que se llegase el tiempo de entrar en la posesión del reino, esti-

lo que aun en los tiempos presentes permanece, donde se detuvieron por la obligación en que los puso el tiempo de semana santa y pascua, que celebraron devotos, aunque por el poco agasajo que hallaron en el príncipe de Chía, que se había ausentado, y el mucho con que fueron llamados de los caciques confinantes, que vivían disgustados del soberano dominio de Thysquesuzha, pasaron sin detenerse más a buscarlos. Estos fueron el de Suba y el de Tuna, que salieron a recibir el campo español con todas las señales de un cortejo magnífico y de una sincera voluntad, confirmando las demostraciones y señas con que se explicaban, con muchas joyas de oro y esmeraldas que les dieron, alojándolos en sus casas con todo el regalo que se hallaba en sus tierras, afecto que siempre tuvieron a los españoles, sin dar muestras de cauteloso trato. Ya en este tiempo eran muy repetidas las embajadas que del Zipa al general y del general al Zipa se continuaban por medio de Pericón, que bastantemente había aprovechado en el idioma, pretendiendo cada cual engañar a su contrario, pues si de parte de Quesada se pedía el asiento de una paz verdadera, para parecer en su presencia a darle cuenta del fin de su entrada en aquel reino, era con el fin de asegurarlo para que no se le fuese de las manos, como lo recelaba de los temores en que lo había puesto, y si de parte del Zipa se respondía sin resolver fijamente a sus propuestas, era con pretensión de que se fuesen deteniendo los españoles con la esperanza de conseguir paces, mientras él con toda especialidad se informaba del número de la gente, de cuántos eran los caballos y perros, de las acciones que obraban unos con otros y de otras particularidades, que por ocultas que acaeciesen en el campo español llegaban a su noticia por medio de los espías que tenía para ello, de que no sabían librarse los nuéstros, respecto de haber tenido arte para ir introduciéndolos con ricos presentes que llevaban en su nombre y tiempo que pedían para esperar lad

órdenes de su rey. Pero ni regalos ni agasajos pudieron detenerles el apresurado curso que los llevaba a Bogotá: tal era la fama de las riquezas y tesoros del Zipa, donde a su satisfacción pensaban apagar la sed, que sin cansarlos les fatigaba. Y así, el siguiente día descubrieron los majestuosos alcázares de la casa y cercado del Zipa, cuya grandeza en su género de fábrica podía competir con los palacios más célebres, y las particulares casas de aquella población, corte de Bogotá, excedían a los demás edificios de todo el reino; y así creciendo el ansia de ocuparlos, cuanto más los ojos se los figuraban al colmo de sus deseos, apresuraron el paso con tanta velocidad que más parecía carrera que marcha, y entrando por la ciudad sin detenerlos novedad alguna, tomaron las puertas del cercado desamparado de gente, y en él fue tan contrario el suceso a la esperanza, que no hallaron dentro seña ni rastro de riqueza alguna, experiencia que presto tuvieron en las demás casas y templos, aunque eran muchos los santuarios públicos y comunes que tenía la ciudad, sin los particulares que tenían en las casas según sus devociones, porque avisado el Zipa del designio de los españoles, en penetrar el reino hasta su corte por codicia de sus tesoros, y bien desengañado de su valor por el encuentro de los uzaques, se retiró a lo más oculto de un bosque, desamparando la corte y sacando del cercado y templos cuantas riquezas depositaban, para que, ignorantes de ellas los españoles y persuadidos a que las tierras carecían de los metales que tanto apetecían, mudasen rumbo a nuevas regiones dejando su reino.

No pudo la codicia española encontrarse con tan infeliz suceso como el de hallar burladas sus esperanzas en la parte que más las aseguraba, pero, cesando en las diligencias, se mantenían en ellas a causa de que en los templos particulares hallaban alcancías o cepos destinados para ofrendas, y en los comunes (que de unos y otros era infinito

el número que había, erigidos en montes y llanos, caminos y ciudades, para más exaltación de su idolatría), y en el más principal de todos se veían dos géneros diferentes de gazofilacios de barro hueco. Los unos que representaban personas de hombres, abiertos por lo alto de la frente, por donde se metía el oro en puntas o joyas, y la rotura cubierta con un bonete hecho del mismo barro, en la forma que usan los indios sus tocados, unos redondos y otros con picos. Los otros eran ciertas vasijas grandes ocultas debajo de la tierra, y descubierta la parte superior, por donde se echaban las mismas ofrendas, y los unos y otros cepos estando ya llenos, desenterraban los jeques y los mudaban a lugares secretos, poniendo otros nuevos en lugar de los primeros, de que ha resultado muchas veces que surcándose aquellas dehesas se hayan encontrado con estas vasijas y cepos algunos hombres, que los han tenido por principio de mejor fortuna, cosa bien ordinaria en las Indias, donde no hay riqueza estable ni pobreza heredada.

Estas demostraciones eran las que no desalentaban del todo los ánimos de los más advertidos del campo, si bien los otros eran de sentir que toda la bondad de aquellos reinos se reducía a la sanidad del temple y fertilidad de las tierras que gozaban, sin persuadirse a que dejasen de ser estériles de plata y oro, y que las muestras que hasta entonces habían hallado de estos metales, no fuesen habidas por vía de rescates o comercios de regiones extrañas en que se criaban, y así eran de parecer que asistiesen en aquellas partes, mientras al regazo de sus apacibles países se reformaba el campo, y pasadas las aguas del invierno tenían tiempo de llevar adelante sus conquistas en demanda de provincias más ricas en que poblarse. El motivo con que alentaron estas empresas desde Castilla fue la predicación del Evangelio y conversión de aquella gentilidad a la verdadera fe; el concurso de infieles que había de partici-

par tanto bien no podía ser más numeroso; los alimentos no consentían mejora en calidad y cantidad, ni la tierra en el temperamento y los influjos; y, sin embargo, en persuadiéndose los españoles a que faltaba la plata y oro los vemos determinados a mudar estelaje, y en hallándose apretados algunos después por el rigor con que procedieron en las conquistas, no darán más disculpa en sus excesos que la de hacerlos precisos para conseguir la exaltación de la fe.

Pero como los bogotaes reparasen en que la asistencia de los españoles era más dilatada que lo imaginaron, por el espacioso tiempo con que trataban de estarse en sus tierras, aplicaron por medios convenientes para conseguir la libertad, que imaginaban perdida, cuantas hostilidades pudiesen hacerles en frecuentes asaltos que les daban, y tan continuados, que no les permitían lugar a un breve sosiego ni de día ni de noche, si bien el riesgo y peligro que resultaba a los españoles no era de momento, respecto de que los acometimientos se ejecutaban desde lejos, con piedras, dardos y tiraderas, a las cuales muchas veces aplicaban fuego con intención de quemar las casas, que por el mucho desvelo que pusieron los españoles en su resguardo no pudo conseguirse ni tampoco éstos hacer efecto de importancia en los indios; porque en las salidas que hacían los jinetes contra sus tropas, malograban el trabajo por acogerse los contrarios a los pantanos y lagunas de que está cercada Bogotá, cuyas aguas (respecto de ser toda la tierra anegadiza) eran impedimento considerable a los caballos, aunque no pocas veces sucedió hallarse muchos indios burlados en la retirada por ser tan presta la carrera de los caballos, que antes de ganar las ciénagas quedaban atropellados o muertos a sus orillas; pero los demás indios, que conseguían el retiro de los jinetes, en hallándose asegurados con el reparo del agua, se valían del espeso torbellino de sae-

tas y dardos que disparaban hasta retirarlos a sus cuarteles.

Con estas continuadas baterías y desasosiego general en que todos se hallaban, pasaron más de treinta días sin tener de una y otra parte más fruto que el de su constancia en los incursos. Pero considerando el Zipa que la de los españoles excedía mucho a sus gentes acobardadas, dispuso que muchos caciques comarcanos les acudiesen de paz y con la mayor partida de esmeraldas, las más finas que hasta entonces se habían visto, que, juntas con el oro y con gran cuenta y razón entraban en poder de los oficiales reales. También se extremaban en llevar regalos y mantenimientos, sin dar señales su disimulo de la pretensión que más en deseo tenían: advertencia bien reparada de la astucia del Zipa, introducir amistades para lograr perjuicios, pues la ofensa rara vez dejó de ser hija de los agasajos. Si bien los españoles poco cuidado manifestaban tener de las máquinas del Zipa, pues no habiendo de su parte descuido, ningún peligro imaginaban difícil de que su valor lo contrastase, y más cuando tenían tanteado el término hasta donde llegaba el brío de los indios, de quienes preciaban más las dádivas en la paz que las muertes en la guerra, y así procuraban con todo desvelo enterarse en aquel idioma extraño a todas las naciones, aunque elegante en la colocación de las voces dificultosas, sólo por haberse de pronunciar en lo interior de la garganta. Mas tanta fue su aplicación a percibir y aprender las voces, que llegaban a hacerles preguntas que entendían los indios de lo que deseaban saber, y como las más eran orden a tener noticias de nuevas gentes, que en su idioma se explican con esta palabra **muisca**, y con ella respondiesen de brdinario, se originó llamar los españoles **indios moscas** a todos los del Nuevo Reino de Granada, o porque en la muchedumbre les competían como sienten otros menos curiosos. Pero quienes más percibieron el idioma fueron Pericón y las indias que se

llevaron de la costa de Santa Marta y río grande, que con facilidad lo pronunciaban y se comunicaban en él con los bogotaes, de que resultó irse acariciando tanto, que no se extrañaban ya de asistir a los españoles y servirles; porque, como de su naturaleza son todos amiguísimos de novedades, y las mujeres de inclinación lasciva, en que no excedían a los españoles, con facilidad se amistaron unos y otros, de suerte que a todas horas tenían numeroso concurso de bárbaros que gustaban de ver los caballos y divertían la tarde y mañana en verles pasar la carrera, que los españoles no rehusaban, por tenerlos siempre admirados y temerosos de la ferocidad concebida de aquellos monstruos.

De esta continuación de los indios en asistir a las carreras y torneos de los caballos, resultó que algunos mancebos de los más sueltos y de gallarda disposición, no sólo se persuadieron a que su ligereza era igual sino ventajosa a la de los brutos, y dieron a entender a los españoles que entre ellos se hallaban hombres tan ligeros que no excusarían correr de apuesta con los jinetes, que no causó poca admiración a todos la resolución y confianza con que lo proponían. Pero el capitán Lázaro Fonte (que en el arte de hacer mal a caballo, aire y destreza era hombre cabal) resolvió aceptar el desafío a que le provocaban los indios, por desengañarlos de la presunción en que estaban de poder competir en la carrera con los caballos, y habiéndose puesto en uno zaino de color castaño oscuro, que son los que mejor prueban en aquellas partes, convocó la escuadra de mancebos que le provocaron, diciéndoles que saliese a correr con él el que tuviese más ligereza, porque estimaría saber hasta dónde llegaba. Que no fue bien pronunciada la propuesta cuando se le puso delante un mancebo de gentil disposición, dándole a entender que estaba presto a obedecerle, y habiéndose puesto señal hasta la parte donde había de llegar la carrera, y dada la que pactaron para

su principio, partió el indio con tan acelerado curso cuanto no lo habían experimentado igual los españoles; pero Lázaro Fonte, atacando la rienda y dando lugar a que se adelantase hasta la mitad de la distancia señalada, con aplauso y voces de los indios, que tenían por ganada la apuesta, soltó la rienda al caballo y batiéndole con gallardía los ijares, apresuró la carrera con tanta brevedad y destreza que, alcanzando al indio y encontrándole de lado con industria para no matarlo, lo derribó maltratado del golpe, pasando de largo hasta el término señalado, de que, maravillados los indios, habiendo socorrido al caído en compañía de los españoles, quedaron tan escarmentados que nunca más trataron de formar competencia con la ligereza de los caballos, contentándose sólo con ir a verlos a todas horas, y no solamente los indios vulgares sino los caciques y uzaques, que industriosamente eran acariciados del general Quesada, diciéndoles repetidamente que de su parte viesen al Zipa Thysquesuzha, y le persuadiesen la vuelta a su corte, donde gozaría de su reino asentando paz con ellos, que le sería guardada inviolablemente. A que respondían no poder obedecerle en lo que les proponía, por no tener noticias de la parte donde el Zipa se había retirado, ni otra cosa se sacara de ellos aunque los despedazaran a tormentos, por cuanto en aquellos bárbaros no había más voluntad que la de su rey, y ésta la tenía manifestada en que estuviese secreta la ocultación de su persona.

FIN DEL TOMO I

INDICE DEL TOMO I

Págs.

El señor Piedrahita y su obra. VII

LIBRO PRIMERO

Trátase del sitio y calidades del Nuevo Reino de Granada; dase noticia de sus provincias, primeros habitadores, y de las costumbres, ritos y leyes que usaban en su gentilidad.

CAPITULO I.—Del sitio y calidades del Nuevo Reino de Granada 3

CAPITULO II.—En que se da noticia de sus provincias y primeros habitantes 16

CAPITULO III.—De las costumbres, ritos y ceremonias que usaban los indios moscas en su gentilidad.. 31

CAPITULO IV.—De otras ceremonias y costumbres que tenían los moscas y de las procesiones que hacían 40

CAPITULO V.—Del sitio y corte de Bogotá.—Majestad de sus reyes.—Condiciones y forma de sucederse. 47

LIBRO SEGUNDO

Trátase del crecimiento del reino de Bogotá, por el valor de Saguanmachica, que muere en la batalla de Chocontá.—Herédale Neméquene, que, castigada la rebelión del Fusagasugá, trata de nuevas conquistas; acométele Zipaquirá, y en la batalla pierde su Estado; asalta después el Guatavita y despójale de la vida y señorío; forma ejército contra el Ubaque, a quien vence, y siguiendo el curso de sus victorias por Ebaté y Simijaca, frontera de los muzos, vuelve victorioso y.

Págs.

dadas leyes a sus vasallos, rompe la guerra contra el rey de Tunja, en que pierde la vida, dejando el reino a Thysquesuzha.

CAPITULO I.—Saguanmachica conquista los fusagasugaes, rompe la guerra con el Guatavita, que se ampara del rey de Tunja, con quien, y el cacique de Ubaque, prosigue la guerra hasta que muere en una batalla 55

CAPITULO II.—Hereda el zipa Neméquene, y castigada la rebelión del Fusagasugá, sujeta a los caciques de Zipaquirá y Nemza. 62

CAPITULO III.—Asalta el Zipa la corte del Guatavita, revuelve contra el Ubaque y sujétalo. 68

CAPITULO IV.—Sujeta el Zipa la provincia de Ebaté, nombra en ella al hermano por su lugarteniente, a quien mata el Ubaque. 75

CAPITULO V.—Da leyes el Zipa en su reino y previénese de todo para la guerra de Tunja. 85

CAPITULO VI.—Refiérense los sitios y estado de las provincias de Tunja y Sogamoso, y hacen liga sus príncipes contra Neméquene. 91

CAPITULO VII.—En que se prosigue la materia del antecedente. 97

CAPITULO VIII.—Danse vista los ejércitos del Zipa y del Tunja y platican antes de la batalla. 102

CAPITULO IX.—Dase la batalla, y, casi ganada por Neméquene, muere en ella; herédalo Thysquesuzha y prosigue la guerra. 106

LIBRO TERCERO

Trátase de las primeras conquistas de Santa Marta hechas por Rodrigo de Bastidas, García de *Lerma* y Pedro Badillo.—Entra en el gobierno el adelantado de Canaria, que sigue la guerra con los tayronas.—Nombra a don Gonzalo Jiménez de Quesada para nuevos descubrimientos, que sale con el ejército por tie-

Págs.

rra y armada de bergantines por el río de la Magdalena hasta el pueblo de La Tora, desde donde descubre el Nuevo Reino de Granada.

CAPITULO I.—Fúndase la ciudad de Santa Marta por Rodrigo de Bastidas, a quien mata su teniente general en un motín. Sucédele en el cargo García de Lerma, que sigue la guerra de los tayronas con mala fortuna. 117

CAPITULO II.—Los capitanes De Lerma acometen a Posigueyca y vuelven derrotados. Entra en persona contra el valle de Coto y pierde la empresa y otras que intenta, hasta que muere. 130

CAPITULO III.—Gobierna el doctor Infante a Santa Marta por muerte de García de Lerma, y el adelantado don Pedro de Heredia da principio a la conquista de Cartagena. 142

CAPITULO IV.—El adelantado Heredia prosigue la conquista de Cartagena y compéndiase el descubrimiento de los alemanes hasta que Fredermán sale del Tocuyo. 157

CAPITULO V.—Dase el gobierno de Santa Marta a don Pedro Fernández de Lugo.—Prosigue la guerra con los indios de la Sierra, sin fruto.—Previene ejército y armada para nuevos descubrimientos, a cargo de su teniente general don Gonzalo Jiménez de Quesada.—Derrótase la armada con mal tiempo y previénese otra, que convoya el ejército hasta descubrir el Nuevo Reino. 177

LIBRO CUARTO

Entra Sebastián de Benalcázar en la provincia de Popayán, después de varios trabajos padecidos en la de Pasto.—Descubre las cabeceras del río grande de la Magdalena y, fundadas las ciudades de Popayán, Cali y Timaná, pasa en demanda del Nuevo Reino.—El oidor Juan de Badillo llega a Cartagena a residenciar al adelantado don Pedro de Heredia; prendelo y, vuelto el capitán Francisco César de las montañas de Abi-

Págs.

de, forma ejército Badillo para seguir el mismo descubrimiento, que consigue con mala fortuna.—Pasa Lorengo de Aldana a Popayán con orden de prender a Benalcázar, y funda las villas de Anserma y Pasto. El general Quesada vuelve por su gente a La Tora, y atravesada la sierra de Opón llega a la provincia de Vélez: allista su gente, y esguazado el Sarabita sale por Ubazá y Guachetá hasta dar vista al Valle de los Alcázares, de donde, roto el ejército del Zipa, pasa hasta invadir su corte de Bogotá.

CAPITULO I.—Benalcázar descubre a Popayán, y fundadas las villas de Cali y Timaná, prosigue en su descubrimiento.—Lorenzo de Aldana baja de Lima a prenderlo y socorre a Popayán en la extremada miseria de hambre que padecía. 197

CAPITULO II.—El licenciado Badillo residencia a don Pedro de Heredia en Cartagena, forma ejército para el descubrimiento de las sierras de Abide y sale derrotado a Popayán.—Lorenzo de Aldana se declara gobernador y funda las villas de Anserma y Pasto. 210

CAPITULO III.—Vuelve el general Quesada por su ejército a La Tora, condúcelo hasta los umbrales del Nuevo Reino, hace lista de su gente y previénelos para la conquista. 220

CAPITULO IV.—Marcha Quesada por la provincia de Vélez, pasa a Guachetá y de allí a Suesca en demanda de Bogotá, con asombro general de los indios... 233

CAPITULO V.—Entra Quesada en el Valle de los Alcázares, rompe el ejército de los uzaques, pasa a Bogotá, desamparada del Zipa, saquéala con poca presa, y detenido en ella lo sitian los indios hasta que, por orden de su rey, se sosiegan. 245